

BIBLIOTECA AUSTRIACA

Colección dirigida
por Juan Marcos de la Fuente

Problemas
epistemológicos
de la economía

Ludwig von Mises

Problemas
epistemológicos
de la economía



Unión Editorial

2013

Título original:
Grundprobleme der Nationalökonomie.
Untersuchungen über Verfahren, Aufgaben und Inhalt
der Wirtschafts- und Gesellschaftslehre (1933).

Título de la edición inglesa:
Epistemological Problems of Economics (1960),
reimpresión, sobre la que se basa la presente edición española, 1976,
Institute for Human Studies, New York University Press,
Nueva York y Londres.

Traducción de
Juan Marcos de la Fuente

ISBN: 978-84-7209-621-9
Depósito legal: M. 26.418-2013

© 2013 para la presente edición:
UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL.

Índice

<i>Prólogo del autor a la edición inglesa</i>	13
<i>Prólogo del autor a la edición alemana</i>	19
1. <i>Función y ámbito de la ciencia de la acción humana</i>	33
I. Naturaleza y desarrollo de las ciencias sociales	33
1. Origen de las ciencias históricas y normativas	33
2. Economía	35
3. El programa de la sociología y la cuestión de las leyes históricas	37
4. El punto de vista del historicismo	38
5. El punto de vista del empirismo	41
6. El carácter lógico de la ciencia, universalmente válida, de la acción humana	48
7. Sociología y economía: Algunos comentarios sobre la historia del pensamiento económico ...	55
II. Ámbito y significado de un sistema de teoremas <i>a priori</i>	62
1. El concepto básico de acción y sus condiciones categoriales	62
2. Teoría <i>a priori</i> y confirmación empírica	67
3. Teoría y hechos de la experiencia	71
4. La distinción entre medios y fines. Lo «irracional»	73
III. Ciencia y valor	77
1. Significado de la neutralidad respecto a los juicios de valor	77

2. Ciencia y tecnología: economía y liberalismo	80
3. La crítica colectivista al individualismo metodológico.....	84
4. La experiencia del todo y el conocimiento científico	88
5. Los errores de la doctrina colectivista.....	92
6. El significado «objetivo».....	94
IV. Utilitarismo, racionalismo y teoría de la acción	98
1. La sociología del instinto de Vierkandt	98
2. La teoría de Myrdal sobre las actitudes	106
3. La crítica del racionalismo por la etnología y la prehistoria	112
4. Sociología del instinto y conductismo	117
2. <i>Sociología e historia</i>	119
Introducción.....	119
1. El problema metodológico y lógico.....	123
2. El carácter lógico de la historia	126
3. El tipo ideal y la ley sociológica	129
4. La base de los malentendidos referentes al carácter lógico de la economía	151
5. Historia sin sociología.....	159
6. Historia universal y sociología	170
7. Leyes sociológicas y leyes históricas.....	173
8. Análisis cualitativo y cuantitativo en Economía.....	184
9. La validez universal del conocimiento sociológico.....	188
Conclusión	194
3. <i>Explicación y comprensión</i>	197
1. Conocimiento desde fuera y conocimiento desde dentro.....	197
2. Explicación y comprensión	200
3. Lo irracional como objeto de conocimiento.....	203

4. La crítica de Sombart a la economía.....	207
5. Lógica y ciencias sociales.....	214
4. <i>Desarrollo de la teoría subjetiva del valor</i>	217
1. La delimitación de lo «económico»	217
2. La preferencia como elemento básico de la conducta humana	220
3. Eudemonismo y teoría del valor.....	222
4. Economía y psicología.....	225
5. Economía y tecnología	228
6. El cálculo monetario y la economía en «sentido estricto»	230
7. Las relaciones de cambio y los límites del cálculo monetario	232
8. Los cambios de los datos.....	234
9. El papel del tiempo en la economía.....	236
10. «Resistencias».....	238
11. Costes.....	240
5. <i>Observaciones sobre el fundamental problema de la teoría subjetiva del valor</i>	243
6. <i>Las bases psicológicas de la oposición a la teoría económica</i>	263
1. El problema	264
2. La hipótesis del marxismo y la sociología del conocimiento	268
3. El papel del resentimiento.....	278
4. Libertad y necesidad.....	282
Conclusión	286
7. <i>La controversia sobre la teoría del valor</i>	289
8. <i>Capital no convertible</i>	305
1. La influencia del pasado sobre la producción	305

2. La política comercial y la influencia del pasado	312
3. La mala inversión del capital.....	315
4. La adaptabilidad de los trabajadores	319
5. El punto de vista del empresario sobre la mala inversión.....	320
<i>Índice de nombres</i>	323

*Prólogo del autor
a la edición inglesa*

Las doctrinas epistemológicas hoy en boga no admiten que exista una diferencia fundamental entre el reino de los acontecimientos investigados por las ciencias naturales y el dominio de la acción humana, que es objeto de la economía y de la historia. La gente tiene ideas confusas sobre una «ciencia unificada», que debería estudiar el comportamiento de los seres humanos según los métodos empleados por la física de Newton en el estudio de la masa y movimiento. Sobre la base de este planteamiento «positivo» de los problemas de la humanidad se piensa desarrollar una «ingeniería social», una nueva técnica, que permitiría al «ser económico» de la sociedad planificada del futuro estudiar hombres que viven en el mundo en que la tecnología permite al ingeniero tratar de materias inanimadas.

Estas doctrinas representan de manera totalmente equivocada los distintos aspectos de las ciencias de la acción humana.

En la medida en que el hombre puede verlo, en la sucesión y concatenación de los fenómenos naturales se percibe una regularidad. La experiencia, especialmente la derivada de experimentos realizados en laboratorio, permite al hombre formular algunas «leyes» de esta regularidad, incluso con cierta precisión cuantitativa. Estos hechos, establecidos experimentalmente, constituyen la materia que

las ciencias naturales emplean en la construcción de sus teorías. Una teoría es rechazada si está en contradicción con los hechos de la experiencia. Las ciencias naturales no exponen un plan o causas finales.

La acción humana, en cambio, aspira invariablemente a la consecución de fines elegidos. El hombre que actúa tiende, con una conducta finalizada, a desviar el curso de las cosas de la dirección emprendida sin su intervención. Quiere convertir un estado de cosas que le va mal por otro que le vaya bien. Y elige los fines y los medios. Estas elecciones están condicionadas por las ideas.

Los objetos de las ciencias naturales reaccionan a estímulos según modelos regulares. Por el contrario, ninguna regularidad de este tipo determina la acción del hombre a los distintos estímulos. Las ideas son con frecuencia, pero no siempre, la reacción de un individuo a un estímulo ofrecido por su ambiente natural. Pero tampoco estas reacciones son uniformes. Individuos diferentes y el mismo individuo en diversos periodos de su vida reaccionan al mismo estímulo de manera diferente.

Como no hay ninguna regularidad apreciable en la aparición y en la concatenación de las ideas y de los juicios de valor, y por tanto tampoco en la sucesión y concatenación de los actos humanos, el papel que desempeña la experiencia en el estudio de la acción humana es totalmente distinto del que desempeña en las ciencias naturales. La experiencia de la acción humana es la historia. La experiencia histórica no ofrece hechos que en la construcción de una ciencia teórica podrían prestar servicios incomparables a los que los experimentos de laboratorio y la observación prestan a la física. Los acontecimientos históricos son siempre efecto conjunto de la colaboración de varios factores y cadenas de causalidades. Por eso, en las cuestiones relativas a la acción humana no puede hacerse ningún

experimento. Y la historia tiene que ser interpretada mediante una intuición teórica adquirida previamente a través de otras fuentes.

Esto es válido también en el campo de la acción económica. La experiencia específica de la que se ocupan la economía y las estadísticas económicas se refiere siempre al pasado. Es historia y, como tal, no proporciona conocimiento referente a una regularidad que se manifieste también en el futuro. Lo que el hombre quiere saber es la teoría, es decir, el conocimiento de la regularidad de la necesaria sucesión y concatenación de los que comúnmente se llaman eventos económicos. Quiere conocer las «leyes» de la economía, para poder elegir los medios apropiados para alcanzar los fines perseguidos.

Una ciencia así de la acción humana no puede ser elaborada ni por los métodos elogiados —aunque en la práctica nunca empleados— por las doctrinas del positivismo lógico, del historicismo, del institucionalismo, ni por la historia económica, por la econometría o por la estadística. Todo lo que estos métodos pueden hacer es historia, es decir, la descripción de fenómenos complejos que suceden en un determinado lugar de nuestro globo en una fecha determinada, como consecuencia de la acción combinada de una multitud de factores. De esto es imposible obtener un conocimiento que pueda decirnos algo sobre los efectos que pueden esperarse en el futuro de la aplicación de determinadas medidas y orientaciones, por ejemplo inflación, niveles de precios o aranceles. Que es exactamente lo que la gente quiere conocer del estudio de la economía.

La intención de los ensayos reunidos en este volumen es refutar los errores implícitos en las doctrinas negativistas, es decir, aquellas que rechazan la teoría económica, y por tanto limpiar el campo para un análisis sistemático de

los fenómenos de la acción humana y, en particular, de los comúnmente llamados económicos y constituyen, por decirlo así, el estudio necesario y preliminar del análisis de los problemas que he tratado de realizar en *Human Action, A Treatise on Economics*.¹

* * *

Algunos de los autores cuyas afirmaciones he analizado y criticado en estos ensayos son poco conocidos del público americano. Pero las ideas que han expuesto y que yo he tratado de refutar no son distintas de las doctrinas enseñadas por muchos otros autores, americanos o no, cuyos libros fueron escritos en inglés o están disponibles en traducción inglesa y que son muy leídos en Estados Unidos. Es el caso, por ejemplo, del ya fallecido Alfred Vierkandt, profesor de la Universidad de Berlín. Sin hablar del hecho de que los hombres, guiados por ideas y juicios de valor, eligen entre distintos fines y diferentes medios, Vierkandt intentó reducir las acciones y las realizaciones humanas a la actividad de los instintos. Lo que el hombre realiza, sostiene, es producto de un instinto, del que ha sido dotado para este preciso fin. Ahora bien, esta opinión no difiere sustancialmente de lo que Frederick Engels expuso particularmente en su libro más conocido, *Anti-Dübring*.²

Al examinar las doctrinas de Gunnar Myrdal, me he referido a la edición alemana de su libro *Das politische Eklement in der nationalekonomischen Doktrinbildung*, publicado

¹ Yale University Press, 1949.

² Véase mi libro *Theory and History*, Yale University Press, 1957, pp. 194 ss. [trad. esp.: *Teoría e historia*, Unión Editorial, 2.ª ed., 2003].

en 1932. Veintiún años más tarde, esta edición sirvió de base para la traducción inglesa de Paul Streeten.³

En el prólogo a la edición inglesa, Myrdal declara que esta edición es, «aparte de algunos cortes y algunos pequeños retoques editoriales», una completa traducción de la edición originaria. No menciona el hecho de que mi crítica a su análisis de los fines que los asalariados quieren obtener a través de los sindicatos le ha inducido a cambiar sustancialmente la formulación del correspondiente pasaje. Al leer mi crítica hay que tener en cuenta que esta se refiere al pasaje comprendido en la página 299 y siguientes de la edición alemana y no al texto purgado de la página 200 de la edición inglesa.

Una nueva observación se impone y se refiere a la terminología empleada. Cuando, en 1929, publiqué por primera vez el segundo ensayo de esta colección, todavía creía que no era necesario introducir un nuevo término para indicar la ciencia general teórica de la acción humana como distinta de los estudios históricos realizados en el pasado. Pensaba que para este fin era posible emplear el término *sociología*, que en opinión de algunos autores estaba destinada a significar semejante ciencia teórica general. Solo más tarde me percaté de que esto no era oportuno y adopté el término *praxeología*.

George Reisman ha traducido basándose en el texto publicado en 1933 con el título *Grundprobleme der Nationalökonomie* y subtítulo *Untersuchungen über Verfahren, Aufgaben un Inhalt der Wirtschaft und Gesellschaftslehre*. La traducción se realizó para la edición de Arthur Goddard. El traductor y el editor desarrollaron su trabajo con recíproca

³ *The Political Element in the Development of Economic Theory*, Routledge & Kegan Paul Ltd., 1953.

independencia. Por mi parte, no he hecho ninguna sugerencia relativa a la traducción ni he modificado en forma alguna el texto alemán original.

Solo me queda expresar mi más sentido agradecimiento y manifestar mi particular gratitud a los directores y al personal de la fundación que publica esta serie de estudios.

LUDWIG VON MISES
(1960)

Prólogo del autor a la edición alemana

Las incomprendiones acerca de la naturaleza y el significado de la economía no se deben exclusivamente a antipatías causadas por el prejuicio político contra los resultados de las reflexiones económicas y contra las conclusiones necesariamente derivadas de estas. La epistemología, que durante mucho tiempo se ha ocupado exclusivamente de matemática y física, y solo más tarde empezó a interesarse también por la biología y la historia, se encontró ante dificultades, aparentemente insuperables, a causa del carácter específico de la lógica y metodología de la teoría económica. Estas dificultades derivan principalmente de una sorprendente falta de familiaridad con los elementos fundamentales de la propia economía. Cuando un pensador del calibre de Bergson, cuyo enciclopédico dominio de la ciencia moderna virtualmente no tiene igual, expresa opiniones que indican que es ajeno a un concepto básico de economía,¹ se puede imaginar cuál será la situación en lo que respecta a la divulgación del conocimiento económico.

Bajo la influencia del empirismo y del psicologismo de Mill, la lógica no estaba preparada para tratar los problemas

¹ Bergson, sobre el intercambio: «Y no se puede practicar sin haberse preguntado si los dos objetos intercambiados tienen el mismo valor, es decir, son intercambiables contra un mismo tercero» (Bergson, *Les deux sources de la morale et de la religion*, París 1932, p. 68).

que la economía presentaba. Todo intento de una solución satisfactoria quedaba frustrado por lo inadecuado de la teoría objetivista del valor. A pesar de todo, es precisamente en ese periodo donde debemos colocar las más preciosas contribuciones a la solución de los problemas de la teoría científica de la economía. Senior, John Stuart Mill y Cairnes satisfacían en el grado más elevado el requisito para tratar con éxito nuestros problemas: ellos mismos eran economistas. De sus discusiones, situadas dentro del marco de la lógica psicologista dominante en su tiempo, surgieron ideas que exigían solo la fecundación por parte de una más perfecta teoría de las leyes del pensamiento para conducir a resultados completamente diferentes.

La inadecuación de la lógica empirista obstaculizó también los intentos de Carl Menger, aún más seriamente que los de los pensadores ingleses. Sus brillantes *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften* son menos satisfactorias, por ejemplo, que el libro de Cairnes sobre la metodología. Pero es posible que esto se deba al hecho de que Menger quería proceder de manera más radical y que, trabajando algunos decenios más tarde, estuvo en condiciones de ver dificultades sobre las que sus predecesores no habían prestado atención.

La elucidación de los problemas lógicos fundamentales de la economía no produjo, sin embargo, el progreso que se podía esperar de estos espléndidos comienzos. Los escritos de los pertenecientes a la Escuela histórica, los de los «Socialistas de cátedra» en Alemania e Inglaterra y los de los Institucionalistas norteamericanos confundieron, en lugar de hacer avanzar, nuestro conocimiento.²

² Ya en la imprenta el presente volumen, cayó en mis manos el volumen dedicado a Werner Sombart con motivo de sus 70 años, publicado en *Schmollers Jahrbuch* (año 56, vol. 6). La primera parte está dedicada al

Debemos en cambio a los estudios de Windelband, Rickert y Max Weber la clarificación de los problemas lógicos de las ciencias históricas. Ciertamente, estos autores ignoraron la posibilidad misma de una ciencia universalmente válida de la acción humana. Viviendo y trabajando en la época de la Escuela histórica, no lograron percatarse de que la sociología y la economía pueden ser, y de hecho son, ciencias universalmente válidas de la acción humana. Pero esta falta no prejuzga lo que hicieron por la lógica de las ciencias históricas. Fueron impulsados a considerar aquellos

tratamiento del problema sobre «Teoría e Historia». Discutiendo de cuestiones de lógica y metodología, los artículos incluidos en el volumen acuden a los tradicionales argumentos del historicismo y del empirismo y pasan por alto los argumentos contra la visión de la Escuela histórica. Esto es cierto también en caso de la contribución más importante, la de Spiethoff («Die Allgemeine Volkswirtschaftslehre als geschichtliche Theorie»), que es una brillante exposición de la metodología de la escuela. Como los demás colaboradores, Spiethoff contempla solo las ideas de los defensores de la Escuela histórica; no parece siquiera conocer la importante obra de Robbins. Spiethoff dice: «La teoría de la economía de mercado capitalista parte de la idea de que los individuos son guiados por motivos egoístas. Sabemos que se practica también la caridad, y que existen también otros motivos, pero consideramos esto tan insignificante en el conjunto que no es esencial...» (p. 900).

Esto demuestra que el concepto que Spiethoff tiene de la teoría dista mucho de lo que enseña la moderna economía subjetivista. Él todavía considera el *status controversiae* tal como se presentaba en los años ochenta y noventa del siglo pasado. E ignora que, desde el punto de vista de la economía, lo significativo no es el sistema económico, sino la acción económica de los hombres. La teoría apriorística universalmente válida no es, como él piensa, una «construcción irreal», aunque ciertamente es una construcción conceptual. No puede, pues, haber otra teoría que la apriorística y universalmente válida (es decir una teoría que reivindica una validez independientemente del lugar, el tiempo, la nacionalidad, la raza, etc.), porque el razonamiento humano no es capaz de derivar proposiciones teóricas de la experiencia histórica. Todo esto él lo ignora completamente. En el presente libro las opiniones de Spiethoff y la Escuela histórica se examinan en detalle críticamente y se rechazan.

problemas por la exigencia positivista de que las disciplinas históricas tradicionales —las ciencias morales— debían ser rechazadas en cuanto no científicas y sustituidas por una ciencia de las leyes históricas. Y no solo demostraron lo absurdo de este punto de vista, sino que pusieron de relieve el carácter lógico distinto de las ciencias históricas, basándolo en la teoría de la «comprensión», a cuyo desarrollo habían contribuido teólogos, filósofos e historiadores.

Pero ninguna atención se prestó, acaso deliberadamente, al hecho de que la teoría de Windelband y Rickert implica también un rechazo de todos los intentos de producir una «teoría histórica» de las ciencias políticas. A sus ojos, las ciencias históricas y las ciencias nomotéticas son lógicamente distintas. Una «economía universal», es decir, una teoría empírica de la historia económica, que pueda derivarse, como pensaba Schmoller, de datos históricos, debe considerarse tan absurda como el esfuerzo de establecer leyes de desarrollo histórico, como Kurt Breysig, por ejemplo, trató de hacer.

Además, según Weber, la economía y la sociología se asemejan a la historia. Como esta, son ciencias morales o culturales y emplean el mismo método lógico. Su más importante medio conceptual es el tipo ideal, que posee la misma estructura en la historia y en lo que el propio Weber consideró como economía o sociología. Pero dar a los tipos ideales nombres como «estilo económico», «sistema económico» o «estadio económico» en modo alguno cambia su condición lógica. Son siempre el instrumento conceptual de la investigación histórica, no teórica. La descripción de los rasgos característicos de un periodo histórico y la comprensión de su significado, hecho posible por los tipos ideales, son indiscutiblemente tarea de las ciencias históricas. La propia expresión de «estilo económico» constituye la imitación de la jerga y del aparato conceptual de la Historia

del arte. Pero hasta ahora nadie ha pensado llamar a la historia del arte una ciencia teórica, porque clasifica los datos históricos de los que trata en tipos o «estilos».

Además, estas distinciones entre estilos se basan en una clasificación sistemática de las obras de arte realizada según los métodos de las ciencias naturales. El método que lleva a la diferenciación de los estilos de arte no es por tanto la «comprensión», específica de las ciencias morales, sino la división sistemática de objetos en clases. De ahí que la comprensión se refiera únicamente a los resultados de este trabajo previo de sistematización y esquematización. En la distinción entre estilos económicos esas condiciones no existen. El resultado de la acción económica es siempre la satisfacción de las necesidades, que solo puede juzgarse subjetivamente. Un estilo económico no hace su aparición bajo la forma de objetos manufacturados que puedan ser clasificados como las obras de arte. Los estilos económicos no pueden distinguirse, por ejemplo, según las características de los bienes producidos en los distintos periodos de la historia, como el estilo gótico o el estilo del Renacimiento, que son diferenciados según las características de la arquitectura. Los intentos por diferenciar los estilos económicos según la actitud económica, el espíritu económico, u otros semejantes, violentan los hechos, pues se basan no en características objetivamente distinguibles, y por tanto racionalmente irrefutables, sino en la «comprensión», que es inseparable del juicio subjetivo de las cualidades.

Más aún, todos considerarían del todo absurdo el intento de un historiador del arte que presumiera de derivar leyes del estilo del presente y del futuro de las relaciones descubiertas entre los estilos del pasado. Y, sin embargo, es precisamente esto lo que los representantes de la Escuela histórica presumen hacer con las leyes económicas, que ellos quisieran sacar del estudio de la historia. Aunque se

quisiera conceder la posibilidad de derivar empíricamente leyes de acción económica aplicables en determinados periodos temporales, nacionales o de cualquier otro tipo delimitados, de los datos de historia económica, no sería admisible calificar a estas leyes como económicas y considerarlas como tales. Por más que las opiniones acerca del carácter y el contenido de la economía puedan diferir, hay un punto sobre el cual permanece la unanimidad: la economía es una teoría capaz de hacer afirmaciones sobre la acción económica futura, sobre las condiciones de mañana y de pasado mañana. El concepto de teoría, al revés que el concepto de historia, implica, siempre y universalmente, una regularidad válida tanto para el futuro como para el pasado.

Si los seguidores de la Escuela histórica, en conformidad con la lógica y la epistemología de su programa, se limitaran a hablar solo de condiciones económicas del pasado y si se negaran a considerar cualquier cuestión relativa a las condiciones económicas del futuro, se les podría ahorrar el reproche de incoherencia. Sin embargo, sostienen que es economía aquello sobre lo que escriben y tratan. Y se enredan en discusiones de política económica desde el punto de vista de la teoría científica, como si su ciencia, como ellos mismos la conciben, pudiera hacer previsiones acerca de las condiciones económicas del futuro.

A nosotros no nos interesan aquí los problemas tratados en el debate sobre la admisibilidad de los juicios de valor en la ciencia. Lo que se discute es más bien la posibilidad de que un partidario de la Escuela histórica pueda participar en la discusión de problemas puramente científicos, prescindiendo de todas las cuestiones referentes a la deseabilidad de los fines últimos perseguidos: si, por ejemplo, puede hacer previsiones sobre los efectos futuros de

un cambio en la legislación monetaria. Los historiadores del arte hablan del arte y de los estilos del pasado. Pero si se dedicaran a hablar de los pintores del futuro, ningún pintor prestaría atención a lo que dicen. Los economistas de la Escuela histórica, empero, hablan más del futuro que del pasado (por lo que respecta al historiador, existen fundamentalmente solo el pasado y el futuro. El presente es tan solo un instante huidizo entre ambos). Hablan de los efectos del libre cambio, del proteccionismo y de la formación de carteles. Nos hablan de la inexorable implantación de una economía planificada, de la autarquía y cosas por el estilo. ¿Ha pretendido jamás un historiador del arte vaticinar qué estilos de arte nos reserva el futuro?

El partidario de la Escuela histórica que fuera coherente debería limitarse a decir: hay ciertamente un pequeño número de generalizaciones que se aplican a todas las condiciones económicas.³ Pero son tan pocas e insignificantes que no vale la pena fijarse en ellas. Los únicos objetos dignos de consideración son las características de los «estilos» económicos que cambian, constatables por la historia económica, y las teorías históricas referentes a estos estilos. La ciencia puede hacer afirmaciones relativas a estos problemas. Pero debería callar sobre las condiciones económicas de mañana. Porque no puede haber una teoría histórica de las condiciones económicas futuras.

Si se clasifica la economía como una de las ciencias morales que emplean el método de la «comprensión» histórica, entonces se puede también adoptar el procedimiento de estas ciencias. Se puede por tanto escribir una historia de la economía alemana, o de todas las economías que hasta ahora han existido, del mismo modo que se escribe la

³ Sin embargo, el historicismo coherente no debería conceder ni siquiera eso.

historia de la literatura alemana o de la literatura universal; pero seguramente no se puede escribir una «economía universal». No obstante, también esto sería posible para la Escuela histórica si solo se quisiera comparar la «economía universal», entendida como historia económica universal, con una supuesta «economía especial», que en cambio debería ocuparse de sectores particulares de la producción. Pero el punto de vista de la Escuela histórica no permite a la economía ser diferente de la historia económica.

Objetivo de este libro es establecer la legitimidad lógica de la ciencia que tiene por objeto propio las leyes universalmente válidas de la acción humana, es decir leyes que poseen validez sin referencia al lugar, tiempo, etnia, nacionalidad o clase del actor. La finalidad de estos estudios no es redactar el programa de una nueva ciencia, sino mostrar de qué se ocupa la ciencia de la que aquí nos ocupamos. El área de conocimiento que aquí se contempla era desconocida para Windelband, Rickert y Weber. En todo caso, si la hubieran conocido, ciertamente no habrían rechazado su legitimidad lógica. Lo que se niega es la posibilidad de derivar *a posteriori* de la experiencia histórica leyes empíricas de historia en general, y de la historia económica en particular, o «leyes» de acción económica referidas a un periodo histórico preciso. Por consiguiente, sería totalmente erróneo querer leer en los resultados de estas investigaciones una condena de las teorías que confían a las ciencias morales y culturales (que emplean el método histórico) el conocimiento de lo que es histórico, único, irrepetible, irracional, y que consideran la comprensión histórica como el método específico de estas ciencias y la construcción de los tipos ideales como su instrumento conceptual más importante. Aquí no se discute el método empleado por las ciencias morales y culturales. Por el contrario, mi crítica se dirige solo contra la inadmisibile confusión

de métodos y la vaguedad conceptual presente en el tema —que omite las intuiciones que debemos a las reflexiones de Windelband, Rickert y Max Weber— de que es posible derivar conocimiento «teórico» de la experiencia histórica. Lo que aquí se discute es la doctrina que quiere hacernos creer, por una parte, que los datos históricos pueden ser manejados sin una teoría de la acción y, por otra, que una teoría empírica de la acción puede construirse por inducción a partir de los datos de la historia.

Todo tipo de economía descriptiva y de estadística económica se clasifica bajo la denominación de investigación histórica, porque nos informa solo sobre el pasado, incluso del pasado más reciente. Desde el punto de vista de la ciencia empírica, el presente se convierte así inmediatamente en pasado. El valor cognoscitivo de tales indagaciones no consiste entonces en la posibilidad de derivar enseñanzas que podrían formularse en proposiciones teóricas. Quien no tome nota de esto no está en condiciones de captar el significado y el carácter lógico de la investigación histórica.

También se pueden malinterpretar las intenciones de mis investigaciones, si se consideran como una recaída en un supuesto conflicto entre historia y ciencia empírica, por una parte, y teoría pura y abstracta, por otra. Tanto la teoría como la historia son igualmente legítimas, y ambas igualmente indispensables. Su contraste lógico no representa en modo alguno una oposición. Por eso, el objetivo de mi análisis es distinguir la teoría *a priori* de la historia y de la ciencia empírica, demostrando lo absurdo de los intentos de la Escuela histórica y del institucionalismo de reconciliar lo que es lógicamente incompatible. Estos intentos no son coherentes con los fines de la investigación histórica, precisamente porque pretenden extraer del pasado aplicaciones prácticas para el presente y el futuro, aunque solo con el

fin de negar la aplicabilidad de las proposiciones de la teoría universalmente válida.

El mérito de la investigación histórica no consiste en la formulación de leyes. Su valor cognoscitivo está en la posibilidad de ofrecernos aplicaciones prácticas para nuestra acción. Se ocupa solo del pasado; jamás podrá dirigirse al futuro. La historia hace sabios, pero no competentes para resolver problemas concretos. La disciplina pseudo-histórica que hoy se llama sociología es esencialmente una interpretación de los acontecimientos históricos y una proclamación del carácter inevitable de supuestos desarrollos futuros, en el sentido de la absurda metafísica marxiana del desarrollo. Esta metafísica trata de defender las críticas de la sociología científica, por una parte, y de la investigación histórica por otra, con la pretensión de contemplar las cosas «socialmente» y no económicamente, históricamente, o de cualquier otro modo que estuviera expuesto a crítica «no-sociológica». Los representantes de la disciplina pseudo-histórica, que se autodefine como la que considera los «aspectos económicos de la ciencia del Estado», y los Institucionalistas se protegen de la crítica que los economistas dirigen a su programa intervencionista invocando la relatividad de todo el conocimiento económico que ellos pretendían haber adquirido a través del tratamiento sin presupuestos de la historia económica. Ambos tratan de poner lo irracional en lugar del razonamiento lógico y discursivo.

Para poder examinar la legitimidad de todas estas objeciones, me ha parecido necesario no solo demostrar positivamente el carácter lógico de las proposiciones de la economía y de la sociología, sino también valorar críticamente las ideas de algunos representantes del historicismo, del empirismo y del irracionalismo. Lo cual ha dado necesariamente forma externa a mi trabajo. Este se divide en un número de ensayos independientes que, con excepción

del primero y más amplio, fueron ya publicados anteriormente.⁴ Pero fueron concebidos y proyectados desde el principio como partes de un conjunto, habiéndoseles dotado de mayor unidad a través de distintas revisiones, especialmente en el caso del segundo de ellos. He considerado además esencial reformular en este contexto diversos fundamentos de la economía, para liberarlos de aquellas incoherencias y confusiones a menudo presentes en otros tratamientos. También he considerado pertinente exponer los factores psicológicos que alimenta la oposición a la teoría económica. Finalmente, me he preocupado de mostrar, a través de ejemplos, qué relación existe realmente entre condiciones históricas y condiciones económicas, y he señalado los problemas que deberían ser abordados por una escuela que, dirigiéndose a la historia, buscara no un pretexto para rechazar las sugerencias teóricas, que se juzgan inaccesibles por motivos políticos, sino un medio para favorecer el conocimiento. Ha sido necesaria una cierta repetitividad, ya que los temas contra la posibilidad de una teoría económica universalmente válida, por más que se expresen en formas diferentes, están en último análisis radicados en los mismos errores.

En principio, la validez universal de las proposiciones de la economía no la discuten si siquiera los partidarios de la Escuela histórica. Estos tuvieron que abandonar su posición originaria, y ahora se limitan a circunscribir a un ámbito muy reducido los fenómenos que esas proposiciones pueden explicar; proposiciones que consideran tan evidentes y banales que inducen a pensar que no se precisa de ninguna ciencia que se ocupe de ellas. Pero siguen

⁴ Debo agradecer a la editorial Duncker & Humblot la autorización para publicar los ensayos incluidos en el volumen 183 de las publicaciones de la *Verein für Sozialpolitik*.

sosteniendo —y así reaparece su empirismo— que las leyes económicas aplicables a determinados contextos pueden derivar de los datos de la historia económica. Cualquier idea expresada por los representantes del historicismo revela —en un examen más atento— que apunta siempre a la caracterización de periodos históricos particulares y de sus usos económicos, y por tanto exige la comprensión específica del pasado. La Escuela histórica, pues, hasta ahora no ha conseguido formular ni siquiera una tesis capaz de mostrar el mismo estatuto lógico que las proposiciones de la economía, aunque corrobore que las leyes de la teoría económica universalmente válidas pueden aplicarse solo al capitalismo de la era liberal. No obstante, estas leyes nos permiten captar conceptualmente, con un solo principio, el proceso a través del cual el valor de la moneda cambia en la antigua Atenas y en el «primer capitalismo» del siglo XVI. Una proposición sustancialmente distinta de las leyes de la teoría económica, pero que nos permita hacer lo mismo, aún no ha sido formulada. No se comprende, pues, por qué los partidarios de la Escuela histórica evitan con cuidado llegar a un entendimiento con las enseñanzas de una teoría universalmente válida, pues persisten en el rechazo de un tratamiento de orden general,⁵ y siguen agarrándose insistentemente, en sus investigaciones históricas, a instrumentos como la economía y la teoría económica, que consideran inapropiados. Se puede llegar a una explicación solo si se tiene en cuenta que aquí son determinantes las consideraciones políticas, no las científicas: se combate la economía, porque no se conoce otro modo de proteger un programa político indefendible ante una crítica que se sirve

⁵ El hecho de que Sombart llame a Gossen «el brillante idiota» difícilmente puede considerarse una crítica suficiente. Véase Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, Múnich, 1930, p. 4.

de todas las aportaciones de la ciencia. La Escuela histórica en Europa y la institucionalista en Estados Unidos son los mensajeros de la ruinosa política económica que ha llevado al mundo a su condición actual y que, sin duda, si continúa dominando, acabará destruyendo la cultura moderna.

Estas consideraciones políticas no encuentran lugar en este libro, que se interesa por los problemas en su significado fundamental, de un modo totalmente al margen de toda política. Acaso en una época que vuelve la espalda a todo lo que a primera vista no parece ser de uso inmediato no esté fuera de lugar observar que las cuestiones abstractas de lógica y metodología tienen una extrema influencia sobre la vida de todo individuo y sobre el destino de toda nuestra cultura. Y parece ser de no menor importancia llamar la atención sobre el hecho de que ningún problema de economía y de sociología, por más simple que pueda parecer a una reflexión superficial, puede ser plenamente indagado sin dirigirse a los fundamentos lógicos de la ciencia de la acción humana.

LUDWIG VON MISES
Viena, enero de 1933

1. *Función y ámbito de la ciencia de la acción humana*

I. NATURALEZA Y DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

1. *Origen de las ciencias históricas y normativas*

En las narraciones de la historia encontramos los primitivos comienzos del conocimiento de las ciencias de la acción humana. Una epistemología hoy abandonada pretendía que el historiador se acercaba a su objeto de estudio sin una teoría previa y se limitaba a describir el pasado tal como había sido. Tenía que exponer y representar la realidad pasada, y se decía que el éxito sería mayor si consideraba los acontecimientos y las fuentes de información sobre estos con la menor dosis posible de prejuicio y presuposición.

Solo mucho más tarde se reconoció que el historiador no puede duplicar o reproducir el pasado; por el contrario, lo interpreta y lo re proyecta, lo cual precisa que se sirva de ideas que ya debía tener antes de emprender su trabajo.¹ Aun cuando a lo largo de este el tratamiento de la materia le aporta nuevas ideas, los conceptos preceden siempre lógicamente a la comprensión de lo individual, de lo único e irrepitable. No se puede hablar de guerra y de paz si, antes de dirigirse a las fuentes históricas, no se tiene una idea

¹ Véase Heinrich Rickert, *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, 3.^a ed., Tubinga 1915, pp. 28 ss.

precisa de la guerra y de la paz. Tampoco se puede hablar de causas y efectos en el caso individual si no se posee antes una teoría de ciertas conexiones de causa y efecto en un radio de aplicabilidad universal. El motivo por el que aceptamos la frase «El rey derrocó a los rebeldes y por tanto conservó el poder», pero no nos satisface la frase, lógicamente contradictoria, «El rey derrotó a los rebeldes, y por tanto perdió el poder», radica en el hecho de que la primera es conforme a nuestras teorías acerca de los resultados de una victoria militar, mientras que la segunda las contradice.

El estudio de la historia presupone siempre cierto grado de conocimiento universalmente válido. Este conocimiento, que constituye el instrumento conceptual del historiador, puede a veces parecer una banalidad a quien lo considere superficialmente. Pero un análisis más atento revelará a menudo que tal es la consecuencia necesaria de un sistema de pensamiento que abarca toda acción humana y todo fenómeno social. Por ejemplo, si se emplea una expresión como «hambre de tierra», «falta de tierra», u otras por el estilo, se hace implícitamente referencia a una teoría que, si se considera coherentemente hasta el final, conduce a la ley de los rendimientos decrecientes o, en términos más generales, a la ley de los rendimientos. En efecto, si esta ley no fuera válida, el campesino que quisiera obtener un rendimiento neto mayor no necesitaría disponer de mayor extensión de tierra. Con mayor cantidad de trabajo y de bienes de capital podría conseguir el mismo resultado que pretendía obtener con mayor extensión de terreno. En tal caso, la extensión del área disponible para el cultivo sería totalmente indiferente.

Sin embargo, no es solo en la historia y demás ciencias que se sirven de los instrumentos conceptuales de la investigación donde encontramos afirmaciones universalmente válidas sobre la acción humana. Este tipo de conocimiento

constituye también el fundamento de las ciencias normativas: ética, filosofía del derecho y jurisprudencia sistemática. La función primaria de la filosofía, de la filosofía del derecho y de la ciencia política es alcanzar un conocimiento universalmente válido de los fenómenos sociales. Si en este intento fracasan, la razón de ello hay que buscarla no solo en el hecho de que con frecuencia se alejan de su objetivo, dirigiéndose a otros, y —como la filosofía de la historia— en lugar de buscar lo que hay de universalmente válido en los acontecimientos particulares, se dedican a buscar el significado objetivo de las cosas. El factor determinante de su fracaso no es otro que el haberse servido, desde el principio, de un método científicamente infructuoso: en lugar de partir del individuo y de su acción, intentaron captar la totalidad. Lo que querían descubrir no era la regularidad dominante en la acción de los hombres, sino la totalidad del curso del desarrollo humano desde sus orígenes hasta el final de todas las cosas.

La psicología, al centrarse en el individuo, marcó el punto de partida correcto. Con todo, su camino va en una dirección diferente de la que sigue la acción humana. El objeto de esta última es la acción y cuanto se deriva de la acción, mientras que el objeto de la psicología está en los eventos psíquicos que dan lugar a la acción. La economía empieza allí donde la psicología acaba.

2. *Economía*

Las dispares y fragmentarias intuiciones de las propias ciencias históricas y normativas solo lograron su *status* científico con el desarrollo de la economía en el siglo XVIII. Cuando se comprendió que los fenómenos de mercado siguen determinadas leyes, se empezó a desarrollar la cataláctica y la

teoría del intercambio, que constituye el núcleo de la economía. Una vez elaborada la teoría de la división del trabajo, la ley de la asociación de Ricardo permitió conocer su naturaleza y significado, y por tanto la naturaleza y significado de la formación de la sociedad.

El desarrollo de la economía y de la sociología racionalista, desde Cantillon y Hume a Bentham y Ricardo, hizo más por la transformación del pensamiento humano que cualquier otra teoría científica anterior o posterior. Hasta ese momento se había creído que ningún límite, al margen de los trazados por las leyes de la naturaleza, podía circunscribir el camino del hombre en acción. Se ignoraba que hay algo más que pone un límite al poder político que este no puede traspasar. Y así se aprendió que también en el ámbito social existe algo operativo que el poder y la fuerza no pueden alterar y a lo cual deben adecuarse si pretenden tener éxito, cabalmente del mismo modo en que deben tener en cuenta las leyes de la naturaleza.

Esta toma de conciencia tuvo un enorme significado para la acción humana, pues condujo al programa y a la política del liberalismo, desencadenando aquellos poderes humanos que, con el capitalismo, transformaron el mundo. Pero fue precisamente la importancia práctica de las teorías de la nueva ciencia la que precipitó su ruina. Quien quería combatir la política económica liberal se veía obligado a desafiar el carácter de la economía como ciencia. Y así aparecieron sus enemigos por motivos políticos.

El historiador jamás debe olvidar que el acontecimiento más importante en la historia de los últimos cien años, esto es, el ataque lanzado contra la ciencia universalmente válida de la acción humana y su rama hasta ahora mejor desarrollada, la económica, estuvo desde el principio motivado no por ideas científicas, sino por consideraciones políticas. En todo caso, la ciencia de la acción humana por sí misma no

se ocupa de estos trasfondos políticos, sino de los argumentos en que basan su rechazo. Porque también ha sido atacada con argumentos objetivos. Su naturaleza seguirá siendo problemática mientras no se consiga aclarar la cuestión relativa a lo que esta ciencia es realmente y cuál es el carácter de sus proposiciones.

3. *El programa de la sociología y la cuestión de las leyes históricas*

Simultáneamente a los resultados derivados de la función de la ciencia de la acción humana recibimos las grandilocuentes declaraciones programáticas que reclamaban una ciencia de los fenómenos sociales. Los descubrimientos realizados por Hume, Smith, Ricardo, Bentham y muchos otros pueden considerarse como el inicio histórico y la base de un auténtico conocimiento científico de la sociedad. Sin embargo, el término «sociología» fue acuñado por Augusto Comte, que por lo demás no aportó contribución alguna a la ciencia social. Muchos autores junto a él y después de él insistieron también sobre la existencia de una ciencia de la sociedad, la mayoría de ellos sin apreciar lo que ya se había hecho para su fundación y sin concretar cómo habría que realizarla. Muchos se perdieron en vacías trivialidades, cuyo más espantoso ejemplo fue el intento de concebir la sociedad como un organismo biológico. Otros confeccionaron una supuesta sociedad para justificar sus esquemas políticos. Otros aún, por ejemplo el propio Comte, añadieron nuevas construcciones a la filosofía de la historia y llamaron al resultado sociología.

Estos profetas de una nueva época, que declararon haber descubierto por primera vez una ciencia del mundo social, no solo fracasaron en este campo que ellos declararon

que era el campo propio de su actividad, sino que, sin vacilación alguna, decidieron destruir la historia de todas las ciencias que emplean el método histórico. Fascinados por la idea de que la mecánica newtoniana constituye el modelo de todas las auténticas ciencias, pretendieron que la historia empezara a levantarse al mismo nivel de una ciencia exacta mediante la construcción de «leyes históricas».

Windelband, Rickert y su escuela se opusieron a estas pretensiones y pusieron claramente de relieve las particulares características de la investigación histórica. Sin embargo, sus argumentaciones carecían de fuerza por su incapacidad de concebir la posibilidad de un conocimiento universalmente válido en el ámbito de la acción humana. En su concepción, el campo de la ciencia social comprende solo la historia y el método histórico.² Consideraban los descubrimientos de la economía y la investigación histórica del mismo modo que la Escuela histórica, quedando así ligados al historicismo. No se percataron de que una óptica intelectual correspondiente al empirismo —al que habían atacado en el campo de las ciencias de la acción humana— va siempre de la mano con el historicismo.

4. *El punto de vista del historicismo*

En la concepción del historicismo el campo de la ciencia de la acción humana está constituido únicamente por la historia y el método histórico. El historicismo sostiene que es un esfuerzo baldío buscar regularidades universalmente válidas independientes del tiempo, lugar, raza, nacionalidad y cultura. Todo lo que la sociología y la economía pueden

² Véase *infra*, p. 128.

referirnos es la experiencia de un acontecimiento histórico, que puede ser invalidada por una nueva experiencia. Lo que ayer fue de un modo, mañana puede ser de otro. Todo conocimiento científico en el ámbito social deriva de la experiencia pasada, que siempre puede ser invertida por una nueva experiencia. Por tanto, el único método apropiado para las ciencias sociales es la «comprensión» específica de lo que históricamente es único. Y no existe ningún conocimiento cuya validez vaya más allá de una determinada época histórica o, a lo sumo, de varias épocas históricas.

No se puede mantener esta concepción hasta el final. Si se intenta, pronto o tarde se tendrá que admitir que hay algo en nuestro conocimiento que es anterior a la experiencia, algo cuya validez es independiente de las circunstancias de tiempo y lugar. Incluso Sombart, que es actualmente [1933] el más franco representante de la idea de que la economía debe hacer uso del método de la comprensión, tiene que reconocer que «en el ámbito de la cultura, y en particular de la sociedad humana, existen relaciones lógicamente necesarias». Él opina que estas relaciones «constituyen lo que nosotros llamamos la conformidad de la mente a la ley, y llamamos leyes a estos principios deducidos *a priori*».³ Así, sin quererlo y sin darse cuenta, Sombart admite todo cuanto sirve para probar la necesidad de una ciencia universalmente válida de la acción humana fundamentalmente diferente de las ciencias históricas de esta. Si estos principios y leyes existen, entonces tiene que existir también la correspondiente ciencia, y esta debe ser lógicamente anterior a cualquier otro tratamiento de estos problemas. No se trata simplemente de aceptar estos principios tal como se conciben en la vida diaria. Es absurdo

³ Werner Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, Múnich y Leipzig 1930, p. 253.

prohibir a la ciencia que entre en un campo y exigir tolerancia hacia los conceptos erróneos y hacia las ideas poco claras y contradictorias. Y Sombart no puede ofrecer otra cosa que algunas afirmaciones sarcásticas en apoyo de su rechazo a cualquier intento de tratar la economía como una teoría universalmente válida. Él opina que es «ocasionalmente muy divertido observar cómo una estupidez sin importancia, oculta tras una farragosa palabrería, se muestra en su miserable indigencia y casi suscita nuestro desdén». ⁴ Naturalmente, este no es el intento adecuado para defender el procedimiento adoptado por Sombart y otros partidarios del historicismo. Si, como Sombart admite expresamente, existen «conceptos económicos fundamentales [...] que son universalmente válidos para toda acción económica», ⁵ entonces no se puede prohibir a la ciencia que se ocupe de ellos.

Sombart admite aún más. Afirma explícitamente que «toda teoría es “pura”, es decir, independiente del tiempo y del espacio». ⁶ Disiente, pues, de Knies, que opone el «absolutismo de la teoría», esto es, su pretensión de formular propuestas sobre el método científico de la economía política, incondicionadas e igualmente válidas para todo tiempo, país y nacionalidad». ⁷

Tal vez se objetará que insistir en que la economía nos proporciona un conocimiento universalmente válido equivale a empujar una puerta abierta. Lamentablemente, tal reproche carece de justificación. A los ojos de muchos no es una cosa obvia. Cualquiera que haya emprendido la tarea

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, p. 247.

⁶ *Ibid.*, p. 298.

⁷ K. Knies, *Die politische Ökonomie vom geschichtlichen Standpunkte*, Braunschweig 1883, p. 24.

de presentar las enseñanzas del historicismo de una forma coherente ha sido por lo general incapaz de no ver, en algún punto del proceso, la imposibilidad de desarrollar sistemáticamente la doctrina. Sin embargo, la importancia del historicismo no consiste en los intentos, completamente fallidos, realizados para tratarlo como una teoría coherente. El historicismo, por su propia naturaleza, no es un sistema, sino el rechazo y la negación por principio de toda posibilidad de construir un sistema. Existe y actúa no dentro de la estructura de un sistema completo de pensamiento, sino en un *aperçu* crítico, en la propaganda de programas económicos y socio-políticos y, entre líneas, de estudios históricos descriptivos y estadísticos. La política y la ciencia de los últimos decenios han estado completamente dominadas por las concepciones del historicismo y del empirismo. Cuando se piensa que Wilhelm Lexis —que durante su vida gozó de la más alta consideración en los países de lengua alemana como teórico de los «aspectos económicos de la ciencia política»—, explicó la necesidad de economizar como característica específica de la producción en una economía monetaria,⁸ podrá ciertamente reconocerse la necesidad de insistir sobre la insostenibilidad del historicismo, antes aún de embarcarse en la tarea de afirmar el carácter lógico de la ciencia de la acción humana.

5. *El punto de vista del empirismo*

Es indiscutible que existe y debe existir una teoría apriorística de la acción humana. Y es igualmente incuestionable que la acción humana puede ser objeto de la investigación

⁸ Véase Wilhelm Lexis, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*, 3ª ed., Berlín y Leipzig 1926, p. 14.

histórica. La protesta de los historicistas consecuentes, que no admiten la posibilidad de una teoría independiente de las circunstancias de tiempo y lugar, no debe preocuparnos más que la pretensión del naturalismo, que para reconocer el carácter científico del conocimiento histórico pone como condición la posibilidad de afirmar leyes históricas.

El naturalismo presupone que las leyes empíricas pueden derivarse *a posteriori* del estudio de los datos históricos. A veces presupone que estas leyes son válidas al margen del tiempo y el lugar, otras veces que solo son válidas para ciertos periodos, países, razas o nacionalidades.⁹ La gran mayoría de los historiadores rechazan ambas versiones de esta doctrina. Esta es también generalmente rechazada por quienes son partidarios del historicismo y no admiten que, sin la ayuda de una teoría *a priori* de la acción humana, el historiador no sabrá cómo tratar su materia y le sería imposible resolver cualquiera de sus problemas. Estos historiadores sostienen por lo general que están en condiciones de desarrollar su trabajo totalmente al margen de cualquier teoría.

No es necesario solventar aquí si el historicismo conduce necesariamente a uno u otro punto de vista. Quien opina que la doctrina del historicismo no puede pensarse coherentemente hasta el final considera fútil semejante indagación. El único punto digno de notar es que existe una aguda oposición entre la concepción de los partidarios de la Escuela histórica y la de la mayoría de los historiadores. Mientras los primeros (los partidarios de la Escuela histórica) creen que pueden derivar leyes empíricas de los datos de la historia y llaman a la compilación de tales leyes sociología y economía, los últimos, es decir la mayoría de los

⁹ Para una crítica de este segundo punto de vista, véase *infra*, pp. 62 ss. y pp. 188 ss.

historiadores, en cambio, no están de acuerdo en que esto pueda hacerse.

Llamaremos empirismo a la tesis de quienes afirman la posibilidad de derivar leyes empíricas de los datos históricos. Por lo tanto, historicismo y empirismo no son lo mismo. Por lo general, aunque ciertamente no siempre, si los historiadores adoptan una posición cualquiera sobre el problema, profesan su adhesión al historicismo. Con pocas excepciones (Buckle, por ejemplo), estos se oponen al empirismo. Los partidarios de la Escuela histórica y de la Escuela institucionalista adoptan el punto de vista del historicismo, si bien consideran imposible sostener en su pureza esta doctrina apenas tratan de formularla de manera lógica y epistemológicamente coherente, y acaban casi siempre coincidiendo con el empirismo. Así, por lo general, existe un agudo contraste entre los historiadores y los economistas y sociólogos de la Escuela histórica.

La cuestión de la que ahora nos ocupamos no es ya si puede apreciarse en la acción humana una regularidad prevalente, sino si la observación de los hechos sin referencia alguna a un sistema de conocimiento apriorístico de la acción humana puede considerarse un método capaz de conducirnos al reconocimiento de semejante regularidad. ¿Puede la historia económica proporcionar los «materiales de construcción» de una teoría económica, como sostiene Schmoller?¹⁰ ¿Pueden los «descubrimientos de las descripciones especializadas de la historia económica convertirse en elementos de teoría y llevar a verdades universales? En relación con esto, no plantaremos la cuestión de la posibilidad de formular «leyes históricas» universales (que por tanto no serían leyes económicas), la cual ha sido ya

¹⁰ Schmoller, «Volkswirtschaft, Volkswirtschaftslehre und Methode», *Hand-wörterbuch der Staatswissenschaften*, 3.^a ed., VIII, 464.

discutida de manera exhaustiva.¹¹ Nos limitaremos a examinar si, por medio de la observación de los hechos, es decir por un método *a posteriori*, se puede llegar a afirmaciones del tipo exigido por el sistema de teoría económica.

El método empleado por las ciencias naturales para descubrir las leyes de los fenómenos empieza por la observación. Sin embargo, el paso decisivo se realiza solo con la formulación de hipótesis: una proposición no surge simplemente de la observación y de la experiencia, ya que estas nos presentan siempre y únicamente fenómenos complejos en los que diversos factores parecen estar tan estrechamente conexos que nos resulta imposible determinar qué papel debe atribuirse a cada uno de ellos. La hipótesis ya representa una elaboración intelectual de la experiencia sobre todo en su pretensión de validez universal, que es su característica decisiva. La experiencia que ha llevado a la construcción de la proposición está siempre limitada al pasado; es siempre expresión de un fenómeno que se ha producido en un lugar y en un tiempo particulares. Sin embargo, la pretendida validez universal de la proposición implica también su aplicabilidad a cualquier otro acontecimiento pasado o futuro. Se basa en una inducción imperfecta (no surgen teoremas universales de la inducción perfecta, sino tan solo descripciones de un acontecimiento producido en el pasado).

Las hipótesis deben ser continuamente verificadas a través de la experiencia. En un experimento esas hipótesis pueden ser generalmente sometidas a un particular método de examen. Varias hipótesis se relacionan entre sí en un sistema y todo lo que se deduce debe brotar lógicamente de ellas. Los experimentos se realizan repetidamente para

¹¹ En relación con las leyes históricas, véase *infra*, pp. 173 ss.

verificar las hipótesis en cuestión. Se controla si una nueva experiencia encaja en las expectativas requeridas por las hipótesis. Dos condiciones se precisan para este método de verificación: la posibilidad de controlar las condiciones en que se verifica el experimento y la existencia de relaciones constantes experimentalmente comprobables, cuyas magnitudes admitan una determinación numérica. Si queremos definir como verdadera una proposición de ciencia empírica (sea cual fuere el grado de certeza o probabilidad posible en una proposición derivada empíricamente), el cambio de las condiciones relevantes debe conducir en todos los casos observados a los resultados esperados; entonces podemos decir que poseemos los medios para probar la verdad de esa proposición.

Con respecto a la experiencia histórica, sin embargo, nos hallamos ante una situación totalmente distinta. Aquí nos falta la posibilidad no solo de efectuar un experimento controlado en orden a observar los determinantes individuales de un cambio, sino también de descubrir las constantes numéricas. Podemos observar y experimentar el acontecimiento histórico solo como resultado de la acción combinada de innumerables causas individuales que no podemos distinguir según sus magnitudes. Jamás encontramos relaciones fijas susceptibles de un cálculo numérico. La propia hipótesis, largamente abrigada, de que existe una relación proporcional, que puede expresarse por medio de una ecuación, entre precios y cantidad de dinero ha resultado falaz; y así ha perdido su único apoyo la pretensión de poder formular en términos cuantitativos el conocimiento de la acción humana.

Quien desee derivar las leyes de la acción humana de la experiencia debe poder demostrar cómo determinadas situaciones influyen en ella cuantitativa y cualitativamente. Ha sido la psicología la que generalmente se ha ocupado

de tal demostración, y por esta razón todos los que asignan esta tarea a la psicología y a la economía tienden a sugerirles el método psicológico. Además, por método psicológico estos entienden no lo que —de manera más bien inapropiada e incluso engañosa— ha sido llamado psicológico en el método de la Escuela austriaca, sino más bien los procedimientos y descubrimientos de la propia psicología científica.

En todo caso, la psicología ha fracasado en este campo. Empleando sus propios métodos, puede desde luego observar, a la manera de las ciencias biológicas, las reacciones inconscientes a los estímulos. Pero, a parte de esto, no puede efectuar nada que pueda llevar al descubrimiento de leyes empíricas. Puede establecer cómo determinados hombres se han comportado en determinadas situaciones del pasado y deducir de sus descubrimientos que la conducta será similar si hombres semejantes se encuentran en el futuro en situaciones parecidas. Puede decirnos cómo se han comportado los estudiantes ingleses en las últimas décadas ante una situación determinada, por ejemplo ante un mendigo lisiado. Pero este tipo de información nos dice muy poco acerca de la conducta de los estudiantes ingleses en decenios futuros o acerca de la conducta de los estudiantes franceses o alemanes. La psicología solo puede establecer la aparición de un incidente histórico: los casos observados han mostrado esto o aquello, pero las conclusiones derivadas de los casos observados, referentes a los estudiantes ingleses de un determinado periodo, no se justifican lógicamente cuando se aplican a otros casos del mismo carácter lógico y etnológico que no se han observado.

Todo lo que nos enseña la observación es que la misma situación tiene un efecto distinto sobre hombres diferentes. El intento de organizar a los hombres en clases cuyos miembros reaccionan todos de la misma manera no ha

tenido éxito, porque también los mismos hombres reaccionan de manera distinta en tiempos distintos, y no hay forma de atribuir reacciones inequívocamente específicas a diferentes épocas o a otros periodos y condiciones de la vida objetivamente distintas. Por consiguiente, no hay posibilidad alguna de adquirir el conocimiento de una regularidad en los fenómenos a través de este método. Esto es lo que se piensa cuando se habla de libre albedrío, de la irracionalidad de lo que es humano, espiritual o histórico, de individualidad en la historia, y de la imposibilidad de comprender racionalmente la vida en su plenitud y diversidad. La misma idea se expresa cuando se afirma que no podemos establecer cómo la acción del mundo externo influye sobre nuestra mente, nuestra voluntad y nuestra acción. De lo que se sigue que la psicología, en la medida en que se ocupa de estas cosas, es historia o, en la terminología de la filosofía alemana corriente, una ciencia moral.

Quienquiera que declare que el método de comprensión histórica empleado por las ciencias morales es también apropiado para la economía debería ser consciente de que este método jamás podrá conducir al descubrimiento de leyes empíricas. La comprensión es precisamente el método que las ciencias históricas (en el más amplio sentido del término) emplean al tratar de lo único, lo no repetible, es decir de lo que es simplemente histórico. La comprensión consiste en la captación mental de algo que no somos capaces de situar bajo unas reglas y explicarlo por ellas.¹² Esto es así no solo en el campo tradicionalmente definido como historia universal, sino también en todos los campos específicos, sobre todo de la historia económica. La postura adoptada por la escuela empírica alemana de economía en su

¹² *Infra*, pp. 197 ss.

lucha contra la teoría económica es insostenible también desde el punto de vista de la lógica de las ciencias históricas, tal como ha sido expuesta por Dilthey, Windelband, Rickert y Max Weber.

En las ciencias empíricas el experimento controlado es indispensable para derivar proposiciones *a posteriori*, siempre que la experiencia presente solo fenómenos complejos en que el efecto lo producen distintas causas concatenadas. En la experiencia histórica podemos observar solo fenómenos complejos, sin que a tal situación sea aplicable un experimento. A veces se dice que un *Gedankenexperiment* (experimento mental) podría sustituirlo. Pero un experimento mental, lógicamente considerado, tiene un significado totalmente distinto de un experimento real. Comporta una reflexión sobre las implicaciones de una proposición a la luz de su compatibilidad con otras proposiciones que tomamos por verdaderas. Si estas otras proposiciones no se derivan de la experiencia, entonces el experimento mental no hace referencia a la experiencia.

6. *El carácter lógico de la ciencia, universalmente válida, de la acción humana*

La ciencia de la acción humana que se esfuerza por alcanzar un conocimiento válido universalmente es el sistema teórico cuya rama mejor desarrollada hasta ahora es la economía. En todas sus ramas esta ciencia es *a priori*, no empírica. Como la lógica y las matemáticas, no deriva de la experiencia, sino que es anterior a ella. Es, por decirlo así, la lógica de la acción y del acto.¹³

¹³ Varios grandes economistas fueron al mismo tiempo grandes lógicos: Hume, Whately, John Stuart Mill y Stanley Jevons.

El pensamiento humano está al servicio de la vida humana y de la acción. No es el pensamiento absoluto, sino la premeditación dirigida a la realización de actos y a la reflexión sobre estos. Por tanto, en último análisis, la lógica y la ciencia universalmente válida de la acción humana son una y la misma cosa. Si las separamos, de modo que la lógica y la práctica se opongan, debemos mostrar en qué punto divergen sus caminos y dónde hay que situar el territorio específico de la ciencia de la acción humana.

Una de las tareas que la mente humana tiene que afrontar para cumplir su función es la de comprender las condiciones en que la acción humana se desenvuelve. Tratar estas en sus detalles concretos es función de las ciencias naturales y, en cierto sentido, también de la historia y de más ciencias históricas. Por otro lado, nuestra ciencia se desentiende de lo accidental y solo considera lo esencial. Su objetivo es la comprensión de lo universal, y su procedimiento es formal y axiomático. Contempla la acción y las condiciones en que esta se produce no en su forma concreta, tal como la encontramos en la vida diaria, ni en su marco real, tal como la vemos en cada una de las ciencias naturales y en la historia, sino como construcción formal que nos permite captar los modelos de la acción humana en su pureza.

Solo la experiencia nos permite conocer las condiciones particulares de la acción en su forma concreta. Solo la experiencia nos dice que existen leones y microbios y que esta existencia plantea al hombre infinitos problemas en su acción; y sería absurdo, al margen de la experiencia, abandonarse a especulaciones sobre la existencia de alguna bestia legendaria. La existencia del mundo externo nos llega a través de la experiencia; y si nosotros perseguimos determinados planes, solo la experiencia puede decirnos cómo debemos obrar ante el mundo externo en situaciones concretas.

Sin embargo, lo que nosotros conocemos sobre nuestra acción en determinadas condiciones no deriva de la experiencia sino de la razón. Lo que sabemos acerca de las categorías fundamentales de la acción —actuar, economizar, preferir, relación entre medios y fines, y cualquier otra cosa que junto con estas constituye el sistema de la acción humana— no deriva de la experiencia. Nosotros conocemos todo esto desde dentro, tal como conocemos las verdades lógicas y matemáticas, *a priori*, sin referencia alguna a la experiencia. Jamás podría la experiencia conducir a alguien al conocimiento de estas cosas si él no las comprendiera ya dentro de sí mismo.

Como categoría *a priori*, el principio de acción está en el mismo plano que el principio de causalidad. Se halla presente en todo conocimiento de cualquier comportamiento que vaya más allá de la mera reacción inconsciente. «En el principio fue la acción». En nuestra visión el concepto de hombre es sobre todo el concepto de un ser que actúa. Nuestra conciencia es la de un *ego* capaz de actuar y que actúa. El hecho de que nuestros actos sean intencionados los convierte en acciones. Nuestro pensar acerca del hombre y su conducta, nuestra conducta respecto a los demás y respecto a nuestra circunstancia en general, presupone la categoría de acción.

Sin embargo, somos totalmente incapaces de pensar en esta fundamental categoría y en el sistema deducido de ella sin pensar también, al mismo tiempo, en los prerequisites universales de la acción humana. Por ejemplo, no podemos captar el concepto de acción económica y de economía sin implicar en nuestro pensamiento el concepto de relaciones económicas cuantitativas y el concepto de bien económico. Solo la experiencia puede decirnos si estos conceptos son o no aplicables a cualquier condición en que nuestra vida es realmente vivida. Solo la experiencia nos dice que

no todas las cosas del mundo exterior son bienes libres. Pero no es la experiencia sino la razón, que es anterior a la experiencia, la que nos dice qué es un bien libre y qué es un bien económico.

Por consiguiente, se puede construir, mediante el método axiomático, una praxeología universal tan general que su sistema abarque no solo todos los modelos de acción en el mundo en que actualmente nos encontramos, sino también las formas de acción en mundos cuyas condiciones son puramente imaginarias y no corresponden a experiencia alguna. Una teoría del dinero tendría seguramente significado aun cuando en el curso de la historia no hubiera existido ningún tipo de cambio indirecto. El hecho de que semejante teoría no tuviera ninguna importancia práctica en un mundo que no usa dinero en modo alguno impide que sean verdad sus afirmaciones. Puesto que nosotros estudiamos la ciencia en razón de la vida real —y debemos recordar que el deseo de un conocimiento puro por sí mismo es también parte de la vida— y no como una especie de gimnasia mental, generalmente no nos importa perseguir la satisfacción que puede ofrecernos un perfecto y total sistema de axiomas sobre la acción humana, un sistema tan universal que pueda comprender todas las categorías pensables de las condiciones de la acción, sino que nos contentamos con el sistema menos universal que se refiere a las condiciones del mundo de la experiencia.

Con todo, esta referencia a la experiencia en modo alguno afecta al carácter apriorístico de nuestro conocimiento. En conexión con esto, la experiencia no atañe en nada a nuestro conocimiento. Todo lo que debemos a la experiencia es la demarcación de aquellos problemas que consideramos con interés frente a los que preferimos dejar a un lado porque no interesan desde el punto de vista de nuestro deseo de conocer. Por consiguiente, la experiencia no

se refiere siempre a la existencia o no de las condiciones de la acción, sino a menudo solo a la presencia de un interés por el tratamiento de un problema. En la experiencia no existe una comunidad socialista; sin embargo, la investigación de la economía de semejante comunidad es un problema que en nuestro tiempo suscita el mayor interés.

Una teoría de la acción podría imaginarse suponiendo que los hombres carecen de la posibilidad de comprenderse unos a otros por medio de símbolos, o bien suponiendo que los hombres —inmortales y eternamente jóvenes— son indiferentes en muchos respectos al paso del tiempo y por lo tanto no lo tienen en cuenta en su acción. Los axiomas de la teoría podrían encuadrarse idealmente en tales términos universales que abarquen aquellas y todas las demás posibilidades; y puede también pensarse en diseñar un sistema praxeológico formal modelado sobre la ciencia de la lógica o la ciencia construida sobre los axiomas de, por ejemplo, la geometría de Gilbert.¹⁴ Nosotros prescindimos de estas posibilidades porque las condiciones que no corresponden a las que encontramos en nuestra acción solo nos interesan en la medida en que detenerse en sus implicaciones en construcciones imaginarias nos permite profundizar en nuestra acción en determinadas condiciones.

El método que efectivamente emplean los economistas en el tratamiento de sus problemas puede verse con especial claridad en el caso del problema de la imputación. Se puede concebir la formulación de la teoría de la valoración y del precio de los factores de producción (bienes de orden superior, bienes producidos) en términos lo más

¹⁴ Véase Eugen Slutsky, «Ein Beitrag zur formal-praxeologischen Grundlegung der Ökonomik», *Annales de la classe des sciences sociales-économiques*, Kiev: Academia Ucrainiana de Ciencias, 1926, IV.

generales posible, de suerte que, por ejemplo, podemos trabajar solo con un concepto no cualificado, v.gr. medios de producción. Entonces se podría elaborar la teoría de tal forma que los tres factores de producción que se enumeran en la presentación ordinaria aparezcan como casos excepcionales. Pero nosotros procedemos de un modo diferente. No nos interesa formular una teoría de la imputación universal de los medios de producción como tal, sino proceder inmediatamente al tratamiento de las tres categorías de los medios de producción: tierra, trabajo y capital. Esta práctica está plenamente justificada por el objeto de nuestra investigación, que nunca debemos olvidar.

Ahora bien, la renuncia a la universalidad y a la precisión axiomática también esconde muchos peligros, que no siempre ha sido posible evitar. No es solo la teoría marxista de las clases¹⁵ la que no ha conseguido captar el carácter categorial de cada uno de estos grupos específicos de factores de la producción. En realidad, ya se observó que la peculiaridad de la tierra como factor de producción radica en la diferencia en la utilidad de las distintas parcelas, contemplada desde el punto de vista de los objetivos de la acción; la teoría de la renta nunca dejó de considerar el hecho de que la tierra se valora de manera diferente según su calidad y ubicación. Pero la teoría de los salarios pasó por alto el hecho de que el trabajo también es de calidad e intensidad diversas y que en el mercado no hay nunca una oferta y una demanda de «trabajo» como tal, sino solo una oferta y una demanda de carácter específico. Después de reconocer este hecho, se intentó evitar las consecuencias suponiendo que lo que constituye el grueso de la oferta y de lo que hay mayor demanda es la mano de obra

¹⁵ Sobre este punto véase mi *Socialism*, New Haven 1951, pp. 331 ss. led. española: *El socialismo*, Unión Editorial, 5.ª ed., 2005l.

no especializada y que puede ignorarse la mano de obra especializada y «más alta». La teoría de los salarios se habría ahorrado muchos errores si hubiera tenido en cuenta la función que el tratamiento especial del trabajo debe cumplir en la teoría de la distribución y hasta qué punto resulta necesario no hablar de mano de obra en general, sino de la mano de obra de una determinada cualidad que se oferta y se demanda en un determinado momento, en un determinado puesto de trabajo. Más difícil aún ha sido para la teoría del capital liberarse de la idea de capital abstracto, cuando la diferencia de categoría entre tierra, trabajo y capital ya no se cuestiona, sino que debe tomarse en consideración la valoración de precisos los bienes de capital, ofrecidos o demandados en un determinado tiempo y lugar. Igualmente en la teoría de la distribución y en la teoría de la imputación no ha sido fácil sacudirse la influencia del punto de vista universalista.¹⁶

Nuestra ciencia trata de las formas y modelos de acción bajo las diversas categorías de sus condiciones. Esto no significa que estemos diseñando un plan para una ciencia futura. No sostenemos que la ciencia de la acción humana deba ser apriorística, sino que es tal en la realidad. No pretendemos descubrir un nuevo método, sino solo caracterizar correctamente el método que realmente se usa. Los teoremas de la economía se derivan no de la observación de los hechos, sino a través de la deducción de las categorías fundamentales de la acción, que a veces se ha expresado como principio económico (esto es la necesidad de economizar), a veces como el principio del valor o como el principio del coste. Son de derivación apriorística, por

¹⁶ Sobre el punto de vista colectivista véase *infra*, pp. 225 ss. Para una especial aplicación del razonamiento expuesto en el texto a la teoría del capital, véase *infra*, pp. 305 ss.

lo que reivindican la certeza apodíctica que pertenece a los principios básicos así derivados.

7. *Sociología y economía: Algunos comentarios sobre la historia del pensamiento económico*

En sociología, y sobre todo en economía, es donde encontramos la ciencia universalmente válida de la acción humana. Lo que hasta el presente se ha realizado en esta ciencia debe considerarse teoría de la sociedad o economía en sentido tradicional. Los nombres son designaciones convencionales que en modo alguno pueden directamente —es decir, sin referencia a una terminología ya existente— expresar la esencia de lo que se designa, como exigiría una opinión todavía muy extendida. Por consiguiente, no es cuestión de examinar si los términos «economía» (teoría de la economía) y «sociología» (teoría de la sociedad) son apropiados para aplicarse a la ciencia universalmente válida de la acción humana. Heredados del pasado, han acompañado a la ciencia en su camino hacia el desarrollo de un sistema teórico completamente comprensivo. De ahí que estos términos, en concordancia con la forma en que se acuñan las palabras, se refieran al punto de partida histórico de la investigación y no a la fundamentación lógica de la teoría desarrollada o a la idea central de la propia teoría. Lamentablemente, este hecho no siempre ha sido apreciado y se han efectuado repetidos intentos para definir y comprender el ámbito y la función de la ciencia en su sentido terminológico. En el sentido de una cruda forma de realismo conceptual, la sociedad ha sido indicada como el objeto asignado a la sociología y la economía, en cuanto aspecto económico de la cultura, como objeto de la teoría económica. Y así no se ha ahorrado ningún esfuerzo en el intento

de verificar lo que ante todo son realmente la sociedad y la economía.

Si hoy podemos adoptar la idea de que el objeto de nuestra ciencia es la acción humana sin temor a suscitar mayor hostilidad de la que pueda encontrar cualquier teoría científica, ello se debe a la labor de diversas generaciones de estudiosos. Las investigaciones de pensadores tan diferentes como Cairnes, Bagehot, Menger, Max Weber y Robbins demuestran que todos ellos fueron guiados por esta idea. En la perspectiva de la historia de la ciencia, es comprensible que la exigencia de la economía de ser apriorística y no empírica pueda sin embargo suscitar aún oposición porque la literatura existente solo superficialmente ha preparado el camino. Los doscientos años en que ha tenido lugar el desarrollo de nuestra ciencia no han sido favorables al reconocimiento de un nuevo campo de conocimiento apriorístico. El éxito alcanzado por el uso de los métodos empíricos de las ciencias naturales y por la cuidadosa investigación de las fuentes por parte de las ciencias históricas ha atraído de tal manera la atención que se han dejado de lado los avances que las ciencias apriorísticas han protagonizado en el mismo tiempo, aunque sin ellas el progreso experimentado por el mundo empirista no habría sido posible. Una época que se ufanó de negar el carácter apriorístico incluso de la lógica no estaba ciertamente preparada para reconocer el carácter apriorístico de la praxeología.

Una ojeada a las teorías de Senior, John Stuart Mill, Cairnes y Wieser muestra que, a pesar de distintas terminologías y de los puntos de vista diferentes sobre el carácter lógico de la economía y de su lugar entre las ciencias, la concepción de la misma como disciplina apriorística no era, de hecho, muy distinta de la posición adoptada no solo por los economistas, sino también por los representantes de la teoría subjetiva del valor. Sin embargo, en rela-

ción con esto, debemos procurar no sacar conclusiones demasiado radicales de sus afirmaciones, en razón de los profundos cambios que desde entonces se han producido en la concepción de las cuestiones lógicas y metodológicas fundamentales y, correlativamente, también en la terminología de la literatura dedicada a su tratamiento.

Según Senior, no hay duda de que la ciencia de la economía «depende más del razonamiento que de la observación». ¹⁷ Con respecto al método del economista, afirma: «Sus premisas consisten en unas pocas proposiciones generales, resultado de la observación y de la propia conciencia, y que apenas precisan de prueba y ni siquiera de declaraciones formales, porque todos, apenas las oyen, las admiten como familiares a sus pensamientos, o al menos incluidas en su pensamiento previo». ¹⁸ Tanto la observación del mundo externo como la propia conciencia se mencionan como fuentes de nuestro conocimiento. Se dice, sin embargo, que estas proposiciones, que se originan en el interior, son inmediatamente evidentes o se deducen necesariamente de proposiciones inmediatamente evidentes. Por consiguiente, se da una derivación *a priori* y no dependen de la experiencia, a menos que se quiera llamar conocimiento apriorístico a la experiencia interna.

John Stuart Mill reconoce solo la ciencia empírica y rechaza en principio «un supuesto modo de filosofar que no reconoce estar basado en absoluto en la experiencia». Distingue dos métodos de pensamiento científico: el método *a posteriori*, «que requiere como base de sus conclusiones no simplemente la experiencia, sino una experiencia específica», y el método *a priori*, por el que entiende «el razonamiento a partir de una hipótesis». Además, dice de este

¹⁷ Nassau William Senior, *Political Economy*, 6.ª ed., Londres 1872, p. 5.

¹⁸ *Ibid.*, p. 3.

segundo método que «no es una práctica confinada a las matemáticas, sino que pertenece a la esencia de toda ciencia que admite un razonamiento general». La economía política debe caracterizarse «como esencialmente una ciencia abstracta, y su método es un método *a priori*». ¹⁹

Nos llevaría lejos de nuestro tema analizar lo que hoy nos separa en la concepción milliana del *a priori* y de la economía. En opinión de Mill, incluso los axiomas son «solo una clase, la clase más universal, de la inducción a partir de la experiencia»; en realidad, la lógica y la matemática son ciencias empíricas. ²⁰ Así como la geometría «presupone una definición arbitraria de la línea: algo que tiene longitud pero no anchura», así también «la economía política presupone una definición arbitraria del hombre como un ser que universalmente hace aquello por lo que puede obtener la mayor cantidad de cosas necesarias, de comodidades y de lujos, con la menor cantidad de trabajo y de auto-negación física, en el estado actual del conocimiento». ²¹ Lo único importante que aquí nos interesa señalar es que Mill coloca la lógica, la matemática y las «ciencias morales» en la categoría de disciplinas para las que el método apropiado es el «método *a priori*». Para las «ciencias morales» es el «único método», porque la imposibilidad de hacer experimentos impide «el método *a posteriori*». ²²

Tampoco el contraste que Cairnes establece entre método inductivo y método deductivo corresponde a la distinción que nosotros establecemos entre empirismo y aprio-

¹⁹ John St. Mill, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, 3.ª ed., Londres 1877, p. 143.

²⁰ John St. Mill, *System of Logic Ratiocinative and Inductive*, 8.ª ed., Londres 1872, I, pp. 290 ss.

²¹ Mill, *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, p. 144.

²² *Ibid.*, pp. 146 ss.

rismo. Su terminología es la de la filosofía de su tiempo, totalmente bajo la influencia del empirismo y del psicologismo. Cuando Cairnes procede a responder a la cuestión de si la economía debe estudiarse según el método deductivo o —como suele hacerse generalmente— según el método inductivo, y concluye atribuyendo la preferencia al primero, emplea una terminología tan alejada de la lógica y la epistemología modernas que se precisa un atento análisis para traducir el significado de las palabras a un lenguaje familiar a un lector contemporáneo. Pero su significado real, aunque formulado en términos diferentes, está más próximo a nuestra concepción de lo que podría parecer a primera vista. Cairnes señala que la posición del científico natural y la del economista en relación con el objeto de sus investigaciones son totalmente diferentes. No hay otro método viable para la ciencia natural que la investigación inductiva —nosotros diríamos: empírica—, pues «el hombre no posee un conocimiento directo de los últimos principios físicos».²³ El caso es distinto para el economista, el cual «parte de un conocimiento de las causas fundamentales».²⁴ Poseemos un «conocimiento directo [...] de las causas en nuestra consciencia de lo que pasa en nuestra propia mente, y en la información que nuestros sentidos nos transmiten, o al menos son capaces de transmitir, de los hechos externos».²⁵ Así, el economista se encuentra ya «al comienzo de sus investigaciones [...] en posesión de aquellos últimos principios que gobiernan los fenómenos que constituyen el objeto de su estudio».²⁶

²³ John Elliott Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economy*, 3.^a ed., Londres 1888, p. 83.

²⁴ *Ibid.*, p. 87.

²⁵ *Ibid.*, p. 88.

²⁶ *Ibid.*, pp. 89 ss.

De manera incluso más clara que Cairnes, Wieser tiende hacia la concepción de que la economía es una ciencia apriorística. No consigue llegar a esta conclusión solo porque las teorías epistemológicas le cerraban el camino.²⁷ La función de la teoría económica, según Wieser, consiste «esencialmente en explicar y desarrollar el contenido de la experiencia económica común». La conciencia de todo ser humano económicamente activo, prosigue, está formada por un «fondo de experiencias que son posesión común de todo el que participa en la economía. Hay experiencias que todo teórico encuentra ya en sí sin que previamente tenga que recurrir a especiales procedimientos científicos. Son experiencias relativas a los hechos del mundo exterior, como, por ejemplo, la existencia de bienes y sus órdenes; experiencias relativas a hechos de carácter interior, tales como la existencia de necesidades humanas, y relativas a las consecuencias de este hecho; y experiencias concernientes al origen y al curso de la acción económica por parte de la mayoría de los hombres». El campo de la teoría económica se extiende «exactamente tan lejos como la experiencia común. La tarea del teórico termina siempre allí donde acaba la experiencia común y donde la ciencia debe reunir sus observaciones mediante la investigación histórica o estadística o cualquier otro modo que se estime oportuno».²⁸

Es evidente que lo que Wieser llama «experiencia común», en contraposición al otro tipo, no es la experiencia

²⁷ Las investigaciones pioneras de Menger perdieron posteriormente cierta fuerza por su dependencia respecto al empirismo y al psicologismo de Mill. A este respecto, desearía subrayar que empleo términos como «empirismo» e «historicismo», etc., sin ninguna connotación de un juicio de valor. Véase Edmund Husserl, *Logische Untersuchungen*, 3.ª ed., Halle 1922, I, p. 52, nota a pie de página.

²⁸ Friedrich von Wieser, «Theorie der gesellschaftlichen Wirtschaft», *Grundriss der Sozialökonomik*, Tübinga 1914, p. 133.

de la que se ocupan las ciencias empíricas. El método de la economía, que el propio Wieser llama método psicológico, pero que al mismo tiempo distingue netamente de la psicología, consiste según él en «mirar fuera desde el interior de la conciencia», mientras que el científico natural (y por tanto la ciencia empírica) observa los hechos «solo desde fuera». Wieser ve el error capital de Schumpeter precisamente en su creencia de que el método de las ciencias naturales está indicado también para la teoría económica. La economía, sostiene Wieser, constata que «ciertos actos se cumplen en la conciencia con una sensación de necesidad». ¿Por qué, entonces, «se ha de acudir a la molestia de derivar una ley de una larga cadena de inducción, si cada uno oye claramente la voz de la ley dentro de él mismo?».²⁹

Lo que Wieser llama la «experiencia común» hay que distinguirlo netamente de la experiencia adquirida «a través de observaciones recogidas a la manera de los estudios históricos y estadísticos». Evidentemente, esta no es experiencia en el sentido de las ciencias empíricas, sino exactamente lo opuesto: es lo que lógicamente precede a la experiencia y es, en realidad, una condición y presuposición de toda experiencia. Cuando Wieser trata de demarcar la teoría económica del tratamiento histórico, descriptivo y estadístico de los problemas económicos, emprende un camino que debe llevar, si se sigue coherentemente, al reconocimiento del carácter apriorístico de la teoría económica. Por supuesto, no debe extrañarnos que el propio Wieser no haya llegado a esta conclusión. Fue incapaz de liberarse de la influencia de la epistemología psicologista

²⁹ Friedrich von Wieser, «Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie», *Gesammelte Abhandlungen*, ed. de F.A. Hayek, Tubinga 1929, p. 17.

de Mill, que atribuye un carácter empírico también a las leyes del pensamiento.³⁰

II. ÁMBITO Y SIGNIFICADO DE UN SISTEMA DE TEOREMAS *A PRIORI*

1. *El concepto básico de acción y sus condiciones categoriales*

El punto de partida de nuestro razonamiento no es la economía, sino la acción económica, o, como también se dice con redundancia, la acción racional. La acción humana es una conducta consciente por parte de un ser humano. Conceptualmente, puede distinguirse neta y claramente de la actividad inconsciente, aun cuando en algunos casos tal vez sea difícil determinar si un dado comportamiento deba ser asignado a una u otra categoría.

Como hombres que piensan y actúan, nosotros formulamos el concepto de acción. Al captar este concepto, inmediatamente captamos también los conceptos estrechamente relacionados de valor, riqueza, intercambio, precio y coste. Todos ellos están implícitos en el concepto de acción, y junto a ellos los conceptos de valoración, escala de valores e importancia, escasez y abundancia, ventaja y desventaja, éxito, beneficio y pérdida. La articulación lógica de todos estos conceptos y categorías, derivados sistemáticamente de la categoría fundamental de acción, y la demostración

³⁰ Entre las obras más recientes dedicadas a la lógica y la metodología de la acción humana están las de Karel Englis: *Grundlagen des wirtschaftlichen Denkens*, Brünn 1925; *Begründung der Teleologie als Form des empirischen Erkennens*, Brünn 1930; y *Teleologische Theorie der Staatswirtschaft*, Brünn 1933. La oposición entre causalidad y teleología, que es la principal preocupación de Englis, no entran en el ámbito de los problemas que aquí se tratan.

de la relación necesaria entre ellos constituye la primera tarea de nuestra ciencia. La parte que trata de la teoría elemental del valor y del precio sirve como punto de partida de su exposición. No hay duda sobre el carácter apriorístico de estas disciplinas.

El prerrequisito más general de la acción es un estado de insatisfacción, por un lado, y, por otro, la posibilidad de eliminarlo o aliviarlo mediante la acción. (La satisfacción perfecta y su concomitante, la ausencia de cualquier estímulo al cambio o a la acción, pertenece propiamente al concepto de un ser perfecto. Pero este supera la capacidad de comprensión humana. Un ser perfecto no actúa.) Solo esta condición más general está implícita necesariamente en el concepto de acción. Las demás condiciones categoriales de la acción son independientes del concepto básico; no son prerrequisitos esenciales de la acción concreta. Si están o no presentes en un caso particular solo puede decirlo la experiencia. Pero cuando están presentes, la acción cae necesariamente bajo determinadas leyes que derivan de la determinación categorial de estas ulteriores condiciones.

Es un hecho empírico que el hombre envejece y muere, y por tanto no puede ser indiferente al paso del tiempo. Que tal ha sido la experiencia del hombre sin excepción, que no tengamos la más mínima evidencia de lo contrario y que casi ninguna otra experiencia tiene de manera más evidente su raíz en una ley de la naturaleza, todo esto no cambia en modo alguno su carácter empírico. El hecho de que el paso del tiempo sea una de las condiciones bajo las cuales se produce la acción se establece empíricamente y no *a priori*. Podemos sin contradicción concebir acciones por parte de seres inmortales que no envejecen. Pero en la medida en que tomamos en consideración la acción del hombre que no es indiferente al paso del tiempo, y que por tanto lo economiza porque es importante para él si

obtiene un fin deseado antes o después, debemos atribuir a su acción todo lo que se sigue necesariamente de la naturaleza categorial de tiempo. El carácter empírico de nuestro conocimiento de que el paso del tiempo es una condición de cualquier acción no afecta en absoluto al carácter apriorístico de las conclusiones que necesariamente se siguen de la introducción de la categoría de tiempo. Al margen de lo que se derive necesariamente del conocimiento empírico —por ejemplo, las proposiciones de la teoría del tipo de interés— todo ello queda fuera del campo del empirismo.

Si el intercambio de bienes económicos (en sentido amplio, que incluye también los servicios) se produce directamente como en el trueque, o indirectamente, a través de un medio de cambio, solo puede establecerse empíricamente. Sin embargo, cuando y en la medida en que emplean los medios de cambio, todas las proposiciones que son esencialmente válidas respecto al cambio indirecto deben considerarse verdaderas. Todo lo que afirman la teoría cuantitativa del dinero, la teoría de la relación entre cantidad de dinero e interés, la teoría de los medios fiduciarios y la teoría que establece una relación entre circulación del crédito y ciclos económicos resulta entonces inseparablemente conexo con la acción. Todos estos teoremas siguen siendo significativos, aunque nunca hubiera habido un cambio indirecto, si bien la importancia heurística de la experiencia para el análisis de la acción debe tenerse en cuenta. Acaso si nunca hubiera habido cambio indirecto, no habríamos podido concebirlo y estudiarlo en todas sus ramificaciones. Pero esto de ningún modo cambia el carácter apriorístico de nuestra ciencia.

Todas estas consideraciones nos permiten valorar críticamente la tesis de que todas o la mayor parte de las doctrinas de los economistas valen solo para un limitado periodo

de la historia y de que, por consiguiente, los teoremas cuya validez está limitada histórica o geográficamente deberían sustituir, o por lo menos integrar, a los de la teoría universalmente válida. Todas las proposiciones establecidas por esta se mantienen mientras las condiciones que presuponen y definen de manera precisa estén presentes. Cuando tal es el caso, las proposiciones valen sin excepción, lo cual significa que estas proposiciones se refieren a la acción en cuanto tal; esto es, que presuponen solo la existencia de un estado de insatisfacción, por un lado, y la reconocida posibilidad, por otro, de superar este estado mediante el comportamiento consciente, y que, por tanto, las leyes elementales del valor son válidas sin excepción para todas las acciones humanas. Cuando una persona aislada actúa, su acción se verifica de acuerdo con las leyes del valor. Cuando además se introducen en la acción bienes de orden superior, todas las leyes de la teoría de la imputación mantienen su validez. Allí donde se verifica el cambio indirecto, valen todas las leyes de teoría monetaria. Allí donde se crean medios fiduciarios, valen todas las leyes de los medios fiduciarios (la teoría del crédito). Y no valdría la pena expresar este hecho diciendo que las doctrinas de la teoría del dinero son aplicables solo en aquellos periodos de la historia en que tiene lugar el cambio indirecto.

Sin embargo, el caso es totalmente distinto de la tesis de aquellos que subordinan la teoría a la historia. Lo que ellos sostienen es que las proposiciones derivadas de la teoría universalmente válida no son aplicables a los periodos históricos en que se hallan presentes las condiciones presupuestas por la teoría. Afirman, por ejemplo, que las leyes de la determinación del precio de una época son diferentes de las de otra. Asimismo, que las proposiciones de la teoría de los precios, tal como son desarrolladas por la economía subjetiva, se aplican solo en una economía

libre, però que no tienen validez alguna en una época de mercados protegidos, organizaciones e intervención del gobierno.

De hecho, la teoría de los precios explica los principios que rigen la formación de los precios de monopolio. Demuestra que todo precio debe ser o precio de monopolio o precio competitivo, sin que pueda haber un tercer tipo de precio. En la medida en que los precios de un mercado protegido son precios de monopolio se forman en consonancia con las leyes del precio de monopolio. Una competencia limitada y manipulada que no lleve a la formación de precios de monopolio no ofrece especial problema para la teoría. La formación de los precios competitivos es fundamentalmente independiente de la amplitud de la competencia. El que la competencia en un determinado caso sea mayor o menor es un dato que la teoría no debe tomar en cuenta, pues en ella se trata de condiciones categoriales, no de condiciones concretas. La extensión de la competencia en un caso particular influye sobre el nivel del precio, pero no en la manera en que el precio se determina.

La Escuela histórica no ha podido ofrecer prueba alguna en apoyo de su afirmación de que las leyes derivadas de una teoría universalmente válida no se aplican a una acción humana independientemente del lugar, el tiempo, la raza o la nacionalidad. Para probarlo tenía que haber demostrado que la estructura lógica del pensamiento humano y la naturaleza categorial de la acción humana cambian en el curso de la historia y son diferentes según los pueblos, las razas, las clases, etc. Pero esto jamás se ha demostrado; en realidad, la filosofía ha demostrado que la verdad es exactamente lo contrario.³¹

³¹ Véase *infra*, pp. 166 ss. para una ulterior discusión de este punto.

Los representantes de la Escuela histórica tampoco han podido señalar el caso de una proposición de la que pueda decirse que la observación la ha transformado en una ley económica dotada de una limitada validez temporal, local, nacional u otra semejante. No pudieron formular semejante proposición ni *a priori* ni *a posteriori*. Si el pensamiento y la acción estuvieran realmente condicionados por el lugar, el tiempo, la raza, la nacionalidad, el clima, la clase, etc., sería imposible que un alemán del siglo xx comprendiera la lógica y la acción de un griego del tiempo de Pericles. Nosotros hemos demostrado que un descubrimiento *a posteriori* de leyes empíricas de la acción es imposible.³² Lo único que la «teoría histórica» puede ofrecer es historia —muy pobre historia, ciertamente, considerada desde un punto de vista lógico, pero historia al fin y al cabo en modo alguno teoría—.

2. Teoría a priori y confirmación empírica

Una nueva experiencia puede forzarnos a descartar o modificar deducciones que hemos derivado de experiencias anteriores. Pero ninguna experiencia puede forzarnos a descartar o modificar teoremas *a priori*. Estos no se derivan de la experiencia, sino que son lógicamente anteriores a ella y no pueden ser corroborados por la experiencia o refutados por una experiencia contraria. Solo podemos comprender la acción mediante teoremas *a priori*. Nada es más claramente contrario a la verdad que la tesis del empirismo de que las proposiciones teóricas se alcanzan a través de la inducción, sobre la base de una observación

³² Véase *supra*, pp. 41 ss.

de «hechos» carente de presupuestos. Incluso el más ajeno al pensamiento científico, que ingenuamente no cree en nada que no sea «práctico», tiene una precisa concepción teórica de lo que está haciendo. Sin una «teoría», no puede hablar acerca de su acción, no puede pensar sobre ella, no puede ni siquiera actuar. El pensamiento científico se distingue del pensamiento cotidiano de cada uno solo por el intento de ir más allá y no detenerse hasta llegar al punto más allá del cual no se puede ir. Las teorías científicas son diferentes de las del hombre medio únicamente porque tratan de construir una base que no puede ser sacudida por ulteriores razonamientos. Mientras que en la vida diaria, por lo general, nos contentamos con aceptar acríticamente ideas recibidas, con llevar una carga de prejuicios e incomprensiones de toda clase, y con permitir que equivocaciones y errores pasen inobservados allí donde no es fácil evitarlos, las teorías científicas aspiran a la unidad compacta, a la claridad, precisión, evidencia apodíctica, y ausencia de contradicciones.

Teorías acerca de la acción están implícitas en las propias palabras que usamos en nuestra obra, y más aún en las que usamos al hablar acerca de la acción. Las ambigüedades semánticas, tan frecuentemente lamentadas,³³ que infestan nuestros esfuerzos para alcanzar precisión en la ciencia, tienen sus raíces precisamente en el hecho de que los términos empleados son resultado de específicas teorías presentes en el razonamiento del sentido común. Los defensores del historicismo pudieron creer que los hechos pueden ser comprendidos sin una teoría, solo porque no supieron reconocer que una teoría se halla ya contenida en los propios términos lingüísticos involucrados en todo

³³ Friedrich von Wieser, *Über den Ursprung und die Hauptgesetze des wirtschaftlichen Wertes*, Viena 1884, pp. 1 ss.

acto de pensamiento. Aplicar el lenguaje, con sus palabras y sus conceptos, a cualquier cosa es al mismo tiempo acercarnos a ella con una teoría. Incluso el empirista, que supuestamente trabaja sin presupuestos, emplea instrumentos teóricos. Estos se distinguen de los producidos por una teoría científica únicamente por ser menos perfectos y por tanto también menos útiles.

Por consiguiente, una proposición de una teoría *a priori* nunca puede ser refutada por la experiencia. La acción humana afronta siempre la experiencia como un fenómeno complejo que primero tiene que ser analizado e interpretado por una teoría antes de que pueda ponerse en el contexto de una hipótesis que tiene que ser demostrada o refutada; de ahí el engorroso *impasse* que se crea cuando defensores de doctrinas en conflicto señalan los mismos datos históricos como prueba de su posición. La afirmación de que la estadística puede demostrar cualquier cosa es un reconocimiento popular de esta verdad. Ningún programa político o económico, ninguna cuestión, por absurda que sea, puede, a los ojos de sus defensores, ser contradicha por la experiencia. Quien está convencido *a priori* de la verdad de su doctrina puede siempre aducir que alguna condición esencial para su éxito no ha sido satisfecha. Todos los partidos políticos alemanes buscan en la experiencia del segundo *Reich* confirmación de la solidez de su programa. Defensores y opositores del socialismo sacan consecuencias opuestas de la experiencia del bolchevismo soviético. Los desacuerdos relativos a la capacidad probatoria de una concreta experiencia histórica solo pueden resolverse volviendo a las doctrinas de la teoría universalmente válida, que son independientes de la experiencia. Todo argumento teórico, supuestamente tomado de la historia, se convierte necesariamente en un argumento lógico acerca de la teoría pura, separada de la historia. Cuando los argumentos

basados en un principio se refieren a cuestiones de acción, se debería siempre estar dispuestos a admitir que nada puede «resultar más perjudicial e indigno de un filósofo que la vulgar pretensión de apelar a una experiencia contraria»,³⁴ y no, como Kant y los socialistas de todas las escuelas que le siguen, solo cuando semejante apelación muestra al socialismo bajo una luz favorable.

Precisamente porque los fenómenos de la experiencia histórica son complejos, los fallos de una teoría errónea son revelados menos eficazmente por una experiencia que la contradice que por una teoría correcta. La ley de hierro de los salarios no fue refutada porque chocara con la experiencia, sino porque su fundamental carácter absurdo era evidente. El conflicto entre sus tesis más claramente controvertibles —que los salarios tienden al mínimo necesario para la subsistencia— y los hechos de la experiencia se habría podido reconocer fácilmente. Y, sin embargo, todavía hoy sigue firmemente arraigada en la discusión corriente, en la opinión pública y en la teoría marxiana de la plusvalía, la cual, incidentalmente, declara que rechaza la ley de hierro de los salarios. Ninguna experiencia del pasado impidió a Knapp formular su *teoría estatal del dinero* y ninguna experiencia posterior forzó a sus defensores a renunciar a dicha teoría.

La obstinación en esta reluctancia a aprender de la experiencia debería servir de advertencia a la ciencia. Si aparece una contradicción entre una teoría y la experiencia, debemos siempre suponer que falta alguna condición supuesta por la teoría, o bien que hay algún error en nuestra observación. Puesto que el prerequisite esencial de la

³⁴ Immanuel Kant, «Transcendental Doctrine of Elements», *Critique of Pure Reason*. Véase la parte relativa a la doctrina trascendental de los elementos.

acción —insatisfacción y posibilidad de eliminarla parcial o totalmente— está siempre presente, solo la segunda posibilidad —un error en la observación— permanece abierta. Pero en la ciencia no se puede ser demasiado cauteloso. Si los hechos no confirman la teoría, la causa tal vez esté en la imperfección de la teoría. El desacuerdo entre la teoría y los hechos de la experiencia nos impele por tanto a repensar los problemas de la teoría. Pero mientras un reexamen de la teoría no demuestre los errores de nuestro pensamiento, no tenemos razón para dudar de su verdad.

Por otra parte, una teoría que no parece estar en contradicción con la experiencia no por ello puede considerarse como definitivamente establecida. El gran lógico del empirismo, John Stuart Mill, no pudo encontrar contradicción alguna entre la teoría objetiva del valor y los hechos de la experiencia. De otro modo no habría afirmado, precisamente en vísperas de un cambio radical en la teoría del valor y del precio, que, en lo que concierne a las leyes del valor, no quedaba nada por explicar tanto para el presente como para el futuro: la teoría era completamente perfecta.³⁵ Un error de este calibre en tan importante pensador debería servir de advertencia a todos los teóricos.

3. *Teoría y hechos de la experiencia*

La ciencia de la acción trata solo de aquellos problemas cuya solución afecta directamente a los intereses prácticos. No se interesa, por razones ya explicadas,³⁶ por el desarrollo completo de un sistema global que abarque todas las categorías imaginables de la acción en toda su generalidad. La

³⁵ J. St. Mill, *Principles of Political Economy*, Londres 1867, III, p. 265.

³⁶ *Supra*, pp. 49 ss.

particular ventaja de este procedimiento es que, al dar preferencia a los problemas existentes bajo las condiciones actuales en que la acción tiene lugar, nuestra ciencia tiene que fijar su atención en hechos de la experiencia. Por consiguiente, debe olvidar que una de sus tareas consiste en determinar el límite entre las condiciones de acción accesibles y que exigen una comprensión categorial, por un lado, y los datos concretos del caso individual, por otro. La teoría debe ocuparse constantemente de los hechos actuales del caso individual y no repetible, porque solo esto ofrece la posibilidad de mostrar dónde (conceptualmente, aunque acaso no en lo que respecta al lugar, al tiempo o a cualquier otro aspecto perceptible por los sentidos) acaba el ámbito de la comprensión teórica y dónde comienza el de la explicación histórica. Cuando la ciencia que aspira al conocimiento universalmente válido haya perfeccionado sus métodos hasta el punto de llegar al límite máximo a que la teoría puede llegar —es decir hasta el punto en que ninguna condición abierta a la comprensión categorial quede fuera de su alcance, si la experiencia ha demostrado la conveniencia de su inclusión—, esa ciencia se verá obligada a tratar también una parte de los problemas de la investigación descriptiva, estadística e histórica. De otro modo no podría en modo alguno conseguir reconocer y delimitar su propio campo. Esta tarea de demarcación pertenece a ella y no a las ciencias empíricas descriptivas, pues es lógicamente anterior a estas.

Ciertamente, también este procedimiento esconde muchos peligros. A veces se descuida distinguir lo válido universalmente de lo histórico; se confunden los métodos, y entonces se obtienen resultados insatisfactorios. La ingeniosa exposición de Böhm-Bawerk de la teoría del interés, por ejemplo, adolece especialmente de una insuficiente separación de ambos tipos de procedimiento.

4. *La distinción entre medios y fines. Lo «irracional»*

La mayor parte de las objeciones formuladas contra la ciencia de la acción proceden de la falsa concepción de la distinción entre medios y fines. En rigor, el fin es siempre la eliminación de una insatisfacción. Sin embargo, podemos sin duda designar como fin también la consecución de aquella condición del mundo externo que produce directa o indirectamente nuestro estado de satisfacción o que nos permite realizar, sin ulteriores dificultades, el acto por el que se obtendrá la satisfacción. Si el fin perseguido es eliminar la sensación de hambre, la obtención de alimento y su preparación pueden considerarse como fines. Si el fin perseguido es la eliminación de la sensación de frío, se puede también llamar fin la calefacción de la propia vivienda. Si se precisan nuevas medidas para eliminar la insatisfacción, entonces también alcanzar cualquier fase particular a lo largo de la vía hacia la deseada condición final puede designarse como un fin. En este sentido, la adquisición de dinero en la economía de mercado e, inmediatamente, la división del trabajo se designan como fines de la acción; también la consecución de todo cuanto indirectamente promueve el fin de la satisfacción de las necesidades constituye un fin próximo o intermedio.

A lo largo de la persecución del fin primario se alcanzan diversos fines secundarios. Un hombre camina de A a B. Él elegiría el camino más corto si otros fines secundarios no exigieran ser satisfechos. Da un pequeño rodeo si esto le permite caminar a la sombra por un trecho; si le permite incluir en su itinerario otro lugar, C, que desea buscar; si de este modo puede evitar peligros que podrían estar al acecho a lo largo del camino más corto; o si simplemente le agrada el recorrido más largo. Si se decide por dar un rodeo, debemos deducir que, en el momento de decidir, la

consecución de tales fines secundarios es a su juicio más importante que el ahorro en la distancia. Por tanto, para él el «rodeo» no constituye en absoluto una desviación, porque su recorrido le ha producido una satisfacción mayor o —por lo menos desde el punto de vista que tenía en el momento de la decisión— esperaba tener mayor satisfacción que si hubiera alcanzado su destino por el camino más corto. Solo quien no tiene en cuenta estos fines secundarios puede considerar un rodeo el camino más largo. Para nuestro viandante era el camino correcto, es decir, el camino que le prometía la mayor satisfacción.³⁷

Puesto que la satisfacción y la insatisfacción dependen solo de la opinión subjetiva del individuo, no cabe discusión sobre esta cuestión en una ciencia que no presume de establecer una escala de valores o de formular juicios de valor. Su concepción de un fin en sentido estricto es más deductiva que empírica: los fines los determinan las aspiraciones y los deseos del individuo. Siempre que se hace referencia a la mayor o menor pertinencia de los medios, esto solo puede hacerse desde el punto de vista del individuo que actúa.

Debemos ocuparnos ahora de la objeción de aquellos que no se cansan de afirmar que el hombre no actúa en absoluto racionalmente. Nadie ha negado nunca que el hombre no siempre actúa correctamente desde el punto de vista objetivo; es decir que, bien por ignorancia de las relaciones causales, o debido a un juicio erróneo de la situación dada en orden a la realización de sus fines, actúa de manera diferente de como actuaría si tuviera una información correcta. El 1833 el método de curar las heridas era diferente del empleado en 1933, y en 2033 probablemente se considerará

³⁷ Lionel Robbins, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres, 1932, p. 23.

apropiada una nueva forma totalmente distinta. Los hombres de estado, los oficiales superiores y los especuladores de bolsa actuarían de manera diferente en el presente de como actuarían si conocieran exactamente todos los datos necesarios para formular un juicio preciso de las condiciones. Solo un ser perfecto, cuya omnisciencia y omnipotencia le permitirían conocer todos los datos y todas las relaciones causales, podría conocer cómo todo ser humano debería actuar en cada momento. Si quisiéramos tratar de distinguir la acción racional de la irracional, no solo nos erigiríamos en jueces de la escala de valores de nuestros semejantes, sino que también declararíamos nuestro conocimiento como el único correcto, modelo objetivo de conocimiento. Nos arrogaríamos la posición que solo un ser omnisciente puede ocupar.

La afirmación de que una acción es irracional radica siempre en una valoración de una escala de valores diferente de la nuestra. Quien dice que la irracionalidad cumple un papel en la acción humana dice simplemente que sus semejantes se comportan de una manera que él no considera correcta. Si no queremos formular juicios sobre los fines y las escalas de valores de los demás y reclamar la omnisciencia para nosotros mismos, juicios como «él actúa irracionalmente» carecen de sentido, porque no son compatibles con el concepto de acción. El «tratar de alcanzar un fin», «esforzarse por alcanzar una meta» no pueden ser eliminados del concepto de acción. Quien no se esfuerza por alcanzar unos fines reacciona con absoluta pasividad a un estímulo externo y carece de voluntad propia, como un autómatas y una piedra. Ciertamente, también el hombre sale fuera del radio efectivo de su acción, como una pluma al viento. Pero en la medida en que es capaz de hacer algo, él actúa siempre: incluso la negligencia y la pasividad son acción cuando se puede elegir otra conducta alternativa.

Y la conducta que está determinada por el inconsciente en sentido freudiano y por el subconsciente también es acción en la medida en que la conducta consciente puede evitarla pero descuida hacerlo. Incluso en el comportamiento aparentemente sin sentido del neurótico y del psicópata hay un sentido, es decir, hay un perseguir fines y metas.³⁸

Todo cuanto decimos de la acción es independiente de los motivos a que obedece y de las metas hacia las que tiende en el caso individual. No hay diferencia en si la acción obedece a motivos altruistas o egoístas, a una disposición noble o baja; si se orienta a objetivos materialistas o idealistas; si brota de una reflexión exhaustiva y escrupulosa o sigue impulsos pasajeros y pasionales. Las leyes de la catálctica explicadas por la economía son válidas para todo intercambio, al margen de que los implicados en él actúen sabiamente o no, o si actuaron por motivos económicos o no.³⁹ Las causas de la acción y las metas a que aspira son datos para la teoría de la acción: el curso de la acción emprendida en el caso individual depende de la configuración concreta, pero la naturaleza de la acción como tal no queda afectada por ella.

Estas consideraciones tienen una evidente relación con la difusa tendencia del presente a apelar a lo irracional. Los conceptos racional e irracional no son aplicables a los fines. Quien desee juzgar los fines puede alabarlos o condenarlos como buenos o malos, nobles o vulgares, etc. Cuando las expresiones «racional» o «irracional» se aplican a los medios empleados para alcanzar un fin, semejante uso tiene sentido solo desde el punto de vista de una

³⁸ Véase Sigmund Freud, *Lectures on the Introduction to Psychoanalysis*, 18.ª conferencia.

³⁹ Véase Philip Wicksteed, *The Common Sense of Political Economy*, ed. de Lionel Robbins, Londres 1933, I, 28.

tecnología determinada. Sin embargo, el uso de medios distintos de los descritos como «racionales» por esta tecnología puede explicarse solo de dos modos; o los medios «racionales» no eran conocidos por el actor o este no los ha empleado porque deseaba alcanzar ulteriores fines —acaso muy tontos desde el punto de vista del observador—. En ninguno de estos dos casos está justificado decir que la acción es «irracional».

La acción es siempre racional por definición. No se puede llamar irracionales a los fines de una acción solo porque desde el punto de vista de nuestras valoraciones no merecen la pena. Tales modos de expresarse conducen a graves incomprensiones. En lugar de decir que la irracionalidad desempeña un papel en la acción, deberíamos acostumbrarnos a decir simplemente: hay gente que aspira a fines diferentes de aquellos a los que yo aspiro y gente que emplea medios distintos de los que yo emplearía en su situación.

III. CIENCIA Y VALOR

1. *Significado de la neutralidad respecto a los juicios de valor*

El hecho de que la ciencia económica tuviera su origen en la política económica explica por qué la mayoría de los economistas emplea en la exposición de la teoría expresiones que implican juicios de valor y estándares normativos aceptados por toda la humanidad o al menos por la mayoría de los hombres. Si, por ejemplo, se discuten los efectos de los aranceles, suelen emplearse, o por lo menos se empleaban, términos que definen una situación en que una determinada suma de capital y trabajo produce una determinada

cantidad de bienes económicos materiales como «mejor» que una situación en que la misma suma solo puede producir una cantidad menor.

El uso de tales expresiones difícilmente puede decirse que comprometa seriamente el carácter científico de la investigación, que excluye todos los estándares y juicios de valor. Quien piense que la política económica debería orientarse de manera diferente, por ejemplo, de manera tal que los hombres se hagan no más ricos en bienes materiales, sino más pobres, podrá aprender de la doctrina del mercado libre todo lo que necesita saber para emprender el camino que conduce a la meta que desea alcanzar. Si él mismo quiere intentar desarrollar la teoría, llegará a los mismos resultados que los demás teóricos, siempre que sus razonamientos sean correctos, con la diferencia de que en su exposición empleará expresiones distintas en algunas observaciones y digresiones incidentales que carecen de importancia en la perspectiva de lo que es esencial en la teoría. La objetividad de la bacteriología como rama de la biología no está en modo alguno viciada por el hecho de que los investigadores que operan en este campo consideren como tarea propia la lucha contra los virus en cuanto perjudiciales para el organismo humano. Sus teorías son totalmente objetivas, aunque la exposición puede estar salpicada de términos tales como «perjudicial» y «útil», «favorable» o «desfavorable», o de otros juicios de valor. No formulan preguntas ni responden a interrogantes referentes al valor de la vida y de la salud; y los descubrimientos son independientes de la valoración de los investigadores individuales; ya sea que se desee destruir en lugar de preservar la vida humana, ya sea que, como en el caso del médico, se trate de curar y no matar, se podrá tomar de los resultados de las investigaciones todo aquello que se precisa saber para alcanzar el objetivo deseado.

Se puede pensar que los efectos «desfavorables» de los aranceles, como los expone la teoría del comercio libre, son más que compensados por otros efectos que justifican el pago del precio de los primeros. En este caso, si se desea ser científico, es preciso ante todo evidenciar y demostrar estos otros efectos tan exacta y claramente como sea posible. Y entonces es la política la que tiene que decidir. Ahora bien, no puede negarse la conveniencia de que el economista participe en la discusión política. Nadie está más cualificado para explicar clara y completamente la cuestión a quienes deben tomar la decisión. Naturalmente, al hacer esto, el economista tiene siempre la obligación de precisar dónde termina la explicación científica de las relaciones causales y dónde hay un conflicto de valores que debe ser resuelto.

Lo que en ningún caso puede permitirse es borrar los límites entre explicación científica y juicio de valor político. Aunque los culpables de esta falta son algunos que continuamente reprochan a la economía un supuesto prejuicio político, porque al escribir sobre este tema a menudo se emplean términos que no siempre ponen en cuestión los estándares de valor generalmente aceptados. Precisamente estos críticos saben demasiado bien que no podrían conseguir sus objetivos políticos si tuvieran que admitir que sus propuestas no serían aceptables si se midieran por esos criterios. Los proteccionistas son muy conscientes de que no tendrían ninguna esperanza de obtener sus objetivos si quienes están llamados a decidir se percataran de que el proteccionismo rebaja la productividad del trabajo destinado a la producción de bienes materiales. Como saben esto, y quieren en todo caso imponer aranceles protectores, hacen todo lo posible para demostrar que esos aranceles son ventajosos también «desde el punto de vista económico». Y como fracasan lamentablemente en este empeño, acusan a la economía de prejuicio político.

2. *Ciencia y tecnología: economía y liberalismo*

Ya sea que la ciencia busque el conocimiento para sí misma o con el fin de obtener información para la acción, o bien que persiga ambos objetivos a la vez, se puede en todo caso hacer un uso práctico de los resultados de la investigación científica. El hombre piensa no solo en atención al conocimiento, sino también en orden a la acción. No sería necesario repetir estas obviedades si no fuera porque una propaganda antiliberal y sectaria, con la apariencia de ciencia, trata vehementemente de negarlas una y otra vez.

El hecho de que la economía, como ciencia, sea neutral respecto a los juicios de valor y no pueda expresar aprobación o desaprobación no nos impide intentar aprender de la economía cómo debemos regular nuestra acción para conseguir los fines a que aspiramos. Los fines pueden ser diversos. Calígula, que deseaba que todo el pueblo romano tuviera una sola cabeza para poder cortarla con su espada de un solo tajo, tenía en la mente unos fines distintos de los de otros mortales. Pero estas son cosas excepcionales, y la tendencia a ser autodestructivo (Calígula, en efecto, no habría podido sobrevivir mucho tiempo a la realización de su deseo) hace innecesario preocuparse excesivamente por sus ideales. Por más que sus aspiraciones, deseos y valores puedan diferir en los detalles, los hombres aspiran, por razones biológicas, a los mismos fines fundamentales. A pesar de las diversas concepciones del mundo, religión, nacionalidad, raza, clase, posición, educación, habilidades personales, edad, ellos aspiran sobre todo a hacer lo posible para vivir bajo las condiciones psicológicas más favorables. Desean comer y beber, vestirse, tener una vivienda y algunas otras cosas más. Por lo demás, piensan que más comida, vestuario, etc., es mejor que menos.

Todo individuo desea la vida, la salud, el bienestar para sí mismo, para sus amigos y allegados. Al mismo tiempo, la vida, salud y bienestar de los demás pueden serle indiferentes. Con los instintos atávicos de un animal de presa, puede incluso creer que los demás le cierran el paso, que le privan de su comida y que la satisfacción de sus necesidades tiene que ser a costa de la eliminación de sus propios semejantes. Ahora bien, la tecnología basada en el conocimiento de la acción humana le muestra que las cosas no son así. La labor realizada bajo la división del trabajo es más productiva que el trabajo aislado de los individuos. Incluso cuando hombres superiores se unen a aquellos que en todos los aspectos son menos favorecidos e inferiores en sus capacidades y habilidades intelectuales y físicas, ambos grupos salen ganando, como lo demuestra la ley de asociación de Ricardo (generalmente llamada ley de los costes comparados). Por consiguiente, todo individuo puede alcanzar mejor sus fines a través de la colaboración social del trabajo que a través del trabajo aislado.

Sin embargo, la cooperación social solo puede basarse en la propiedad privada de los medios de producción. El socialismo —propiedad pública de los medios de producción— hace imposible el cálculo económico, y por ello no es viable. Lo absurdo del sindicalismo salta a la vista. En cuanto a las intrusiones intervencionistas, demuestran —cuando se consideran desde el punto de vista de quienes las defienden— que carecen de sentido y que son contrarias al objetivo que persiguen, ya que no solo no producen los bienes deseados por quienes lo apoyan, sino que producen consecuencias que ellos mismos tienen que lamentar.

Cuando, siguiendo estrictamente los cánones del procedimiento científico, se llega a la conclusión de que la propiedad privada de los medios de producción es la única

forma viable de organización social, ello no significa ni una apología del capitalismo ni un intento impropio de aducir la autoridad de la ciencia en apoyo del liberalismo. Al hombre que adopta el método científico para reflexionar sobre los problemas de la acción humana, el liberalismo debe parecerle como la única política capaz de conducir a un verdadero bienestar para sí mismo, sus amigos y sus seres queridos y, ciertamente, también para todos los demás. Solo quien prefiere la enfermedad, la miseria y el sufrimiento puede rechazar razonablemente el liberalismo sobre la base de que no es neutral respecto a los juicios de valor.

Esto lo ignoran completamente los defensores del sistema estatista e intervencionista. Piensan que la aceptación del liberalismo, en los supuestos mencionados, supone una determinada visión del mundo.⁴⁰ El liberalismo nada tiene que ver con las visiones globales, la metafísica o los juicios de valor.

Imaginemos que seres semejantes a los hombres quieren extinguir su humanidad y, poniendo fin a todo pensamiento y acción para alcanzar el no-pensar, una existencia pasiva y vegetativa como las plantas. No es cierto que tales hombres existan o hayan existido jamás. También San Egidio, el más radical defensor del ascetismo, fue totalmente incoherente en su celo por la austeridad cuando señaló a los pájaros y a los peces como modelos para el hombre. Para ser enteramente coherente, junto con el

⁴⁰ Por ejemplo, el «Probleme der Wertlehre» de Vleugels, *Archiv für Sozial-wissenschaft und Sozialpolitik*, LXVIII, pp. 227 ss. El liberalismo no niega la existencia de la servidumbre y su visión del mundo. Lo que el liberalismo trata de demostrar es que la realización de los fines de la esclavitud produciría necesariamente consecuencias cuya inevitabilidad ignoran sus defensores y que, incluso a sus ojos, debería parecer un precio demasiado caro que pagar por la consecución de su ideal.

Sermón de la Montaña, debería haber exaltado a los lirios del campo como la encarnación del ideal del abandono completo de toda preocupación por la mejora de la propia condición.

Nada tenemos que decir a esta clase de hombres, ascetas coherentes que a través de su pasividad auto-negativa se entregan a sí mismos a la muerte, así como tampoco ellos tienen nada que decirnos a nosotros. Si se quiere llamar a su doctrina una visión del mundo, no hay que olvidar añadir que no es una visión del mundo humana, pues conduce a la extinción de la humanidad. Nuestra ciencia considera a los hombres solo como hombres en acción, no como plantas con apariencia de hombres. El hombre que actúa tiende hacia unos fines, es decir, desea vencer la insatisfacción en la medida de lo posible. Nuestra ciencia muestra que la aspiración a unos fines es necesaria para la existencia y que los fines humanos, sean los que fueren, se alcanzan mejor mediante la cooperación social de la división del trabajo que aisladamente. (Conviene notar que no se ha encontrado ninguna experiencia histórica contraria a esta proposición.) Una vez que se ha constatado este hecho, se ve que ningún estándar normativo de ninguna clase se halla presente en el sistema de teoría económica o sociológica o en la doctrina del liberalismo, que constituye la aplicación práctica de esta teoría a la acción en la sociedad. Toda objeción en el sentido de que la economía, la sociología y el liberalismo se predicen de una determinada visión del mundo demuestra que es insostenible cuando se reconoce que la ciencia de la acción se ocupa solo de los hombres que actúan y que nada puede decir a los hombres que como plantas viven sin pensar en el mañana, a los que difícilmente puede considerárseles hombres.

3. *La crítica colectivista al individualismo metodológico*

Contra la economía suele dirigirse el reproche de individualismo, en razón de un supuesto conflicto inconciliable entre los intereses de la sociedad y los del individuo. Se dice que la economía clásica y la subjetivista otorgan una indebida prioridad a los intereses de los individuos sobre los de la sociedad, y que generalmente sostienen, en consciente negación de los hechos, que entre ellos prevalece una armonía de los intereses. La función de una auténtica ciencia es mostrar que el todo es superior a las partes y que el individuo debe subordinarse a y conducirse a sí mismo a favor de la sociedad y sacrificar sus propios intereses privados en favor del bien común.

A los ojos de quienes sostienen este punto de vista, la sociedad aparece como un medio, diseñado por la Providencia, para alcanzar unos fines que desconocemos. El individuo debe inclinarse ante la voluntad de la Providencia y sacrificar sus propios intereses para que esa voluntad se cumpla. Su principal deber es la obediencia. Debe subordinarse a sus jefes y hacer lo que ellos mandan.

Ahora bien, ¿quién debe ser el jefe? Son muchos los que quieren mandar y, por supuesto, en muchas direcciones y hacia fines diferentes. Los colectivistas, que no cesan de denigrar y ridiculizar la teoría liberal de la armonía de intereses, ocultan el hecho de que hay varias formas de colectivismo, cuyos intereses están en irreconciliable conflicto. Alaban la Edad Media y su cultura de la comunidad y la solidaridad, y con sentimentalismo romántico se extasían ante las asociaciones comunitarias y solidarias, «en las que el individuo estaba incluido, mantenido al abrigo y protegido como el fruto dentro de su cáscara».⁴¹ Pero olvidan

⁴¹ Sombart, *Der proletarische Sozialismus*, 10.^a ed., Jena 1924, I, 31.

que el papado y el imperio, por ejemplo, se combatieron durante siglos, y cualquier individuo podía encontrarse en todo momento en la posición de tener que elegir entre uno u otro. Los habitantes de Milán ¿se hallaban también «mantenidos al abrigo y protegidos como el fruto por la cáscara» cuando tuvieron que entregar su ciudad a Federico Barbarroja? ¿No hay varias facciones que con ira feroz luchan hoy en Alemania, cada una de las cuales afirma que representa el auténtico colectivismo? Y los socialistas marxianos, los nacionalsocialistas, la Iglesia y otros muchos partidos ¿no hacen una preciosa propaganda para atraer a la gente a sus filas para que luchen con ellos hasta la muerte contra las «falsas» formas de colectivismo? Una filosofía social colectivista que no designe una determinada forma de colectivismo como única verdadera y no trate a las demás como subordinadas a ella o no las condene como falsas, sería vana y carecería de sentido. Debe siempre decir al individuo: tu tienes aquí un objetivo innegable, porque una voz interior me lo ha revelado, y a él debes sacrificarlo todo lo demás, especialmente a ti mismo. Combate hasta la victoria o la muerte bajo la bandera de este ideal, y no te preocupes de nada más.

El colectivismo, en efecto, no puede definirse sino como dogma partisano en el que el compromiso hacia un ideal preciso y la condena de todos los demás son igualmente necesarios. Ignacio de Loyola no predicó una fe, sino la de la Iglesia de Roma. Lagarde no defendió el nacionalismo sin más, sino lo que consideraba como nacionalismo alemán. Iglesia, nación, estado en abstracto son conceptos de ciencia nominalista. El colectivista, en cambio, adora solo a la única Iglesia verdadera, solo a la «gran» nación de gente «elegida», a la que la Providencia ha confiado una misión especial, solo al verdadero estado; todo lo demás lo condena.

Por esta razón, todas las doctrinas colectivistas predicán odio irreconciliable y guerra a muerte.

La teoría de la división del trabajo —punto de partida de la sociología— demuestra que no existen conflictos, como sostiene la metafísica colectivista, entre los intereses de la sociedad y los del individuo. El individuo aislado no puede alcanzar sus fines, sean los que fueren, o por lo menos no lo puede en la medida de la cooperación social. Los sacrificios que hace para mantener la cooperación son por tanto una renuncia temporal a beneficios momentáneos por una ventaja que perdura por toda la existencia y evolución de la división del trabajo. La sociedad existe y se desarrolla no en virtud de una ley moral impuesta a la humanidad por unos poderes misteriosos que fuerzan al individuo contra sus intereses y en subordinación a una entidad total, sino a través de la acción de individuos que cooperan en la consecución de unos fines a los cuales aspiran generalmente, a fin de beneficiarse de una mayor productividad, originada por la división del trabajo. La esencia de la teoría «individualista» y «atomista» de la sociedad es que todo individuos se benefician de la existencia de la sociedad y que no está mejor como saqueador individual en una imaginaria situación de aislamiento, en busca solitaria de alimento y enzarzado en una lucha de todos contra todos, que como miembro de la sociedad, aunque en esta esté mil veces más constreñido y circunscrito.

Los colectivistas sostienen que el «individualismo» no ve en la sociedad más que la suma total de individuos, siendo así que la sociedad es realmente algo específico.⁴² Sin embargo, la ciencia no se ocupa en absoluto de determinar qué es la sociedad, sino del efecto del trabajo realizado en

⁴² Othmar Spann, artículo «Soziologie», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 4.^a ed., VII, 655.

condiciones de cooperación social. Y su primera afirmación es que la productividad de la cooperación social supera en muchos aspectos a la suma total de la producción de los individuos aislados.

A los efectos de la ciencia, sin embargo, debemos partir de la acción de los individuos, porque esto es lo único de que podemos tener un conocimiento directo. La idea de una sociedad que puede actuar o manifestarse aparte de los individuos es absurda. Todo lo que es social debe referirse de alguna manera a la acción de los individuos. ¿Qué puede ser la mística totalidad de los universalistas si no estuviera viva en cada individuo? Toda forma de sociedad opera en la acción de individuos que persiguen determinados fines. ¿Qué sería el carácter nacional alemán si no hallara expresión en el germanismo de los individuos? ¿Qué sería una iglesia si no expresara la fe de los individuos? A través de su acción el individuo muestra que es miembro de una sociedad de mercado, un compañero de partido, un ciudadano, o un miembro de alguna otra asociación.

Spann, el más célebre defensor actual del universalismo, insiste enérgicamente en que la sociología universalista trata de hechos espirituales que no pueden derivarse de la experiencia, «porque, en virtud de su carácter *a priori*, poseen una existencia pre-empírica y supra-empírica».⁴³

En primer lugar, esto no está expresado correctamente. Solo las leyes de la acción humana pueden derivarse *a priori*; pero es solo la experiencia la que puede establecer si los prerequisites categoriales están o no presentes en el caso concreto. (Aquí podemos prescindir del hecho de que toda experiencia presupone algo ya dado *a priori*.) De una teoría *a priori* de la acción se puede inferir que la división del trabajo no es viable sin alguna forma de comunicación

⁴³ *Ibid.*

entre los hombres. Pero solo la experiencia puede mostrarnos si de hecho existen división del trabajo y lenguaje. Y solo la experiencia puede decirnos que en el mundo existen diferentes sistemas lingüísticos y que de estas circunstancias deben seguirse específicas consecuencias —consecuencias que *a priori* a lo sumo son reconocibles como posibles, pero ciertamente no pueden tomarse como existentes—. No puede deducirse *a priori* que entre la totalidad constituida por la humanidad o la totalidad constituida por un estado mundial, por una parte, y el individuo, por otra, existen totalidades constituidas por el pueblo, la raza, el estado y comunidades lingüísticas; esto solo puede establecerse a través de la experiencia.

En lo que Spann piensa cuando afirma que un método *a priori* es el único indicado para la sociología tal como él la concibe no es en absoluto un razonamiento *a priori*, sino una visión intuitiva de un todo. Una y otra vez se le reprocha a la ciencia su imposibilidad de captar la totalidad de la vida, el devenir y el ser. Ella es responsable de que la viva totalidad se convierta en un inerte conjunto de retazos en el que el esplendor y el color de lo creado palidecen, y la infinita variedad y belleza del universo se marchitan en un diseño racional. En opinión de Spann, tiene que surgir una nueva ciencia que nos permita captar el todo en su totalidad. Solo un conocimiento de esta clase merecería el nombre de verdadera ciencia. Todo lo demás es simplemente una explicación racional y, como tal, no verdadera, porque es incapaz de acercarnos al esplendor de la creación.

4. *La experiencia del todo y el conocimiento científico*

La ciencia, que depende tanto del razonamiento discursivo como de la experiencia, no nos ofrece un cuadro unificado

del mundo. Reduce los fenómenos a un número de conceptos y proposiciones que tenemos que aceptar como últimos, sin que podamos establecer una conexión entre ellos. Se muestra incapaz de cerrar la ruptura que existe entre el sistema de las ciencias del pensamiento y la acción humana y el sistema de las ciencias de la naturaleza. No sabe cómo establecer un puente entre la sensibilidad y el movimiento o entre la conciencia y la materia. Desconoce en qué consisten la vida y la muerte.

Pero lo que la razón y la experiencia de las ciencias naturales nos niegan nos lo da la experiencia personal, aunque de un mundo distinto del de la ciencia. No podemos comprender a fondo la vida a través de la razón, ni podemos experimentarla a través de la ciencia. La razón y la ciencia tratan solo de fragmentos aislados, separados de la totalidad viviente y por lo tanto muertos. No se refieren nunca a la vida tal como es vivida y nunca a la vida como un todo. Pero nosotros experimentamos la vida viviendo, y viviendo nuestra vida vivimos la vida como tal: experimentamos la unidad y la indisoluble generosidad de conjunto. No podemos captar la totalidad por el razonamiento, pero podemos tener experiencia de ella por la vida.

Esta experiencia personal de la totalidad e infinitud es la cumbre más alta de la existencia humana. Es el despertar de una humanidad más elevada. Es la única que transforma la vida cotidiana en una verdadera vida. No se nos concede todos los días ni en todos los lugares. Las ocasiones en que nos encontramos más próximos al espíritu del mundo debe esperar el momento preciso. Tales momentos tienen lugar solo raramente, pero nos premian con creces, y una reflexión sobre ellos ilumina días, semanas, meses y años que pasan.

Lo que sentimos en estos momentos de exaltación colma nuestros más profundos y personales pensamientos y sentimientos. Son estos tan privados y personales que no

podemos comunicarlos a nadie. Están tan dentro de nosotros que no pueden dejar una clara impresión ni siquiera en nuestra propia conciencia. A cualquiera que haya experimentado el poder del infinito en presencia de la persona amada o en la contemplación de un aspecto de la naturaleza, o en la agitación de la propia fuerza, le resulta imposible revelar a sí mismo o a los demás qué es lo que le conmueve y cómo le conmueve. La totalidad sigue siendo inefable, porque la razón y el lenguaje son incapaces de penetrar en ella.

El arte no es otra cosa que un intento débil e inadecuado de expresar lo que así se ha experimentado y de dar alguna forma a su contenido. La obra de arte encarna, no la experiencia, sino solamente lo que su creador ha sido capaz de expresar de esa experiencia. Fuera quedan el contenido, el color y la vitalidad de la experiencia, que proceden totalmente del interior. Desde luego, la obra de arte puede encender una nueva experiencia personal si uno se deja afectar por ella. Sin embargo, la experiencia que la obra de arte evoca no es adecuada a lo que su creador desea expresar. El artista da a su obra un tono, una melodía, un color, palabras y forma, pero no experiencia personal. Ciertamente nosotros derivamos de ella más que la mera sensación del tono, de la melodía, del color, de las palabras y de la forma: nosotros lo experimentamos. Y esta experiencia personal es una nueva y distinta experiencia de un tipo diferente. Lo mismo puede decirse de todas las formas de misticismo y metafísica. Captamos las palabras, pero el significado, la experiencia personal, debemos añadirlo por nuestra cuenta, pues nuestros medios de expresión y de pensamiento no tocan la vida en su plenitud y totalidad. Como decían los antiguos sabios brahmanes, se trata «de lo que las palabras y los pensamientos buscan sin encontrarlo».⁴⁴

⁴⁴ Véase Paul Deussen, *Vedânta, Platon und Kant*, Viena, 1917, p. 67.

Esta es la razón de que no pueda haber progreso o evolución en la metafísica, el misticismo y el arte. Puede aumentarse la precisión con que una obra traduce la semejanza del mundo externo, pero no lo que es esencial, lo que es artístico en ella. La obra de arte más primitiva puede expresar la más profunda experiencia y, si se lo permitimos, nos habla y nos conduce a una profundidad que la ciencia jamás podría hacer accesible.

Repetidamente, quienes desean borrar la frontera entre conocimiento científico e intuición mística en la experiencia personal reprochan a la ciencia el hecho de que se detiene en la superficie de las cosas sin penetrar en lo más profundo. Hay que reconocer que la ciencia no es metafísica y mucho menos misticismo; nunca puede darnos la iluminación y la satisfacción que experimenta el raptado en éxtasis. La ciencia es sobriedad y claridad de concepción, no embriagadora visión.

Como Bergson vio con insuperable claridad, es cierto que entre la realidad y el conocimiento que la ciencia puede transmitirnos existe un abismo insalvable.⁴⁵ La ciencia no puede captar la vida directamente. Lo que capta en su sistema de conceptos es siempre distinto de la totalidad viviente.⁴⁶ Podríamos, pues, hablar de la ciencia como muerte. Pero si alguien piensa que con esto hemos formulado un juicio desfavorable sobre la ciencia se equivoca. Podemos decir que la ciencia está muerta, pero no se puede decir que no sea útil. Es indispensable en un doble sentido: primero,

⁴⁵ Véase Henri Bergson, *L'évolution créatrice*, 7.^a ed., París 1911, pp. 1 ss.

⁴⁶ Esto no se ha negado nunca, ni siquiera por el empirismo de las ciencias naturales. Erasmus Darwin escribió: «Siguiendo la vida, en las criaturas que diseccionamos, la perdemos en el momento en que la descubrimos». Citado por John Stuart Mill en su *System der deductiven und inductiven Logik*, cit.

como el único medio que puede llevarnos a aquel grado de conocimiento que se nos permite alcanzar; y, luego, como único fundamento de una acción que nos aproxima a los fines a que aspiramos. Podemos también atribuir el más alto valor a la sabiduría y a la acción, pero en ningún caso debemos despreciar la ciencia. Ella es la única que nos indica la vía tanto del conocimiento como de la acción. Sin ella nuestra existencia sería tan solo vegetativa.

5. *Los errores de la doctrina colectivista*

Así, pues, todo argumento de la crítica colectivista dirigido contra el individualismo metodológico de la sociología, y especialmente de la economía, se revela carente de fundamento. La ciencia no puede proceder de otra manera que discursivamente. Sus puntos de partida deben tener por lo menos la certeza de que es capaz de conocimiento humano, y luego se debe seguir adelante sacando las deducciones lógicas paso a paso. Empieza como una ciencia apriorística con proposiciones necesarias que tienen su apoyo y garantía en la evidencia apodíctica; o, como ciencia empírica, puede partir de la experiencia. Pero nunca podrá tomar como punto de partida la visión de una totalidad.

La naturaleza y función de la cartografía podría malinterpretarse si se pretendiera que los mapas mostraran las montañas y los bosques en toda su belleza y grandeza. La más exquisita descripción de la belleza del campo no podría sustituir al mapa. No podría indicarnos la senda que conduce a los lugares que queremos ver. No es función de la botánica discutir sobre la belleza y el encanto de las flores; no puede tomar como punto de partida los bosques y los prados, sino las plantas individuales, y estudia las plantas

desde el punto de vista de la fisiología vegetal y de la biología, basando su conocimiento en el de la célula.

Cuando el universalismo se opone a la tesis de que «las leyes naturales de la causalidad mecánica» constituyen la base de los fenómenos sociales, podemos estar de acuerdo en la medida en que existe una diferencia fundamental entre la observación de la naturaleza y la comprensión del significado, que es la característica de las ciencias de la acción humana. La visión de los conductivistas es tan insostenible como la posición epistemológica adoptada por Schumpeter en su primer libro.⁴⁷ Todas las analogías mecanicistas son engañosas.

Sin embargo, en nuestro pensamiento científico no podemos prescindir de la categoría de causalidad más que en el de todos los días. Es la única categoría que no podemos dejar de tener en cuenta.⁴⁸ Realmente, un modo de pensar que no contenga referencia a la causalidad tampoco puede llegar a los conceptos de Dios y de totalidad. No puede cuestionarse, ciertamente, que la ciencia significa ante todo pensamiento conceptual. Pero el pensar es siempre causal y racional.

El razonamiento humano no tiene poder para agotar completamente el contenido del universo. En las ciencias de la acción humana va tan lejos como se lo permite el razonamiento conceptual. Más allá de este punto nada puede hacer, a no ser determinar los hechos irracionales a través de los medios de la comprensión propios de las ciencias morales.

El error del universalismo, como de otras doctrinas que pretenden denunciar la incertidumbre metodológica y lógica

⁴⁷ Joseph Schumpeter, *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, Leipzig 1908.

⁴⁸ Véase Arthur Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Leipzig, 1916, vol. II, p. 531.

de las ciencias morales, consiste en la incapacidad de ver que la comprensión —es decir la visión de la forma y la cualidad— no es el único o preeminente método de las ciencias morales, sino que, por el contrario, debe ir precedido lógicamente y temporalmente por la concepción, esto es, la comprensión intelectual del significado.

6. *El significado «objetivo»*

Los sistemas metafísicos de la filosofía de la historia presumen de ser capaces de descubrir tras la apariencia de las cosas su «verdadera» y «real» esencia, oculta a los ojos profanos. Se consideran capaces de descubrir el objetivo último de toda actividad mundana. Desean captar el «significado objetivo» de los acontecimientos que, según ellos, es diferente de su significado subjetivo, es decir, el significado percibido por el propio actor. A este respecto, todos los sistemas de religión y todas las filosofías de la historia proceden según los mismos principios. No obstante la dureza con que se combaten entre sí, el socialismo marxista, el nacionalsocialismo alemán y los movimientos no alemanes con él relacionados, que han adoptado diversas formas, todos ellos están de acuerdo en el método lógico; y merece la pena notar que todos ellos derivan de la misma fundamentación metafísica, es decir, la dialéctica hegeliana.

La ciencia de la acción humana no conoce ningún medio que pueda conducir a los hombres racionales al conocimiento de los planes ocultos de Dios o de la Naturaleza. Es incapaz de dar una respuesta a la pregunta relativa al «significado de la totalidad» que pueda ser lógicamente formulado a la manera en que pueden serlo los descubrimientos del pensamiento científico para que puedan ser reconocidos al menos como verdades provisionales. El científico se

abstiene deliberadamente de penetrar en las profundidades de la metafísica.⁴⁹ Debe sufrir con paciencia la crítica de quienes le reprochan que se quede en la «superficie» de las cosas.

No cabe duda de que la ocupación más noble a que puede dedicarse el pensamiento humano es la reflexión sobre las cuestiones últimas, si bien es dudoso que semejante reflexión pueda conseguir algo concreto. Muchas de las mentes más eminentes del pasado opinaban que el pensamiento y el conocimiento excedían su campo de efectividad cuando se aplicaba a tales tareas. En todo caso, es cierto que existen diferencias fundamentales entre la especulación metafísica y la investigación científica —diferencias que no pueden ignorarse sin peligro—. Función de la ciencia es pensar hasta sus últimas consecuencias los prerequisites *a priori* del conocimiento en su pureza, y desarrollar por lo tanto un sistema teórico completo y, con la ayuda de los resultados así obtenidos, extraer de los datos de la experiencia todo lo que estos datos pueden enseñar.

Por otro lado, no es tarea de la ciencia examinar las cuestiones últimas o prescribir valores y determinar su escala o rango. Sin embargo, podemos calificar el cumplimiento de esta tarea como más alto y más noble que la simple tarea de la ciencia, que es desarrollar un sistema teórico de relación causa-efecto que nos permita organizar nuestra acción de tal manera que podamos alcanzar los fines a que aspiramos. Podemos tener en mayor estima a los poetas, los profetas y promulgadores de nuevos valores que a los científicos. Pero en ningún caso se pueden confundir ambas funciones fundamentalmente diferentes. Por ejemplo,

⁴⁹ Walter Sulzbach, *Die Grundlagen der politischen Parteibildung*, Tubinga 1921.

no se puede intentar, siguiendo la invitación de Novalis, «poetizar» la ciencia de las finanzas.⁵⁰

La metafísica y la ciencia de las finanzas cumplen funciones distintas. Por eso no pueden adoptar los mismos procedimientos ni son semejantes en sus objetivos. Pueden trabajar codo con codo sin hostilidad, pues no necesitan disputarse los respectivos territorios mientras no malinterpreten su carácter propio. Solo surge el conflicto cuando una u otra intenta traspasar la frontera que hay entre ambas. El positivismo opina que, en lugar de especulaciones inciertas y poesía enmascarada como filosofía, sería posible, mediante la aplicación de los métodos de la ciencia a los problemas tratados por la metafísica, adoptar un procedimiento que garantice la certeza de la demostración científica al tratamiento de los objetos últimos de conocimiento. Lo que el positivismo no vio es que, al tratar problemas metafísicos, se implicaba por necesidad en la metafísica. Precisamente porque no se dio cuenta de esto, su propia metafísica, a pesar de sus expresiones de desprecio hacia toda cuestión metafísica, resultaba sumamente ingenua.

Por otro lado, algunas conclusiones firmemente establecidas del pensamiento científico son repetidamente atacadas en el terreno metafísico. Desde luego, nada que haya sido probado científicamente puede aducirse contra la hipótesis de que las cosas pueden presentarse a una mente distinta de la humana de un modo diferente a como las vemos y experimentamos nosotros, de suerte que la ciencia de esta otra mente bien podría tener un conocimiento distinto del nuestro. Nuestro propio pensamiento es totalmente incapaz de descubrir nada de lo que un superhombre o un ser divino pueda pensar. Pero dentro del cosmos en que

⁵⁰ Citado por Hans Freyer en *Die Bewertung der Wirtschaft im philosophischen Denken des 19. Jahrhunderts*, Leipzig 1921, p. 48.

nuestra acción es eficaz y nuestro pensamiento prepara el terreno para la acción, los hallazgos de nuestro razonamiento científico están tan sólidamente establecidos que privan de significado la afirmación de que, en un contexto más amplio o en un sentido más profundo, estas perderían su validez y se rendirían a algún otro conocimiento.

Puesto que no debemos ocuparnos aquí de la ciencia empírica, sino del apriorismo de la ciencia de la acción humana, no es preciso que tomemos en consideración las intrusiones de la metafísica en el campo de la primera. Es evidente que el intento de emplear argumentos metafísicos para refutar lo que se deriva de un razonamiento *a priori* equivale a sustituir el razonamiento discursivo por la arbitrariedad de intuitivos vuelos de la fantasía. Ninguna metafísica es en modo alguno capaz de minar el concepto de acción. Por consiguiente, la metafísica no puede quitar nada de lo que necesariamente se deduce de ese concepto. Cuando se trata de comprender categorialmente los prerequisites de la acción humana, se puede criticar y corregir nuestro procedimiento, si no es correcto, recurriendo al razonamiento científico. Sin embargo, todo lo que firmemente resiste al escrutinio lógico de nuestra razón no puede en modo alguno ser refutado por afirmaciones de la metafísica. No es más admisible negar el reconocimiento a algunas proposiciones de la economía —por ejemplo, la teoría del valor y de la formación de los precios— refiriéndose al hecho de que se tiene una «visión del mundo» distinta o que los propios «intereses» proporcionan un punto de vista diferente (por ejemplo, el proletario), que pensar que se puede recurrir a las afirmaciones de la metafísica para discutir el teorema binomial. Ninguna visión de la totalidad, ningún universalismo, y ningún «sociologismo» podrá permitirnos «comprender» las cosas de un modo distinto de aquel en que se presentan a nuestro sobrio razonamiento. Si puedo

demostrar a través del razonamiento que la aritmética se contradice cuando afirma que tres por tres son nueve, no puedo decir que en un sentido «más alto» o «más profundo» otra respuesta puede ser verdadera.

Las conclusiones que debemos sacar de los descubrimientos de la economía no tienen la aprobación de aquellos cuyos momentáneos, inmediatos intereses hacen que parezca deseable que otras enseñanzas se consideren correctas. Pero, mientras no consigan descubrir algún error en la estructura lógica de la economía, piden ayuda a los poderes supramundanos.

IV. UTILITARISMO, RACIONALISMO Y TEORÍA DE LA ACCIÓN

1. *La sociología del instinto de Vierkandt*

Ninguna de las objeciones que durante milenios se han formulado contra el hedonismo y el utilitarismo ha afectado lo más mínimo a la teoría de la acción. Cuando los conceptos correlativos de placer y dolor, o de utilidad y desutilidad, se toman en su sentido formal y se les despoja de todo contenido material, todas las objeciones que se han repetido *ad nauseam* durante siglos se han revelado faltas de fundamento. Se necesita una considerable falta de familiaridad con el estado actual del tema para formular una vez más los viejos cargos contra el hedonismo «inmoral» y el utilitarismo «vulgar».

Cuando hoy nos vemos impelidos a reconocer la imposibilidad lógica de cualquier otro punto de vista, suele decirse que el concepto formal de placer y de utilidad está al margen de cualquier valor cognitivo. Al captar estas ideas en toda su pureza, el concepto de acción, se dice, resulta tan vacío que no sirve para nada. Para responder a esta

crítica, no hay más que señalar todo lo que la teoría económica ha sido capaz de deducir de la supuesta vacuidad del concepto de acción.

Si se intenta aventurarse en la investigación científica de lo que, desde nuestro punto de vista, constituye el objeto de la ciencia de la acción humana sin recurrir al proscrito principio del hedonismo, se cae sin que se dé una cuenta, en el empirismo, incapaz de armonizar en un sistema la multiplicidad de los hechos que encuentra o emplearlos para explicar los fenómenos que hay que comprender. Un ejemplo nos aclarará todo esto.

En su intento de construir una teoría de la sociedad, Vierkandt no conoce otro medio que atribuir a los hombres una serie de «propensiones sociales». A este respecto, sigue el procedimiento de muchos investigadores. Por propensiones sociales del hombre él entiende «aquellos instintos innatos (como el instinto de ayudar) y otras características y modos de comportamiento también innatos (por ejemplo, la comprensión y la susceptibilidad a la influencia) cuya manifestación presupone la existencia de otros hombres o, más precisamente, la condición social. Existen además otras propensiones que también o solamente se manifiestan en relación con otras entidades».⁵¹

Y aquí Vierkandt procede a enumerar y describir una serie de instintos, propensiones e impulsos. Naturalmente, semejante enumeración nunca puede ser completa. La distinción entre un instinto y otro será arbitraria por necesidad. Para ser completamente coherente, habría que establecer una correlación entre los instintos y todo fin que haya sido siempre perseguido en todo tiempo y lugar. Si, por ejemplo, se supone la existencia de un instinto para

⁵¹ Alfred Vierkandt, *Gesellschaftslehre*, 2.^a ed., Stuttgart 1928, p. 23.

la comida, del que se distingue el instinto de los medios de disfrute, no hay razón para no proceder adelante y hablar también de un instinto de comer carne o, más específicamente, comer carne de vaca o, todavía más específicamente, el bistec. En lo que se piensa cuando se habla simplemente del instinto por la comida es una afirmación sumaria que se refiere al fin perseguido por las acciones de los hombres cuando se orientan al aprovisionamiento de distintos alimentos. Si se presentan de forma sumaria, las acciones dirigidas al consumo de hidratos de carbono, grasas y proteínas como resultado del instinto por el alimento, se podrá del mismo modo y con la misma justificación considerar las acciones dirigidas al aprovisionamiento de comida, cobijo y vestido, junto con muchas otras acciones, como resultado del instinto de autoconservación. Abandonarse a este proceso de generalización es una opción totalmente arbitraria, a no ser que haya un cambio radical en el propio método de razonamiento y se pase al nivel de la mayor generalización, esto es, al concepto formal de fin desprovisto de todo contenido material. Puesto que Vierkant rechaza el utilitarismo y el hedonismo y, por tanto, no da este paso decisivo, se detiene en un punto que constituye una arbitraria división de las distintas necesidades humanas.

Vierkant explica cómo las propensiones sociales «frecuentemente aparecen en pares de opuestos». Así, el correlativo del instinto de autoestima sería «su opuesto, el instinto de obediencia»; frente al «instinto de solidaridad», el «instinto de aislamiento»; frente al «instinto de socialidad», el «instinto de lucha»; frente al «instinto de comunicatividad, el «instinto de reserva y ocultamiento».⁵² Como

⁵² *Ibid.*

nada puede decirse acerca de la fuerza con que estos instintos opuestos se dejan sentir, no se comprende cómo puede explicarse por ellos la aparición de la cooperación social. Incluso pasando por alto la inadmisibile hipostatización contenida en la declaración de que las «propensiones sociales» conducen al desarrollo de la cooperación social, sigue faltando una explicación de que los instintos sociales se impongan sobre los antisociales. ¿Cómo es que el instinto de lucha, el instinto de autoestima y el instinto de aislamiento no impiden la formación de los vínculos sociales?

El «instinto de autoestima» —sostiene Vierkandt— no puede manifestarse sin que «al mismo tiempo esté presente el instinto de subordinación». Aquí —prosigue— hay que contar con la «característica coalescencia de los instintos opuestos; a este respecto, el cuadro total es, por supuesto, modificado por el instinto de dominación». ⁵³ Suponiendo la existencia de un «instinto de subordinación», nos vemos obligados, si no queremos estar completamente ciegos ante la realidad, a suponer un instinto opuesto: Vierkandt lo llama instinto de autoestima. (Wieser objeta con toda razón que, al reconocer el instinto de subordinación, Vierkandt debería «tener en cuenta en no menor medida un instinto de rebelión que, naturalmente, es muy importante en la historia y en la vida del individuo»). ⁵⁴ Pero Vierkandt no aporta otra prueba de que el instinto de subordinación acabe imponiéndose al instinto de autoestima que el hecho de que, en su opinión, el instinto de subordinación es más fuerte y mejor que el segundo. «La subordinación —afirma— es una condición sana, normal y que conduce a la felicidad; una condición en que la situación exige la

⁵³ *Ibid.*, p. 37.

⁵⁴ Véase Wieser en *Kölner Vierteljahrshefte für Soziologie* III (1923), 179.

sustitución de la autoestima por la actitud opuesta». ⁵⁵ En definitiva, es realmente sorprendente que Vierkandt, contrario al eudemonismo, atribuya a la subordinación efectos que conducen a la felicidad. Aquí es oportuna la observación de Feuerbach: «Todo instinto es un instinto para la felicidad». ⁵⁶

La autoestima en que piensa Vierkandt es de un género particular. Es como si fuera un subproducto de la subordinación. «En todas partes, aceptar la voluntad del superior significa al mismo tiempo elevarse a su nivel. La subordinación significa simultáneamente una participación interior en la grandeza del superior». Y cita como ejemplo «la relación del siervo con su amo en condiciones patriarcales». ⁵⁷ En otro lugar, Vierkandt habla del siervo que alardea del castillo de su señor con una incrementada autoestima porque se siente «interiormente unido a su señor, a su familia y a su esplendor». ⁵⁸

La autoestima en que piensa Vierkandt no es, pues, otra cosa que el orgullo de un lacayo. No es, pues, extraño que no ponga obstáculos a su instinto de subordinación. Y la subordinación equivale a la «obediencia incondicional». El subordinado se hace a sí mismo «ciegamente dependiente desde dentro». «Se somete completamente al juicio de su superior, especialmente a sus juicios de valor: recibe su propia valía de su superior, en la medida en que regula su conducta según los modelos que le vienen de su superior, y de este modo satisface su autoestima. El subordinado es como

⁵⁵ Vierkandt, *Gesellschaftslehre*, p. 61.

⁵⁶ Ludwig Feuerbach, *Sämtliche Werke*, Stuttgart 1907, X, 231. «La felicidad, dice Feuerbach (*ibid.*), no es otra cosa que la sana, normal condición de un ser».

⁵⁷ Vierkandt, *Gesellschaftslehre*, p. 48.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 31 ss.

si fuera absorbido por su superior: pierde su propia personalidad, pero encuentra una nueva en comunión con su superior, que él experimenta como su propia personalidad ennoblecida». ⁵⁹

Vierkandt puede anotar con satisfacción que todos estos instintos pueden encontrarse también en los animales: «En el perro, la devoción interior hacia su dueño, verdaderamente humana, se manifiesta de forma elemental, pero muy fuerte, por ejemplo en la animación en presencia del amo y en la polarización originada por él en general». Considera digno de nota «también la satisfacción de autoestima que manifiesta un perro, y acaso también otros animales, cuando triunfan en la realización de una tarea para la que han sido entrenados, debido a la conexión de este instinto con el instinto de subordinación en el ser humano». ⁶⁰

Con ello, según lo ve Vierkandt, la sociedad humana está, por decirlo así, presagiada en la relación entre el amo y el perro al que entrena. La relación entre el líder y sus seguidores corresponde a la relación del amo con el perro; es saludable y normal y conduce a la felicidad de ambos, del amo y del perro.

No se puede argumentar ulteriormente este punto con Vierkandt porque, en su opinión, la fuente última de conocimiento es la «visión fenomenológica, es decir, lo que nosotros experimentamos directa y personalmente en nosotros mismos y podemos transmitir a nuestra conciencia con evidencia apodíctica». ⁶¹

No dudamos de que él haya experimentado interiormente todo esto. Nosotros vamos más lejos todavía y no negamos que esté cualificado para hablar de la experiencia

⁵⁹ *Ibid.*, p. 47.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 60.

⁶¹ *Ibid.*, p. 41.

directa y personal, y de la idea de «la devoción interior, realmente humana, del perro hacia su amo». Pero ¿y si alguien afirmara que ha experimentado e intuido personalmente algo distinto? ¿Y si suponemos que se elige considerar como «saludable, normal y que conduce a la felicidad» no la autoestima del lacayo y del perro, sino la de los hombres? ¿Y si hubiera que buscar la base de la «comunidad interior», no en el deseo de subordinación, como hace Vierkandt,⁶² sino en el deseo de una acción conjunta?

Vierkandt rechaza la teoría individualista de la acción porque desea defender un programa político que, si se considera desde el punto de vista de la economía y de la sociología científicas, parece no tener sentido. Es incapaz de argumentar su rechazo de la teoría de la acción, a no ser con repetidas referencias al carácter racionalista, individualista y atomista de todo lo que no encuentra su aprobación.⁶³

El racionalismo, el individualismo y el atomismo son condenados hoy por *todos* los partidos gobernantes por razones fácilmente comprensibles, de suerte que este modo de argumentar es más que suficiente para el ámbito en que se acepta la doctrina oficial. En lugar de las ciencias, a las que él ataca sin haber comprendido sus enseñanzas, Vierkandt ofrece una enumeración y una descripción de instintos innatos y de impulsos primarios, que sostiene haber experimentado e intuido, precisamente de un modo y no de otro, para poder fundamentar un programa político sobre una base que encaje en sus principios. Aquí podemos ignorar todo esto. Lo que sí hay que subrayar es que quien quiere evitar el camino seguido por la ciencia de la acción humana, universalmente válida, no puede explicar

⁶² *Ibid.*, p. 63.

⁶³ Véase también el artículo de Alfred Vierkandt «Kultur des 19. Jahrhunderts und Gegenwart», *Handwörterbuch der Soziologie*, pp. 141 ss.

la cooperación social de los hombres, a no ser de un modo que hace referencia a la función de propensiones innatas que llevan a la asociación, es decir a no ser que prefiera explicarlo todavía más simplemente como obra de Dios o de la Naturaleza.

Si alguien cree que puede explicar todas las necesidades humanas, o toda clase de necesidades humanas construidas por él, relacionándolas con un particular impulso, instinto o propensión o sentimiento, tiene ciertamente todo el derecho de hacerlo. Nosotros no solo no negamos que los hombres desean, quieren y aspiran a alcanzar diferentes cosas, sino que partimos precisamente de este hecho en nuestras reflexiones. Cuando la ciencia habla de placer, felicidad, utilidad y de necesidades, esto no significa sino que lo que el hombre desea y a lo que aspira lo considera como unos fines y objetivos que le faltan y que, si los consigue, le satisfacen. Estos términos no hacen referencia alguna al contenido concreto de lo que se desea: la ciencia es formal y neutral respecto a los valores. La única declaración de la ciencia a propósito de la «felicidad» es que esta es puramente subjetiva. En esta declaración hay, pues, espacio para todos los deseos y necesidades imaginables. Por consiguiente, ninguna afirmación sobre la cualidad de los fines a los que tienden los hombres puede en modo alguno influir o minar la corrección de nuestra teoría.

El punto en que la ciencia de la acción inicia su trabajo es la mutua incompatibilidad de los deseos individuales y la imposibilidad de una satisfacción perfecta. Puesto que el hombre no tiene garantizado poder satisfacer completamente todos sus deseos, y solo puede alcanzar un objetivo renunciando a otros, tiene que diferenciar entre los instintos: tiene que decidir a favor de unas cosas y contra algunas otras; tiene que elegir y valorar, preferir y dejar a un lado —en una palabra, actuar—. Incluso para quien

considera preferible la felicidad de la subordinación, puede llegar un momento en el que tiene que elegir entre la devoción al jefe y la satisfacción de otro instinto, por ejemplo la necesidad de alimento, como cuando el partido republicano en el gobierno amenaza con despedir a los dirigentes monárquicos. Todos se encuentran una y otra vez ante situaciones en que su conducta —ya consista en un acto manifiesto, un acto de omisión, o de aquiescencia— contribuye o no a determinar si alcanzará sus metas.

Sin embargo, una doctrina que rechaza el racionalismo, el individualismo y el eudemonismo nada puede decir acerca de la acción humana. Se detiene en la enumeración y descripción de numerosos instintos. Ciertamente nos dice que los hombres aman y odian, que son locuaces o taciturnos, crueles o compasivos, sociables o que evitan la sociedad. Pero nada puede decirnos acerca del hecho de que actúan, trabajan y se esfuerzan para alcanzar una meta. Solo se puede hablar de acción si se parte de lo individual, si se toma en consideración la racionalidad, y si se reconoce que el fin de la acción es eliminar la insatisfacción. Si se quiere explicar la sociedad sin referirse a las acciones del hombre, el único expediente que queda es considerarla como resultado de un misterioso juego de fuerzas. La sociedad es entonces resultado del instinto de asociación, es «comunidad interior», es básica e intrínseca. No es de este mundo.

2. *La teoría de Myrdal sobre las actitudes*

Otro ejemplo puede ayudarnos a ver cuán vanas son todas las objeciones lanzadas contra el atomismo, el individualismo y el racionalismo de la ciencia de la acción. Con no menor claridad que en el caso a que acabamos de referirnos,

también aquí se verá que los intentos de explicar la acción humana en términos de factores psicológicos, como la lucha por el poder, no pueden refutar las conclusiones a que llega la economía a través de razonamientos lógicos convincentes. Bajo la forma de crítica imparcial de todas las ciencias sociales hasta ahora desarrolladas, se intenta justificar el intervencionismo, una política cuya inconveniencia y futilidad (justificada a la luz de los mismos objetivos que sus defensores esperaban alcanzar con ella) han sido demostradas por la economía.

Myrdal piensa que se interpreta mal «el *pathos* del movimiento obrero si se piensa que los trabajadores luchan sobre todo por conseguir aumentos salariales reales. Considerado desde el punto de vista de la psicología social, aquí se trata de algo distinto [...] La exigencia de salarios más altos, de horarios más cortos, etc., es ciertamente importante en sí misma; pero, considerada más a fondo, constituye simplemente una expresión de una lucha mucho más general por el poder y exige justicia por parte de una clase social que se siente oprimida. Aunque no hubiera esperanza de obtener aumentos salariales, la batalla seguiría adelante. Aun cuando los trabajadores tuvieran razones para creer que se produciría un descenso en la productividad y en los salarios, reclamarían en todo caso más poder y responsabilidad en la dirección de los negocios. En último análisis, para ellos está en juego algo más que el dinero: la alegría en el trabajo, su autoestima o, si se quiere, su dignidad de hombres. Tal vez ninguna gran huelga pueda explicarse meramente como debida a la exigencia de aumento salarial».⁶⁴

⁶⁴ Véase Gunnar Myrdal, *Das politische Element in der nationalökonomischen Doktrinbildung*, Berlín 1932, pp. 299 ss. Las citas están tomadas de la edición alemana del libro de Myrdal, publicada con el título citado. En la edición inglesa, traducida del alemán por Paul Streeten y publicada

Indudablemente, con este argumento Myrdal cree que ha privado de su importancia —desde el punto de vista del juicio de los trabajadores sobre los fines de los sindicatos— a la irrefutable prueba que la economía aporta de que la política de los sindicatos no puede elevar de manera permanente y general el salario de los trabajadores. Cualquiera que sea capaz de analizar «más a fondo» o desde el punto de vista de la «psicología social» descubrirá —piensa Myrdal— que a los ojos de los trabajadores organizados en sindicatos, lo que se discute no es en absoluto el nivel de los salarios o una cuestión de dinero, sino que, por el contrario, están en juego otras cosas, tales como la «alegría en el trabajo», la «autoestima» y su «dignidad de hombres».

Si así fuera realmente, sería imposible comprender por qué los líderes sindicales y los socialistas de cátedra que los apoyan ponen tanto énfasis en sostener la opinión —declarada insostenible por la economía— de que los sindicatos pueden elevar los salarios permanente y generalmente para todos los trabajadores, y por qué intentan con tanto empeño aislar y reducir al silencio a todos los que opinan de otro modo. La razón de este comportamiento de los dirigentes sindicales y sus aliados literarios es que los trabajadores sindicados esperan un incremento en su renta real. Ningún trabajador se afiliaría a un sindicato si no esperara obtener un aumento de salario, sino que, por el contrario, tuviera que contar con una merma de este. Incluso la perspectiva de ser compensado con la alegría del trabajo, la autoestima, la consciencia de la dignidad humana y cosas por el estilo, no le harían simpatizar por los sindicatos. Los

por Routledge and Kegan Paul, 1953, los pasajes citados, acaso como consecuencia de la crítica de Mises en este texto, han sido atenuados notablemente [n. d. t.).]

jefes sindicales saben perfectamente que la expectativa de un aumento de los ingresos constituye el único factor que dio origen a la existencia de los sindicatos y que todavía los mantiene.

Aunque Myrdal tuviera razón al afirmar que los sindicatos no luchan principalmente por elevar los salarios sino por otros motivos, la afirmación de los economistas sobre la cuestión de la influencia que la agrupación de trabajadores en asociaciones tiene sobre el nivel de los precios sigue siendo válida. La economía no es favorable ni contraria a los sindicatos. Lo único que pretende es mostrar cómo la política sindical específica afecta al mercado laboral.

La posición de Myrdal no gana por evitar un lenguaje simple y claro. Al explicar que la demanda de subida salarial «es ciertamente importante en sí y por sí», no duda de que está suficientemente a salvo de toda crítica. Por nuestra parte, encontramos aquí una viciosa práctica de los socialistas de cátedra consistente en ocultar una inadecuada lógica mediante un modo de expresarse impreciso e inexacto. Como en el curso de su razonamiento Myrdal llega a afirmar que los trabajadores se adherirían a los sindicatos aunque descubrieran que ello implica un sacrificio en sus ingresos, sostiene la opinión de que el aumento salarial —que, según su opinión y la de todos los socialistas de cátedra y dirigentes socialistas, hace inevitable la política sindical— es considerado por los trabajadores como un agradable pero secundario éxito de las medidas dirigidas a alcanzar otros objetivos. Sin embargo, semejante afirmación no contribuye en absoluto a aclarar la cuestión de si el empleo de la táctica puede traducirse en un aumento general y permanente de los salarios, que es el único aspecto del asunto que tiene alguna importancia para la teoría económica y —como toda crítica imparcial sin duda admitirá— también en la práctica diaria.

Myrdal no conoce bien ni la historia ni la situación económica actual, y por ello lucha contra molinos de viento. Según él, la economía sostiene que solo los «intereses económicos» guían la acción humana. Por intereses económicos Myrdal entiende «el deseo de unos ingresos más altos y unos precios más bajos», lo cual sería un gran error. «Por desgracia —o acaso por suerte— los motivos de la acción humana no se agotan en el mero registro de los intereses económicos».⁶⁵

Los economistas de épocas pasadas pensaban que existe un sector concreto de lo «económico» y que la tarea de la economía era investigar este sector. Los economistas modernos mantuvieron esta posición durante algún tiempo, pero la línea de demarcación entre lo «económico» y lo «no económico» acabó siendo menos claramente visible a la luz de la economía subjetiva que a la del objetivismo de la economía clásica. Incluso hoy no todos han abandonado esta visión, si bien se va imponiendo cada vez más la convicción de que ni las motivaciones ni los fines de la acción pueden diferenciarse como «económicos» y «no económicos». Lo económico es solo la conducta del hombre en acción. La acción económica consiste en el intento de remediar el estado de insatisfacción o, en otras palabras, satisfacer las necesidades en la medida en que la escasez de medios lo permita.

No es cierto que ambas opiniones vieran en la persecución de los intereses económicos (en el sentido en que Myrdal emplea el término) el único motor de la acción humana. La opinión más antigua distinguía entre fines económicos y no económicos. Según la concepción moderna, toda acción es económica. La economía moderna no distingue entre fines porque considera a todos igualmente legítimos,

⁶⁵ *Ibid.*, p. 299.

incluso aquellos que la vieja concepción y el modo popular de expresión (adoptado también por Myrdal) considera como no económicos. Los economistas modernos no quieren que su ciencia pase de contrabando valoración alguna. Por ejemplo, no quieren que los esfuerzos para obtener bienes «ideales» se consideren en modo alguno diferentes de los esfuerzos orientados a la consecución de bienes «materiales». El hecho de que con frecuencia se evite una ganancia económica o se soporten gastos económicos para alcanzar fines políticos o de otro tipo, generalmente llamados no económicos, no solo no se niega, sino que incluso se subraya.

Myrdal se sirve de un concepto de «interés» que él equipara al de interés económico y, por consiguiente, al de ingresos económicos más altos y precios más bajos. La conducta de los hombres, sostiene, no está determinada solo por los intereses, sino por las «actitudes». El término «actitud» debe entenderse como «disposición emocional del individuo a responde de cierto modo a situaciones reales o potenciales». Existen «por suerte» —añade— «bastantes hombres con actitudes que no coinciden en absoluto con los propios intereses». ⁶⁶ No se precisa ciertamente un libro de más de trescientas páginas para sugerirlo. Nadie ha negado, al menos entre los economistas, que los hombres aspiran a otras cosas a parte de «ingresos más altos y precios más bajos». Böhm-Bawerk, por ejemplo, afirma explícitamente que emplea la palabra «bienestar» en el sentido, más amplio, que «abarca no simplemente los intereses egocéntricos de un sujeto, sino todo aquello que le parece digno de perseguir». ⁶⁷ Todos los argumentos formulados

⁶⁶ *Ibid.*, p. 300.

⁶⁷ Eugen von Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, 4.ª ed., Jena 1921, Part II, vol. 1, p. 236, nota a pie de página.

por Myrdal contra el utilitarismo de la economía caen por los suelos, pues no ha comprendido las ideas fundamentales de la doctrina moderna que pretende criticar.

3. *La crítica del racionalismo por la etnología y la prehistoria*

También han fallado el blanco los intentos de minar el punto de partida «racionalista» de la teoría económica recurriendo a los hallazgos de la etnología y de la historia de los pueblos primitivos.

Eduard Hahn encuentra en los mitos antiguos el origen del arado y del cultivo con este. Dice que el cultivo con el arado fue originariamente una ceremonia en la que el arado representaba el falo del buey con el que fecundaba a la madre tierra. El carro, según él, no fue originariamente un medio «económico» de transporte, sino un instrumento sagrado cuya finalidad consistía en «repetir en la tierra el deambular en el cielo de los regidores del destino». Solo más tarde «quedó reducido el carro a un simple instrumento agrícola».⁶⁸

Por medio de estos descubrimientos —que en modo alguno son indiscutibles— Hahn cree haber minado el terreno bajo los pies del utilitarismo y aducido una prueba completa de la corrección de su programa político, que reclama «el restablecimiento de una activa aristocracia social».⁶⁹ Hahn cree que «la etnología moderna se encuentra [...] aún en

⁶⁸ Eduard Hahn, *Die Entstehung der Pflugkultur*, Heidelberg 1909, pp. 40 ss., 105 ss., 139 ss., 152 ss.; Frobenius, *Paideuma, Umriss einer Kultur und Seelen lehre*, München, 1921, pp. 72 ss.

⁶⁹ Eduard Hahn, *Die Entstehung der wirtschaftlichen Arbeit*, Heidelberg 1908, pp. 102 ss.

la más estricta oposición a la opinión corriente que, en la más lamentable contradicción de los hechos del mundo real, tiende a presentar la utilidad pura como el único motor eficaz de toda la actividad económica de los hombres y de todos los acontecimientos históricos en general. Sin embargo, gradualmente se irá reconociendo que, aunque el aspecto ideal merece sin duda una gran consideración, no es cierto para todas las épocas y pueblos, como se ha dicho de nosotros, los hijos de la segunda mitad del siglo XIX, que el resultado de toda actividad —ya se trate de un saco de patatas o del mayor descubrimiento en filosofía o en física— puede expresarse en marcos o en pfennigs o, para el caso, en dólares y céntimos».⁷⁰

Los pueblos cuya cultura ha estudiado Hahn tenían ideas de la relación entre causa y efecto muy distintas de las de los hombres del siglo XIX. Mientras hoy nos guiamos en nuestra conducta por ideas derivadas de la química, la biología y la fisiología modernas, ellos tenían ideas que ahora solemos llamar fe en la magia y en los mitos. Los antiguos, dice Hahn, estaban imbuidos en la idea de que «la vida de los vegetales o del reino animal puede ser influida por ritos eficaces».⁷¹ La botánica agrícola más antigua, añade, deriva ciertamente de la idea de que «antes de poder pedir algo a la tierra, hay que hacer algo para favorecer el crecimiento del reino vegetal; es decir, se debe contribuir antes con algo».⁷²

Así, el propio Hahn admite que los agricultores primitivos practicaban sus ritos por su supuesta utilidad y sus resultados esperados. Sus costumbres y ritos mágicos eran, según la opinión del propio Hahn, acciones conscientemente

⁷⁰ Hahn, *Die Entstehung der Pflugkultur*, p. 63.

⁷¹ *Ibid.*, p. 86.

⁷² *Ibid.*, p. 87.

orientadas a unos fines. Cuando llamamos «mágica» a su tecnología y «científica» a la nuestra, lo que queremos decir es que la orientación fundamental de la conducta humana es la misma en ambos casos y que la diferencia depende de la disparidad de sus ideas concretas referentes a la relación causa-efecto. La concepción mitológica ve una relación causal entre, por ejemplo, la desnudez del hombre que ara y la rica cosecha, y entre otras muchas costumbres, que hoy nos son repugnantes, y la fertilidad del suelo,⁷³ y los ritos se concebían de acuerdo con estas ideas a fin de asegurar el éxito del trabajo agrícola. Pero seguramente nadie puede encontrar en todo esto un apoyo a la afirmación de que los hombres de tiempos primitivos diferían de nosotros en que el impulso fundamental de sus acciones no era la utilidad sino el idealismo. Es claro que la actividad económica no puede computarse en marcos y pfenningos en una época en que no era familiar el uso del dinero. Pero aquello por lo que estos hombres se afanaban, lo único que valoraban y lo que trataban de conseguir precisamente por medio de sus ritos, prácticas religiosas, exorcismos, plegarias y orgías era la satisfacción de sus necesidades vitales «comunes»: la necesidad de alimento, vestido, cobijo, salud y seguridad. Otras cosas que nosotros apreciamos no las habrían comprendido —ni siquiera el mayor descubrimiento en filosofía o en física—.

El progreso de la civilización, según Frobenius, deriva no de la «necesidad» o del «desasosiego», sino de los «ideales». Entre otras cosas, la historia del cultivo con la azada así lo demuestra. «El primer paso fue, al parecer, la recolección del grano que crecía silvestre. Por gratitud, y a fin de propiciar a la madre tierra, que había sido herida por la

⁷³ *Ibid.*, pp. 117 ss.

recolección del grano, surgió la costumbre, como ideal, de restituir el grano cuyo fruto se destinaba no precisamente a la vida profana, sino que se utilizaba como prueba santa de sacrificio. Solo más tarde, el cultivo con la azada adquirió un carácter cada vez más profano y racional [...] Solo cuando una providencial casualidad atrofió los ideales, cuando los sobrios hechos empezaron a dominar el espíritu, la práctica y ventajosa utilización del “descubrimiento” —el cultivo con la azada— apareció como cultivo profano». ⁷⁴

Es posible que el cultivo con la azada y el arado surgiera como práctica ritual de una tecnología de magia y mitología y que posteriormente, una vez constatada la ineficacia de los ritos, se mantuviera este método de cultivo porque se reconoció su conveniencia como resultado del conocimiento de la botánica agrícola que se obtuvo mientras tanto. El descubrimiento puede considerarse como una contribución muy interesante a la historia de la tecnología y la aplicación del conocimiento tecnológico. Pero, en relación con el tema que ahora nos ocupa, esto nada añade al hecho de que las nociones tecnológicas primitivas difieran de las nuestras. De esto no se puede deducir que la acción de los hombres de época y lugares distantes sean categóricamente diferentes de la acción de los hombres modernos. Bertold Schwartz se proponía hacer oro, y en ese intento se dice que descubrió el preparado para la pólvora. Colón se embarcó rumbo a las Indias y descubrió América. ¿Se puede por ello sostener que estos dos hombres se comportaron de manera fundamentalmente diferente de la nuestra actual? Nunca se ha negado que la acción humana no siempre alcanza los fines que se propone y que casualmente

⁷⁴ Véase Frobenius, *Paideuma*, pp. 70 ss.

llegue a resultados que, de haberse conocido antes, se habrían considerado dignos de ser perseguidos.

Cuando los agricultores de la remota antigüedad trataban de aumentar el producto de su tierra por medio de ritos simbólicos, su acción de basaba en las nociones «tecnológicas» dominantes en su tiempo. Cuando hoy nosotros procedemos de otro modo, nuestra acción se conforma a las nociones tecnológicas dominantes en la actualidad. Quien las considera erróneas puede tratar de descubrir sus errores y sustituir una teoría inútil por otra más eficaz. Si es incapaz de hacerlo, no debería criticar el proceder de quienes se ocupan de divulgar la tecnología agrícola moderna. Es fútil criticar afirmaciones como: «El miope racionalismo del siglo XIX consideró los actos y los usos del antiguo ritual [...] como simple superstición y pensó que debían ser eliminados por la instrucción en escuelas públicas».⁷⁵ Si se pasa revista a la larga lista de ritos —no muy recomendable desde el punto de vista de los conocimientos actuales— que Eduard Hahn ha recogido en sus escritos basándose en una investigación sorprendentemente amplia, apenas se encuentra uno cuya eliminación pudiera lamentarse.⁷⁶ ¿Por qué motivo habrían de conservarse las vacías formas de una tecnología cuya inutilidad nadie podrá negar?

En el comportamiento de los hombres podemos distinguir solo dos formas básicas entre las cuales hay una neta división conceptual: el comportamiento inconsciente, o reacción vegetativa, y el comportamiento consciente, o acción.

⁷⁵ Véase Hahn, *Die Entstehung der Pflugkultur*, p. 87.

⁷⁶ Algunos ejemplos tomados de una compilación de Hahn (*ibid.*, pp. 118 ss.): prostitución sagrada; chistes atrevidos, especialmente por parte de las mujeres, en festivales agrícolas; canto de canciones licenciosas por parte de las mujeres más eminentes de Bautzen; carreras de las trabajadoras del lino, desnudas, por los campos de Wendish, hasta 1882.

Toda acción se conforma necesariamente a las afirmaciones de la teoría *a priori* de la acción humana. Los fines cambian, las ideas de la tecnología se transforman, pero la acción permanece siempre como tal. La acción busca siempre los medios para alcanzar sus fines, y en este sentido es siempre racional y aspira a la utilidad. Es, en una palabra, humana.

4. *Sociología del instinto y conductismo*

Si se rechaza el método de la economía moderna y se renuncia a la comprensión formal de la acción bajo el principio eudemonista de que la acción aspira sin excepción al aumento del bienestar tal como lo juzga el individuo de acuerdo con su subjetiva escala de valores, entonces la única opción posible es entre el procedimiento de la sociología del instinto y el del conductismo. La sociología del instinto intenta eludir el punto crucial del problema, poniendo todo deseo en correlación con un instinto que debería «explicar» la acción. Es el método que explica los efectos del opio sobre la base de la *virtus dormitiva cuius est natura sensus assupire*. Por otro lado, el conductismo evita completamente una explicación y se contenta con el mero registro de los actos individuales. Ni el conductismo «toscamente materialista» ni la «idealista» sociología del instinto serían realmente capaces, en caso de que fueran coherentes, de colocar bajo un mismo título dos acciones que no son perfectamente iguales. Porque el principio que conduce a considerar el instinto por el pan y el instinto por las patatas como el instinto por la comida, y a considerar el consumo de pan y el consumo de patatas como alimento, debería llevarlos también a generalizaciones más amplias, hasta llegar a la categoría más comprensiva de la satisfacción de

las «necesidades» o del «aumento del bienestar». Pero ambas teorías carecen de recursos cuando se enfrentan al problema del conflicto entre diferentes aspiraciones, fines y deseos distintos para el empleo de medios limitados. ¡Qué contraste entre el conocimiento que ya hoy debemos a la teoría económica y sociológica y la pobreza e insuficiencia de lo que ambas doctrinas ofrecen!

2. *Sociología e historia*

Introducción

El racionalismo produjo dos cambios radicales en las ciencias de la acción humana. En la historia, que hasta entonces había sido la única ciencia de la acción humana, introdujo el método crítico. Liberó a esta ciencia de su apego ingenuo a lo que le habían transmitido las crónicas y las obras históricas del pasado y le enseñó no solo a acceder a nuevas fuentes —documentos, inscripciones y cosas por el estilo—, sino también a someter todas las fuentes al escrutinio crítico. Lo que de este modo ganó la ciencia de la historia jamás podrá perderse, ni ser rechazado su valor. Incluso los intentos emprendidos recientemente para «intuir» la historia no podrán hacerlo sin el método crítico. La historia solo puede ser investigada basándose en las fuentes, y nadie podrá seriamente dudar de que a su objeto hay que aproximarse con espíritu crítico. La única cuestión que puede suscitar incertidumbre no es si, sino cómo, las fuentes deben ser analizadas y criticadas.

La otra gran realización del racionalismo fue la construcción de una ciencia teórica de la acción humana, es decir, una ciencia que aspira a descubrir leyes universalmente válidas de la conducta humana. Todo lo que esta ciencia debe a Augusto Comte es el nombre (sociología). Sus fundamentos se habían puesto ya en el siglo XVIII. Los pensadores de

este siglo y de los primeros años del siglo XIX se esforzaron en desarrollar sobre todo la economía, que es hasta ahora la rama mejor desarrollada de la sociología. También trataron de echar los fundamentos de un sistema de pensamiento que se extendiera más allá de la esfera relativamente restringida de la teoría económica para abarcar la totalidad de la sociología.¹

Demostrar la fundamental admisibilidad y posibilidad de la sociología fue un reto de la segunda mitad del siglo XIX. Muchos consideraban inadmisibile la idea de que pudiera haber leyes de la acción humana con independencia del ambiente histórico. En consecuencia, consideraban la historia como la única ciencia competente para tomar la ciencia humana como su propio objeto de conocimiento. Este ataque al derecho de la sociología a existir se lanzaba casi exclusivamente contra la economía. Los críticos no se dieron cuenta de que la economía es solo una rama de una ciencia más amplia que se extiende más allá de su dominio, pero que comparte el mismo carácter lógico. Con posterioridad, cuando en Alemania se conoció mejor la sociología y fueron atacadas todas sus ramas, no se percataron de que esta reclamaba también para sus proposiciones la misma validez que la economía. Mientras tanto, el tratamiento del problema por pensadores tales como Windelband, Rickert y Max Weber la colocó bajo una nueva luz, con el resultado de que el carácter lógico de la sociología se vio de manera diferente.

El rechazo de la sociología y de la economía estuvo también, y acaso sobre todo, motivado por consideraciones políticas. Para muchos, como Schmoller, Brentano y Hasbach, por ejemplo, estas consideraciones fueron realmente

¹ Siegfried Kracauer, *Soziologie als Wissenschaft*, Dresde 1922, pp. 20 ss.

decisivas.² Muchos deseaban apoyar unos programas políticos y económicos que, de haber sido sometidos a examen por los métodos de la teoría económica, se habrían revelado totalmente carentes de sentido, no en términos de una escala de valores distinta, sino precisamente desde el punto de vista de los fines que sus defensores esperaban alcanzar por medio de ellos. Solo quienes ignoraban los argumentos de la economía podían considerar el intervencionismo como una política adecuada para alcanzar estos fines. A todos los demás les resultaba evidente que esta política era nefasta.³ En su discurso del 2 de mayo de 1879 ante el Reichstag, con el que Bismarck pretendía justificar su programa financiero y económico, afirmó que no atribuía mayor importancia a todas aquellas cuestiones, y que cualquier otro juicio sobre las instituciones sociales no habría tenido en cuenta a la ciencia, cuyas teorías abstractas le dejaban a este respecto completamente frío, y que él juzgaba «en consonancia con la experiencia que nos es familiar».⁴ La Escuela histórico-realista, al tratar los aspectos económicos de la ciencia política, proclamó la misma concepción, con más palabras, pero escasamente con mejores argumentos. Pero, en todo caso, hubo también objeciones imparciales en el debate sobre el carácter científico de la sociología. De ello se ocupa la discusión que sigue.

Hay dos modos diferentes de plantear las investigaciones metodológicas y epistemológicas sobre fundamentos seguros. Se puede intentar llegar a un terreno sólido centrándose directamente en los problemas últimos de la metodología.

² Véase Pohle, *Die gegenwärtige Krisis in der deutschen Volkswirtschaftslehre*, 2.^a ed., Leipzig 1921, pp. 86 ss., 116 ss.

³ Véase mi *Kritik des Interventionismus 1929*, pp. 2 ss., 57 ss. [ed. esp.: *Crítica del intervencionismo*, Unión Editorial, 2001].

⁴ Otto von Bismarck, *Fürst Bismarcks Reden*, ed. de Stein, VII, 202.

Este procedimiento sería sin duda el mejor, siempre que ofreciera alguna posibilidad de éxito, de suerte que se pudiera esperar encontrar realmente un terreno firme en ese nivel de profundidad. Pero también se puede seguir otro camino, partiendo de conceptos y proposiciones precisas de la ciencia y verificando su carácter lógico. Es evidente que el reconocimiento de los fundamentos últimos de nuestro conocimiento nunca podrá alcanzarse por esta vía. Pero tampoco el primer camino ofrece semejante posibilidad. Por otro lado, el segundo camino nos protege de la suerte que han corrido en los últimos años la mayor parte de las investigaciones referentes a cuestiones metodológicas y epistemológicas de la economía. Estas investigaciones se empanaron tan lamentablemente en las dificultades de los problemas últimos de la epistemología que nunca alcanzaron el punto en que podían tratar los problemas lógicos de la sociología, que son relativamente más fáciles de resolver. Los problemas últimos ofrecen ciertas dificultades que no pueden superarse con los limitados medios de la mente humana.

El campo de las discusiones siguientes estará desde el principio mucho más estrechamente circunscrito. No nos proponemos tratar las cuestiones últimas del conocimiento. Nos limitaremos aquí a explicar qué es la sociología y con qué pretensión de validez construye sus conceptos y llega a sus conclusiones. El hecho de que nos ocupemos primariamente de teoría económica no precisa de especial justificación. Es esta la rama de la sociología que hasta ahora ha alcanzado el más pleno desarrollo y la mayor precisión sistemática. El carácter lógico de una ciencia se estudia con mejores resultados en sus ramas más desarrolladas. En las siguientes discusiones el punto de partida no será, como lamentablemente en la práctica lo es en muchas obras sobre metodología y epistemología, la formulación que diera de los problemas y sus soluciones la economía clásica, que

es lógicamente insatisfactoria, sino, naturalmente, el estado actual de la teoría.⁵

1. *El problema metodológico y lógico*

Para empezar, apartándonos del procedimiento que suele seguirse, podemos distinguir el problema metodológico del problema lógico.

Por lo general, la metodología se entiende como la lógica, entendida como la teoría de los métodos de pensamiento. Hablaremos de ella en un sentido menos acostumbrado de técnica del pensamiento científico (heurístico) y la contraponemos como arte (*ars inveniendi*) a la ciencia de la lógica.

Durante mucho tiempo, siguiendo el camino de Bacon, se tuvo en estima especialmente alta el método inductivo. Las ciencias naturales, solía decirse sobre todo en el lenguaje corriente, debieron su éxito principalmente a la inducción perfecta. Se decía que una ley general solo puede derivarse una vez analizada la totalidad de los casos individuales. Nadie se extrañaba de que el propio Bacon y la mayoría de los que exponían la misma teoría no tuvieran éxitos que mostrar y que precisamente los investigadores más exitosos tuvieran una opinión diferente. No se tomó nota, por ejemplo, de que Galileo declaró incierta la inducción

⁵ Tampoco Menger parte, en sus famosas *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften*, de las afirmaciones de la economía subjetivista, sino del sistema, de la metodología y de la lógica de la economía clásica. La transición del sistema clásico al moderno no se produjo de golpe, sino gradualmente. Se precisó mucho tiempo para que el significado de la revolución efectuada se dejara sentir plenamente. Solo a la mirada del historiador del pensamiento económico los años en que Menger, Jevons y Walras formularon sus teorías aparecieron como el comienzo de una nueva época de nuestra ciencia.

perfecta y sustituyó la comparación entre un número de casos individuales por el análisis de *un* caso, del cual derivaba la ley que luego había que verificar experimentalmente. Era realmente fantástico que la inducción perfecta fuera elogiada como el método específico de las ciencias naturales, al tiempo que de hecho era ignorada por los científicos y solo la aplicaban los anticuarios. Debido a la escasez de fuentes disponibles, estos afirmaron la necesidad de sacar sus conclusiones de un estudio exhaustivo de todos los casos accesibles.

Lo que cuenta no son los datos, sino la mente que los trata. Los datos que Galileo, Newton, Ricardo, Menger y Freud utilizaron para sus grandes descubrimientos estaban ahí, a disposición de sus contemporáneos y lo estuvieron a disposición de innumerables generaciones anteriores. Galileo no fue ciertamente el primero que observó el movimiento oscilante de la gran lámpara de la catedral de Pisa. Muchos médicos antes de Breuer asistieron a la cabecera de un paciente de histeria. Es simplemente la rutina de la práctica científica la que puede enseñarse y exponerse en los libros de texto. Pero la capacidad de realizar proezas de relevancia científica solo puede ser despertada en quien ya posee las necesarias dotes intelectuales y la correspondiente fuerza de voluntad. Ciertamente, sin las bases que proporcionan la técnica y la literatura científicas, nada puede llevarse a cabo. Sin embargo, el factor decisivo es la personalidad del pensador.

Sobre este punto no hay divergencia de opiniones. No hay por qué perder más el tiempo en él.

La situación es totalmente distinta en lo que respecta al problema lógico. A lo largo de la *Methodenstreit*⁶ (la disputa

⁶ Mises se refiere a la disputa sobre el método y sobre las características metodológicas de la teoría económica, que a finales del siglo XIX enfrentó

sobre el método), la cuestión del carácter lógico de la sociología pasó a un segundo plano hasta desaparecer completamente. Pero esto no ocurrió en los primeros años de la *Methodenstreit*. En aquel tiempo, primero Walter Bagehot y luego Carl Menger polemizaron contra el rechazo en principio de toda ciencia teórica de la acción humana, destacando el carácter y la necesidad lógica de una ciencia teórica de los fenómenos sociales. Es sabido cómo esta disciplina acabó en Alemania. La economía desapareció de las universidades y su lugar fue ocupado —a veces con el mismo nombre— por el estudio de los aspectos económicos de la ciencia política, una colección enciclopédica de conocimientos sobre temas diversos. Quien quería definir científicamente este estudio lo veía como una historia de la administración del gobierno, condiciones económicas y política económica en el pasado más reciente. De esta historia se intentaba, con la adhesión a los valores aceptados por las autoridades y los partidos políticos, derivar unas reglas prácticas para la política económica futura de una forma similar a la de un escritor de temas militares que trata de descubrir reglas para la conducción de las guerras futuras basándose en el estudio de las campañas del pasado. En general, el investigador de los aspectos económicos de la ciencia política se distingue del historiador en que suele interesarse sobre todo por el pasado más reciente y por problemas de política interior, finanzas y política económica, menos preocupado por disimular su postura política y más interesado en derivar del pasado las aplicaciones prácticas para la política del futuro. El carácter lógico de su obra escasamente constituyó un problema para él. Y, cuando tal fue

a los defensores de la Escuela austriaca, pilotada por Carl Menger, a los representantes de la Escuela histórica alemana, guiados por Gustav von Schmoller.

el caso, su mente no tardó en ajustarse a las máximas de Schmoller.

La primera señal de inquietud aparece en la gran controversia sobre los juicios de valor que estalló en los lustros segundo y tercero del siglo xx. La forma en que se proponían las demandas políticas como postulados de la ciencia en lecciones, libros de texto y monografías empezaba a ser ofensiva. Un grupo de jóvenes profesores insistía en que la concepción del mundo de un profesor no debe influir en el contenido de su enseñanza, o, al menos, el profesor debe manifestar su juicio de valor personal, debe señalar el carácter subjetivo de lo que enseña. Sin embargo, las discusiones relativas a estas disputas afectaron escasamente al problema de la posibilidad de una ciencia teórica de los fenómenos sociales.⁷

2. *El carácter lógico de la historia*

Mientras tanto, completamente al margen de toda conexión con los problemas lógicos presentes en la relación entre sociología e historia, tuvo lugar un importante avance en las lógicas de las ciencias morales.

⁷ El punto en cuestión en la disputa sobre la libertad de las ciencias sociales respecto a las valoraciones hacía tiempo que había sido resuelto. Jamás había sido en modo alguno de difícil solución. Véase Richard Cantillon, *Essai sur la nature du commerce en général*, ed. en inglés por Henry Higgs, Londres 1931, pp. 84-85; David Ricardo, *Notes on Malthus' «Principles of Political Economy»*, ed. de Hollander y Gregory, Baltimore 1928, p. 180; John Stuart Mill, *System of Logic Ratiocinative and Inductive*, 8.^a ed., Londres 1872, Libro VI, cap. 12, § 6; John Elliott Cairnes, *Essays in Political Economy, Theoretical and Applied*, Londres 1873, pp. 256 ss.; Henry Sidgwick, *The Principles of Political Economy*, 2.^a ed., Londres 1887, pp. 12 ss.

Desde hacía tiempo se venía reclamando que la historia se elevara al menos al estatus de una genuina ciencia mediante la adopción de los métodos de las ciencias naturales, es decir, las ciencias nomotéticas.⁸ Algunos consideraban irrealizable esta pretensión, pues decían que no existe vía alguna para descubrir leyes históricas. Convencidos de que solamente las ciencias nomotéticas pueden propiamente reclamar el título de ciencias, admitieron a regañadientes que la historia no es ciencia. (Por esta razón, muchos preferían considerarla como un arte.) Otros en cambio se atribuyeron la capacidad de formular «leyes de la historia universal». A este respecto, Kurt Breysig fue el más prolífico.

Hay que señalar que lo que se discutía no era el problema de una ciencia teórica de la acción humana. Lo que se buscaba eran leyes del desarrollo histórico, leyes de la historia, no leyes de la sociología. La ley n.º 31 de Breysig, por ejemplo, reza así: «Bajo la norma del Kaiser y la del pueblo, desarrolladas contemporáneamente, la economía nacional tiene que avanzar hacia un *boom* sin precedentes en el comercio y la industria».⁹

Bergson en Francia y Windelband, Rickert y Max Weber en Alemania combatieron la confusión de conceptos en que se apoyaba esa exigencia de una nueva ciencia de la historia. Se proponían definir lógicamente el carácter de la historia y de la investigación histórica y demostrar la inaplicabilidad a la historia de los conceptos y procedimientos de la física. Lo que llevó a cabo la Escuela neocrítica del

⁸ Sobre este punto véase Ernst Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, 6.ª ed., Leipzig 1908, pp. 101 ss.; Erich Rothacker, *Einleitung in die Geisteswissenschaften*, Tubinga 1920, p. 195.

⁹ Kurt Breysig, *Der Stufenbau und die Gesetze der Weltgeschichte*, 2.ª ed., Berlín 1927, p. 165.

suroeste de Alemania, a pesar de sus insuficiencias, merece el más alto reconocimiento y debe ser el fundamento y punto de partida de toda investigación ulterior relativa a la lógica de la historia. Sin embargo, en ciertos aspectos, esta labor fue totalmente inadecuada: se basa en la ignorancia del problema de una ciencia teórica de los fenómenos sociales, a la que no presta atención alguna. Windelband, Rickert y Max Weber solo conocieron las ciencias naturales y la historia; fueron ajenos a la existencia de la sociología como ciencia nomotética.¹⁰

Esta afirmación, en lo que respecta Weber, precisa de una matización. Weber, ciertamente, fue profesor de economía en dos universidades y de sociología en otras dos. Pero no era ni economista ni sociólogo, sino historiador.¹¹ No conocía el sistema de teoría económica. Consideraba la sociología como una especie de historia más ampliamente generalizada y resumida.

No hay que decir que con esto pretendamos restar importancia a Max Weber y su labor. Weber fue una de las figuras más brillantes de la ciencia alemana del siglo xx, pionero y guía innovador con el que las siguientes generaciones pudieron enriquecerse asimilando y elaborando su herencia intelectual. El hecho de que fuera historiador e investigador del carácter lógico de la historia no significa que se desentendiera de los problemas de su tiempo. Su campo era justamente la historia, y en este campo hizo grandes

¹⁰ Véase *supra*, p. 189 respecto a las observaciones de Rickert, donde admite la posibilidad de «una exposición acorde con los métodos de las ciencias de la naturaleza y por medio de generalización» de las «vicisitudes de la humanidad civilizada».

¹¹ Karl Jaspers, *Max Weber*, Oldenburg 1932, p. 43, llama a Weber un «historiador universal» y añade: «Su sociología es historia universal». Sobre Weber como economista, véase mi *Kritik des Interventionismus*, cit., pp. 85 ss.

aportaciones. Además, si hoy podemos acercarnos a los problemas lógicos de la sociología con mejores instrumentos conceptuales, lo debemos primariamente a la obra que Max Weber dedicó a los problemas lógicos de la historia.

3. *El tipo ideal y la ley sociológica*

A los ojos de Max Weber, el punto de partida de las ciencias sociales es «la configuración real (es decir la configuración en el caso concreto) de la vida cultural que nos rodea en su contexto universal, aunque por esta razón no menos individualmente articulado, y en sus conexiones con otras condiciones socio-culturales, también constituidas individualmente, de las que ha surgido». ¹² Pero allí donde «se plantea la explicación causal de un “fenómeno cultural” —un “individuo histórico”— el conocimiento de las leyes de causación no puede ser el *fin* sino solamente los *medios* de investigación. Dicho conocimiento nos posibilita y facilita la imputación de los componentes culturalmente significativos de los fenómenos, en su individualidad, a sus causas concretas. Y cuanto más “generales”, es decir “abstractas”, son estas leyes, menos cumplen las exigencias de la imputación causal de los fenómenos *individuales*, y por tanto, indirectamente, la comprensión del significado de los eventos culturales». ¹³

Max Weber coloca al «historiador y al sociólogo» en la misma categoría: la tarea de ambos es el «conocimiento de la realidad cultural». ¹⁴ Por tanto, el problema lógico y

¹² Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübinga 1922, pp. 172 ss.

¹³ *Ibid.*, p. 178.

¹⁴ *Ibid.*, p. 181.

epistemológico es el mismo en sociología y en historia, a saber: «¿cuál es la función lógica y la estructura de los *conceptos* de que trata nuestra ciencia, como toda ciencia? O, más en particular, formulado con respecto al problema crucial: ¿qué importancia tienen la *teoría* y la formación de conceptos para el conocimiento de la realidad cultural?». ¹⁵

La respuesta de Weber a esta pregunta es, en efecto, que «la teoría económica abstracta» es solo «un caso especial de un modo de formar conceptos que es peculiar de las ciencias de la cultura humana y, en cierta medida, indispensable para ellas»; tenemos aquí «ante nosotros un ejemplo de aquellas síntesis que generalmente se denominan “ideas” de los fenómenos históricos». ¹⁶ Es la producción de una «representación conceptual» que coordina «determinadas referencias y eventos de la vida histórica en un cosmos de interrelaciones inmanentemente sin contradicciones». Nosotros nos aclaramos pragmáticamente los rasgos característicos de esta relación construyendo un «tipo ideal». ¹⁷ El tipo ideal «se obtiene mediante la *acentuación* unilateral de *uno* o *varios* aspectos y mediante la integración en una *representación conceptual*, inmanentemente coherente, de una multiplicidad de fenómenos individuales diversos y discontinuos, presentes aquí en mayor medida y allí en menor, y a veces también ausentes y que son congruentes con esos aspectos destacados unilateralmente». ¹⁸

Por consiguiente, la «teoría económica abstracta», que en opinión de Weber ofrece «una representación de los procesos que tienen lugar en un mercado de bienes, dentro de la organización social de una economía de intercambio

¹⁵ *Ibid.*, p. 185.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 189 ss.

¹⁷ *Ibid.*, p. 190.

¹⁸ *Ibid.*, p. 191.

de mercancías, de libre competencia, y de acción estrictamente racional»,¹⁹ tiene el mismo carácter lógico que «la idea de una “economía urbana” de la Edad Media», o que la «idea de artesanía»,²⁰ o las ideas de «individualismo, imperialismo, mercantilismo, o innumerables ideas convencionales formadas de un modo semejante a los medios con que tratamos de pensar y entender la realidad».²¹ Estos conceptos no pueden definirse «según su contenido mediante una *descripción sin presupuestos* de cualquier fenómeno concreto o mediante una abstracción y un agrupamiento de lo que es *común* a varios fenómenos concretos».²² Estos, dice Weber, son modelos del tipo ideal, un concepto característico de la historia y de la sociología —en una palabra, de las ciencias culturales—.

Sin embargo, tampoco para Weber la sociología y la historia son idénticas. La sociología «construye conceptos de *tipo* y busca los principios *generales* de los eventos», mientras que la historia «aspira al análisis causal y la imputación de acciones, instituciones y personalidades *singulares culturalmente importantes* [...] Como sucede con toda ciencia generalizadora, el carácter de sus abstracciones requiere que sus conceptos estén relativamente exentos de contenido. Lo que ella ofrece a cambio es una mayor *claridad* de los conceptos. Este aumento de claridad se obtiene mediante la mayor *adecuación posible al significado* [*Sinnadäquance*], que es lo que la sociología se esfuerza en alcanzar en la elaboración de sus conceptos».²³ Por tanto, la diferencia entre sociología e historia es tan solo una diferencia de grado.

¹⁹ *Ibid.*, p. 190.

²⁰ *Ibid.*, p. 191.

²¹ *Ibid.*, p. 193.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, pp. 520 ss.

En ambas es idéntico el objeto de conocimiento. Ambas emplean el mismo método lógico de formación de los conceptos. Son diferentes tan solo en la medida de su proximidad a la realidad, su plenitud de contenido y la pureza de sus construcciones ideal-típicas. Así Max Weber responde implícitamente a la cuestión que en otro tiempo constituyó el meollo de la *Methodenstreit* enteramente en el sentido de quienes negaban la legitimidad lógica de una ciencia teórica de los fenómenos sociales. Según él, la ciencia social solo es lógicamente concebible como forma especial, cualificada, de investigación histórica.

Sin embargo, la teoría que él conoce y rechaza no es la teoría a que se refieren Walter Bagehoy y Carl Menger cuando atacan la epistemología de la Escuela histórica. Max Weber piensa en algo completamente diferente. El quiere demostrar «lo absurdo de la idea —que en su tiempo dominó entre los historiadores de nuestra disciplina— de que el fin, incluso lejano, de la ciencia cultural debe ser elaborar un sistema de conceptos lógicamente completo que pueda abarcar la realidad en una articulación en cierto modo *definitiva* y del que pueda ser de nuevo deducible».²⁴

Nada le parece más peligroso que la «mezcla de teoría e historia derivada de prejuicios “naturalistas”, ya se crea que la sustancia “real”, la “esencia”, de la realidad histórica ha quedado fijada en esa representación teórica, conceptual,²⁵ o que se use como un lecho de Procusto en que la historia tenga que ser comprimida, o se hipostaticen los “conceptos” como una realidad “genuina” que está tras el fluir de los fenómenos como “fuerzas” reales que se manifiestan en la historia».²⁶

²⁴ *Ibid.*, p. 184.

²⁵ Es decir, en los tipos ideales.

²⁶ *Op. cit.*, p. 184.

En la medida en que Max Weber trata de definir el carácter lógico de la investigación histórica; en la medida en que rechaza los intentos de formular «leyes históricas»; y en la medida en que demuestra, siguiendo los pasos de Windelband y Rickert, la inaplicabilidad a la historia de los métodos que emplean las ciencias naturales en la formación de sus conceptos, podemos estar de acuerdo con él sin la menor duda. En todos estos aspectos él continúa y perfecciona la obra de sus predecesores, y sus aportaciones a la epistemología son perdurables.²⁷ Pero cuando va más allá y trata de determinar el carácter de la investigación histórica fracasó y tenía que fracasar, porque entendía por sociología algo totalmente diferente de una ciencia nomotética de la acción humana cuya posibilidad constituyó el núcleo de la *Methodenstreit*. La razón por la que Max Weber cayó en este malentendido puede comprenderse y explicarse fácilmente si se tiene en cuenta su peripecia personal y el estado en que se encontraban los resultados de la investigación sociológica en su tiempo en el Reich alemán, especialmente en las universidades. Los historiadores de la materia podrían interesarse por este aspecto de la cuestión. Lo único que a nosotros aquí nos interesa es la rectificación de este malentendido que, aun no siendo originariamente atribuible a Max Weber, recibió amplia difusión por el hecho de que él lo pusiera como fundamento de su epistemología.²⁸

²⁷ Schelting con razón dice: «Con el concepto de “tipo ideal” Max Weber ha señalado por primera vez clara y simplemente un modo específico de formular conceptos. El tipo ideal constituye un descubrimiento lógico. No es una “invención”, Max Weber no quería en modo alguno adosar a la ciencia nada que no estuviera ya establecido. Pero quería aclarar una situación lógica que ya existía, porque esta es la esencia del conocimiento en las ciencias de la cultura». Véase también Marcus Pfister, *Die Entwicklung zum Idealtypus*, Tubinga 1928, pp. 131 ss.

²⁸ La epistemología de Max Weber fue continuada y revisada por Alfred Schütz. *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt*, Viena 1932, de un modo

La base del malentendido de Weber solo puede exponerse mediante la consideración de la cuestión acerca de si los conceptos de la teoría económica tienen de hecho el carácter del «tipo ideal». La respuesta a esta cuestión es netamente negativa. Es también cierto que los conceptos de la economía no son «nunca empíricamente identificables en la realidad» en su «pureza conceptual».²⁹ Los conceptos no se encuentran nunca en ninguna parte en la realidad; pertenecen más bien a la esfera del pensamiento. Son los medios intelectuales con los que tratamos de captar la realidad. Sin embargo, no puede sostenerse que estos conceptos de la teoría económica se obtengan mediante «la *acentuación* unilateral de *uno* o *varios* aspectos y mediante su integración en una representación *conceptual*, inmanente-mente coherente, de una multiplicidad de fenómenos *individuales* diversos y discontinuos, presentes aquí en mayor medida y allí en menor, y a veces también ausentes y que son congruentes con esos aspectos destacados unilateralmente». Por el contrario, se obtienen mediante reflexiones dirigidas a comprender lo que contiene *cada uno* de los fenómenos individuales tomados en consideración. Para determinar si la elaboración de este o aquel concepto o proposición lo consigue realmente de una forma lógicamente irreprochable y si capta correctamente la realidad, es una de las tareas de la ciencia cuyo carácter lógico constituye el objeto de la disputa. Lo que aquí nos interesa no es la

que trata también de obtener ventaja de las objeciones hechas por mí al tipo ideal weberiano (véase en particular pp. 277 ss.). Las penetrantes indagaciones de Schütz, que se basan en el sistema de Husserl, han llevado a descubrimientos cuya importancia y fecundidad, tanto para la epistemología como para la misma ciencia histórica, merecen alta apreciación. Un juicio sobre el concepto de tipo ideal, tal como nuevamente lo concibe Schütz, excede el alcance del presente ensayo. Debo, pues, aplazar su tratamiento.

²⁹ Weber, *Wissenschaftslehre*, p. 191.

cuestión de la verdad material de los conceptos y proposiciones individuales y de la estructura teórica que los conecta en un sistema, sino la admisibilidad lógica y la conveniencia de formular tales proposiciones, por no decir su necesidad para alcanzar los fines fijados por esa ciencia.

La acción humana, que constituye el objeto de la investigación en las ciencias sociales, tanto históricas como teóricas, supone un estado de cosas que expondremos en la formulación de Gottl, ya que Max Weber la contrapuso a lo que nosotros consideramos como razonamiento defectuoso. Gottl considera la «privación» (que él entiende como el hecho de que «una aspiración no pueda realizarse sin que de alguna manera se impida la realización de otras aspiraciones») como una de las dos «condiciones fundamentales» que rigen nuestra acción.³⁰ Ahora bien, Max Weber sostiene que hay excepciones a esta fundamental situación en que el hombre se encuentra. No es cierto que «el conflicto entre varios *fines*, y por tanto la necesidad de *elegir* entre ellos, sea una situación que se mantiene absolutamente».³¹ Pero esta objeción de Weber es correcta solo en cuanto haya también «bienes libres»; mas cuando esto sucede la «acción» no tiene lugar. Si todos los bienes fueran «bienes libres», el hombre economizaría solo en su actividad personal, es decir, en la aplicación de sus fuerzas personales y en la vida que pasa. Ignoraría las cosas del

³⁰ Friedrich von Gottl-Ottlilienfeld, *Die Herrschaft des Wortes*, 1901, ahora en *Wirtschaft als Leben*, Jena 1925, pp. 165 ss.

³¹ Weber, *Wissenschaftslehre*, p. 117, n. 2. Pero esto debe compararse con esta otra afirmación de Weber: «Que nuestra existencia física, al igual que la satisfacción de nuestras más elevadas necesidades ideales, chocha siempre contra la limitación cuantitativa y la insuficiencia cualitativa de los medios externos [...] tal es el hecho fundamental al que se refieren todos aquellos fenómenos que nosotros indicamos, en el sentido más amplio, como económico-sociales», *op. cit.*, p. 161.

mundo exterior.³² Solo en una cucaña poblada de hombres inmortales e indiferentes al paso del tiempo, donde el hombre está siempre y en todas partes plenamente satisfecho, o en un mundo en el que no se puede alcanzar una mejora en la satisfacción o una satisfacción ulterior, no existiría lo que Gottl llama «privación». Solo en la medida en que esta existe tiene lugar la acción; cuando falta, falta también la acción.

Cuando se comprende esto, se comprende implícitamente que toda acción implica una elección entre varias posibilidades. Toda acción consiste en economizar los medios disponibles para alcanzar fines realizables. La ley fundamental de la acción es el principio económico. Toda acción está bajo su dominio. Quien desee negar la posibilidad de la ciencia económica debe comenzar poniendo en cuestión la validez universal del principio económico, es decir, que la necesidad de economizar es característica de toda acción por su propia naturaleza. Pero solo quien ha malentendido completamente el principio económico puede hacerlo.

El malentendido más común consiste en ver en el principio económico una declaración sobre la materia y el contenido de la acción. Se entra en la psicología, se construye el concepto de necesidad, y luego se busca el puente entre la necesidad, la descripción de un sentimiento de insatisfacción y la decisión concreta de la acción. La necesidad se convierte así en juez de la acción: se piensa que la acción correcta, la única que corresponde a la necesidad, puede contraponerse a la acción incorrecta. Pero nosotros no podemos identificar la necesidad de otro modo que en la acción.³³

³² Véase mi *Socialism* 1951; véase también Eli F. Heckscher, «A Plea for Theory in Economic History», *Economic History*, I, 527.

³³ Respecto a la hipostatización implícita en el concepto de «necesidad», véase Felix Kaufmann, «Logik und Wirtschaftswissenschaft», *Archiv für Sozialwissenschaft*, I, IV, 620.

La acción coincide siempre con la necesidad, porque siempre podemos inferir la necesidad solamente de la acción. Al margen de lo que se *diga* a propósito de las propias necesidades, se trata siempre solo de una discusión y una crítica del comportamiento pasado y futuro; la necesidad se manifiesta primeramente en la acción y solo en la acción. Es evidente, desde luego, que respecto a lo que nosotros sabemos acerca de las necesidades de otros —por no decir de todos— hombres, solo existen dos posibilidades: o afirmamos cómo han actuado o presumiblemente actuarán, o bien afirmamos cómo deberían haber actuado o cómo deberán actuar en el futuro.

Por este motivo, ningún malentendido puede ser más radical que el del historicismo cuando ve en el «deseo de economizar una parte de un posterior desarrollo» y añade que «el hombre en estado de naturaleza no actúa con plena intencionalidad»;³⁴ cuando expone el principio económico como una forma específica de producción en una economía monetaria.³⁵ Max Scheler ha refutado correctamente esta idea, si bien él mismo, por su deseo de encontrar una determinación absoluta de la escala de valores, se cierra la posibilidad de extraer las conclusiones de su respuesta que son cruciales para la ética.

«Que, *ceteris paribus*, lo agradable se prefiere a lo desagradable no es una proposición basada en la observación y la inducción, sino que está en la naturaleza de estos valores y en la del propio sentimiento. Si, por ejemplo, un viajero, un historiador o un zoólogo os describe un tipo de hombre o de animal cuya verdad fuera lo contrario, nosotros *a*

³⁴ Halberstädter, *Die Problematik des wirtschaftlichen Prinzips*, Berlín y Leipzig 1925, p. 61.

³⁵ Véase Wilhelm Lexis, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*, 3.ª ed., Berlín y Leipzig 1926, p. 14.

priori ni le creeríamos ni tendríamos por qué creerle; nos limitaríamos a decir: eso ni siquiera se discute.

»A lo sumo, podría tratarse de unos seres que juzgan agradables o desagradables cosas distintas que nosotros; podría suceder también que prefieran lo desagradable a lo agradable, porque para ellos existe un valor (que acaso nosotros desconocemos) más elevado, y pueden soportar lo desagradable solo porque “prefieren” este valor; o bien nos encontramos ante un caso de perversión de los *deseos* por la que cosas nocivas a la vida se experimentan como “agradables”. Al igual que todas estas relaciones, lo que nuestra proposición también expresa al mismo tiempo es una *ley* que contempla expresiones de vida distintas y valoraciones históricas concretas (o también de valoraciones propias que se recuerdan). Por tanto, se *presupone* realmente algo en todas las observaciones e inducciones. Por ejemplo, es *a priori* en lo que respecta a cualquier experiencia etnológica. Ni siquiera la adopción del punto de vista de la teoría de la evolución puede “explicar” mejor esta proposición y los hechos a que se refiere». ³⁶

Lo que aquí dice Scheler acerca de lo agradable y lo desagradable es la ley fundamental de la acción, válida con independencia del lugar, el tiempo, la raza, etc. Si en las observaciones de Scheler sustituimos «agradable» por «subjetivamente más importante» y «desagradable» por «subjetivamente menos importante», todo esto resulta mucho más claro.

El historicismo no toma suficientemente en serio su tarea, contentándose con la simple afirmación de que la calidad de la acción humana no es supertemporal y ha cambiado a lo largo de la evolución. Al emprender la defensa

³⁶ Max Scheler, *Der Formalismus in der Ethik und die formale Wertethik*, 2.ª ed., Halle 1921, p. 104.

de tales afirmaciones, se asume al menos la obligación de precisar en qué aspectos la acción de la supuesta era pre-racional difiere de la acción de la era racional, como, por ejemplo, hay también que aclarar si la acción no racional puede tener lugar. Solo Max Weber sintió esta obligación. A él debemos el único intento de elevar esta tesis del historicismo del nivel de un *aperçu* periodístico al de una investigación científica.

En el campo de la «acción dotada de sentido» Weber distingue cuatro tipos. La acción puede ser: «(1) racional respecto al objetivo, es decir, guiada por expectativas del comportamiento de objetos del mundo externo y de otros hombres, y empleando estas expectativas como “condiciones” o como “medios” para alcanzar los *finés* racionalmente considerados y deseados por el propio actor; (2) racional respecto al valor, es decir guiada por la creencia consciente en el valor *intrínseco* no cualificado de un determinado modo de conducta —ética, estética, religiosa o cualquier otra— en cuanto tal e independientemente de sus consecuencias; (3) afectiva, especialmente *emocional*, cuando está orientada por pasiones y humores; y (4) tradicional, cuando está orientada por una costumbre familiar». ³⁷ Además de los tipos de acción dotada de sentido «existe un modo puramente reactivo de acción que no va acompañado por un significado entendido subjetivamente». Los límites entre la acción dotada de sentido y el comportamiento reactivo son bastante fluidos. ³⁸

Consideremos ante todo lo que Max Weber llama «un modo de comportamiento reactivo». La biología y las ciencias naturales en general pueden contemplar solo desde

³⁷ Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft, Grundriss der Sozialökonomik*. Tubinga 1922, Parte III, p. 12.

³⁸ *Ibid.*, p. 2.

fuera el comportamiento de los objetos que estudian. Por esta razón, tan solo pueden establecer la existencia de una relación entre el estímulo y la respuesta a este. Más allá de esto deben decir: *ignorabimus*. El científico natural puede vagamente sospechar que en cierto modo el comportamiento del objeto estimulado puede explicarse de un modo semejante al de la acción humana racional, pero no le es dado ver más en profundidad. Por lo que respecta en particular a la acción humana, la situación es totalmente distinta. Aquí captamos el significado, esto es, como dice Weber, «el significado subjetivamente entendido por el actor», que «no es un significado objetivamente “correcto” y un significado “real” determinado metafísicamente». ³⁹ Cuando observamos los animales, a los que no podemos atribuir la razón humana, definimos como comportamiento «instintivo» un comportamiento que podemos explicar si lo observamos en un ser humano.

La respuesta de un ser humano puede ser reactiva o dotada de sentido, o reactiva y dotada de sentido al mismo tiempo. El cuerpo responde reactivamente a los venenos, pero la acción también puede responder con sentido tomando un antídoto. Por otro lado, solo la acción dotada de sentido responde a un aumento de los precios de mercado. Desde el punto de vista de la psicología, el límite entre comportamiento dotado de sentido y comportamiento reactivo es indeterminado, como lo es el límite entre consciente e inconsciente. Sin embargo, es posible que sea solamente la imperfección de nuestro conocimiento la que impide que descubramos que la acción y la reacción de los estímulos son esencialmente semejantes y que la diferencia entre ellas es simplemente de grado.

³⁹ *Ibid.*, p. 1.

Cuando decimos que un comportamiento humano es meramente reactivo, instintivo o conativo, queremos decir que se produce inconscientemente. Debe observarse, sin embargo, que cuando consideramos inconveniente comportarse de un modo semejante, intentamos con una acción dotada de sentido eliminar el comportamiento meramente reactivo o instintivo. Si tocan mi mano con un cochillo cortante, instintivamente la retiro; pero si, por ejemplo, se trata de una operación quirúrgica, trataré de superar el comportamiento reactivo mediante una acción consciente. La voluntad consciente controla todas las esferas del comportamiento que le son accesibles, aceptando solo aquella conducta reactiva, instintiva o conativa que juzga conveniente y que ella misma habría ejecutado. Por consiguiente, dado el punto de vista de la investigación propio de la ciencia de la acción humana, que tiende a algo completamente distinto de lo que es propio de la psicología, el límite entre la conducta dotada de sentido y la meramente reactiva no es en absoluto indeterminado. En la medida en que la voluntad tiene el poder de ser eficaz, solo existe la acción dotada de sentido.

Esto nos lleva al examen de los tipos de conducta que Weber opone al comportamiento racional. Para empezar, es totalmente claro que lo que Weber llama conducta «valorativa» («racional respecto al valor») no puede distinguirse básicamente de la conducta «racional». Los resultados a que aspira la conducta racional son también valores y, como tales, están más allá de la racionalidad. Para emplear la expresión de Weber, «tienen un valor *intrínseco* no cualificado». ⁴⁰ Lo que Weber llama «valorativo» (conducta racional respecto

⁴⁰ *Ibid.*, p. 13.

a valores) difiere de la conducta racional solo en que contempla un determinado modo de conducta también como valor y en consecuencia lo coloca en la escala de valores. Si alguien quisiera no solo ganarse sus medios de subsistencia en general sino también de forma «respectable» —digamos como un *Junker* prusiano de otros tiempos, que prefería una carrera en la Administración al ejercicio de la abogacía—, o si alguien renunciara a las ventajas que ofrece una carrera en la Administración pública para no renegar de sus propias convicciones políticas, esto no representaría en modo alguno una acción no racional. La adhesión a concepciones de la vida recibidas o a condiciones políticas es un fin como otro cualquiera y como tal entra en la escala de valores.

Weber cae aquí en el viejo malentendido en que tropieza a menudo la idea básica del utilitarismo, es decir, considerar como un «fin» solamente los valores que pueden expresarse en dinero. Cuando Weber sostiene que «aquel que, al margen de las consecuencias previsibles, actúa al servicio de la propia convicción respecto a lo que considera que exige de él el deber, la dignidad, la belleza, el precepto religioso, el amor filial o la importancia de una “causa”, no importa de qué clase, actúa de manera racional respecto a valores»,⁴¹ parece indicar que actúa únicamente de una manera racional respecto al valor. Sería más exacto decir que hay hombres que colocan el valor del deber, de la dignidad, de la belleza y de otras cosas por el estilo en una posición tan alta que excluyen para ellos otros objetivos. Entonces se ve claramente que lo que aquí hay son otros fines diferentes de aquellos a los que aspiran las masas, pero fines al fin y al cabo, y que por tanto una acción dirigida a su realización puede calificarse como racional respecto al fin.

⁴¹ *Ibid.*, p. 12.

La situación no es distinta para el comportamiento tradicional. Un agricultor responde al químico que le recomienda usar abonos artificiales que no permite a ningún hombre de ciudad interferir en su trabajo agrícola. Él quiere seguir trabajando como se trabaja en la aldea desde hace generaciones, como su padre y su abuelo y como todos los campesinos capaces le han enseñado. Lo cual hasta ahora ha dado buenos resultados. Esta actitud significa solo que el campesino quiere atenerse al método recibido porque piensa que es el mejor. Cuando un aristócrata terrateniente rechaza la propuesta de su administrador de usar su nombre, su título y su escudo de armas como marca de fábrica en los paquetes de mantequilla que destina a vender en el mercado, basando su rechazo en el argumento de que semejante práctica no es conforme con la tradición aristocrática, quiere decir: renuncio a un incremento de mis ingresos que puedo obtener solo sacrificando parte de mi dignidad. En un caso se mantiene la costumbre familiar porque —justificado o no, no tiene la menor importancia para nosotros— se considera más racional; en el otro caso se atribuye un valor superior al que podría realizarse mediante su sacrificio.

Finalmente, tenemos la acción «afectiva». Bajo el impulso de la pasión, cambia la escala de los fines y se cede más fácilmente a un impulso emocional que reclama una satisfacción inmediata. Más tarde, al considerarlo más fríamente, se juzgan las cosas de otra manera. Quien pone en peligro su vida lanzándose en ayuda de un hombre que se está ahogando puede hacerlo porque cede al momentáneo impulso de ayudar, o porque siente el deber de aparecer como un héroe, o porque quiere ganar un premio con su acción. En cada caso su acción depende del hecho de que momentáneamente pone la ayuda a otro hombre tan alto que quedan en segundo plano otras consideraciones, como la propia vida o el destino de la propia familia. Puede suceder que

una reconsideración posterior le haga pensar de otro modo. Pero por el momento, y esto es lo único que cuenta, también esta acción era racional.

Por consiguiente, la distinción que Max Weber establece entre la esfera de la acción dotada de sentido cuando trata de contraponer la acción racional a la no racional no puede mantenerse. Todo lo que podemos considerar como acción humana, en cuanto va más allá de todo comportamiento meramente reactivo de los órganos del cuerpo humano, es racional: elige entre posibilidades dadas para poder alcanzar el fin más ardientemente deseado. Ninguna otra consideración se precisa para una ciencia que quiere considerar la acción como tal, al margen de sus fines.

El error básico de Weber consiste en no haber entendido correctamente la reivindicación de validez universal de las proposiciones de la sociología. El principio económico, la ley fundamental de la formación de las relaciones de intercambio, la ley del beneficio, la ley de la población y otras proposiciones similares son válidas, siempre y en todas partes, si se respetan las condiciones establecidas por esas proposiciones.

Max Weber cita repetidamente la ley de Gresham como ejemplo de una proposición de economía. Sin embargo, él no olvida poner entre paréntesis la palabra «ley» para mostrar que en este caso, como en el de otras proposiciones de la sociología, entendida como disciplina que incluye el método de la comprensión histórica, lo que se discute es una cuestión de «*posibilidades* típicas, confirmadas por la observación, de cierto curso de la acción social que puede *esperarse* ante ciertas situaciones que resultan inteligibles en razón de motivos típicos y del sentido típico intencionado por los actores».⁴² Esta «llamada» ley de Grasham es, dice

⁴² *Ibid.*, p. 9.

él, «una interpretación racionalmente evidente de la acción humana bajo determinadas condiciones y bajo el supuesto ideal-típico de la acción puramente racional. Solo la experiencia (que en último análisis puede en cierto modo expresarse “estadísticamente”) puede decirnos en qué medida suceden de hecho las cosas respecto a la desaparición de la circulación de tipos de moneda envilecida; y de esta manera muestra de hecho su amplia validez».⁴³

La ley de Gresham —mencionada accidentalmente por Aristófanes en *Las Ranas*, claramente enunciada por Nicolás de Oresme (1364) y solo en 1858 bautizada por Macleod con el nombre de Sir Thomas Gresham— es una aplicación especial de la teoría general del control de precios a las relaciones monetarias.⁴⁴ El elemento esencial aquí no es la «desaparición» de la moneda «buena», sino el hecho de que los pagos que pueden hacerse con el mismo efecto legal con la moneda «buena» y con la «envilecida», a conveniencia del deudor, se efectúen en esta última. Esto no equivale a afirmar que tal sea siempre el caso «bajo el supuesto ideal-típico de la acción puramente racional», ni siquiera cuando se emplea el término «racional» como sinónimo de «aspiración a la mayor ganancia monetaria», que es, según parece, en lo que piensa Max Weber.

No hace mucho, se habló de un caso en el que la ley de Gresham se dejaba a un lado. Unos empresarios austriacos visitaron Moscú, donde fueron informados por las autoridades rusas (que querían inducirles a que concedieran a la Unión Soviética unos créditos a largo plazo para la adquisición de mercancías) sobre la situación de aquel país por medio del viejo método empleado por el príncipe Potemkin en el trato con su soberano. Los visitantes fueron

⁴³ *Ibid.*, p. 5.

⁴⁴ Véase mi *Kritik des Interventionismus*, pp. 123 ss.

llevados a un gran almacén donde tuvieron la oportunidad de comprar recuerdos de su viaje y regalos para los amigos a su regreso a Austria. Uno de ellos pagó con un gran billete y recibió como vuelta una moneda de oro. Sorprendido, observó que no sabía que en Rusia circularan efectivamente monedas de oro. El cajero le respondió que de vez en cuando los clientes pagaban en oro, porque consideraba aquella moneda al igual que cualquier otra y que por este motivo las distribuía de nuevo como cambio. El austriaco, que al parecer no era tipo que creyera en milagros, no quedó satisfecho con la respuesta del cajero y trató de indagar más a fondo. Finalmente pudo saber que una hora antes de la visita de su grupo un funcionario del gobierno había aparecido por el almacén y había dado una pieza de oro al cajero, ordenándole dar *a la par* esta única moneda como cambio a uno de los extranjeros. Si el incidente sucedió realmente de esta manera, la «pura racionalidad respecto al fin» (en el sentido de Weber) del comportamiento de las autoridades soviéticas no puede negarse en absoluto. Los costes que este comportamiento les produjo (determinados por el agio del oro) les parecieron justificados por el fin: obtener créditos a largo plazo para las mercancías compradas a los austriacos. Si esta conducta no es «racional», me pregunto qué otra cosa puede ser.

Si no se dan las condiciones que la ley de Gresham da por supuestas, la ley no se verifica. Si el actor no conoce el valor de mercado, que difiere del valor controlado legalmente, o si no sabe que puede efectuar sus pagos en moneda a la que el mercado da un valor menor, o si tiene otra razón para dar al acreedor más de lo que estrictamente se le debe —por ejemplo, porque quiere hacerle un regalo o porque teme actos violentos por parte del acreedor—, entonces el supuesto de la ley no se aplica. La experiencia nos enseña que en la gran mayoría de las relaciones entre

acreedores y deudores estos supuestos se aplican. Pero, aunque la experiencia demostrara que las condiciones supuestas no se dan en la mayoría de los casos, esto en modo alguno podría afectar a la cadena de razonamiento que condujo a la construcción de la ley o que prive a esta de la importancia que se le atribuye. Sin embargo, si las condiciones supuestas por la ley pueden cumplirse o no; si la acción descrita por la ley puede verificarse o no, lo que en todo caso se produce es una acción racional con respecto fin. Incluso quien hace un regalo al acreedor o quien evita la amenaza de una extorsión actúa racionalmente con respecto a un fin, así como quien por ignorancia actúa de un modo distinto de como lo haría si estuviera mejor informado.

La ley de Gresham es la aplicación a un caso particular de las leyes de la cataláctica, que son siempre válidas sin excepción y en todas partes, siempre que se trate de actos de intercambio. Si se conciben, inexacta e imperfectamente, como referidas solo a una ganancia monetaria directa e inmediata —si, por ejemplo, se interpretan como si significaran que se trata de comprar y pagar las propias deudas lo más barato posible y vender al precio más alto—, entonces tienen que completarse aún por una serie de otras proposiciones que nos expliquen, digamos, los precios particularmente bajos de los artículos rebajados y publicitados por los grandes almacenes. Sin embargo, nadie puede negar que también en este caso nos hallamos ante un modo de proceder «puramente racional según el fin», considerando las cosas fríamente.

Si quiero simplemente comprar jabón, pregunto el precio en varias tiendas para luego comprar el más barato. Pero si considero desagradable la molestia y la pérdida de tiempo que comporta semejante forma de comprar, de tal suerte que preferiría pagar un poco más, entonces iré a la tienda más cercana sin ulteriores indagaciones. Si deseo

ayudar a un pobre veterano inválido con la compra del jabón, entonces se lo compraré a este, aunque me resulte más costoso. En estos casos, si quiero anotar correctamente mis gastos en mi libro de contabilidad, registraré el coste del jabón a su precio de venta, mencionando aparte el coste suplementario «por mi conveniencia», en un caso, y «por caridad» en el otro.⁴⁵

Las leyes de la cataláctica no son inexactas, como la formulación que de ellas han dado muchos autores podría hacernos pensar. Cuando atribuimos el carácter de validez y objetividad universal a las proposiciones de la cataláctica, hay que entender la objetividad no solo en su sentido etimológico usual y literal, sino también en el sentido de ausencia de contaminación por juicios de valor, en consonancia con la exigencia —naturalmente, con plena justificación— de las ciencias sociales en la disputa más reciente sobre esta cuestión. Solo la teoría subjetiva del valor, que trata todo juicio de valor, es decir toda valoración subjetiva, de la misma manera para explicar la formación de la relación de intercambio y que no hace ningún intento de separar la acción «normal» de la «anormal», está a la altura de esta exigencia. La discusión sobre los juicios de valor habría sido más útil si quienes participaron en ella hubieran conocido la economía moderna y comprendido cómo esta resuelve el problema de la objetividad.

El rechazo a admitir que los teoremas de la cataláctica tienen el carácter de leyes científicas y la propuesta de hablar más bien de «tendencias» solo puede explicarse por la falta de familiaridad con que la Escuela histórico-realista combate la economía moderna. Así, Karl Muhs, por citar al representante más reciente de esta escuela, sostiene que «nunca aparecen en la vida económica cadenas de conexión

⁴⁵ Véase también *infra*, pp. 257.

causal, pura y autosuficiente, de un tipo tal que un hecho dado tenga como consecuencia, de forma permanente e incondicionada, otra cadena. En realidad, cada conexión causal suele estar combinada con otros hechos, igualmente activos con cierta intensidad como causas. Estos últimos, por lo general, influyen en cierta medida sobre los efectos de los primeros. El resultado aparece, por tanto, como fruto de una causa compleja. Es, pues, imposible una reducción de todo el proceso a una simple fórmula en la que *un* efecto se atribuye a una causa, porque es incompatible con la múltiple complejidad causal del proceso. Cuando determinados hechos gobiernan causalmente un evento en gran medida [...], es más apropiado hablar de regularidades o tendencias, pero siempre con la reserva de que el resultado de tales tendencias puede ser obstaculizado o modificado por otros factores causales». Esto equivale al «reconocimiento de la naturaleza condicional y relativa de todas las regularidades en los fenómenos de la esfera económica y social», tal como se ha venido afirmando desde hace tiempo en la economía.⁴⁶

Es comprensible la amplia divulgación de esta visión y de otras relacionadas con ella si se considera, por un lado, lo evidentes que estas pueden parecer a todos aquellos que tienen en mente la distinción entre principios económicos y no económicos de la determinación de los precios formulada por la economía clásica y en un primer tiempo conservada también en la terminología —aunque no en la sustancia— incluso por los fundadores de la Escuela austriaca;⁴⁷ y si, por otro lado, se considera que nos encontramos aquí con un error básico de la Escuela histórico-realista.

⁴⁶ Karl Muhs, «Die "wertlose" Nationalökonomie», *Jahrbücher für National-ökonomie und Statistik*, CXXIX, 808.

⁴⁷ Sobre este punto véase *infra*, pp. 252.

Toda ley de causación —no importa en qué ciencia— nos proporciona información acerca de la relación de causa y efecto. Esta información, en su valor teórico para nuestro conocimiento, así como en su importancia práctica para la comprensión de los eventos concretos y para la orientación de nuestra acción, no está influenciada en modo alguno por el hecho de que al mismo tiempo otra relación causal pueda llevar al resultado opuesto, de modo que el efecto de uno quede contrarrestado por el efecto del otro. A veces se intenta tener esto en cuenta precisando la ley con el añadido *ceteris paribus*; pero esto, en definitiva, es evidente. La ley de los rendimientos no pierde su carácter de ley porque cambie la tecnología, por ejemplo verificándose una compensación de sus efectos. La apelación a la multiplicidad y complejidad de la «vida» no es lógicamente defendible. También el cuerpo humano vive y sus procesos están sometidos a una «variada complejidad causal». Sin embargo, nadie querrá negar el carácter de ley a la proposición de que comer proteínas, hidratos de carbono y grasas es beneficioso para las funciones del cuerpo simplemente porque al ingerir al mismo tiempo cianuro resulte fatal.⁴⁸

Resumiendo: las leyes de la sociología no son ni tipos ideales ni tipos medios. Son más bien la expresión de lo que hay que seleccionar en la plenitud y diversidad de los fenómenos desde el punto de vista de la ciencia, que tiende

⁴⁸ Intencionadamente he evitado elegir como ejemplo una proposición tomada de las ciencias naturales que habría implicado a la matemática; he preferido referirme a una afirmación tomada de la biología. Esta afirmación es imprecisa en la forma en que yo la presento y no puede asumir el carácter riguroso de una ley en cualquier modo concebible. Lo hice así porque me urgía demostrar que, en el caso de la intervención conjunta de una multiplicidad de factores causales, el carácter de la más rigurosa conformidad a la ley no puede negarse ni siquiera a una declaración de este tipo.

al conocimiento de lo que es esencial y necesario en todo instante de la acción humana. Los conceptos no son derivables mediante la «acentuación unilateral de *uno* o *varios* aspectos y la integración en una *representación* conceptual interiormente coherente de una multitud de fenómenos *individuales* diversos y discontinuos, presentes aquí en mayor medida y allí en menor, y a veces también totalmente ausentes, que están en consonancia con estos aspectos unilateralmente intensificados». Son más bien una generalización de aspectos investigados del mismo modo en cada caso particular al que se refieren. Las proposiciones causales de la sociología no son expresiones de lo que suele suceder como norma pero que en modo alguno tiene que suceder siempre. Expresan lo que siempre tiene que suceder si se dan las condiciones que se suponen.

4. *La base de los malentendidos referentes al carácter lógico de la economía*

La teoría económica, como toda teoría y toda ciencia, es racionalista en el sentido de que emplea métodos de la razón —*ratio*—. Realmente, ¿qué puede ser la ciencia sin la razón? Se podría intentar oponer la poesía metafísica, enmascarándola como filosofía, contra el razonamiento discursivo. Pero esto sería como rechazar la ciencia en cuanto tal.

El rechazo de la ciencia y del razonamiento científico, y por consiguiente del racionalismo, no es una necesidad vital, como algunos quisieron hacernos creer. Es más bien un postulado fabricado por excéntricos y esnobs, embriagados de resentimiento contra la vida. El hombre medio podría no estrujarse el cerebro entorno a las enseñanzas de una «teoría gris»; y, sin embargo, se adueña ávidamente de todos los descubrimientos de la ciencia que contribuyen a

mejorar el equipamiento técnico del hombre en la lucha por el aumento de su riqueza material. El hecho de que muchos de los que se ganan la vida con el trabajo científico sean incapaces de encontrar una satisfacción interior en su empleo no es un argumento para la abolición de la ciencia.

Sin embargo, quienes se reúnen bajo el estandarte del antirracionalismo en la teoría de los fenómenos sociales, especialmente en economía y en las ciencias históricas, no quieren en absoluto eliminar la ciencia, sino algo totalmente distinto. Por un lado, quieren pasar de contrabando en particulares cadenas de racionamiento científico argumentos y afirmaciones que no pueden superar la prueba de una crítica racional y, por otro, deciden, sin crítica relevante, deshacerse de proposiciones contra las cuales les resulta difícil hacer objeciones sostenibles. Lo que en tales casos suele ocultarse es una concesión a los planes e ideas de los partidos políticos, si bien a menudo se trata simplemente del deseo de una persona menos dotada —que quiere hacerse notar a toda costa— de obtener un logro científico. No todos son tan honestos como para admitir abiertamente su verdadero motivo, pero no hay ningún placer en pasar toda la vida a la sombra de un hombre más importante.⁴⁹

Si alguien defiende la autarquía nacional, desea que su país excluya los tráficos y el comercio con otros países, y está dispuesto a soportar todas las consecuencias materiales y espirituales de esa política para alcanzar este fin, entonces este es un juicio de valor que, como tal, puede ser refutado en la argumentación. Pero en realidad no es esto lo que sucede. Las masas pueden ser inducidas a hacer algunos pequeños sacrificios a favor de la autarquía, pero

⁴⁹ Freud refiere un caso en el que esto se admitía abiertamente. Sigmund Freud, «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung», *Sammlung Kleiner Schriften zur Neurosenlehre*, 4.ª serie, 2.ª ed., Viena 1922, p. 57.

nunca se les podrá convencer a hacer grandes sacrificios para alcanzar semejante ideal. Solo los literatos se entusiasman con la pobreza, es decir, la pobreza de los demás. El resto de la humanidad prefiere la prosperidad a la miseria. Por consiguiente, decir que la consecución de este o aquel ideal dictado por los literatos comporta un precio muy caro es difícilmente presentable y apenas deja esperanza de éxito. Aunque el coste implique una considerable reducción de la prosperidad general, se intentará hacer ver que la persecución de los objetivos considerados solo impone un sacrificio ligero y no material. Para probar esto, para demostrar que la restricción del comercio con los países extranjeros, la nacionalización y la municipalización e incluso las guerras son «además» un negocio muy ventajoso, es preciso introducir anillos irracionales en la cadena de razonamientos, pues es imposible demostrar cosas así con los racionales y sobrios argumentos de la ciencia. Es evidente que el empleo de elementos irracionales en el curso de una argumentación no es permisible. Los fines no son racionales, es decir, ni requieren ni son capaces de una justificación racional. Pero lo que es simplemente un medio para alcanzar un determinado fin está siempre sometido a un examen racional.

El malentendido —excusable a la luz de ciertas doctrinas, y por ello todavía más grave— que identifica acción «racional» con acción «correcta» se ha extendido por doquier. Max Weber combate expresamente esta confusión,⁵⁰ si bien, como hemos visto, se equivocó en otros pasajes de sus escritos.

«La teoría de la utilidad marginal —dice Weber— trata la acción humana como si de la A a la Z estuviera bajo el control de un cálculo económico: cálculo basado en el

⁵⁰ Véase Weber, *Wissenschaftslehre*, p. 503.

conocimiento de todas las condiciones relevantes». ⁵¹ Tal es precisamente el procedimiento de la economía clásica, pero no el de la economía actual. Como no consiguió superar la aparente antinomia del valor, a la economía clásica no le quedaba otra vía que partir de la acción del hombre de negocios. No estuvo en condiciones de tratar el concepto de valor de uso, que no supo dividir en valor de uso objetivo y subjetivo, y tampoco percibir lo que hay detrás y que, en último análisis, gobierna y dirige la conducta del hombre de negocios y del empresario, esto es, la conducta de los consumidores. Lo que no entra en los cálculos del hombre de negocios y en sus libros de contabilidad está fuera de la economía clásica. En efecto, si uno se limita a considerar la conducta del hombre de negocios, entonces hay que distinguir entre conducta correcta y conducta incorrecta. Porque como hombre de negocios —pero no en su calidad de consumidor— el empresario tiene como objetivo establecido el mayor beneficio monetario pasible.

Ahora bien, la economía moderna no parte de la acción del hombre de negocios, sino de la de los consumidores, es decir, de la acción de todos. Por lo tanto, en esta perspectiva —y aquí tenemos el «subjetivismo» contrapuesto al «objetivismo» de los economistas clásicos o, si se quiere, la «objetividad» contra la posición normativa de la escuela más antigua— la acción del individuo que economiza no es correcta ni incorrecta. La economía actual no está, ni puede estar, interesada en el hecho de que alguien prefiera alimentos sanos o sustancias narcóticas. Por más perversas que sean las orientaciones éticas o de otro tipo que gobiernan su conducta, su «corrección» no es asunto que deba ser juzgado por la economía. La economía debe explicar la formación de los precios en el mercado, lo que significa

⁵¹ *Ibid.*, p. 370.

cómo se ha llegado realmente a los precios, no cómo debería llegarse. Los prohibicionistas consideran un grave fallo de la humanidad el consumo de bebidas alcohólicas, que atribuyen a desconocimiento, falta de carácter e inmoralidad. Pero lo único que cuenta para la cataláctica es el hecho de que existe una demanda de alcohol. A quien tiene que explicar el precio del *brandy* no le interesa la cuestión de si tomarlo es «racional» o no. Yo puedo pensar lo que quiera sobre los dramas del cine; pero, como economista, tengo que explicar los precios del mercado cinematográfico, de los actores, de las entradas, y no erigirme en juez de las películas. La cataláctica no se pregunta si los consumidores son justos, nobles, generosos, prudentes, morales o patriotas, o si van a misa. No le interesa por qué actúan, sino solo cómo lo hacen.

La actual economía subjetivista —la teoría de la utilidad marginal— retoma la vieja teoría de la oferta y la demanda, a la que en cierto momento hubo de renunciar por la incapacidad de los economistas clásicos para resolver la paradoja del valor y desarrollarlo ulteriormente. Si se ve el significado de los movimientos de los precios de mercado, como hace la teoría moderna, en el hecho de que un estado de quietud no se alcanza mientras no coincidan la demanda total y la oferta total, resulta claro que *todos* los factores que influyen en la conducta de quienes participan en el mercado —y consiguientemente también los factores «no económicos» e «irracionales», como los malentendidos, el amor, el odio, la costumbre y la magnanimidad— están incluidos.

Por tanto, la afirmación de Schelting de que la teoría económica «supone una sociedad que surge sola a través de la acción de factores económicos»⁵² no se aplica a la economía

⁵² Schelting, «Die logische Theorie der historischen Kulturwissenschaft von Max Weber und im besonderen sein Begriff des Idealtypus», p. 721.

moderna si se entiende la expresión «factores económicos» en el sentido de Schelting. En otra parte⁵³ observaré que ni siquiera Menger y Böhm-Bawerk captaron plenamente este fundamento lógico de la teoría que fundaron y que solo más tarde adquirió la importancia de la transición de la teoría objetiva a la teoría subjetiva del valor.

No menos errónea es la afirmación, hecha en consonancia con el punto de vista generalmente dominante entre los partidarios de la Escuela histórico-realista, de que «entre las principales ficciones de la teoría abstracta están la “libre competencia” y la absoluta insignificancia de las regulaciones gubernamentales y de otro tipo para el desarrollo de la cooperación entre los sujetos económicos».⁵⁴ Esto no se aplica ni siquiera a la economía clásica. Difícilmente puede sostenerse que la teoría moderna haya prestado escasa atención a los precios de monopolio. El caso de la limitación de la competencia por parte de compradores o vendedores no plantea especial problema a la teoría: esta trata siempre solo de los sujetos que actúan en el mercado. Nada hay que decir de aquellos que aún pueden entrar en el mercado si no hay factores que se lo impidan, a no ser que su intervención pueda cambiar la situación del mercado. La teoría —y esto vale tanto para la economía clásica como para la moderna— tampoco supone la «absoluta insignificancia de las regulaciones gubernamentales o de otro tipo». La teoría se ocupa de investigaciones muy meticulosas sobre estas «interferencias» y elabora una teoría especial sobre el control de precios y el intervencionismo.

También Mitscherlich sostiene que la teoría de la utilidad marginal «se adapta mejor a la economía libre». Por esta razón, la Edad Media «no habría podido pensar en ella».

⁵³ Véase *infra*, pp. 247 ss.

⁵⁴ Schelting, «Die logische Theorie...», p. 721.

Entonces habría «carecido de sentido». Se pregunta: ¿Qué habría podido decir la Edad Media de la afirmación de Menger cuando este arguye que «el grado final de intensidad de la necesidad que aún puede ser satisfecha por la oferta dada —es decir, la utilidad marginal— sirve como medida del valor»?⁵⁵

Se puede suponer que la Edad Media no habría comprendido más de la teoría moderna de la formación de los precios que de la mecánica de Newton o de las modernas teorías sobre las funciones del corazón. Sin embargo, las gotas de lluvia no caían en la Edad Media de forma diferente de como caen ahora. No obstante, aunque los hombres de la Edad Media no habrían comprendido la ley de la utilidad marginal, no habrían actuado, ni habrían podido hacerlo, de forma distinta de como lo describe esta ley. También el hombre medieval trataba de distribuir los medios de que disponía de tal manera que pudiera obtener el mismo nivel de satisfacción en todos los tipos singulares de necesidad. Tampoco en la Edad Media el hombre más rico se distinguía del más pobre solo en que comía más. Tampoco en la Edad Media se cambiaba voluntariamente un caballo por una vaca sin que se valorara en más la vaca que el caballo. También entonces los actos intervencionistas del gobierno y de otras instituciones coercitivas causaban efectos no diferentes de los que denuncia la moderna teoría del control de precios y el intervencionismo.

Se objeta contra la teoría económica moderna que «la economía de libre competencia» constituye necesariamente un «esquema básico» y que ello impide «comprender teóricamente la economía organizada del presente, la economía de la competencia regulada» y «todo el fenómeno del

⁵⁵ Mitscherlich, «Wirtschaftswissenschaft als Wissenschaft», en *Schmollers Jahrbuch*, I, 397.

imperialismo». ⁵⁶ Cuando se planteó esta objeción, fue suficiente señalar que lo que históricamente desencadenó la lucha contra la teoría dando a la polémica su pertinacia y su popularidad se debió a que precisamente sobre la base de la teoría, y solo sobre esta base, es posible un juicio preciso de los efectos tanto de cada medida intervencionista individual como del fenómeno del intervencionismo en todas sus formas históricas. Sostener que la Escuela histórica rechazó la teoría económica porque esta no podía explicar el fenómeno histórico del intervencionismo equivale realmente a invertir los hechos. La teoría fue rechazada precisamente porque a través de ella se debía llegar a una explicación, y esta explicación no era aceptable políticamente para los representantes de la Escuela histórica; por otra parte, no sabían qué hacer para refutarlo. Solo equiparando «comprender teóricamente» con «glorificar sin crítica» se podía afirmar que la teoría moderna no comprendió teóricamente el fenómeno del imperialismo.

Ciertamente, nadie que haya seguido la discusión política y económica de los últimos años, aunque fuera con la mínima atención, podrá negar que todo cuanto se ha hecho para ilustrar los problemas planteados por la economía «regulada» se hizo exclusivamente por teóricos con los métodos de la teoría «pura». Por no mencionar los problemas monetarios y el monopolio de los precios, permítaseme mencionar tan solo las discusiones relativas al paro como fenómeno permanente y las referentes al fenómeno del proteccionismo. ⁵⁷

Max Weber opina que tras la base de la teoría económica abstracta hay tres hipótesis: la organización social de la

⁵⁶ Edgar Salin, *Geschichte der Volkswirtschaftslehre*, 2.^a ed., Berlín 1929, pp. 97 ss.

⁵⁷ Heckscher, «A Plea for Theory in Economic History,» p. 525.

economía de intercambio, la libre competencia y la acción puramente racional.⁵⁸ Ya hemos hablado de la competencia libre y de la acción racional respecto al fin. Sobre la otra hipótesis remitimos, por un lado, al punto de partida de todas las indagaciones de la escuela moderna, es decir, a la economía aislada, sin intercambios, que algunos han intentado ridiculizar como la economía de Robinson Crusoe; y, por otro lado, a las reflexiones referentes a la economía de una imaginaria comunidad socialista.

5. *Historia sin sociología*

Podemos estar completamente de acuerdo con Max Weber cuando afirma: «Siempre que entra en consideración la explicación causal de un “fenómeno cultural” —un “individuo histórico”—, el conocimiento de las *leyes* de causalidad no puede ser el *fin*, sino solo el *medio* de investigación. Este conocimiento nos facilita y posibilita la imputación de los componentes culturalmente significativos, en su individualidad, a sus causas concretas. En cuanto, y solo en cuanto, este sirve a ello, tiene valor para el conocimiento de conexiones en casos individuales».⁵⁹

Pero Weber se equivoca cuando añade: «Cuanto más “generales”, es decir cuanto más abstractas, son las leyes, tanto menos satisfacen las exigencias de la imputación causal de los fenómenos *individuales* y, por tanto, indirectamente, la comprensión del significado de los eventos culturales [...]. Desde el punto de vista de las ciencias naturales exactas, las “leyes” son tanto más importantes y valiosas cuanto *más generales* son; para el conocimiento de los fenómenos históricos, en su situación concreta, las leyes *más*

⁵⁸ Weber, *Wissenschaftslehre*, p. 190.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 178.

generales son también siempre las menos valiosas, porque son las más vacías de contenido. Porque cuanto más amplia es la validez de un concepto genérico —es decir, su campo—, tanto más nos *aparta* de la plenitud de la realidad; pues, para contener el elemento común del mayor número posible de fenómenos, el concepto debe ser también lo más abstracto posible, y por tanto *pobre* en contenido». ⁶⁰

Aunque Weber, en la discusión que le lleva a estas conclusiones, habla de «todas las llamadas “leyes económicas” sin excepción», podría sin embargo estar pensando solo en los conocidos intentos por descubrir leyes del desarrollo histórico. Si se recuerda la famosa proposición de Hegel según la cual «la historia del mundo [...] describe el desenvolvimiento del espíritu llegado a la autoconciencia de su propia libertad y de su realización material determinada por esta autoconciencia», ⁶¹ o una de las proposiciones de Breysig, entonces las afirmaciones de Weber resultan inmediatamente comprensibles.

Quienquiera que se dedique a describir la historia del último decenio no podrá ignorar el problema de las reparaciones. ⁶² El núcleo de este problema es la transferencia de fondos. En esencia se trata de la cuestión de si la estabilidad del valor oro de la moneda alemana puede o no ser afectada por el pago de cantidades en concepto de reparaciones, y en particular por su transferencia a países extranjeros. Esta cuestión solo puede elucidarse con los métodos de la teoría económica. Cualquier otro método de análisis carecería simplemente de sentido. Es digno de notar que no solo algunos de los que han participado en este

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 178 ss.

⁶¹ Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, Leipzig 1917, vol. 1, *Philosophische Bibliothek*, vol. 171a, p. 148.

⁶² Al juzgar este ejemplo, hay que notar que se reproduce sin cambios de la primera edición de este ensayo, publicado en 1929.

debate, sino todos sin excepción, desde el primero hasta el último, han apelado a las proposiciones universalmente válidas de la teoría económica. Incluso quien partió de la teoría de la balanza de pagos, que la ciencia ha descartado decididamente, se adhiere a una doctrina que hace la misma reclamación lógica de la validez universal como la teoría que la ciencia moderna reconoce como correcta. Si no se recurre a tales proposiciones, es imposible llevar adelante una discusión sobre las consecuencias que se derivan de ciertas hipótesis. A falta de una teoría universalmente válida, el historiador es incapaz de hacer cualquier afirmación relacionada con la transferencia de fondos, ni importa si los pagos se hacen de acuerdo con el plan Dawes o dejan de hacerse por algún motivo no conocido. Supongamos que los pagos se efectúan y que el valor oro del marco no cambia. Sin recurrir al principio de la teoría de la paridad del poder adquisitivo, no se puede inferir que los pagos de Alemania no afectan a su moneda. Se podría verificar que otra cadena causal, actuando al mismo tiempo, no permita el efecto sobre la moneda previsto por la teoría de la balanza de pagos como evidente. Si así fuera, el historiador habría descuidado completamente esa segunda cadena causal, o bien habría sido incapaz de comprender su efecto.

La historia no puede imaginarse sin teoría. La ingenua creencia de que, sin la previa formulación de una teoría, se puede derivar la historia directamente de las fuentes es totalmente insostenible. Rickert afirma de un modo irrefutable que la tarea de la historia no consiste en la duplicación de la realidad, sino en su reconstrucción y simplificación a través de conceptos.⁶³ Si se descartan la construcción y

⁶³ Véase Rickert, *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, pp. 28 ss. Véase también Sombart, «Zur Methode der exakten und historischen Nationalökonomie», *Schmollers Jahrbuch*, LII, 647.

el uso de teorías relativas a las conexiones entre fenómenos, en modo alguno puede llegarse a la solución de los problemas carente de teoría y, por tanto, de una forma más próxima a la realidad. No podemos pensar sin hacer uso de la categoría de causalidad. Todo pensamiento, también el del historiador, postula este principio. La única cuestión es si se quiere recurrir a las explicaciones causales ya elaboradas y examinadas críticamente por el pensamiento científico, o bien a «dogmas» sin crítica, populares, precientíficos. Ninguna explicación surge directamente de los hechos. Aunque quisiéramos deducir conclusiones no críticas —*post hoc, ergo propter hoc*—, estaríamos en la más completa perplejidad debido a la confusa plétora y diversidad de los fenómenos. Es precisamente la «multiforme complejidad causal» de los procesos de que habla Muhs,⁶⁴ es decir, la concurrencia en ellos de múltiples factores causales, la que hace necesaria la teoría.

Durante épocas los historiadores se han venido sirviendo de teorías elaboradas por el pensamiento no científico y presuntamente de validez universal. Consideremos en qué medida la teoría está presente en la simple frase: «La derrota ha obligado al rey a firmar la paz en condiciones no favorables». Lo que aquí se halla implicado son simples y apenas discutidas teorías que, por su verdadero carácter, no son científicas, lo cual no cambia el hecho de que sigan siendo teorías, es decir, afirmaciones entendidas como universalmente válidas. Además, el historiador emplea teorías tomadas de todas las demás ciencias. Y no hay que decir que esto se justifica en la necesidad, en tales casos, de que las teorías en cuestión se ajusten al estado actual de la ciencia, es decir que, en nuestra visión, tienen que ser correctas. El viejo historiador chino podía atribuir el tiempo extraordinariamente

⁶⁴ Véase Muhs, «Die "wertlose" Nationalökonomie», p. 808.

seco a las faltas morales del emperador y narrar que tras la muerte de este volvió a caer la lluvia. El historiador antiguo podía atribuir la prematura muerte del hijo del rey a los celos de los dioses. Hoy, en el actual estado de la meteorología y de la patología se buscan otras explicaciones. Aunque las fuentes nos informaran de manera inequívoca de que Numa Pompilio conocía a Camena Egeria, no podríamos creerlo y lo ignoraríamos. Se ha afirmado que la relación de las brujas con el diablo se ha demostrado de acuerdo con las leyes de la evidencia. Nosotros, sin embargo, en virtud de nuestra teoría, negamos esta posibilidad, a pesar de todos los documentos en sentido contrario.⁶⁵ El historiador debe considerar todas las demás ciencias como auxiliares de la suya y conocerlas en la medida necesaria a las tareas particulares que se ha prefijado. Quienquiera que trate de la historia de la dinastía julio-claudia difícilmente podrá hacerlo sin un conocimiento de la teoría de la herencia y de la psiquiatría. Para escribir una historia de los puentes, habrá que poseer un conocimiento perfecto de su construcción, y para escribir una historia de la estrategia habrá que saber en qué consiste esta.

Ahora bien, los defensores del historicismo admiten todo esto cuando se refieren a las demás ciencias, pero lo niegan cuando se ocupan de sociología. Para ellos, la cuestión parece ser otra. No hay que buscar ningún motivo especial que justifique esta diferencia; la resistencia de muchos

⁶⁵ «Historiquement, le diable est beaucoup plus solidement prouvé que Pisistrate: nous n'avons pas un seul mot d'un contemporain qui dise avoir vu Pisistrate; des milliers des "témoins oculaires" déclarent avoir vu le diable, il y a peu de faits historiques établis sur un pareil nombre de témoignages indépendants. Pourtant nous n'hésitons plus à rejeter le diable et à admettre Pisistrate. C'est que l'existence du diable serait inconciliable avec les lois de toutes les sciences constituées». Langlois-Seignobos, *Introduction aux études historiques*, 3.^a ed., París 1905, pp. 177 ss.

historiadores es solo psicológica. En la medida en que las demás ciencias son relevantes para la historia, la alternativa es que el historiador adquiera un moderado grado de conocimiento, que no tiene por qué exceder al que posee normalmente toda persona instruida, o bien que los sectores especiales del conocimiento histórico no estrictamente conexos con la esfera del conocimiento histórico se conviertan en disciplinas autónomas. No es necesario ser meteorólogo para saber que, por graves que sean los fallos del monarca, no pueden influir en el tiempo. Y aunque se comprenda muy poco de la teoría de la herencia, se sabrá qué peso atribuir al origen divino, reconocido por fuentes históricas, de muchas dinastías. Hacer autónoma la historia de la medicina y disciplinas análogas tiene un efecto mínimo sobre la esfera propia de la historia. Sin embargo, las reivindicaciones de la sociología, aunque solo sea como consecuencia de la incapacidad de establecer los límites entre la sociología y los estudios históricos, las sienten muchos historiadores como una invasión en su propio territorio.

Todas y cada una de las proposiciones de la historia contienen implícitamente teoremas de sociología. Ninguna afirmación relativa a los efectos de las medidas políticas es concebible si no se recurre a las proposiciones universalmente válidas sobre la acción humana. Sea el que fuere el tema que se discute, ya sea la «cuestión social», la política mercantilista, el imperialismo, la política de poder, o la guerra y la revolución, encontramos una y otra vez en las obras de los historiadores afirmaciones deducidas de proposiciones universalmente válidas de la sociología. Como Monsieur Jourdain se sorprendió al descubrir que había hablado siempre en prosa sin saberlo, así los historiadores se sorprenden cuando se les hace ver que utilizan los teoremas de la sociología desde el primero al último.

Es una lástima, sin embargo, que estos teoremas, que ellos emplean con toda seguridad, a veces pertenezcan al pensamiento precientífico. Así pues, quien ignora los resultados de la sociología moderna no puede trabajar «libre de teoría». Emplea la teoría ingenua, obsoleta teoría de una época de pensamiento científico hace tiempo superado, o bien la todavía más ingenua del pensamiento precientífico. El efecto que esto tiene para la historia económica es simplemente grotesco. La historia económica no fue posible hasta que la economía clásica produjo un aparato científico para el pensamiento político y económico. Los intentos anteriores —por ejemplo, los referentes a la historia del comercio— no fueron otra cosa que una compilación de apuntes. Actualmente, el historiador trata de emanciparse completamente de la teoría. Desdeña afrontar su trabajo con los instrumentos lógicos de una teoría científica desarrollada y prefiere contentarse con la pequeña cantidad de conocimiento teórico que encuentra por doquier en los periódicos y en el trato diario. La falta de presupuestos de que estos historiadores se ufanan consiste, en realidad, en una repetición acrítica de falsas concepciones populares eclécticas, contradictorias y lógicamente insostenibles, las cuales han sido mil veces refutadas por las ciencias modernas.⁶⁶ Así, la diligente labor realizada por toda una generación de estudiosos ha sido improductiva. La Escuela histórica ha fracasado precisamente en el ámbito de la historia social y económica, que reclama como dominio propio.

Los adalides de la «historia sin teoría» sostienen, naturalmente, que sus conceptos y teoremas deben derivarse de los hechos históricos, puesto que no hay leyes de la acción humana supratemporales, universalmente válidas. Como

⁶⁶ Véase Bouglé, *Qu'est-ce que la sociologie?*, 5.^a ed., París 1925, pp. 51 ss.

hemos visto, la tesis de que también puede haber acciones irracionales y de que la acción racional es solo el resultado de un largo desarrollo histórico se basa en un gran equívoco. Pero el historicismo va todavía más lejos: descarta la doctrina de la supratemporalidad de la razón como prejuicio de la Ilustración. La estructura lógica de la razón humana, se nos dice, ha cambiado a lo largo de las distintas épocas, igual que, por ejemplo, nuestro conocimiento técnico y nuestras aptitudes.⁶⁷

No vamos a entrar aquí en lo que, desde el punto de vista de la sociología, hay que objetar contra este postulado del historicismo.⁶⁸ En todo caso, los defensores del historicismo consideran inaceptable nuestro razonamiento, y niegan la posibilidad de cualquier teoría supratemporal en contradicción con la experiencia histórica. Nos limitaremos, por tanto, a lo que incluso el historicismo debe reconocer como crítica que afecta a lo más íntimo de su tesis. El primer punto a establecer es que ninguna de las fuentes de la información histórica a que podemos acceder contiene nada que pueda sacudir el supuesto de la inmutabilidad de la razón. Nunca se ha intentado siquiera establecer concretamente en qué aspectos se habría modificado la estructura lógica de la razón a lo largo de los siglos. Los defensores del historicismo se verían en graves apuros si se les pidiera que ilustraran su tesis aduciendo algún ejemplo.

A este respecto, el fracaso de la etnología no ha sido menos clamoroso que el de la historia. Ciertamente, Wilhelm Jerusalem ha declarado resueltamente: «La firme fe de Kant en la estructura lógica y completamente inmutable y sin tiempo de nuestra razón [...] no solo no ha sido confirmada por

⁶⁷ Véase Karl Mannheim, «Historismus», *Archiv für Sozialwissenschaft*, LII, 9.

⁶⁸ Véase Husserl, *Logische Untersuchungen*, I, pp. 136 ss.

los hallazgos de la etnología moderna, sino que se ha revelado completamente inexacta». ⁶⁹ Pero tampoco Jerusalem ha intentado aportar ni siquiera un ejemplo para mostrar en qué forma la lógica de los pueblos primitivos era estructuralmente distinta de nuestra lógica. Una apelación general a los escritos de los etnólogos no es aquí suficiente. La etnología solo demuestra que las conclusiones a que los pueblos primitivos han llegado a través del razonamiento son distintas de aquellas a que llegamos nosotros y que las cosas a que aquellas poblaciones estaban acostumbradas a pensar eran diferentes del ámbito de nuestros intereses intelectuales. Cuando el hombre primitivo supone conexiones mágicas y místicas donde nosotros suponemos conexiones de un tipo diferente, o cuando nosotros no vemos conexiones en absoluto o cuando ellos ven conexiones donde nosotros no las vemos, esto solo demuestra que el contenido de su razonamiento es distinto del contenido del nuestro, pero no que el razonamiento como tal tenga una estructura lógica diferente a la nuestra.

En apoyo a su afirmación, Jerusalem se refiere repetidamente a las obras de Lévy-Bruhl. Pero nada de lo que este expone en sus admirables escritos sobre el tema dice algo distinto de que los individuos pertenecientes a razas primitivas no entienden los problemas de que en los países civilizados se ocupan un restringido grupo de intelectuales. Un africano, como dice Lévy-Bruhl inspirándose en Bentley, «no piensa nunca a fondo una cuestión si puede evitarlo. [...] No verán ningún parecido entre su propio comercio y la fábrica de la costa. Piensan que cuando un hombre blanco quiere telas, abre su fardo y las toma. De dónde vienen

—
⁶⁹ Franz W. Jerusalem, «Die soziologische Bedingtheit des Denkens und der Denkformen», *Versuche zu einer Soziologie des Wissens*, ed. al cuidado de Max Scheler, Múnich y Leipzig 1924, p. 183.

los fardos, por qué y cómo, jamás ha pensado en ello. El hombre primitivo tiene un hábito mental que hace que se pare de golpe en la inmediata percepción de las cosas y nunca razona si de alguna manera puede evitarlo».⁷⁰

Según parece, Lévy-Bruhl y Bentley limitaron su observación a los miembros de las razas primitivas. Si hubieran dirigido también su mirada a Europa —y, podría añadirse, a los economistas y políticos europeos—, no parece que hubieran considerado la práctica de no pensar a fondo las cuestiones y de no razonar nunca como peculiaridades exclusivas de los pueblos primitivos. Como dice Lévy-Bruhl, citando un informe de Mangin, los Mossi del río Níger carecen de reflexión. De ahí que posean pocas ideas. «La conversación con ellos versa solo sobre mujeres y comida y, en la estación de las lluvias, sobre la cosecha».⁷¹ ¿A qué otros temas se dedicaban muchos de los contemporáneos de Newton, Kant y Lévy-Bruhl?

Conviene además recordar que Lévy-Bruhl nunca saca de los datos por él recogidos las conclusiones que Jerusalem pretende deducir de ellos. Por ejemplo, resumiendo expresamente sus observaciones sobre el razonamiento causal de las razas primitivas, Lévy-Bruhl afirma: «La mente primitiva, como la nuestra, desea encontrar las razones por las que algo sucede; pero no las busca en la misma dirección en que nosotros las buscamos. Se mueve en un mundo en el que innumerables poderes se hallan presentes y siempre en acción o dispuestos a actuar».⁷²

Basándose en ciertas investigaciones, Cassirer llega a la siguiente conclusión: «Cuando se comparan las concepciones del mundo empírico-científicas y las míticas, resulta

⁷⁰ Véase Lévy-Bruhl, *Primitive Mentality*, Nueva York 1923, pp. 27 ss.

⁷¹ *Ibid.*, p. 27.

⁷² *Ibid.*, p. 437.

inmediatamente evidente que el contraste entre ellas no se basa en que empleen categorías diferentes en el estudio y explicación de la realidad. No es en la naturaleza o en el carácter de estas categorías donde difieren el mito y el conocimiento científico, sino en su *modalidad*. Los métodos de relacionar cosas que ambos emplean para dar una forma de unidad a lo que se percibe como diverso y para poder encajar la multiplicidad en un mismo marco demuestran una total analogía y correspondencia. Ellos muestran las mismas “formas” más generales de percepción y razonamiento que constituyen la unidad de consciencia como tal y que, por tanto, constituye la unidad de la consciencia mítica del mismo modo que la de la pura consciencia cognitiva». ⁷³

Lo que los representantes del historicismo no consiguen ver es que incluso proposiciones como «los teoremas de la economía clásica poseen una verdad relativa a la época en que fueron formulados» solo pueden ser formuladas si ya se ha adoptado una teoría supratemporal universalmente válida. Sin semejante teoría, el historiador no puede considerar su labor más que como una compilación y publicación de fuentes materiales. Así, no ha sido una coincidencia fortuita, sino una necesidad lógica, el que la época en que floreció el historicismo se caracterizó por un declive progresivo de la investigación histórica y de los escritores historiadores. Con algunas laudables excepciones, la vigencia del historicismo comportó, por un lado, la publicación de fuentes y, por otro, algunas construcciones diletantes, tales como las de Chamberlain y Spengler.

Para que la historia no sea un absurdo sin sentido, es preciso que toda afirmación a propósito de una relación

⁷³ Ernst Cassirer, *Philosophie der symbolischen Formen*, Berlín 1925, II, 78.

causal sea pensada hasta su conclusión y examinada en su compatibilidad con la entera estructura de nuestro conocimiento. Pero todo esto es imposible sin una teoría sociológica.

Lleva razón Max Weber cuando dice que para la explicación causal de los fenómenos culturales «el conocimiento de las leyes de causalidad no puede ser el *fin*, sino solo el *medio* de investigación». La sociología es una ciencia auxiliar de la historia, aunque una auxiliar indispensable. La teoría sociológica —y especialmente la económica— se encuentra en la misma relación con la política. Toda ciencia es un fin en sí misma solo para quien tiene sed de su conocimiento.

6. *Historia universal y sociología*

Max Weber no quería solamente trazar un programa y una metodología para una ciencia de los fenómenos sociales. Además de excelentes ensayos de historia, publicó amplios trabajos que él calificó de sociológicos. Nosotros, desde luego, no consideramos adecuada esta designación, lo cual no debe interpretarse como una crítica negativa. Las investigaciones reunidas en su principal obra, publicada póstumamente, *Economía y Sociedad*, pertenecen a lo mejor que ha producido la literatura alemana en las últimas décadas. Sin embargo, sus ensayos más importantes no son teoría sociológica en el sentido en que nosotros la entendemos. Tampoco son históricos en el sentido habitual del término. La historia trata de una ciudad o de ciudades alemanas o europeas en la Edad Media. Hasta Weber, nada se conocía comparable al brillante capítulo de este libro, dedicado simplemente a la «ciudad» en general, una teoría general del asentamiento urbano para todos los tiempos y

en todos los pueblos, el tipo ideal de ciudad considerada en sí misma.

Weber, que no se percató de que existe una ciencia que aspira a formular proposiciones universalmente válidas, lo consideró como sociología. Si tuviéramos que contentarnos con su acepción y buscar otro término para lo que nosotros entendemos por sociología, acabaríamos creando una confusión sin salida. Por lo tanto, debemos mantener nuestra distinción y tratar de dar otro nombre a lo que Weber consideraba como sociología. Tal vez el más apropiado podría ser el de *enseñanza universal de historia*, o, más brevemente, *historia universal*.

El hecho de que de ordinario se designe con este nombre los intentos de presentar de forma inteligible la historia de todas las edades y naciones no tiene por qué impedirnos emplearlo para designar lo que Weber pretende hacer. En efecto, tales exposiciones no pueden realizarse si no se añade al estudio del desarrollo de una cultura o de un pueblo la historia del desarrollo de otro. Por consiguiente la historia universal en este sentido significa tan solo una serie de trabajos que, sin dejar su carácter original e independencia, se incluyen bajo una categoría común. La historia universal en nuestro sentido —sociología en el sentido de Weber— consistiría en poner de relieve y tratar individualmente las construcciones idealtípicas empleadas por la historia. Esto corresponde aproximadamente —pero solo aproximadamente— a lo que Bernheim, en su división temática del ámbito de la historia, designa como historia universal o cultural en sentido amplio. A la historia especializada contraponen la historia universal, en la que distingue dos subdivisiones:

1. Historia universal o historia cultural en sentido amplio, también llamada historia mundial; la historia de los

hombres en sus actividades de seres sociales, en todos los tiempos y lugares, en coherente continuidad de desarrollo.

2. Historia universal política (*Allgemeine Staatengeschichte*), llamada también historia mundial y antes también historia universal: una especie de compendio que junta la historia de todas las naciones importantes.⁷⁴

No es preciso subrayar que lo importante no es la terminología, sino solo la distinción lógica y conceptual.

Análogo es la situación en el tratamiento de los problemas económicos. Entre teoría económica, por un lado, e historia económica y economía descriptiva —que debe ser también historia económica—, por otro, está la economía universal descriptiva, que sirve para el tratamiento especial de las construcciones idealtípicas empleadas por la historia económica.

Los límites entre estos dos campos no siempre se respetan en el trabajo científico actual y en su presentación al público, y, por lo demás, dicha separación no es necesaria. La mente creativa produce lo que tiene que ofrecer y de ello le somos deudores. Sin embargo, incluso quien no piensa traspasar nunca los límites que separan a los distintos territorios deben conocer lo que sucede en la otra parte del terreno. Ningún sociólogo puede prescindir de la historia, y ningún historiador puede prescindir de la sociología.

El historicismo proclamó el método histórico como el único admisible y adecuado para el tratamiento de los problemas planteados por las ciencias de la acción humana. Algunos de sus defensores consideraron la ciencia teórica de

⁷⁴ Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode*, p. 53. Kracauer, *Soziologie als Wissenschaft*, pp. 24 ss., habla de historia social comparada y de historia social de la cultura.

la acción humana totalmente imposible. Otros no negaron completamente su posibilidad en un lejano futuro, cuando se podrá disponer de los frutos de un trabajo más amplio y preliminar por parte de los historiadores. Naturalmente, quienes rechazan el historicismo jamás cuestionaron la justificación, la admisibilidad lógica y la utilidad de la investigación histórica. Lo que se discutía en la *Methodenstreit* no fue nunca la historia, sino solo la teoría. Desde el punto de vista de la economía y de la ciencia política, el error fatal del historicismo fue precisamente su rechazo de la teoría. Ciertamente, el tenor de su ataque era esencialmente político y estaba orientado a proteger de una crítica desfavorable a las medidas de política económica, que no habrían resistido el análisis científico realizado por la teoría. Desde el punto de vista de la ciencia, la incapacidad de reconocer la verdad de que toda investigación histórica, de que toda descripción de las condiciones sociales presupone conceptos y proposiciones teóricas, era más grave que el malentendido de que la historia y la economía descriptiva podían practicarse sin teoría. La tarea más urgente de la lógica de la ciencia histórica es combatir este error.

7. *Leyes sociológicas y leyes históricas*

Llamamos estático al método de trabajo científico que examina el efecto, *ceteris paribus*, del cambio en un factor.⁷⁵

⁷⁵ La distinción entre estática y dinámica como yo la concibo difiere de la propuesta por Amonn. Es una diferencia que aquí no podemos examinar más a fondo. Debo sin embargo llamar la atención sobre lo que Amonn dice respecto al significado completamente distinto que él atribuye en mecánica y en economía a estas correlaciones conceptuales. Los conceptos de estática y dinámica en economía no comportan la aplicación de una analogía derivada de la mecánica, sino que representan un modo de pensar

Casi todo lo que la sociología, y su rama hasta ahora más desarrollada, la economía, han realizado hasta ahora se debe al empleo del método estático. El supuesto citado de que todas las demás condiciones permanecen enteramente inalteradas es una ficción indispensable para el razonamiento y para la ciencia. En la vida, todo fluye sin cesar, pero para el pensamiento debemos construir un imaginario estado de quietud.⁷⁶ De este modo aislamos conceptualmente los factores individuales para hacer posible el estudio del efecto de los cambios en ellos. El término «estático» no debe impedirnos ver que el método en cuestión tiene como fin precisamente la investigación del cambio.⁷⁷

En el estado actual de la ciencia no es aún posible establecer si dentro del sistema de la cataláctica es aún posible formular leyes dinámicas. Una ley dinámica debería poder demostrar cómo suceden los cambios producidos por fuerzas que actúan en un sistema estático, donde ningún cambio se produce desde fuera. Es sabido que Ricardo y los principales epígonos de la Escuela clásica —incluso Marx, por ejemplo— afrontaron tales intentos, y que semejantes esfuerzos se hicieron inspirándose en la ciencia moderna. No es preciso que nos detengamos más sobre este punto. Ni tampoco debemos ocuparnos aquí de la cuestión relativa a si la dinámica de las leyes sociológicas puede demostrarse

conforme al carácter de la ciencia económica, por lo que se ha utilizado solo el nombre tomado de la mecánica. Véase Alfred Amonn, *Grundzüge der Volkswohlfstandslehre*, Jena 1926, Parte I, pp. 275 ss.

⁷⁶ Véase J.B. Clark, *Essentials of Economic Theory*, Nueva York 1907, pp. 130 ss.

⁷⁷ Es un grave error creer, como hace Flügge («Institutionalismus in der Nationalökonomie der Vereinigten Staaten», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, Nueva Serie, LXXI, 339), que la construcción de una situación estática no es adecuada para la comprensión de los cambios económicos.

válida fuera del estrecho marco de la teoría económica. Debemos aceptar la idea de la ley dinámica solo para confrontarla con la idea de ley histórica.

La formulación de leyes históricas, es decir, de leyes del cambio histórico, se ha indicado repetidamente como tarea de la historia. Muchos incluso intentaron formular esas leyes. Por supuesto, estas leyes no respondían a lo que se entiende por ley científica, pues carecían de validez universal.

En todas estas «leyes», por ejemplo la de Breysig, a la que nos referimos con anterioridad,⁷⁸ la razón de esta deficiencia está en el hecho de que los tipos ideales se emplean en la construcción de la ley. Y como estos no tienen validez universal, las proposiciones a través de las cuales se articulan son igualmente deficientes. Todos los conceptos encontrados en la 31.^a ley de Breysig, que acabamos de citar, deben verse como tipos ideales. No solo son «reglas del Kaiser», «reglas del pueblo» y «boom en el comercio y en la industria», sino también economía nacional en el sentido de Breysig.

Las leyes de los estadios históricos ocupan un puesto especial. Los estadios del desarrollo histórico organizados en series se describen como tipos ideales, y entonces se afirma que la historia consiste en la progresión desde un estadio al siguiente, y luego a un tercero, y así sucesivamente. Es evidente, sin embargo, que mientras no pueda establecerse la necesidad de esa progresión, no tenemos aún la demostración de la conformidad a la ley.⁷⁹ Pero si la progresión se mantiene como necesaria, entonces esta declaración, pero no las construcciones idealtípicas de los estadios, deberá considerarse como una ley, aunque solo en

⁷⁸ Véase *supra*, pp. 123 ss.

⁷⁹ Véase Simmel, *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, 4.^a ed., Múnich y Leipzig 1922, pp. 107 ss.

la medida en que su articulación está libre de toda referencia a los tipos ideales.

Las Leyes del progreso tratan de satisfacer esta exigencia. Estas leyes describen la labor de una o varias fuerzas, a cuya acción permanente se atribuye inequívocamente la dirección en que tienen lugar los cambios sociales. El que este desarrollo conduzca al bien o al mal, si significa mejora o deterioro, es irrelevante. Progreso significa aquí: avance en el camino necesario. Ahora bien, es claro que todas las leyes del progreso formuladas hasta ahora, en la medida en que no son rechazadas desde el principio como ficciones que no corresponden en absoluto a la realidad, pierden el carácter estricto de leyes por su conexión con las construcciones idealtípicas. Y, sin embargo, no sería difícil enunciar claramente la ley sociológica que subyace a cada una de ellas y verificarla. Aunque luego tuviéramos que negar que la ley histórica es una ley, nos encontraríamos en todo caso una ley de dinámica sociológica.

El trabajo realizado bajo la división del trabajo es más productivo que el realizado aisladamente. El mismo gasto de trabajo y de bienes de más alta calidad genera una mayor cantidad de producto y permite acometer empresas que un individuo aislado nunca estaría en condiciones de acometer. Si esta proporción de tecnología empírica y de fisiología del trabajo es o no válida sin excepción —en cuanto, en el caso de una ley empírica, todos estamos justificados para hablar de validez absoluta— no tiene ninguna importancia para nosotros, porque en todo caso es cierto que pueden citarse, si acaso, uno o dos ejemplos, y entonces con dificultad, en los cuales la ley no sería válida. El aumento de productividad determinado por la división del trabajo es lo que da impulso a la formación de la sociedad y a la intensificación progresiva de la cooperación social. Así pues, debemos el origen y desarrollo de la sociedad

humana, y por tanto de la cultura y la civilización, al hecho de que el trabajo realizado bajo la división del trabajo es más productivo que el realizado aisladamente. La historia de la sociología como ciencia se inició con el reconocimiento de la importancia que para la formación de la sociedad tiene el aumento de la productividad mediante la división del trabajo. Sin embargo, la sociología en general, y la economía en particular, consideraron la ley de la división del trabajo no como parte constitutiva de su propia estructura teórica, sino como un dato, aunque casi siempre —o, a efectos prácticos, siempre— presente. Es instructivo ver cómo la Escuela histórica intentó llegar a una «ley histórica» en este caso.

La teoría de los estadios de Bücher pretende explicar «todo desarrollo económico, por lo menos el de los países de la Europa central y occidental, donde puede trazarse históricamente con suficiente precisión», bajo un «principio significativo central para comprender los fenómenos esenciales de la economía». La teoría encuentra este principio en la relación entre producción de bienes y consumo. Específicamente, ello es perceptible a lo largo del recorrido que los bienes tienen que hacer pasando de los productores a los consumidores. De donde se sigue la distinción en tres estadios: la economía doméstica, la economía urbana y la economía nacional.⁸⁰

No nos detendremos sobre el hecho de que cada uno de los tres estadios es delineado, y puede ser delineado, solo como un tipo ideal. Y este es un defecto característico

⁸⁰ Bücher, *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, Serie I, 10.^a ed., Tübinga 1917, p. 91. La teoría de Bücher sobre las etapas históricas se toma aquí como representativa de toda una clase de tales teorías, entre las que, por ejemplo, podemos mencionar la de Schmoller. La discusión sobre la precedencia de la teoría de Bücher carece de importancia para nosotros.

de todas estas leyes. Solo hay que notar que la libertad con que los historiadores pueden construir tipos ideales permite a Bücher rechazar la idea obvia —que aparentemente le desagradaba por motivos políticos— de que «la humanidad está a punto de alcanzar un nuevo estadio de desarrollo, que debería confrontarse con los tres estadios anteriores bajo el nombre de economía mundial». ⁸¹ No es tarea nuestra destacar las debilidades y los efectos menores de la esquematización de Bücher. Lo único que a nosotros nos interesa es la forma lógica, no el contenido concreto, de la teoría. Todo lo que Bücher puede afirmar es que a lo largo del desarrollo histórico hasta el presente hay que distinguir tres estadios. No puede darnos ninguna información acerca de la *causa movens* de los cambios que se han producido hasta ahora y acerca de los desarrollos futuros. No se puede entender cómo Bücher, sobre la base de su teoría, llega a llamar a todo estado sucesivo el «próximo más alto» en relación con el anterior y cómo puede suponer sin la menor duda que «la transición de la economía nacional al próximo estadio más alto [...] se producirá», mientras explícitamente añade que no se puede saber cómo «el futuro económico será en detalle». ⁸² El uso metafórico de «estadio» no habría debido llevarlo a significar estadio «más alto», en lugar de simplemente «sucesivo»; y sobre la base de su teoría nada garantiza que la previsión del cambio futuro se realice, y menos aún la confiada certeza de que tal cambio no consista en una regresión a uno de los estadios anteriores. Por lo tanto, es imposible ver una «ley» en una teoría de este tipo; y Bücher con razón evita designarla como tal. ⁸³

⁸¹ *Ibid.*, p. 149.

⁸² *Ibid.*, p. 150.

⁸³ Por otra parte, Bücher, *Geisteswissenschaften und Naturwissenschaften*, Múnich y Leipzig 1921, pp. 131, 171, tiende a ver en estas teorías

Hay, sin embargo, una cuestión que en todo caso es mucho más importante que si aquí se trata o no de una ley, y es saber si la construcción de tales esquemas es útil para la ampliación y profundización de nuestro conocimiento de la realidad.

Nuestra respuesta a esta cuestión es negativa. El intento de meter a la historia económica dentro de un estrecho esquema no solo carece de valor para el conocimiento, como puede apreciarse por las consideraciones hechas anteriormente, sino que tiene un efecto incluso perjudicial. En el caso de Bücher, este es responsable de no haber percibido el acortamiento del recorrido que los bienes hacen al pasar de los productores a los consumidores que se produjo en el tardo Imperio romano precisamente como resultado de la decadencia de la división del trabajo. La disputa sobre si la economía de los antiguos debe o no considerarse como una economía local autosuficiente puede parecerse ociosa apenas rechazamos la esquematización de Bücher, como todas las demás esquematizaciones parecidas. Con todo, si no se quiere cerrar la mente a la posibilidad de comprender uno de los mayores cambios de la historia, la decadencia de la civilización antigua, no se puede dejar de reconocer el hecho de que la antigüedad fue mucho más lejos en la división del trabajo, por emplear los propios términos de Bücher, en la «longitud del recorrido que los bienes hacen al pasar de los productores a los consumidores», que los primeros siglos de la Edad Media. La obtención de esta mayor productividad bajo la división del trabajo pone a nuestra disposición los medios indispensables para construir los tipos ideales necesarios para la comprensión intelectual de ese evento. A este respecto, el

«leyes universales o, si se quiere hablar con más cautela, principios de desarrollo histórico-económico».

concepto de economía doméstica autosuficiente (producción solo para el propio consumo, la economía sin intercambio), la economía urbana (producción para una clientela) y la economía nacional (producción de bienes económicos) demuestra su utilidad como tipos ideales adecuados al tema. El error decisivo y fatal está no en su construcción, sino en el intento de conectarlos con un esquema de estadios y basar este esquema en la ley de la división del trabajo.

Con razón, pues, Bücher evita intentar fundamentar su teoría de los estadios en la ley de la mayor productividad bajo la división del trabajo. Esta ley se limita a resaltar el resultado objetivo que se puede lograr mediante la división del trabajo. No afirma que la tendencia hacia una ulterior intensificación de la división del trabajo sea siempre operativa. Cuando y donde un sujeto económico se enfrente a la elección entre un procedimiento que emplea una división del trabajo más intensa y otro que emplea una división del trabajo menor, empleará el primero, debido a su superioridad objetiva en la producción que puede conseguir y también porque valora esta diferencia en el producto por encima de otras consecuencias que, acaso, vayan ligadas a la transición a una división del trabajo más intensa. Sin embargo, la ley en cuanto tal no puede pronunciarse sobre si y hasta qué punto tendrá lugar la elección. Puede enseñarnos a comprender y explicar causalmente un cambio que ya se ha producido, mostrarnos si ha sido en dirección a un desarrollo más o menos pronunciado de la división del trabajo, pero no puede demostrar que esta división debe cultivarse siempre de manera más intensiva. A esta conclusión solo podemos llegar sobre la base de un juicio histórico —es decir, sobre la base de los medios conceptuales de que dispone la historia— sobre lo que pueblos, grupos e individuos desean bajo la influencia de los factores que

determinan su existencia: sus cualidades innatas (herencia racial) y su entorno natural, social e intelectual.

Nosotros, sin embargo, no sabemos cómo estos factores externos se transforman dentro de la mente humana para producir pensamientos y voliciones orientados al mundo exterior con capacidad operativa. Solo podemos averiguarlo *a posteriori*, pero en modo alguno podemos deducirlo con anterioridad de las regularidades conocidas y formuladas como ley. Por tanto, de la ley de la división del trabajo no podemos deducir que esta ley se traducirá en un progreso. La división del trabajo puede en cambio traducirse en un regreso temporal e incluso permanente. Un gobierno puede estar dominado por una ideología que considera su ideal social el retorno a la autarquía. Esto puede considerarse completamente improbable, pero no puede hacerse una clara y definitiva previsión al respecto por las razones que acabamos de señalar. En todo caso, no debe ignorarse que hoy existe una ideología hostil a la división internacional del trabajo que empieza a ejercer una gran influencia sobre la política económica exterior de muchos países.

La ley de la división del trabajo no pertenece al sistema universalmente válido de las leyes *a priori* de la acción humana. Es un dato, no una ley económica. Por ello, parece imposible formular, basándose en ella, una ley exacta sobre el progreso, es decir una ley libre de las construcciones de los tipos ideales. Sobre este punto, los optimistas entre los sociólogos liberales de la Ilustración, que confiaban en el progreso y a los que siempre se les reprochó su «escasa inteligencia histórica», lógicamente estuvieron más acertados que sus críticos. Ellos nunca negaron que basaban su firme fe en el progreso en el supuesto de que lo «bueno» y lo «razonable», en definitiva, acabaría siempre prevaleciendo.

Las mismas deficiencias aparecen en todo intento de construir una teoría de los estadios históricos. Todas estas teorías se basan generalmente, aunque no siempre, en observaciones y hallazgos que en sí mismos son correctos, pero el uso que de ellos se hace no es admisible. Aun cuando la experiencia a que hacen referencia no muestra simplemente una sucesión no repetible de los fenómenos sociales, estas teorías van mucho más allá de lo que es lógicamente legítimo. Antes de que se formara una ciencia social independiente, los historiadores eran conscientes de la importancia de la ubicación de la productividad. Puesto que las condiciones que hacen que la ubicación parezca más o menos favorable experimentan cambios, se obtiene un medio para explicar históricamente los desplazamientos y los movimientos migratorios. Por otro lado, las teorías de los estadios geográficos, a parte de que presentan la ley de ubicación de un modo crudamente simplificado e inadecuado, hacen más difícil el acceso a la comprensión de estos problemas. Escribe Hegel: «La historia del mundo va de Este a Oeste; pues Europa es obviamente el fin de la historia del mundo, y Asia el comienzo. Mientras que el “Este” es en sí mismo algo totalmente relativo, existe para la historia del mundo un Este *cat'exogen*, pues aunque la tierra es una esfera, la historia no gira en torno a ella, sino que, por el contrario, tiene un preciso Este, es decir Asia. Aquí surge el sol externo, físico, y en el Oeste se pone. El sol interno de la auto-conciencia, que difunde un esplendor más noble, surge aquí».⁸⁴

Para Mougeolle, existe una «ley de las altitudes», según la cual, a lo largo de la historia, la ciudad se ha visto crecientemente forzada a descender al llano desde las montañas,

⁸⁴ Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, pp. 232 ss.

y también una «ley de las latitudes», por la que la civilización se ha ido desplazando siempre desde los trópicos hacia los polos.⁸⁵ También en estas leyes encontramos todas las deficiencias que afectan a toda teoría de los estadios históricos. La *causa movens* de los cambios no aparece, por lo que la precisión de los conceptos geográficos que contienen no puede ocultar el hecho de que se basan en construcciones idealísticas inciertas y por tanto inutilizables, como «historia mundial» y «civilización». Pero aún más grave con mucho es el hecho de que saltan de la ley de la ubicación a una volición determinada únicamente por ella.

Becher explica como sigue cómo, en su opinión, la posibilidad de leyes históricas no puede negarse en principio: «No se querían admitir las leyes históricas como tales, porque estas son de carácter secundario, reductivo y derivado. Este rechazo se basa en una noción de ley inadecuada y concebida restrictivamente que, si se aplica con coherencia a las ciencias naturales, puede inducirnos a negar el título de leyes naturales a muchas de las relaciones que todos designan como tales. Porque la mayoría de las leyes naturales —por ejemplo, las leyes de Kepler, las leyes de la teoría ondulatoria de la resonancia, de la interferencia, etc., y las leyes geométricas-ópticas del efecto de los espejos y de las leyes cóncavas— son de carácter secundario y derivado. Estas leyes pueden retrotraerse a otras más fundamentales. Las leyes de la naturaleza no son más últimas, irreductibles o fundamentales que elementales, es decir, leyes de fenómenos elementales y no complejos [...]. Sin embargo, si esta designación se confiere de manera general a numerosas “leyes” que en el campo de las ciencias naturales no son ni fundamentales ni elementales, entonces no

⁸⁵ Mouggolle, *Les problèmes de l'histoire*, pp. 98 ss., 121 ss.

es justo negarla a las leyes históricas solo porque no son de carácter fundamental o elemental». ⁸⁶

En mi opinión, esta discusión no llega al fondo de la cuestión. No se trata de si la designación de «ley» debe aplicarse solo a regulaciones fundamentales o elementales. En definitiva, esta es una cuestión terminológica carente de importancia. En sí y por sí, no sería imposible, aunque sí inconveniente en sumo grado y también desconsiderado, el derroche de pensamiento que implica formular las leyes acústicas de la acción como afirmaciones acerca de conceptos en lugar de como ondas sonoras. Pero no sería ciertamente posible incluir en estas leyes, si estas deben mantener su carácter de leyes de la ciencia natural, afirmaciones acerca de la cualidad y expresión de la ejecución musical. Deberían limitarse a lo que puede describirse con los métodos de la física. No podemos meter en las leyes toda una sucesión de fenómenos históricos, no porque estos sean complicados y numerosos, o porque se hallen implicados factores y condiciones independientes uno de otro, sino porque incluyen también factores cuya función no podemos determinar con precisión. Los conceptos sociológicos se extienden tan lejos como lo permite en principio la exactitud. Al otro lado de estos límites se sitúa el territorio de la historia, que, por medio de los tipos ideales y con datos de la vida histórica, llena los esquemas que proporciona la sociología.

8. *Análisis cualitativo y cuantitativo en Economía*

La sociología no puede captar la acción humana en su plenitud. Debe tomar las acciones de los individuos como datos últimos. Las predicciones que hace acerca de estos solo

⁸⁶ Véase Becher, *Geisteswissenschaften und Naturwissenschaften*, p. 175.

pueden ser cualitativas, no cuantitativas. Por consiguiente, nada puede decir sobre la magnitud de sus efectos. Esto es, poco más o menos, lo que se entiende cuando se afirma que el rasgo característico de la historia es su interés por lo individual, lo irracional, la vida y el dominio de la libertad.⁸⁷ Para la sociología, que no puede determinar por adelantado cuáles serán, los juicios de valor presentes en la acción humana son datos últimos. Esta es la razón de que la historia no pueda predecir cosas futuras y de que sea una ilusión creer que la economía cualitativa pueda ser sustituida o suplantada por la economía cuantitativa.⁸⁸ La economía como ciencia teórica no puede impartir sino conocimiento cualitativo. Una historia económica puede ofrecer conocimiento cuantitativo solo *post factum*.

La ciencia social es exacta en el sentido de que se esfuerza con rigor intelectual en construir un sistema probable inequívocamente definido. No tiene sentido discutir sobre si se debe hacer uso de fórmulas matemáticas en la exposición de la sociología, y particularmente en economía. Los problemas que se plantea la sociología en todas sus ramas, incluida la economía, ofrece dificultades tan extraordinarias que, a los ojos del hombre, incluso los problemas matemáticos más complejos poseen la ventaja de ser más fácilmente visualizados. Quienquiera que piense que no puede prescindir de la ayuda que el razonamiento y la terminología de la matemática ofrecen para el conocimiento de los problemas económicos es libre de servirse de ellos. *Vestigia terrent!* Aquellos teóricos que son conocidos

⁸⁷ De un modo ingenioso Simmel trata de expresar esta singularidad del historiador en su discusión sobre la causalidad individual. Véase Simmel, *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, pp. 100 ss.

⁸⁸ Mitchell comparte esta ilusión con otros muchos. Véase Wesley C. Mitchell, «Quantitative Analysis in Economic Theory,» *American Economic Review*, XV, pp. 1 ss.

generalmente como los grandes maestros de la economía matemática han realizado su labor sin la matemática. Solo más tarde intentaron exponer sus ideas a través de fórmulas matemáticas. El uso de fórmulas matemáticas en economía ha hecho hasta hora más mal que bien. El carácter metafórico de los conceptos e ideas de una visualización relativamente más fácil ha sido importado en la economía por la mecánica, que puede justificarse como un expediente didáctico y a veces también heurístico, y ha sido ocasión de muchos malentendidos. Con demasiada frecuencia se ha renunciado a la crítica a que toda analogía debe ser sometida. De capital importancia es lo que se expone discursivamente en la afirmación que debe servir de punto de partida para la ulterior elaboración matemática. Pero esta afirmación es siempre no matemática.⁸⁹ Si la ulterior elaboración en términos matemáticos puede ser útil o no depende de la corrección de esta inicial afirmación no matemática. Naturalmente, si la elaboración matemática es en sí incorrecta, llegará a resultados incorrectos, aun cuando haya partido de una proposición correcta. Pero el análisis matemático nunca puede evidenciar el error de una afirmación incorrecta.

Incluso las ciencias matemáticas de la naturaleza deben sus teorías no al razonamiento matemático sino al no matemático. La matemática tiene en las ciencias naturales un significado totalmente distinto del que tiene en sociología y en economía. Ello se debe a que la física puede descubrir relaciones empíricamente constantes, que describe en sus

⁸⁹ Véase Dingler, *Der Zusammenbruch der Wissenschaft*, Múnich 1926, pp. 63 ss.; Schams, «Die Casselschen Gleichungen und die mathematische Wirtschafts-theorie», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, Nueva Serie III, LXXII, pp. 386 ss. Painlevé, en su prólogo a la ed. francesa de los *Principles*, París 1909, pp. v ss., de Jevons, declara su propia oposición al tratamiento matemático de la economía.

ecuaciones.⁹⁰ La tecnología científica, basada en la física, está pues en condiciones de resolver determinados problemas con precisión cuantitativa. El ingeniero sabe cómo hay que construir un puente que pueda soportar un determinado peso. Estas relaciones constantes no se pueden demostrar en economía. La teoría cuantitativa, por ejemplo, demuestra que, *ceteris paribus*, un aumento en la cantidad de dinero genera un descenso en el poder adquisitivo de la unidad monetaria, pero la duplicación de la cantidad de dinero no se traduce en una disminución del cincuenta por ciento de su poder de compra. La relación entre la cantidad de dinero y su poder de compra no es constante. Es un error pensar que, de las investigaciones estadísticas referentes a la relación entre la oferta y la demanda de determinadas mercancías pueden deducirse conclusiones cuantitativas aplicables a la configuración futura de esta relación. Cualquier cosa que pueda establecerse de este modo tiene solo un significado histórico, mientras que la constatación de la gravedad específica de diferentes sustancias, por ejemplo, tiene validez universal.⁹¹

La economía también puede hacer previsiones, en el sentido en que esta capacidad se atribuye a las ciencias naturales. El economista puede saber y sabe con antelación el efecto que un aumento de la cantidad de dinero tendrá sobre su poder adquisitivo o qué consecuencias tendrá el control de los precios. Por eso las inflaciones de las épocas de guerra y revolución, así como los controles que se hicieron

⁹⁰ Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economy*, pp. 118 ss.; Eulenburg, «Sind historische Gesetze möglich?», *Hauptprobleme der Soziologie*, Múnich 1923, I, p. 43.

⁹¹ Por tanto también sería un error intentar atacar la afirmación del texto refiriéndose al hecho de que las ciencias naturales han tomado en préstamo el método estadístico de la sociología y que ahora tratan de ponerlo al servicio de sus problemas.

en relación con ellas, no produjeron efectos no previstos por la economía. Sin embargo, este conocimiento no es cuantitativamente definible. Por ejemplo, la economía no está en condiciones de afirmar con precisión la magnitud de la reducción de la demanda con que el consumo reacciona a un determinado aumento cuantitativo de los precios. Para la economía, los concretos juicios de valor de los individuos aparecen solo como datos. Pero ninguna otra ciencia —ni tampoco la psicología— puede decir más al respecto.

Naturalmente, también las valoraciones de los individuos están determinadas causalmente. Nos explicamos cómo se producen. Si no podemos predecir su configuración concreta, es porque aquí chocamos con un límite más allá del cual todo conocimiento científico nos es negado. Quien desee predecir valoraciones y voliciones debería conocer la relación entre el mundo interior y el exterior. Laplace no pensó en esto cuando imaginó su fórmula cósmica.

9. *La validez universal del conocimiento sociológico*

Si se concibe la «naturaleza», a la manera de Kant, como «la existencia de las cosas de acuerdo con lo que establecen las leyes universales»,⁹² y si se dice, con Rickert, que «la realidad empírica se convierte en naturaleza cuando la contemplamos con referencia a lo universal, se convierte en historia cuando la consideramos con respecto a lo particular y lo individual»,⁹³ entonces se debe llegar necesariamente a la conclusión de que la sociología —dando por supuesto

⁹² Kant, *Prolegomena zu einer jeden künftigen Metaphysik*, IV, 417, §14.

⁹³ Heinrich Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, 2.^a ed., Tubinga 1913, p. 224; Rickert, *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, p. 60.

que semejante ciencia sea posible— debe considerarse como una ciencia natural, es decir, una ciencia que utiliza los métodos de las ciencias de la naturaleza. Por otro lado, en tal caso debe negarse la posibilidad de leyes históricas. Naturalmente, en muchos casos la idea de que la ciencia natural y la ciencia nomotética son conceptos idénticos está en la raíz de la opinión de que la historia, para poder convertirse en ciencia nomotética de la acción humana, es suficiente que adopte los métodos de las ciencias de la naturaleza. Malentendidos terminológicos de toda clase han envuelto la discusión de estas cuestiones en la mayor confusión.

La terminología de Kant y de Rickert se debe sin duda al hecho de que la sociología era desconocida a ambos, e incluso la mera posibilidad de una ciencia teórica de los fenómenos sociales no fue para ellos un serio problema. En lo que respecta a Kant, esto no requiere ulteriores pruebas.⁹⁴ En cuanto a Rickert, solo hay que notar los escasos e inadecuados comentarios que dedicó a la sociología. Aunque Rickert tuvo que admitir que no puede haber objeción contra «una ciencia natural o una explicación generalizada de la realidad social»,⁹⁵ jamás se le ocurrió intentar conocer la sociología misma para poder encontrar una vía hacia la solución de estos problemas lógicos. Él no tuvo en cuenta el principio de que «ocuparse de filosofía de la ciencia presupone conocer las propias ciencias».⁹⁶

⁹⁴ Sobre los fundamentales puntos de vista sociales de Kant, véase mi *Socialism* [1981], pp. 265, 392.

⁹⁵ Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, pp. 196 ss.; igualmente, p. 174. Hay que coincidir, naturalmente, con la conclusión a que finalmente llega Rickert de que la sociología nunca podrá ocupar el lugar de la historia.

⁹⁶ Hermann Weyl, «Philosophie der Mathematik und Naturwissenschaft», *Handbuch der Philosophie*, Múnich y Berlín 1927, p. 3. Wundt trató de basar

Pero sería un error reprochar a Rickert esto, especialmente porque sus aportaciones a la lógica de la historia no se pueden discutir. Debemos, sin embargo, lamentar que quedara muy por detrás de Menger en lo que respecta al reconocimiento de la distinción —establecida al principio de sus últimas obras— entre las ciencias históricas, orientadas a la comprensión de los fenómenos en su particularidad, y las ciencias teóricas, que se dirigen a la comprensión de las características universales de los fenómenos.⁹⁷

La última posición mantenida aún en la encarnizada lucha contra el reconocimiento de la sociología es la de aquellos que quieren limitar la validez de las leyes sociológicas a un determinado periodo histórico. Fue el marxismo el primero que recurrió a este expediente. En la concepción del intervencionismo, cuyo triunfo en el ámbito de la política práctica querían fomentar los partidarios de la Escuela histórica, todo intento de demostrar una regularidad en la secuencia de los fenómenos sociales se interpretó como un peligroso desafío al dogma de la omnipotencia de la interferencia del gobierno. El intervencionismo simplemente rechazó toda teoría. El caso del marxismo era distinto, al menos en el campo de la teoría. En la política práctica, desde luego, la actitud del marxismo experimentó un cambio gradual: paso a paso se procedió a adoptar los eslóganes del intervencionismo. Pero a los teóricos marxistas no se les ocurrió cuestionar la demostración de la economía clásica de que todas formas de interferencia gubernamental en el

sus indagaciones en un estudio más radical de las ciencias sociales. Véase Wundt, *Logik*, 3.^a ed., Stuttgart 1908, III, pp. 458 ss. El tiempo y el medio en que trabajó explican el hecho de que no comprendiera correctamente la moderna economía subjetivista.

⁹⁷ Carl Menger, *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften und der politischen Ökonomie insbesondere*, Leipzig, 1883, pp. 3 ss. [trad. esp.: *El método de las ciencias sociales*, Unión Editorial, 2006].

mercado carecen de sentido, porque no consiguen alcanzar los fines deseados. Los marxistas no tardaron en adoptar este punto de vista, pues les permitía demostrar la inutilidad de todo intento de reformar el orden social existente y remitir a todos los descontentos a la futura implantación del régimen socialista.

Lo que precisaba el socialismo era una teoría que le permitiera invalidar la muy embarazosa discusión económica sobre la posibilidad de realizar la comunidad socialista, discusión a la que no podía aportar ningún argumento relevante. La teoría del sistema económico le brindaba esta posibilidad. Según esta teoría, a lo largo de la historia, los sistemas económicos se han ido sucediendo uno tras otro, en una sucesión —como es el caso en todas las teorías de los estadios históricos— en la que el sistema posterior debe considerarse el «más alto». La orientación metafísica y teleológica básica, que las teorías científicas de los estadios históricos expuestas por List, Hildebrand, Schmoller y Bücher tratan de disfrazar, es adoptada ingenuamente por el marxismo, si bien reclama para sí insistentemente el título de socialismo «científico». El fin y objetivo de toda la historia es el Reino prometido por el socialismo. Sin embargo, como este es un sistema económico nuevo y todavía no alcanzado, es «utópico» —que en el lenguaje del marxismo significa no científico— intentar hoy descubrir las leyes que gobernarán la economía y la sociedad de este futuro sistema. La única función de la ciencia, en esta situación, es investigar las leyes de los sistemas económicos del presente y del pasado. En *El Capital*, Marx se proponía explicar el sistema económico capitalista actual. Posteriormente se hicieron intentos de distinguir, dentro de la época del capitalismo, varios periodos subsidiarios, cada uno con su particular sistema económico (capitalismo primitivo, capitalismo maduro y capitalismo

tardío, periodo de transición) y bosquejar la economía de cada uno de ellos.

Podemos prescindir aquí de los fallos de los esfuerzos que Sombart, Rosa Luxemburgo, Hilferding, Bujarin y otros dedicaron a estas tareas.⁹⁸ La única cuestión que aquí nos interesa es si una teoría válida solo para una época histórica sigue siendo una teoría en el sentido en que nosotros diferenciamos la teoría respecto a la historia. Si recordamos cuanto dijimos más arriba a propósito del carácter lógico de las leyes de los estadios históricos, la respuesta no es difícil. La división de todo el curso de la historia en periodos solo puede hacerse a partir de los tipos ideales. Por consiguiente, la idea de un periodo económico individual carece desde el principio de validez universal, ya que las características que lo definen no precisan estar presentes en todos los casos individuales en él comprendidos. Así, una proposición «teórica» que se supone válida para las condiciones de este periodo económico solo puede formularse en términos de tipos ideales.

Si se supone, por ejemplo, que el predominio del «espíritu» del capitalismo es el criterio distintivo de la época capitalista de la historia, no se afirma ciertamente que este espíritu —no importa lo circunscrito que esté— se haya apoderado inmediatamente de todos los hombres pertenecientes a esa época. La idea de que también otros «espíritus» se hallan presentes y activos es totalmente compatible con el tipo ideal, pues en ningún caso se afirma que el espíritu del capitalismo domine *sin excepción*, sino solo que ha predominado en la época del capitalismo. Si entonces se formulan, digamos, unas leyes de la determinación del precio en la economía capitalista, estas leyes no tienen

⁹⁸ No se puede llegar a semejante teoría a través de uno cualquiera de los procedimientos de que disponemos. Véase *supra*, pp. 41 ss., 62 ss.

por qué entenderse como si no tuvieran excepciones. Al menos allí donde diversas mentalidades estén flanqueando al por lo demás predominante espíritu capitalista, pueden y deben ser válidas otras leyes de la determinación del precio. Por esta razón, quien reconozca solo aquellas teorías que dependen de la historia pone en duda la legitimidad de toda teoría universalmente válida. La única ciencia que él acepta en el ámbito de la acción humana es la historia, con la estructura lógica del tipo ideal que le es propia.

Sin embargo, para esta escuela, así como para todas las que defienden el historicismo, el rechazo de la posibilidad de una teoría universalmente válida tiene solo un significado académico, es decir, programático, y nada más. En la práctica efectiva se recurre sin duda alguna a conceptos y proposiciones que, desde el punto de vista lógico, solo pueden tomarse como si tuvieran una validez universal. Todo espíritu particular que se supone que es específico de cada uno de los periodos individuales aparece, a un examen más atento, como un dominio ideal de la mayoría de los individuos en un periodo dado, y la forma particular de la economía demuestra que es una técnica de cooperación social impuesta por las características de este ideal y por la opinión dominante acerca de la mejor forma de realizarlo.

Se puede objetar que la especie *homo sapiens* es solo un fenómeno temporal y que, por consiguiente, una ciencia de la acción humana pura y simple difiere meramente en el grado, pero no en el carácter lógico, de una ciencia de la acción humana válida dentro de un periodo histórico limitado. Pero esta objeción interpreta mal el único significado que puede atribuirse al concepto de validez universal en el campo de la ciencia de la acción humana, es decir, válida siempre que se den unas determinadas condiciones,

que en todo caso deben definirse con estricto rigor. La determinación del objeto de la ciencia de la acción humana no se basa en la distinción empírica entre el hombre y sus antepasados prehumanos, sino en la diferencia conceptual entre acción y comportamiento meramente reactivo del organismo.

Conclusión

La batalla de los defensores del historicismo contra la ciencia nomotética de la acción humana fue absurda e insensata; en cambio, era necesario y estaba plenamente justificado el rechazo de la exigencia del naturalismo de que la investigación histórica se desarrollara siguiendo los métodos de las ciencias naturales, en orden a descubrir «leyes históricas».

La historia no puede cumplir su función si no emplea la lógica más precisa. A cada paso debe servirse de conceptos y proposiciones de validez universal, debe usar la razón-*ratio*; debe, lo quiera o no, teorizar. Si ciertamente es así, entonces solo la mejor teoría es suficientemente buena. El historiador no puede aceptar acríticamente cualquier concepto o proposición de la cosecha de los ingenuos hábitos del pensamiento popular. Lo primero que tiene que hacer es someter todos los conceptos y proposiciones a un examen riguroso y crítico. Debe analizar toda idea en sus consecuencias, y cuestionarla una y otra vez. Debe insertar las ideas individuales en un sistema coherente. En una palabra, debe teorizar él mismo o aceptar teorías en que se desarrollan de manera científica los recursos de que dispone la mente humana.

Es evidente que la mera elaboración de una teoría no es aún una contribución a la historia. Y, sin embargo, la

historia puede proceder en la tarea que le corresponde solo cuando los recursos que la teoría proporciona están completamente agotados. Solo entonces comienza el reino de la historia —el reino de lo individual, de lo que sucede una sola vez, de la totalidad histórica—. No se puede pasar el umbral de este reino sin ser conducido por el poder del pensamiento racional.

Rothacker sostiene que la «comprensión» específica se sirve de los procedimientos de las ciencias morales siguiendo las dos vías de la comprensión y la explicación, hasta un punto en el que un salto «en una relación irracional» prepara el terreno para ello. «El hecho de que algo sea *concebido* no implica que sin más sea comprendido en sentido estricto. Si se *explica*, no hay comprensión. Pero cuando nos vemos impelidos a buscar algo que sea individualmente válido, algo que no sea completamente analizable en la concepción ni completamente explicable, esperamos encontrar intentos de comprensión pura, de *comprensión en sentido pleno*». En todo caso, las «medidas racionales» que han sido «previamente explotadas» deben preceder a esta comprensión.⁹⁹

Al principio de la *Methodenstreit*, Walter Bagehot, que en 1876 fue el primero en denunciar el rechazo de la teoría por parte de la Escuela histórica, declaró que una exposición histórica de la economía «no sustituye a una teoría preliminar. Se podría también tratar de sustituir por un corolario la proposición de la que depende. La historia de [...] es la historia de un confuso conflicto de muchas causas, y a no ser que se conozca qué clase de efecto produce probablemente cada causa, no se puede explicar ninguna parte de lo que sucede. Sería como intentar explicar el

⁹⁹ Rothacker, «Logik und Systematik der Geisteswissenschaften», *Handbuch der Philosophie*, Múnich y Berlín 1927, pp. 123 ss.

estallido de una caldera sin conocer la teoría del vapor. Ninguna historia podría contarse útilmente, si antes no se dispusiera de una considerable acumulación de doctrina aplicable. Se podría entonces escribir la “vida” de un barco inventando poco a poco la teoría de la construcción naval. Torpes disertaciones invadirían la narración y el resultado sería un completo rompecabezas». ¹⁰⁰

Los paladines del historicismo ignoraron todo esto. Querían compilar datos «libres de teoría», lo cual hizo que fueran infructuosos los trabajos de los mejores de ellos. La historia no será nunca realmente historia sin los instrumentos intelectuales que proporciona la teoría de la acción humana. La historia debe apoyarse en la teoría, no para liberarse de sus propias tareas, sino por el contrario para desempeñarlas más que nunca en el verdadero sentido de la historia.

Jamás deberían olvidarse las palabras de Bagehot: «Correctamente entendido, el método histórico no es contrario al método abstracto entendido correctamente». ¹⁰¹

¹⁰⁰ Walter Bagehot, «The Postulates of English Political Economy», Londres 1915, VII, pp. 103-04. El hecho de que Bagehot en las páginas siguientes de su tratado haga concesiones indefendibles a los argumentos del historicismo y sostenga la idea de leyes válidas solo para un determinado periodo no precisa ser aquí discutido. Sobre este punto, véase John Neville Keynes, *The Scope and Method of Political Economy*, Londres 1891, pp. 289 ss.

¹⁰¹ Bagehot, «The Postulates of English Political Economy», p. 104.

3. *Explicación y comprensión*

1. *Conocimiento desde fuera y conocimiento desde dentro*

Explicamos un fenómeno cuando lo retrotraemos a principios generales. Ninguna otra forma de explicación es posible. La explicación en este sentido no es en modo alguno la elucidación de la causa final, la base ontológica del ser y del devenir de un fenómeno. Antes o después, debemos siempre llegar a un punto más allá del cual no se puede avanzar.

Aún no hemos podido en absoluto captar la relación existente entre lo psíquico y lo físico. En la actualidad no estamos en condiciones de ofrecer explicación alguna en términos de principios generales. Por tanto, a pesar de la unidad de la estructura lógica de nuestro pensamiento, nos vemos obligados a recurrir a dos esferas separadas de conocimiento científico: la ciencia de la naturaleza y la ciencia de la acción humana.

Afrontamos el objeto de las ciencias naturales desde fuera. El resultado de nuestras observaciones es el establecimiento de unas relaciones de dependencia funcionales. Las proposiciones referentes a estas relaciones constituyen los principios generales por los que explicamos los fenómenos de la naturaleza. Una vez que hemos construido el sistema de estos principios, hemos hecho todo lo que podemos hacer.

En las ciencias de la acción humana, por otra parte, comprendemos los fenómenos desde dentro. Puesto que somos seres humanos, estamos en condiciones de captar el significado de la acción humana, es decir, el significado que el actor atribuye a su acción. Es esta comprensión del significado la que nos permite formular los principios generales por los que explicamos los fenómenos de la acción.

Podemos apreciar mejor lo que se consigue mediante este planteamiento de la acción humana centrado en la comprensión de su significado, si lo comparamos con el intento del conductismo de contemplar la conducta humana desde fuera, en consonancia con los métodos de la psicología animal. Los conductistas abandonan todo intento de captar la conducta del hombre sobre la base de su significado. No ven en ella otra cosa que reacciones a determinados estímulos. Si aplicaran rigurosamente su programa, no podrían hacer otra cosa que registrar los acontecimientos que tienen lugar en un momento particular. Y no se les permitiría deducir de lo ocurrido en un momento particular nada referente a lo que ha podido ocurrir en casos anteriores o que podrá verificarse en el futuro.

Por lo general, la situación a la que el hombre reacciona conscientemente solo puede ser analizada con conceptos que hacen referencia al significado. Si se elige analizar la situación enteramente al margen del significado que el acto le atribuye, el análisis no podrá poner de relieve lo que es esencial en la acción y decisivo respecto a la reacción a ella. El comportamiento de un hombre al que otro se le acerca con un cuchillo será completamente distinto según que perciba en su actitud la voluntad de realizar una mutilación o una intervención quirúrgica. Sin el recurso al significado no hay modo de poder analizar una situación como la que se produce en la producción de bienes destinados al consumidor. La reacción del comportamiento consciente es, sin

excepción, significativa y solo puede comprenderse plenamente penetrando en su significado. Es siempre resultado de una teoría, es decir, una doctrina que conecta causa y efecto, y del deseo de alcanzar un determinado fin.

Solo engañándose a sí mismo puede el conductismo llegar al extremo de decir algo acerca de la acción. Si, en cambio, fiel a su propósito, renunciara completamente a intentar captar el significado, no conseguiría siquiera distinguir lo que declara que es el objeto de su indagación de lo que los sentidos observan en el comportamiento humano y animal.¹ No conseguiría separar su función de la función de la psicología. Watson sostiene que la psicología se ocupa de un modo especial del comportamiento de partes del animal; el conductismo, de la conducta del animal en su conjunto.² Seguramente, ni la reacción del cuerpo a una infección ni los fenómenos del crecimiento y de la edad deben clasificarse como «comportamiento de las partes». Si, por otro lado, se considerara un movimiento de la mano como un caso de comportamiento de una parte del «todo animal», se podría ciertamente hacerlo, pero solo para ver en este movimiento de la mano algo que resulta activo y que no puede atribuirse a una parte específica del cuerpo. Pero este algo no puede ser otra cosa que el «significado» o lo que genera «significado».

Cualquier resultado que el conductismo haya podido alcanzar con la observación del comportamiento de los animales y de los niños lo debe —desde luego, ocultándolo o negándolo— al contrabando de la teleología. Fuera de esto, todo lo que el conductismo haya podido realizar no pasa de ser una enorme compilación de casos sucedidos en un determinado lugar y en un determinado tiempo.

¹ Véase Hans Bühler, *Die Krise der Psychologie*, Jena 1927, p. 46.

² Véase John B. Watson, *Behaviorism*, Nueva York 1924, p. 11.

2. Explicación y comprensión

En la lógica y en la filosofía alemana el término «comprensión» (*Verstehen*) significa el procedimiento de las ciencias de la acción humana cuya esencia está en captar el significado de la acción.³ Para tomar este término en el sentido aceptado por la mayoría de quienes lo han empleado, debemos ante todo recordar que en Alemania el desarrollo y afinamiento de una ciencia teórica con el objetivo de formular unos principios con validez universal o no ha sido en absoluto tomado en consideración o ha sido violentamente rechazado. El historicismo no admite que, además de las disciplinas que emplean los métodos de la historia y de la filología, haya aún otra: una ciencia que aspira a un conocimiento válido universalmente. Los paladines del historicismo querían solo ratificar la historia (en su sentido más amplio) y rechazaban la posibilidad misma y la legitimidad de la sociología en general y de la economía política en particular. No vieron que, sin la ayuda de proposiciones aceptadas como universalmente válidas, tampoco la historia puede entenderse y que la teoría de la acción humana es lógicamente anterior a la historia. Fue ciertamente mérito del historicismo rechazar el intento del naturalismo, que —no menos erróneamente que el historicismo, aunque en otro sentido— por su parte condenó todas las disciplinas históricas y pretendía sustituir la historia por una ciencia

³ Joachim Wach emprende indagaciones históricas y exegéticas de gran alcance a propósito del desarrollo de la teoría de la «comprensión» en la ciencia alemana en su obra *Das Verstehen, Grundzüge einer Geschichte der hermeneutischen Theorie im 19. Jahrhundert*, 3 vols., Tubinga 1926-1933. Si también se quisiera esbozar la historia de la «explicación», en el sentido en que el término aquí se emplea, habría que remontarse sobre todo al utilitarismo.

de las leyes del desarrollo humano modelada sobre el prototipo de la mecánica newtoniana o de la teoría darwiniana de la evolución. El concepto de comprensión como específico instrumento metódico de las ciencias de la acción humana fue desarrollado por el historicismo para servir de él no menos en la lucha contra el naturalismo que en la emprendida contra la ciencia nomotética de la acción humana.

Actualmente, cuando se discute sobre la comprensión en la literatura científica alemana, se aclara por lo general que con este término se hace referencia al método de las «ciencias morales» que, en oposición al del conocimiento desde fuera —empleado por las ciencias naturales— se ocupa del significado de la acción. Pero como, según hemos mencionado, esta literatura carece casi completamente de todo reconocimiento de que también es posible una ciencia teórica de la acción humana, ha tratado generalmente de definir la comprensión como referida específicamente a lo único e irracional, a la captación intuitiva de lo históricamente no repetible, frente a la explicación, que se obtiene mediante el método del pensamiento racional.⁴ En sí y por sí, habría sido posible incluir en la definición de comprensión todo procedimiento orientado a la captación del significado. Sin embargo, tal como están hoy las cosas, debemos adaptarnos al uso dominante. Por lo tanto, dentro de los procedimientos empleados por las ciencias de la acción humana para la comprensión del significado nosotros distinguiremos entre explicación y comprensión. La explicación trata de captar el significado de la acción mediante el razonamiento discursivo. La comprensión busca el significado de la acción en la intuición empática del todo.

⁴ Rothacker, «Logik und Systematik der Geisteswissenschaften», *Handbuch der Philosophie*, Múnich y Berlín 1927, pp. 119 ss.

Cuando la explicación es de algún modo aplicable, tiene la precedencia sobre la comprensión en todos los aspectos. Lo que resulta del razonamiento discursivo nunca puede ser refutado o influido por la comprensión intuitiva de un contexto de significado. El área de la comprensión está solo donde la explicación y el concepto no pueden penetrar: en la percepción de la cualidad de los valores. En el dominio de la explicación reina la lógica estricta: se puede demostrar y refutar; se puede establecer un diálogo con otras personas sobre lo que es «verdadero» y lo que es «falso», y se pueden plantear problemas y discutir su solución. Aquello a lo que se llega mediante la explicación debe reconocerse como establecido, o bien debe demostrarse que no está probado y por tanto rechazarse. No puede evitarse ni ser orillado. Por otro lado, donde entra la comprensión empieza el reino de la subjetividad. No podemos transmitir a los otros ningún conocimiento cierto de lo conocido y aprehendido intuitivamente, de lo que no ha sido endurecido en la forja del pensamiento conceptual. Las palabras con que lo expresamos invitan a los otros a que nos sigan y a experimentar de nuevo el complejo conjunto que nosotros hemos experimentado. Pero si y cómo se nos ha seguido depende de la personalidad y de la inclinación del invitado. No podemos tener la seguridad de que se nos ha entendido como nosotros queríamos ser entendidos, pues solo la huella incisiva del concepto lo asegura inequívocamente; solo con relación a un concepto pueden las palabras emplearse con precisión.

A este respecto, la comprensión adolece de la misma insuficiencia que todos los demás esfuerzos —artísticos, metafísicos o místicos— para reproducir la intuición en una totalidad. A lo que nos enfrentamos en estos intentos es a palabras que pueden entenderse en diferentes sentidos, que cada uno interpreta a su manera. Mientras el historiador

describe las empresas políticas y militares de César no podrá surgir ningún malentendido entre él y sus lectores. Pero cuando habla de la grandeza de César, de su personalidad, de su carisma, entonces las palabras del historiador pueden entenderse de maneras diferentes. No puede haber discusión relativa a la comprensión, puesto que esta está siempre subjetivamente condicionada; la explicación es razonamiento, mientras que la comprensión es simplemente observación.

La «explicación» de la conducta racional no se plantea unos objetivos tan ambiciosos como los que persigue la «comprensión». Sin embargo, en su propio campo, consigue realizar todo lo que emprende, porque nosotros captamos y explicamos el comportamiento racional gracias a la estructura lógica a través de nuestra razón, que está en la base de toda racionalidad. El razonamiento *a priori* es al mismo tiempo el *a priori* de la acción racional. La explicación de la conducta humana es «el conocimiento de lo igual por lo igual» de Empédocles.

3. *Lo irracional como objeto de conocimiento*

Todos los esfuerzos de explicación científica pueden conseguir explicar a lo sumo los cambios producidos en algo ya dado. Lo ya dado en cuanto tal es inexplicable. Simplemente, es. Por lo cual permanece oculto a nosotros. Es lo irracional —lo que el pensamiento no puede agotar, lo que los conceptos no pueden aferrar sin dejar nada por explicar—.

Para la ciencia de la acción humana, las valoraciones y los fines últimos a que los hombres aspiran constituyen el dato último, que no puede explicarse ulteriormente. La ciencia puede registrar y clasificar los valores, pero no los puede

explicar, como no puede prescribir que sean reconocidos como correctos o condenados como perversos. La comprensión intuitiva de los valores por medio de la comprensión todavía no es una «explicación». Todo lo que intenta es hacer ver y determinar qué son los valores en un caso determinado, no más. Cuando el historiador trata de ir más allá, se convierte en apologista y en juez, un agitador o un político. Deja la esfera de la ciencia reflexiva, teórica e indagadora y entra en la arena de la acción humana.

La ciencia pertenece totalmente al dominio de la racionalidad. No puede haber una ciencia de lo irracional como no puede haber una ciencia irracional. Lo irracional está fuera del dominio del razonamiento y de la ciencia. Cuando nos encontramos ante lo irracional, el reconocimiento y la ciencia solo pueden registrar y clasificar. No pueden entrar más a fondo, ni siquiera con la ayuda de la «comprensión». En efecto, el criterio de lo irracional es precisamente que no puede ser completamente comprendido por el razonamiento. Lo que podemos dominar completamente con el razonamiento ya no es irracional.

El ejemplo más puro de lo irracional como objeto de actividad científica es lo que se conoce con el término de *Kunstwissenschaft* (ciencia del arte). La *Kunstwissenschaft* nunca podrá ser otra cosa que historia de las artes y de los artistas, de las artes técnicas, de los temas tratados por el arte y de las ideas que lo gobiernan. No existe una teoría universalmente válida de lo artístico, de los valores estéticos o de la individualidad artística. Lo que los escritores sobre el arte dicen, bien sea alabándolo o condenándolo, expresa solo su personal experiencia de las obras de arte. Suele llamarse «comprensión», pero como va más allá de la mera intuición de los hechos irracionales no es en modo alguno ciencia. Quien analiza una obra de arte la disuelve en el sentido estricto del término. Pero la específica cualidad

estética radica solo en la totalidad de la obra, no en sus partes. Una obra de arte es un intento de experimentar el universo como un todo. No se la puede disolver o disecionar; un comentario sobre sus partes destruiría su carácter intrínseco. Por lo tanto, la *Kunstwissenschaft* no puede hacer otra cosa que rozar los bordes del arte o de las obras de arte. Nunca podrá captar el arte como tal. Sin embargo, esta disciplina podrá parecer indispensable a algunos porque proporciona el acceso al disfrute de las obras de arte o, según otros, podría revestirlo de una especial dignidad como reflejo del esplendor de los propios objetos de arte. Otros aún dicen que nunca se podrá acceder a lo específicamente artístico. También esto es cierto, aunque nadie está justificado para mirar por encima del hombro a los historiadores del arte o a la historia del arte.

La posición de la ciencia respecto a otros valores del hombre en acción no es diferente de la que adopta respecto a los valores estéticos. Tampoco aquí la ciencia puede hacer más, respecto a los valores mismos, que registrarlos o, a lo sumo, clasificarlos. Todo lo que puede hacer con la ayuda de la «explicación» se refiere a los medios que puedan conducir a la realización de los valores; en una palabra, a la conducta racional del hombre que aspira a unos fines. La historia y la sociología no son diferentes a este respecto. La única distinción entre ellas es que la sociología, como ciencia teórica, se esfuerza en llegar a unas leyes universalmente válidas de la conducta racional, mientras que la historia, que emplea estas leyes, presenta el curso temporal de la acción humana. El objeto de la historia es lo dado históricamente en su individualidad.

Esto debe tratarlo con los medios que le proporciona la teoría, pero en la medida en que no puede traspasar sus límites e intentar prescribir valores, la historia no puede agotar la individualidad de los hechos aun con la ayuda de la

«comprensión». Si se quiere, la historia puede llamarse ciencia de lo irracional, pero no puede olvidarse que solo puede acceder a lo irracional por medio de la ciencia racional. Cuando estos medios fallan, la historia nada puede hacer si no es constatar los hechos irracionales del caso a través de la comprensión empática.

La comprensión no explica lo individual, lo personal, o los valores de la experiencia, porque no capta su significado por medio de la explicación. Simplemente, los observa. Por lo tanto, en la medida en que está implicada la comprensión, no puede haber progreso en las ciencias históricas en el sentido en que hay progreso en las ciencias naturales y en la sociología. En las ciencias históricas hay progreso solo en la medida en que interviene la explicación, es decir, cuando una mejora en el tratamiento de las fuentes y un más penetrante conocimiento sociológico permiten captar el significado de los acontecimientos mejor de lo que antes era posible. Hoy, por ejemplo, con la ayuda de la teoría económica, podemos conocer los acontecimientos de la historia económica de un modo que no era posible para los historiadores más antiguos. Así, pues, la historia debe ser continuamente reescrita, ya que el elemento subjetivo, con el paso del tiempo y el cambio de personalidad, abren una y otra vez nuevas perspectivas a la comprensión.

Este elemento subjetivo, que acompaña siempre a la comprensión, es el que permite que la historia pueda ser escrita desde distintos puntos de vista. Hay una historia de la Reforma desde el punto de vista católico y otra desde el punto de vista protestante. Solo quien no reconoce la fundamental diferencia que existe entre explicación y comprensión, entre sociología e historia, se inclinará a suponer que estas diferencias existen también en el ámbito de la sociología y a oponer, por ejemplo, una sociología alemana a otra inglesa o una economía proletaria a otra burguesa.

4. *La crítica de Sombart a la economía*

Es un completo error creer que las teorías de la cataláctica pueden ser de alguna manera cuestionadas por la afirmación de que son meramente «esquemas racionales». ⁵ En otro lugar he tratado ya de explicar con detalle los fallos en que cayó Max Weber a propósito del carácter lógico de la economía moderna. ⁶ Como Sombart le sigue en esto al pie de la letra, no parece que sea necesario ningún comentario ulterior.

Pero Sombart va mucho más allá que Weber: «El concepto de “intercambio”, por ejemplo, no dice absolutamente nada. Deriva su “significado” de su relación con el contexto histórico en que tiene lugar. “Intercambio” en la economía primitiva (trueque), “intercambio” en la economía artesana e “intercambio” en la economía capitalista son cosas completamente diferentes una de otra. ⁷ Los precios y la formación del precio son cosas completamente distintas según los mercados. La formación del precio en la feria de Veracruz en el siglo xvii y en el mercado de trigo de la Bolsa de Chicago en 1930 son fenómenos que nada tienen que ver entre sí». ⁸

Pero ni siquiera niega que existan en economía conceptos universalmente válidos. Distingue «tres clases diferentes de conceptos económicos: 1) los conceptos primarios universalmente económicos [...] que son válidos para

⁵ Véase Werner Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, Múnich y Leipzig 1930, p. 259.

⁶ Véase *supra*, pp. 129 ss. Lo dicho respecto a la errónea identificación de acción «racional» y «corresta» (sobre todo en pp. 151 ss.) contiene también la respuesta a los argumentos de Sombart, *op. cit.*, p. 261.

⁷ Véase Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, p. 211.

⁸ *Ibid.*, p. 305.

todo sistema económico; 2) los conceptos primarios histórico-económicos [...], válidos para un sistema económico determinado, y 3) los conceptos subsidiarios [...], que se construyen en relación a una precisa hipótesis de trabajo».⁹

Aquí no precisamos considerar en detalle esta división. Lo que aquí nos interesa es la cuestión de si la atribución de los conceptos de intercambio y de formación del precio al segundo grupo está o no justificada. Sombart no da ninguna razón al efecto, a menos que se quiera ver una razón en observaciones como la siguiente: «Es absurdo asignar las mismas tareas al juego del ajedrez y al juego del zorro y las ocas. También es absurdo construir los mismos esquemas para la economía doméstica autosuficiente de un campesino y la del capitalismo superior».¹⁰

Tampoco llegó Sombart a afirmar que la palabra «intercambio», cuando se usa referida a la economía primitiva, no es más que un sinónimo del término «intercambio» cuando se refiere a la economía capitalista, o que la palabra «precio» cuando se emplea con referencia a la feria de Veracruz en el siglo xvii no es más que un sinónimo de la palabra «precio» cuando se usa referida a la Bolsa de Chicago en 1930, como la palabra «sole» en el sentido de pez (lengüado) y en el sentido de suela de un zapato. Habla repetidamente de intercambio, precio y formación del precio sin ulterior cualificación, lo cual sería completamente absurdo si hubiera que distinguirlos de sus homónimos. Cuando dice: «Una teoría de la formación del mercado debe preceder a la teoría de la formación del precio»,¹¹ se trata de una proposición válida para toda formación del precio, con lo que contradice su afirmación de que «el concepto de

⁹ *Ibid.*, p. 247.

¹⁰ *Ibid.*, p. 301.

¹¹ *Ibid.*, p. 305.

“cambio”, por ejemplo, no dice nada». Si formación del precio y formación del precio fueran realmente «dos acontecimientos incomparables», sería igualmente absurdo sostener esta proposición como, por ejemplo, sostener algo supuestamente válido para todos los «soles» —es decir para una determinada especie de pescado y para toda suela de zapatos—. Algo, por tanto, debe ser común en ambos casos. En efecto, se nos dice que existen «requisitos para la formación de los precios que surgen de la esencial, matemática y racional conformidad a la ley a la que, obviamente, también está sometida la formación de los precios». ¹²

Ahora bien, si se establece que los términos «intercambio», «precio» y «formación del precio» deben connotar conceptos inequívocos, entonces de poco sirve decir que el concepto mismo implica «cosas completamente distintas» y «acontecimientos completamente incomparables». Frases tan vagas solo son útiles cuando su objetivo es hacer notar que palabras de *idéntico* sonido se emplean para expresar conceptos diferentes. Pero si nos encontramos ante *un* concepto, no podemos proceder de manera distinta de la de definir primero con precisión ese mismo concepto y de ver luego hasta dónde lleva, qué incluye y qué no. Pero Sombart es ajeno a este procedimiento. No pregunta qué son el intercambio y el precio. Emplea estos términos con indiferencia, tal como se emplean en el lenguaje cotidiano y no científico.

Plenamente imbuido en el amargo resentimiento de la escuela de pensamiento que había llevado la peor parte en el *Methodenstreit* y también en cualquier otro aspecto científico, Sombart habla solo en términos de desprecio de la teoría económica de la utilidad marginal. Esta teoría se

¹² *Ibid.*

esfuerzo en ofrecer definiciones precisas de los conceptos que él simplemente recoge y usa sin la menor duda: conceptos que la teoría analiza e ilustra en todo su contenido, purgándolos de todos aquellos elementos no esenciales que tal vez fueran introducidos por un razonamiento impreciso. No se puede pensar en el concepto de cambio sin pensar también implícitamente en todo lo que enseña la teoría económica del cambio. No hay intercambio que se conforme «más» a la ley de la utilidad marginal y otro que se conforme «menos». Existe el «intercambio» y existe el «no intercambio», pero no hay diferencias en el grado de intercambio. Quien no entiende esto no se toma la molestia de informarse del trabajo de la teoría económica de los últimos treinta años.

Si un viajero de la Alemania capitalista fuera a parar a una isla poblada por tribus primitivas, observaría el extraño comportamiento de los nativos, que al principio le resultaría incomprensible. Si de pronto se diera cuenta de que están «cambiando», se «explicaría» su comportamiento, aunque solo conoce el intercambio del capitalismo superior. Cuando Sombart da el nombre de «intercambio» a un suceso de Veracruz en el siglo xvii y habla de formación del precio en el intercambio, emplea los conceptos de intercambio y formación del precio para explicarse el significado de este acontecimiento. En ambos casos, el «esquema racional» sirve para darse cuenta de un fenómeno que de otro modo no comprendería en modo alguno, ni con la explicación ni con la «comprensión». Sombart debe emplear este esquema racional, porque de otro modo no sabría en absoluto cómo tratar con la razón este acontecimiento. Él quiere aplicar el esquema racional solo hasta cierto punto, para así evitar las inevitables consecuencias lógicas de su empleo y para no ver el significado del procedimiento adoptado. Pero el «esquema racional» se emplea o no se

emplea. Si decide emplearlo, hay que aceptar todas las consecuencias de esta decisión. Hay que cargar entonces con todo lo que el concepto contiene.

Sombart alega que solo él —y, por supuesto, quienes lo apoyan— debería ser considerado teórico «en el verdadero sentido». Los demás —los «fabricantes de esquemas racionales»— solo pueden llamarse teóricos entre comillas.¹³ Reprocha a estos «teóricos» tres deficiencias. En primer lugar, la mayoría de ellos «no han captado correctamente el significado de los esquemas que han desarrollado porque carecen de una auténtica formación teórica». Consideraban estos esquemas como leyes naturales y, basándose en ellos, construyeron un sistema según el modelo de las ciencias naturales.¹⁴ Como en la filosofía alemana, siguiendo el precedente de Kant, la ciencia nomotética se equiparaba a la ciencia natural, quienes sostenían la posibilidad de una ciencia de la acción humana tendiente a un conocimiento universalmente válido clasificaron esta ciencia como ciencia natural.¹⁵ Pero esto no influyó en el carácter y contenido de las investigaciones científicas que llevaron a cabo.

El segundo fallo que Sombart denuncia en los «teóricos» es que han producido «demasiados y a menudo demasiado complicados medios de producción». Sombart califica a los «esquemas» de «medios de producción», cuyo uso es «imposible y que son más un estorbo que una ayuda en el proceso de producción (como, por ejemplo, un tractor en una finca para la que no está adaptado)». ¹⁶ El lenguaje metafórico que Sombart emplea aquí distrae la atención del

¹³ *Ibid.*, p. 303.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Véase *supra*, p. 188.

¹⁶ Véase Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, p. 303.

único punto importante de la cuestión: si la teoría es correcta o no. La teoría nunca puede ser demasiado correcta. Si la teoría es correcta, nunca puede ser demasiado «complicada». Quien la considera tal, solo tiene que sustituirla por otra teoría correcta aunque sea más simple. Pero Sombart ni siquiera lo intenta, sino que, por el contrario, en otro pasaje reprocha a la teoría ser demasiado simple: «Las relaciones actuales pueden ser tan complicadas, y con frecuencia lo son, que un esquema puede ser de escasa ayuda».¹⁷

La tercera crítica de Sombart a los «teóricos» es que «con frecuencia han construido esquemas inadecuados, es decir, medios de producción con los que nada puede hacerse, máquinas que no funcionan». En esta categoría clasifican «en gran parte la teoría de la utilidad marginal, cuyo escaso valor cognitivo ya ha quedado comprobado. Pero no es este el lugar más adecuado para corroborar más ampliamente este punto de vista».¹⁸ Así, la «teoría» es incorrecta porque es incorrecta, y porque ya se ha comprobado este hecho. Y Sombart debe aportar la prueba de su afirmación. Y para ello formula un juicio de valor sobre la teoría de la utilidad marginal. Y él mismo sugiere qué hay que pensar de tales juicios de valor.¹⁹

He explicado tantas veces que los ideales políticos y económicos que han motivado la opinión hostil a la teoría por parte de los intervencionistas y los socialistas, que no necesito repetir aquí mis observaciones sobre este punto.²⁰ Sin embargo, una explicación histórica nos permite comprender que aquí se convierte exclusivamente en un aspecto

¹⁷ *Ibid.*, p. 301.

¹⁸ *Ibid.*, p. 304.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 289 ss.

²⁰ Véase *supra*, p. 120; también mi *Kritik des Interventionismus*, pp. 24 ss., 68 ss.

que podría parecer accidental si se considerara desde el punto de vista de la investigación teórica. Solo basándonos en un estricto análisis lógico del razonamiento de Sombart podemos apreciar su errónea concepción.

En ningún otro autor aparecen con más claridad que en Sombart los motivos políticos de oposición a la cataláctica. La franca aceptación de la teoría económica moderna se adaptaría mejor que su rechazo en el sistema de filosofía que él expone en su obra más reciente. Sin embargo, un temperamento impetuoso y un sentimiento de obligación para con las convicciones de su propio pasado hacen que una y otra vez se aparte de su intención de realizar una investigación neutra respecto a los juicios de valor. Sombart cree haber comprendido desde dentro nuestra «época económica», con su «sistema económico», el «capitalismo moderno». ¿Se puede realmente representar nuestra época, «cuya culminación estamos ahora experimentando», como «el tiempo en que los medios se emplean sin sentido y cuyo uso abundante y elaborado se convierte imperceptiblemente en un fin en sí mismo»?²¹ El hecho de que el propio Sombart califique una y otra vez como racionalización la esencia de esta época, ¿no constituye su más radical contradicción? Racionalidad significa la ponderación más precisa de medios y fines.

Sombart, desde luego, es entusiasta de la Edad Media. Aprecia de un modo particular los valores que, en su opinión, fueron comunes en ese tiempo. Los hombres, piensa, han desplazado desde entonces su campo de visión desde los «valores eternos a las cosas de este mundo».²² Lo cual considera negativo. Pero ¿se puede decir que, por esta razón, los medios se emplean «sin sentido»? Quizás estos

²¹ Véase Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, p. 87.

²² *Ibid.*, p. 85.

medios puedan emplearse de otro modo (no queremos examinar más a fondo esta cuestión), pero ciertamente no «sin sentido». Aunque fuera cierto que su «uso abundante y elaborado» se ha convertido en «fin en sí mismo», una ciencia neutral respecto a los juicios de valor, que comprende pero no prescribe, no estaría justificada para negar el «sentido» de este fin. Puede juzgar el empleo de los medios a la luz de su conveniencia, es decir, desde el punto de vista de su capacidad para alcanzar el fin pretendido, pero no puede formular un juicio sobre los fines mismos.

A pesar de la mejor de las intenciones, el investigador que desdeña la ayuda intelectual que los «esquemas racionales» que la teoría económica puede ofrecerle tiende demasiado a hacer valoraciones y a asumir el papel de juez.

5. *Lógica y ciencias sociales*

En la última generación, la específica lógica de las ciencias sociales ha tenido que afrontar dos tareas. Por un lado, ha tenido que mostrar la característica peculiaridad, la realizabilidad y la necesidad de la historia. Por otro lado, que no solo existe, sino también cómo puede existir una ciencia de la acción humana que aspira a un conocimiento universalmente válido. No cabe la menor duda de que mucho se ha hecho en estos dos problemas. Es claro que estas soluciones no son «finales» o «definitivas», pues en la medida en que la mente humana no deja de pensar, intentar e indagar, no habrá «fin» ni «definitividad».

Quienes defienden ideales políticos que no pueden apoyar con argumentos lógicos exigen a menudo que la reflexión en el campo de las ciencias sociales pueda derogar los principios reguladores que son necesarios a todas las demás forma de pensamiento. Es este un tema del que

la reflexión científica, que se considera ligada a estos principios lógicos, no consigue ocuparse.

Cuando, hace más de cien años, Sismondi apareció en escena contra Ricardo, declaró que la economía política no es *science de calcul*, sino una *science morale*, para la que enunció la proposición: *toute abstraction est toujours une déception*.²³ Ni Sismondi ni ninguno de los que adoptaron este cliché explicaron el secreto de cómo la ciencia podría perseguirse sin conceptos abstractos. Actualmente se nos recomienda el «concepto vivo», que tiene la capacidad de tomar un nuevo contenido, como el producto más reciente de la lógica de las ciencias sociales. En la declaración programática que presenta una nueva revista, la *Zeitschrift für geistige und politische Gestaltung*, editada por un círculo de profesores universitarios alemanes, leemos: «Los conceptos son vivos tan solo en la medida en que toman un nuevo contenido. Tomar un nuevo contenido no significa abandonar el antiguo ni romper con las fuentes que han generado el concepto. Por el contrario, al tomar un nuevo contenido, el concepto manifiesta su poder y, a través de él, el poder de su fuente, de demostrar la capacidad de superar toda amenaza de rigidez».²⁴

Es decir, empleando conceptos de contenido variable se puede argumentar de manera excelente e incluso inventar todo un sistema. Nosotros «entendemos» muy bien la necesidad que ciertos partidos políticos tienen de semejantes expedientes. Pero lo único que aquí nos importa es establecer que esta no es una necesidad del pensamiento científico dedicado al conocimiento de los fenómenos sociales,

²³ Sismondi, *Nouveaux principes d'économie politique*, París 1819, I, 288.

²⁴ Véase Paul Tillich, «Sozialismus», *Neue Blätter für Sozialismus*, 1930, I, 1.

sino la necesidad de los partidos políticos incapaces de justificar sus programas de manera lógica. Actualmente estos partidos se disputan el dominio del mundo con buenas perspectivas de éxito. Las masas los siguen, el Estado les ha entregado todas las escuelas y los intelectuales los ensalzan. Estos hechos hacen aún más necesario repetir la perogrullada de que solo hay una lógica y que todos los conceptos se distinguen por el carácter unívoco e inmutable de su contenido.

4. *Desarrollo de la teoría subjetiva del valor*

1. *La delimitación de lo «económico»*

Las investigaciones relativas a los precios monetarios de bienes y servicios constituyen el punto de partida histórico de las reflexiones que conducen al desarrollo de la teoría económica. Lo primero que abrió el camino al éxito de estas indagaciones fue la observación de que el dinero desempeña «meramente» un papel de intermediario y que a través de su interposición los bienes y servicios, en último análisis, se cambian por bienes y servicios. Este descubrimiento condujo al ulterior reconocimiento de que la teoría del cambio directo, que emplea la ficción de que todos los actos de intercambio se realizan sin la intervención de ningún otro medio, debe tener prioridad lógica sobre la teoría del dinero y del crédito, es decir, sobre la teoría del cambio indirecto, que se efectúa a través del dinero.

Otras posibilidades aún se revelaron cuando se reconoció que los actos de intercambio interpersonal no son en esencia diferentes de los que los individuos realizan en el ámbito de la propia familia sin franquear el límite para penetrar en la esfera social. Y así, toda asignación de bienes —incluso los que se encuentran en proceso de producción— es un intercambio, por lo que la ley básica de la acción económica se aplica también en la conducta de un

agricultor aislado. De este modo se echaron las bases para la primera formulación correcta y solución satisfactoria del problema de la delimitación de la acción «económica» respecto a la acción «no económica».

Este problema fue planteado previamente de dos maneras diferentes, cada una de las cuales había hecho algo más difícil la solución. La economía clásica no consiguió superar las dificultades planteadas por la aparente paradoja del valor. Construía su teoría del valor y de la formación del precio sobre la base del valor de cambio, a partir de la acción del hombre de negocios, porque no podía basar su sistema en las valoraciones de los consumidores marginales. La conducta específica del hombre de negocios tiende a conseguir el mayor beneficio monetario posible. De ahí que los economistas clásicos vieran en este fenómeno la esencia de la conducta económica y consiguientemente formularan la distinción entre acción «económica» y acción «no económica». Tan pronto como se produjo el paso a la teoría subjetiva del valor, esta distinción, en cuando contraria al pensamiento básico de todo el sistema, resultó del todo inservible y completamente absurda. Desde luego, tuvo que pasar mucho tiempo para que se reconociera como tal.

Si la distinción entre lo «económico» y lo «no económico» resultaba insostenible formulada en términos de motivaciones y de objetivos inmediatos del actor, el intento de basarla en diferencias entre los objetos de la acción no tuvo más suerte. Las cosas materiales del mundo exterior se cambian por otros —inmateriales— bienes, como el honor, la fama y el conocimiento. Si se quiere apartar estas acciones del ámbito de lo «económico», entonces surge una nueva dificultad. Muchos de los actos por los que se cambian bienes materiales sirven a una o ambas partes únicamente como medio preliminar para alcanzar satisfacciones

inmateriales. Sin embargo, todo intento de trazar aquí una distinción neta conduce a estériles discusiones escolásticas cargadas de íntimas contradicciones, tales como las que los sucesores de los economistas clásicos dedicaron a los intentos de delimitar los conceptos de «bien» y de «productividad». Pero aunque se quisiera pasar completamente por alto este problema, no podría ignorarse el hecho de que la acción humana presenta una indisoluble homogeneidad y que la acción que implica el cambio de bienes materiales o bienes inmateriales no difiere de manera significativa de la acción que implica solo bienes materiales.

De la teoría subjetiva del valor se derivan dos proposiciones que demuestran la inviabilidad de una separación precisa entre lo «económico» y lo «no económico» tal como pretendía la economía antigua. Está ante todo el reconocimiento de que el principio económico es el principio fundamental de toda acción racional, y no un caso particular de un cierto tipo de acción racional. Toda acción racional es, por tanto, un acto de economización. En segundo lugar, está el reconocimiento de que toda acción consciente, es decir significativa, es racional. Solo las metas finales —valores o fines— a las que tiende la acción están más allá de la racionalidad, y lo están siempre y sin excepción. Ya no es compatible con el subjetivismo equiparar lo «racional» y lo «irracional» con «objetivamente realizado» y «objetivamente irrealizable». Ya no es posible oponer acción «correcta» como «racional» a acción «incorrecta», es decir desviada a través de incomprensión, ignorancia o negligencia del empleo de los mejores medios posibles para alcanzar los fines anhelados. Ni se puede calificar como irracional una acción en que se toman en consideración valores tales como honor, piedad u objetivos políticos. El intento de Max Weber de separar la acción racional de otras acciones sobre la base de tales distinciones

fue el último del género. Estaba destinado necesariamente al fracaso.¹

Si toda conducta consciente es un acto de economización racional, se podrá mostrar cómo las características económicas fundamentales se hallan presentes en toda acción, incluso en la acción calificada de «no económica» en el lenguaje popular. Y, de hecho, no es difícil ver en todo actuar humano —es decir consciente— las categorías fundamentales de la cataláctica: valor, bien, intercambio, precio y coste. Todo esto no solo lo muestra la ciencia de la ética, sino que también aparece ampliamente en el uso popular cotidiano. Baste considerar, por ejemplo, cómo fuera del campo que suele considerarse propio de la ciencia se emplean términos y frases que tienen estas categorías como propia connotación.

2. La preferencia como elemento básico de la conducta humana

Toda conducta consciente de los hombres implica preferir *A* a *B*. Es un acto de elección entre dos posibilidades alternativas que se ofrecen. Solo estos actos de elección, estas decisiones interiores que actúan sobre el mundo exterior, constituyen nuestros datos. Comprendemos su significado construyendo el concepto de importancia. Si un individuo prefiere *A* a *B*, decimos que, en el momento del acto de elegir, *A* es para él más importante (más valorado, más deseable) que *B*.

También podemos decir que la necesidad de *A* es más urgente que la de *B*. Es este un modo de expresión que,

¹ Véase *supra*, pp. 129 ss.

en ciertas circunstancias, puede resultar conveniente. Pero como hipostatización de lo que debe aplicarse se convierte en fuente de malentendidos. Se olvida que la necesidad solo puede ser deducida de la acción. Por eso la idea de una acción no conforme con las necesidades, tan pronto como se intenta distinguir entre la necesidad y la acción y convertir a la necesidad en criterio de juicio de la acción, se abandona el territorio de la ciencia teórica, con su neutralidad respecto a los juicios de valor. Conviene recordar que tratamos de la teoría de la acción, no de psicología y ciertamente no de un sistema de normas que tiene la función de distinguir entre el bien y el mal, o entre valor y falta de valor. Nuestros datos son las acciones y las conductas. Podemos prescindir aquí de tomar posición sobre hasta dónde y de qué modo nuestra ciencia necesita ocuparse de lo que está detrás de ella, es decir, de las valoraciones y voliciones efectivas, pues no cabe la menor duda de que su objeto consiste en la acción y solo en ella. La acción que debería ser, pero que no es, no pertenece a su dominio.

Esto resulta más claro si consideramos la función de la cataláctica. Esta debe explicar cómo los precios de mercado surgen de la acción de las partes implicadas en el intercambio de bienes. Debe explicar los precios de mercado tal como son, no como deberían ser. Si se quiere hacer justicia a esta función, en modo alguno se podrá distinguir entre fundamentos «económicos» y «no económicos» de la determinación de los precios o limitarse a construir una teoría aplicable solo a un mundo que no existe. En el famoso ejemplo de Böhm-Bawerk sobre los cinco sacos de trigo del agricultor no se discute una graduación de corrección objetiva, sino una graduación de deseos subjetivos.

El límite que separa lo económico de lo no económico no hay que buscarlo en el ámbito de la acción racional. Coincide con la línea que separa la acción de la no-acción.

La acción tiene lugar solo cuando hay que tomar una decisión, cuando existe la necesidad de elegir entre objetivos, porque no todos los objetivos pueden alcanzarse al mismo tiempo. Los hombres actúan porque están afectados por el fluir del tiempo. Por tanto, no son indiferentes al paso del tiempo. Actúan porque no están plenamente satisfechos y saciados y porque al actuar pueden aumentar el grado de su satisfacción. Cuando estas condiciones no se dan —como en el caso de los bienes «libres», por ejemplo—, la acción no se produce.

3. *Eudemonismo y teoría del valor*

Los más lamentables malentendidos que han infestado la historia del pensamiento filosófico se refieren a los términos «placer» y «dolor». Estos malentendidos fueron llevados a la literatura de la sociología y la economía, donde también han sido perjudiciales.

Antes de la introducción de estos dos conceptos, la ética era la doctrina sobre el deber ser. Trataba de establecer los fines que el hombre tiene que alcanzar. El reconocimiento de que el hombre busca satisfacción mediante actos de comisión y de omisión abrieron el único camino capaz de conducir a la ciencia de la acción humana. Si Epicuro consideraba la *ataraxia* como el fin último de la acción, nosotros podemos ver en él, si así lo deseamos, el estado de completa satisfacción y ausencia de deseos, al que la acción humana siempre tiende, sin que nunca pueda alcanzarlo. El duro pensar materialista trata de materializarlo en visiones como el Paraíso y la Cucaña. Si, en cierto modo esta construcción puede efectivamente atribuirse a las palabras de Epicuro, no podemos asegurarlo, debido a lo poco de sus escritos que ha llegado hasta nosotros.

No hay duda de que Epicuro y su escuela tuvieron su parte de culpa en el hecho de que ambos conceptos de placer y dolor se entendieran en el sentido más estricto y crudamente materialista y de que sus ideas de hedonismo y de eudemonismo fueran mal formuladas. Y no solo mal formuladas, sino deliberadamente mal interpretadas, caricaturizadas, ridiculizadas y objeto de befa. Solo en el siglo xvii las enseñanzas de Epicuro empezaron de nuevo a ser apreciadas. Sobre las bases que él puso surgió el utilitarismo moderno, que por su parte no tardó en sufrir las mismas falsas interpretaciones de sus adversarios que ya afrontaran sus antiguos predecesores. El hedonismo, el eudemonismo y el utilitarismo fueron condenados y declarados fuera de la ley, y todo aquel que quiso evitar el riesgo de enemistarse con todo el mundo tuvo que evitar escrupulosamente la sospecha de tender hacia esas doctrinas heréticas. Hay que tener esto presente si se quiere comprender por qué muchos economistas se han esforzado en negar toda conexión entre sus enseñanzas y las del utilitarismo.

También Böhm-Bawerk pensó que tenía que defenderse de la acusación de hedonismo. El núcleo de esta defensa se aprecia ya en su primera exposición de la teoría del valor, donde expresamente precisa que emplea el término bienestar «en su sentido más amplio, y que esto no se aplica solo al interés propio de las personas, sino a todo lo que a sus ojos aparece como algo a conseguir».² Böhm-Bawerk no se percató de que, al decir esto, adopta la misma visión puramente formal del carácter de los conceptos básicos del eudemonismo: placer y dolor —tratándolos como indiferentes al contenido— el mismo punto de vista que mantienen todos los utilitaristas anteriores. Baste comparar las

² Véase Eugen von Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, parte II, vol. 1, p. 236, nota.

palabras de Böhm-Bawerk con las de Jacobi: «Originariamente, queremos o deseamos un objeto no porque sea agradable o bueno, sino que nosotros lo llamamos agradable o bueno porque lo queremos o deseamos; y hacemos esto porque la naturaleza sensual o supersensual así lo exige. No hay, pues, ninguna base para reconocer lo que es bueno y merece la pena ser deseado al margen de la facultad de desear, es decir, al margen de la voluntad y del deseo originario».³

No es necesario subrayar el hecho de que toda ética, no importa cuánto pueda parecer al principio opuesta al eudemonismo, debe también en cierto modo pasar de contrabando la idea de felicidad en su sistema. Como ha demostrado Böhm-Bawerk, lo mismo ocurre con la economía «ética».⁴ El que los conceptos de placer y dolor no contengan referencia al contenido de aquello a que aspiran los actores no debería ciertamente dar lugar a equívocos.

Establecido esto, desaparece el fundamento de todas las objeciones formuladas por la economía «ética» y sus correspondientes escuelas. Puede haber quienes aspiren a fines diferentes de los hombres que conocemos, pero en la medida en que son hombres —es decir, mientras no se limiten a pastar como los animales o a vegetar como las plantas, sino que actúan porque quieren alcanzar objetivos— deberán siempre necesariamente estar sometidos a la lógica de la acción, cuya investigación es el objeto de nuestra ciencia. En este sentido, esta ciencia es universalmente humana, sin que esté limitada por la nacionalidad, ligada a un tiempo particular, o dependa de una clase social cualquiera.

³ Según Fr. A. Schmid, citado por Jodl, *Geschichte der Ethik*, 2.^a ed., II, 661.

⁴ Véase el comentario de Böhm-Bawerk sobre Schmoller, *Kapital und Kapitalzins*, p. 239, nota; sobre Vierkandt, véase *supra*, p. 98.

En tal sentido, es lógicamente anterior a toda investigación histórica o descriptiva.

4. *Economía y psicología*

La expresión «Escuela psicológica» se emplea frecuentemente para designar la moderna escuela subjetivista. A veces, la diferencia de método existente entre la Escuela de Lausana y la Escuela austriaca se destaca atribuyendo a esta última el método «psicológico». No sorprende que semejante costumbre verbal haya dado origen la idea de considerar la economía como una rama de la psicología o de la psicología aplicada. Actualmente, ni estos malentendidos ni su empleo en la lucha desatada contra la Escuela austriaca tienen más interés que el puramente histórico y literario.

En todo caso, la relación de la economía con la psicología sigue siendo problemática, y la posición de la ley formulada por Gossen sobre la satisfacción de las necesidades precisa de una ulterior y más precisa aclaración.

Tal vez sea útil considerar ante todo la ruta que se ha seguido para llegar al tratamiento moderno del problema de la formación de los precios. Se podría así asignar tal vez mejor a la primera ley de Gossen su posición en el sistema, que sin duda es distinta de la que ocupó cuando fue originariamente formulada.

Los primeros intentos de indagar las leyes de la formación de los precios fracasaron por causa del principio universalista que se aceptaba bajo la influencia dominante del realismo conceptual. Es claro que no hay que subestimar la importancia del pensamiento nominalista en la antigüedad, en la Edad Media y al comienzo de la edad moderna. Pero no hay duda de que casi todos los intentos de comprender los fenómenos sociales se hicieron al principio

sobre la base del principio universalista. Y sobre esta base no podían menos de fracasar irremediablemente. Todo el que quería explicar los precios veía, por una parte, la humanidad, el estado y las asociaciones sociales, y, por otra, diversas clases de bienes por aquí y dinero por allí. Hubo también intentos nominalistas de resolver estos problemas, y a ellos debemos los comienzos de la teoría subjetivista del valor; pero fueron repetidamente sofocados por el prestigio del realismo conceptual dominante.

Solo la desintegración de la mentalidad universalista, producida por el individualismo metodológico de los siglos xvii y xviii, despejó el camino para el desarrollo de la cataláctica científica. Se había constatado que en el mercado no son la humanidad, el estado o las organizaciones sociales las que actúan, sino individuos concretos y grupos de individuos, y que sus valoraciones y sus acciones son las decisivas, no las de colectividades abstractas. Para reconocer la relación entre valoración y valor de uso y superar así la paradoja del valor, hay que reconocer que en el intercambio no intervienen clases de bienes, sino unidades concretas. Este descubrimiento representó toda una revolución copernicana en la ciencia social. Pero se precisaron más de otros cien años para dar el paso decisivo. No es mucho tiempo si se considera la cuestión en la perspectiva de la historia universal y si se aprecian adecuadamente las dificultades encontradas; pero en la historia de nuestra ciencia precisamente este periodo adquirió especial importancia, ya que fue durante este tiempo cuando se elaboró la maravillosa estructura del sistema de Ricardo. A pesar del serio malentendido sobre el que se construyó, fue tan fructuoso que con razón se le aplica la denominación de «clásico».

El paso que conduce de la economía clásica a la moderna consiste en el reconocimiento de que las clases de bienes en abstracto no son nunca intercambiadas y valoradas,

sino siempre únicamente concretas unidades de una clase de bienes. Si quiero comprar o vender *una* hogaza de pan, no debo tomar en consideración el hecho de que el pan es bueno para la humanidad, o cuánto vale todo el pan disponible, o cuánto valen 10.000 hogazas de pan, sino solo el valor de la *única* hogaza en cuestión. Este reconocimiento no es una deducción de la primera ley de Gossen, sino que se obtiene a través de la reflexión sobre la esencia de nuestra acción; o, dicho de otro modo, la experiencia de nuestra acción hace imposible cualquier otra suposición.

La ley de la satisfacción de nuestras necesidades la derivamos de esta proposición y del ulterior reconocimiento, que se obtiene reflexionando sobre el hecho de que, en nuestras escalas de importancia, ordenamos las unidades individuales de los bienes, no según las clases de bienes a las que pertenecen, o las clases de necesidades que satisfacen, sino de acuerdo con la concreta aparición de las necesidades; es decir, antes de satisfacer plenamente una clase de necesidades individuales, procedemos a satisfacer necesidades individuales de otras clases, que no satisfaceríamos si las necesidades de la primera clase no hubieran sido antes en parte satisfechas.

Por tanto, desde nuestro punto de vista, la ley de Gossen nada tiene que ver con la psicología. La economía la deduce de reflexiones que no son de naturaleza psicológica. La ley psicológica de la satisfacción es independiente de nuestra ley, aunque por supuesto está en armonía con ella, ya que ambas se refieren al mismo estado de cosas. Lo que distingue a ambas es la diferencia de método con que ambas se abordan. La psicología y la economía se diferencian por el método con que consideran al hombre.

Bentham, que puede considerarse como uno de los mayores teóricos de la ciencia social y que en la economía de su tiempo ocupó un lugar distinguido, llegó ciertamente a

nuestra ley a través de la psicología, pero en modo alguno fue capaz de aplicarla a la economía; en la propia exposición de Gossen aparecía ya una ley psicológica, sobre la que se construiría la teoría económica. Pero estos hechos no invalidan la distinción que hemos trazado entre las leyes de la economía y las de la psicología. El gran intelecto de Bentham no sirvió solo a una ciencia. No sabemos cómo Gossen llegó a su conclusión, pero esto es indiferente en lo que respecta a la respuesta que haya de darse a nuestra cuestión. La indagación sobre el modo en que esta o aquella verdad fue descubierta solo es importante para la historia, no para la ciencia teórica. Es evidente que el lugar que entonces Gossen asignó a la ley en su sistema no puede tener para nosotros un valor indiscutible. Y es sabido que Menger, Jevons y Walras no llegaron a la solución de la paradoja del valor a través de la ley de Gossen.

5. *Economía y tecnología*

El sistema de teoría económica es independiente de todas las demás ciencias al igual que lo es de la psicología, lo cual también puede aplicarse a su relación con la tecnología. A título de ejemplo, así lo demostraremos en el caso de la ley de los rendimientos.

Tampoco esta ley tuvo su origen en la tecnología sino en la reflexión sobre teoría económica. Así se interpretó el hecho de que el agricultor que desea producir más amplíe el terreno cultivable, sirviéndose para ello incluso del terreno más pobre. Si la ley de los rendimientos no fuera válida, no podría explicarse cómo puede existir algo como «hambre de tierra». La tierra sería un bien libre. Las ciencias naturales, desarrollando una teoría de la agricultura, no pudieron convalidar «empíricamente», ni refutar, estas

reflexiones. La experiencia indujo a tomar como punto de partida el hecho de que la tierra cultivable es un bien económico.⁵ Es evidente que también aquí la economía y las ciencias naturales deben coincidir en alguna base común.

En definitiva, nada podía evitar que la ley de los rendimientos en el cultivo de la tierra se convirtiera en una ley general de los rendimientos. Si un bien de orden superior se trata como un bien económico, entonces la ley de los rendimientos —que aumenta los rendimientos hasta un cierto punto a partir del cual los va disminuyendo— debe ser válida para este bien.

La ley de la población es un caso particular de la ley de los rendimientos. Si el aumento del número de trabajadores aportara siempre un aumento proporcional de los rendimientos, entonces el aumento de los medios de subsistencia debería mantener el ritmo del aumento de la población.

Quien como Henry George, Franz Oppenheimer y otros, sostiene que la ley de la población carece de toda importancia práctica, supone que a todo aumento de la población por encima del punto óptimo acompañan necesariamente cambios en la tecnología y en la división social del trabajo tales que por lo menos no se produzca ninguna disminución de los rendimientos *pro capite* o incluso pueda generarse también un crecimiento de los propios rendimientos. No existe ninguna prueba de ello.

⁵ Véase Eugen von Böhm-Bawerk, *Gesammelte Schriften*, Viena 1924, I, pp. 193 ss.

6. *El cálculo monetario y la economía en «sentido estricto»*

Toda acción tiende a obtener resultados y adquiere significado solo en relación con estos. Las preferencias y las aversiones que se hallan presentes en la acción miden la importancia del resultado esperado para el bienestar del autor. Todo lo que sirve directamente al bienestar se coloca obviamente por orden de importancia, y de este modo se forma la graduación en que se sitúan en cada momento los objetivos de la acción. Hasta qué punto es posible situar en este orden los prerequisites relativamente remotos del bienestar sin recurrir a complicados procesos mentales depende de la inteligencia del individuo. Es cierto en todo caso que, incluso para la persona mejor dotada, la dificultad de sopesar los medios y los fines resulta insuperable apenas se sobrepasan los más sencillos procesos de producción, que requieren tan solo un breve periodo de tiempo y pocos pasos intermedios. La producción capitalista —en el sentido de Böhm-Bawerk, no en el de los marxistas— exige sobre todo el instrumento del cálculo económico, a través del cual pueden compararse los costes de los bienes y del trabajo de diferentes clases. Quienes actúan deben poder reconocer el camino que conduce al objetivo marcado con el menor derroche de medios. Tal es la función del cálculo monetario.

El dinero —es decir el medio de cambio que se usa generalmente— es pues el prerequisite mental indispensable de toda acción orientada a la realización de procesos productivos de largo alcance. Sin la ayuda del cálculo monetario, de la contabilidad y del cálculo de beneficios y de pérdidas en términos monetarios, la tecnología tendría que limitarse a los métodos más simples y por tanto menos productivos. Si hoy el cálculo económico desapareciera nuevamente de la producción —como resultado, por ejemplo, de

la plena implantación de la socialización— toda la estructura de la producción capitalista se transformaría rápidamente en un caos desolado, del que no habría otra vía de salida que el retorno a la condición económica de las culturas más primitivas, y como los precios monetarios de los precios de producción solo pueden determinarse en un orden social en que estos son de propiedad privada, la consecuencia lógica sería necesariamente la inviabilidad del socialismo.

Desde el punto de vista tanto de la política como de la historia, esta prueba es ciertamente el descubrimiento más importante realizado por la teoría económica. Su significado práctico nunca podrá exagerarse. Por sí solo nos proporciona la base para formular el juicio político definitivo sobre todas las formas de socialismo, comunismo y economías planificadas. Y por sí solo permitirá a los futuros historiadores comprender por qué la victoria del movimiento socialista condujo a la realización del proyectado orden socialista. Aquí no vamos a ocuparnos más a fondo de la cuestión: nos limitaremos a considerar el problema del cálculo monetario en otro aspecto, a saber, en su importancia para la distinción de la acción entre «económica en sentido estricto» y otros tipos de acción.

Lo característico del instrumento mental que ofrece el cálculo monetario es que a él se debe el que las esferas en que se emplea nos parezcan como una provincia especial del más amplio campo de la acción. En la acepción cotidiana y popular, la esfera de la economía se extiende tanto como sean posibles los cálculos monetarios. Ir más allá equivale a penetrar en el que se considera territorio de la no economía. Pero no podemos abandonarnos a esta costumbre, que trata la acción económica y la no económica como si fueran heterogéneas. Ya hemos visto que una tal separación induce a engaño. Y el hecho mismo de que consideremos el cálculo económico en términos monetarios como el más importante

e indispensable instrumento para la producción en gran escala hace que la separación terminológica entre ambos aspectos nos parezca un expediente. A la luz de las observaciones anteriores, debemos rechazar los términos «económico» y «no económico» o «ineconómico», y solo podemos aceptar los términos «económico en sentido estricto» y «económico en sentido amplio», siempre que se quiera interpretarlos como indicativos de una diferencia en el ámbito de la acción racional y económica.

(Podemos afirmar de pasada que el cálculo monetario no es una «función» del dinero, así como la navegación astronómica no es una «función» de las estrellas.)

El cálculo económico es tanto cálculo de futuras posibilidades tomadas como base para las decisiones que guían la acción, como la comprobación subsiguiente de los resultados, es decir el cálculo de pérdidas y beneficios. Desde ningún punto de vista puede considerársele «perfecto». Una de las tareas del cambio indirecto (la teoría del dinero y del crédito) consiste precisamente en mostrar la imperfección (o, más correctamente, los límites) de lo que este método puede hacer. Sin embargo, es el único método viable en una sociedad basada en la división del trabajo cuando se desea comparar las entradas y salidas de sus procesos de producción. Todos los intentos de los defensores del socialismo de inventar un esquema de «cálculo económico socialista» están destinados a un inevitable fracaso.

7. Las relaciones de cambio y los límites del cálculo monetario

Los precios monetarios de los bienes y servicios que nosotros podemos averiguar son las relaciones en que estos bienes y servicios fueron intercambiados por dinero en un

determinado momento de un tiempo relativamente reciente o remoto. Estas relaciones pertenecen siempre al pasado, pertenecen siempre a la historia. Corresponden a una situación del mercado que no es la del mercado actual.

El cálculo económico permite utilizar una cierta cantidad de precios del mercado porque, por lo general, no cambian tan rápidamente que alteren de forma esencial el cálculo. Además, ciertas desviaciones y ciertos cambios pueden apreciarse con tal aproximación a lo que efectivamente sucederá que la acción —o la «práctica»— puede desenvolverse bastante bien con el cálculo económico, a pesar de sus deficiencias.

Nunca podría destacarse lo suficiente que esta práctica es siempre la práctica del sujeto agente que quiere descubrir el resultado de su particular acción (mientras no vaya más allá de la economía en sentido estricto). Lo cual sucede siempre en el ámbito del modelo de un orden social basado en la propiedad privada de los medios de producción. Es el cálculo de rentabilidad del empresario, y nunca podrá ser otra cosa.

Es, pues, absurdo querer aplicar los elementos de este cálculo a problemas distintos de los que afronta el actor individual. No se pueden extender a las *res extra commercium*. No se puede intentar por medio de ellos incluir más que la esfera de la economía en sentido estricto. Si embargo, esto es precisamente lo que intentan quienes se esfuerzan en determinar el valor monetario de la vida humana, de las instituciones sociales, de la riqueza nacional, de los ideales culturales y cosas por el estilo. Y es también el objetivo de quienes emprenden indagaciones altamente sofisticadas para establecer cómo las relaciones de cambio del pasado relativamente reciente, por no hablar del remoto, pueden expresarse en los términos de «nuestra moneda».

No es menos absurdo recurrir al cálculo económico para comparar la productividad con la rentabilidad de la acción.

Al comparar la rentabilidad y la productividad de la acción se compara el resultado tal como aparece al agente en el orden social del capitalismo con el resultado tal como aparecería al director central de una imaginaria comunidad socialista (damos por supuesto que aquí en absoluto podemos realizar tales cálculos).

Pero el colmo de la confusión conceptual se alcanza cuando se intenta emplear el cálculo para resolver el problema de la llamada «maximización social del beneficio». Aquí la conexión con el cálculo individual de rentabilidad se abandona intencionadamente para poder ir más allá del individualismo y del «atomismo» y llegar a los descubrimientos sociales, y tampoco se consigue poder ver que el sistema de cálculo está inseparablemente ligado al cálculo de la rentabilidad individual.

El cálculo monetario no es el cálculo, y ciertamente no es la medida, del valor. Su base es la comparación entre lo más importante y lo menos. Es crear un orden según el rango, un acto de gradación (Cuhel) y no un acto de medición. Fue un error buscar la medida del valor de los bienes. En último análisis, el cálculo económico no se basa en la medida de los valores sino en su colocación en una gradación.

8. *Los cambios de los datos*

La teoría universalmente válida de la acción económica es necesariamente formal. Su contenido material consiste en los datos de las circunstancias humanas que evocan la acción en el caso individual: los fines a que tienden los hombres y los medios con que tratan de alcanzarlos.⁶

⁶ Véanse las fructuosas investigaciones de Richard von Strigl, *Die ökonomischen Kategorien und die Organisation der Wirtschaft*, Jena 1923.

La posición de equilibrio del mercado corresponde a la específica configuración de los datos. Si los datos cambian, cambia también la posición de equilibrio. Nosotros percibimos los efectos de los cambios en los datos por medio de nuestra teoría. Con su ayuda también podemos predecir la cualidad —o, más bien, la dirección— de los cambios que, *ceteris paribus*, seguirán a precisos cambios en los datos. Sin embargo, ni siquiera el más amplio conocimiento de estos últimos nos permite predeterminar de forma cuantitativa cuáles serán los cambios que se seguirán, pues para influir en la acción los hechos deben traducirse en voluntad que mueve a los hombres desde dentro. Nada conocemos acerca de este proceso. Ni siquiera el materialismo, que declara haber resuelto el problema de la relación entre lo físico y lo psíquico a través de la famosa y simple fórmula según la cual la actividad de pensamiento está con el cerebro en la misma relación en que está la bilis con la vejiga, se ha empeñado en establecer una relación constante entre precisos acontecimientos externos distinguibles cuantitativa y cualitativamente y los pensamientos y la voluntad.

Todos los intentos que se han hecho y siguen haciéndose para construir una teoría cuantitativa de la cataláctica están por tanto destinados al fracaso. Todo lo que puede hacerse en este campo es historia económica. Nunca se puede ir más allá de lo único e irrepetible; nada hay que pueda adquirir validez universal.⁷

⁷ Esto también puede aplicarse, por ejemplo, a los intentos de Henry L. Moore, en particular *Synthetic Economics*, Nueva York 1929. Véase la crítica por parte de Ricci, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, I, pp. 694 ss.

9. *El papel del tiempo en la economía*

La economía clásica distingue tres factores de producción: tierra, trabajo y capital. Como el capital puede descomponerse en tierra y trabajo, quedan dos factores: trabajo y las «condiciones de bienestar», proporcionadas por la naturaleza. Solo estos, si prescindimos de los bienes de consumo, son los objetos de la economización, tal como se desprende de la más vieja literatura.

Los economistas clásicos, que centraban su atención sobre todo en el comportamiento del hombre de negocios, no podían darse cuenta de que también el tiempo es algo que se economiza. El cómputo del «tiempo» no aparece en los libros del hombre de negocios. Ningún precio se paga por él en los mercados. Y el que a pesar de todo se tome en consideración en todo intercambio no puede constatarse desde el punto de vista de la teoría objetivista del valor ni se puede llegar a este reconocimiento reflexionando sobre la regla popular contenida en la expresión «el tiempo es oro». Fue uno de los mayores logros obtenidos por Jevons y Böhm-Bawerk haber asignado al elemento tiempo, prolongando el trabajo de Bentham y de Rae, el lugar adecuado en el sistema de la teoría económica.

Los economistas clásicos no reconocieron la importancia esencial del tiempo, que manifiesta su efecto, directa o indirectamente, en todo cambio. No vieron que la acción distingue siempre entre el presente y el futuro —entre bienes presentes y bienes futuros—. Y, sin embargo, la diferencia temporal es importante para la economía también en otro aspecto, ya que los cambios en los datos pueden manifestar su efecto después de cierto lapso de tiempo, y tiene que pasar un periodo de tiempo, más o menos largo, para que el nuevo estado de equilibrio, en consonancia con la entrada en juego del nuevo dato, pueda alcanzarse.

El precio estático o natural, como lo llamaron los economistas clásicos, no se alcanza inmediatamente, sino una vez que ha pasado algún tiempo. Mientras tanto se producen algunas desviaciones que dan lugar a especiales beneficios y pérdidas, algo cuya importancia los economistas clásicos y sus epígonos no solo no dejaron de reconocer, sino que, por el contrario, a veces lo sobrevaloraron. También la teoría moderna les ha prestado especial atención. Esto se aplica sobre todo a la teoría del cambio indirecto. En este hecho se basan enteramente la teoría del cambio en el poder adquisitivo del dinero y las consecuencias que la acompañan. No hace mucho, en un espíritu de notable escurpulosidad terminológica y escolástica, se realizó un intento de negar su denominación habitual a la teoría de la circulación del crédito del ciclo económico, es decir, la teoría monetaria de las crisis, basándose en que se halla construida sobre la base de un «desfase temporal» (*time lag*).⁸

Como se ha dicho, la teoría económica no ha conseguido apreciar la importancia del hecho de que un periodo de tiempo más corto o más largo tiene que preceder hasta que el equilibrio del mercado, una vez que este ha sido roto por la aparición de nuevos datos, pueda ser restablecido. Esta afirmación nunca se habría hecho si, por motivos políticos, no se hubiera intentado repetidamente complicar la discusión de las cuestiones económicas con irrelevantes objeciones. Los defensores del intervencionismo han tratado a menudo de rebatir los argumentos de los críticos de su política —argumentos basados en las irrefutables deducciones de la economía— con el supuesto hecho de que las

⁸ Véase Fritz Adolph Burchardt, «Entwicklungsgeschichte der monetären Konjunkturtheorie», *Weltwirtschaftliches Archiv*, XXVIII, 140; Löwe, «Über den Einfluss monetärer Faktoren auf den Konjunkturzyklus», *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, CLXXIII, 362.

proposiciones de la teoría económica son válidas para el largo plazo. Por tanto, se sostenía, no se puede concluir que las medidas intervencionistas carecen de sentido y son inoportunas. No podemos analizar el fundamento de esta tesis en la disputa sobre el intervencionismo. Baste aquí observar que la doctrina liberal ofrece una demostración directa, y no meramente indirecta, de la falta de sentido y de la inoportunidad del intervencionismo, y que sus argumentos pueden refutarse simplemente mostrando que las medidas intervencionistas producen de hecho efectos contrarios a las intenciones de quienes recurren a él.

10. «Resistencias»

El economista tiende a menudo a considerar la mecánica como modelo de su propio trabajo. En lugar de tratar los problemas planteados por su ciencia con los medios adecuados a ella, busca una metáfora en la mecánica y la pone en lugar de la solución. Surge así la idea de que las leyes de la cataláctica son verdaderas solo idealmente, es decir, en el supuesto de que los hombres actúan en el vacío, por decirlo así. Pero, por supuesto, en la vida real las cosas suceden de una manera completamente diferente. Aquí hay «resistencias de fricción» de todo tipo que son responsables de que el resultado de nuestra acción sea diferente de lo que las leyes nos inducen a esperar. Desde el principio, no se ha encontrado una manera de medir con exactitud estas resistencias o, por lo menos, de comprenderlas cualitativamente. Debemos, pues, resignarnos a admitir que la economía tiene escaso valor para el conocimiento de las relaciones sociales y para la práctica real. Y, por supuesto, sobre este punto han estado de acuerdo todos los que rechazan la ciencia económica por razones políticas

o parecidas, todos los estatistas, los socialistas y los intervencionistas.

Una vez que se abandona la distinción entre acción económica y acción no-económica, no es difícil ver que en todos los casos de «resistencia» son los datos concretos de la actividad económica los que intervienen, datos que la teoría explica plenamente.

Por ejemplo, de nuestra teoría deducimos que, cuando el precio de una mercancía sube, su producción subirá también. Sin embargo, si la expansión de la producción precisa de nuevas inversiones de capital que requieren un tiempo considerable, deberá transcurrir un cierto periodo de tiempo antes de que la subida del precio vaya acompañada por un aumento de la oferta. Y si la nueva inversión necesaria para ampliar la producción tuviera que exigir la conversión de bienes de capital ya empleados en otro sector y si semejante conversión fuera del todo imposible o posible solo a costa de fuertes pérdidas, al tiempo que se piensa que el precio de la mercancía en cuestión no tardará en volver al nivel anterior, entonces la expansión de la producción no se producirá. En todo el proceso no hay nada que la teoría no pueda inmediatamente explicar.

Por tanto, es también erróneo afirmar que las proposiciones de la teoría resultan verdaderas solo en el caso de una competencia perfecta. Al contrario, se puede más bien afirmar que la moderna teoría de la determinación de los precios ha prestado incluso demasiada atención al problema de los precios de monopolio. Es ciertamente razonable que las proposiciones de la teoría afronten primero el caso más simple. No es, pues, una crítica legítima de la teoría económica sostener que, en la investigación de los precios competitivos, parta generalmente de la hipótesis de que todos los bienes son indefinidamente divisibles, que ningún obstáculo se interpone a la movilidad del capital y del

trabajo, que no se cometen errores, etc. Abandonar una tras otra estas hipótesis elementales no presenta dificultad alguna.

Es cierto que los economistas clásicos dedujeron de su reflexión sobre los problemas de la cataláctica que, en lo que respecta a la política económica práctica, todos los obstáculos que el intervencionismo pone en el camino de la competencia no solo disminuye la cantidad y el valor de la producción total, sino que no conducen a los objetivos que se pretende alcanzar con semejantes medidas. Las investigaciones que la economía moderna ha dedicado a este problema llevan a la misma conclusión. El hecho de que el político tenga que deducir de las enseñanzas de la teoría económica la conclusión de que no deben ponerse obstáculos a la competencia, a menos que se tenga la intención de rebajar la productividad, no significa que la teoría no sea capaz de hacer frente a una economía «encadenada» y a las «resistencias de fricción».

11. *Costes*

Por costes la economía clásica entendía una cantidad de bienes y trabajo. Desde el punto de vista de la teoría moderna, el coste representa la importancia de la próxima necesidad más urgente que ahora no puede ser satisfecha. Este concepto de coste se expresa claramente fuera de la órbita de lo económico en sentido estricto y se aprecia, por ejemplo, en una afirmación como la siguiente: el trabajo empleado en la preparación del examen me ha *costado* (es decir me ha impedido) el viaje a Italia. Si no hubiera tenido que estudiar para preparar ese examen, habría hecho ese viaje.

Solo si se emplea este concepto de coste, se puede comprender la importancia que se atribuye a la rentabilidad.

El hecho de que la producción cese cuando deja de ser rentable significa que tiene lugar solo cuando los bienes de un orden superior y el trabajo necesario para producir un bien no se requieren ya urgentemente para producir otros bienes. Esta observación demuestra lo injustificada que es la opinión popular cuando se opone a la limitación de la producción de proyectos rentables sin tener en cuenta que existen otras actividades que, si se mantuvieran más allá del punto de rentabilidad, deberían cesar.

La misma observación nos muestra la inconsistencia de la afirmación, repetida con frecuencia, de que la teoría subjetivista del valor explicaría solo el aspecto privado de la formación de los precios, pero no las implicaciones económicas para la sociedad. Más bien, se podría invertir la objeción y afirmar que quien atribuye la determinación de los precios solo a los costes de producción va más allá del modo de ver del hombre de negocios individual o productor. Solo la reducción del concepto de coste a su última base, como hace la teoría de la utilidad marginal, pone totalmente de manifiesto el aspecto social de la acción económica.

En el ámbito de la economía moderna, la Escuela austriaca ha demostrado su superioridad sobre la Escuela de Lausana y escuelas relacionadas con esta, partidarias de las formulaciones matemáticas, porque ha sabido ilustrar la relación entre valor y coste, evitando al mismo tiempo el concepto de función, que en nuestra ciencia es engañoso. A la Escuela austriaca hay que reconocerle también el que no se haya detenido en el concepto de coste, sino que, por el contrario, ha proseguido sus indagaciones remontándose del concepto mismo de coste a los juicios individuales de valor.

Cuando se ha entendido correctamente el lugar que ocupa el concepto de coste en el ámbito de la ciencia económica, es fácil constatar que la economía muestra una

continuidad de desarrollo no menos evidente que la que ostenta la historia de las demás ciencias. La afirmación popular de que hay varias escuelas de economía cuyas teorías nada tienen en común y que cada economista tiene que comenzar destruyendo la obra de sus predecesores para construir sobre sus ruinas su propia teoría no es más verdadera que la otra leyenda que los defensores del historicismo, el socialismo y el intervencionismo han difundido acerca de la economía. De hecho, hay una evidente línea que lleva desde el sistema de economía clásica a la economía subjetivista actual. Esta está construida no sobre las ruinas, sino sobre las bases del sistema clásico. La economía moderna ha tomado de su predecesora lo mejor de lo que esta tenía que ofrecer. Sin la labor realizada por la economía clásica, no habría sido posible avanzar hacia las conquistas de la economía moderna. Ciertamente, las propias incertidumbres de la escuela objetivista han conducido necesariamente a las soluciones que ofrece el subjetivismo. Ninguna obra dedicada a este problema ha sido en vano. Todo lo que a los que han venido después les parece un callejón sin salida, o al menos un giro equivocado en el camino hacia la solución, era necesario para agotar todas las posibilidades y explorar hasta la conclusión lógica toda hipótesis conexas con los problemas discutidos.

5. *Observaciones sobre el fundamental problema de la teoría subjetiva del valor*

El presente ensayo no pretende ser original. Nada aporta que no esté ya contenido, al menos implícitamente, en escritos de los fundadores de la teoría moderna y explícitamente en obras de los teóricos actuales y en mis propios escritos. Sin embargo, pienso que lo que aquí voy a exponer debe ser aún repetido y precisamente en esta forma a fin de acabar con los serios malentendidos que todavía se repiten en la teoría económica moderna.

Lo que especialmente conviene destacar es que, más que cualesquiera otros, Menger y Böhm-Bawerk fueron responsables de estos malentendidos de la teoría y ambos fueron a su vez incomprendidos. En los escritos de Menger y de Böhm-Bawerk no faltan proposiciones y conceptos tomados de la teoría objetivista del valor y por tanto totalmente incompatibles con el subjetivismo de la escuela moderna. El problema surge no tanto de las imperfecciones de la teoría, pues no puede haber dudas sobre las ideas fundamentales de su sistema, cuanto de los defectos estilísticos relacionados con su exposición, que obviamente en nada afectan a la construcción teórica y solo tienen que ver con la forma en que son expuestas. No fue difícil para quienes vinieron después encontrar la forma justa y presentar las ideas de los maestros en un desarrollo lógico. En todo caso, hay que

reconocer que no todos pueden evitar fácilmente esos errores. Muchos de los que quieren estudiar el sistema, pero que no son economistas profesionales y que tienen en cuenta solo los trabajos de los maestros, o que consideran la economía subjetivista solo desde el punto de vista sectario de sus opositores, no pueden menos de caer en el error.

I

La teoría subjetivista del valor sitúa las relaciones de intercambio que tienen lugar en el mercado en las valoraciones subjetivas de los bienes económicos por parte de los consumidores. Para la cataláctica, la última causa relevante de las relaciones de intercambio del mercado es el hecho de que el individuo, en el acto de intercambio, prefiere una determinada cantidad del bien A a otra definida cantidad del bien B. Los motivos que pueda tener para actuar precisamente así y no de otra manera —por ejemplo, los motivos de que alguien compre pan y no leche, en un determinado momento— carecen absolutamente de importancia para la determinación de los precios de mercado. Lo único decisivo es que ambas partes contratantes están dispuestas a pagar o aceptar un determinado precio por el pan y otro precio por la leche. Como consumidores, los individuos, en un determinado momento, valoran los bienes en una cierta medida, y no en más o en menos, debido a la intervención de las causas sociales y naturales que determinan su vida. La investigación de estos factores determinantes es tarea de otras ciencias, no de la economía. La economía, ciencia de la cataláctica, no se ocupa de esos factores y, desde su punto de vista, no puede ocuparse de ellos. La psicología, la fisiología, la historia cultural y muchas otras disciplinas pueden interesarse en investigar por qué a los

hombres les gusta ingerir alcohol; para la cataláctica, lo único que importa es que existe una demanda de bebidas alcohólicas de un determinado volumen y gradación. Una persona puede comprar las obras de Kant por su sed de conocimiento o por snobismo. Para el mercado, la motivación de la acción del comprador es indiferente. Lo único que cuenta es que esté dispuesto a gastar una determinada cantidad de dinero.

Este y ningún otro es el elemento esencial de la teoría económica de las necesidades. Solo el desarrollo histórico de la economía como ciencia puede explicar por qué el significado de esta teoría pudo ser tan erróneamente entendido que muchos han pretendido ponerlo enteramente bajo el dominio de la psicología y separarlo por completo de la cataláctica, y otros incluso llegan a considerarla como una teoría materialista del valor y de la utilidad. El gran problema del que la teoría se ocupó inicialmente desde su fundación en el siglo XVIII es el de establecer una relación entre el bienestar humano y la valoración de los objetos de la acción económica por los individuos que en ella intervienen. La vieja teoría no reconocía que la acción económica, desarrollada en un orden social basado en la propiedad privada, no es nunca una acción de la totalidad de la humanidad, sino siempre la acción de individuos concretos que en general tienden a disponer no de toda la oferta de una mercancía, sino de una determinada cantidad. De ahí la paradoja del valor, que la anterior teoría fue incapaz de resolver. Por consiguiente, al tratar del problema del valor y de la determinación de los precios, tomó una dirección equivocada, enredándose cada vez más en un cenagal de teoremas insostenibles y acabando finalmente en un completo fracaso.

El gran servicio que la economía moderna ha prestado consiste en resolver la paradoja del valor mediante la

constatación de que la acción económica se dirige siempre a la utilización de determinadas cantidades de un bien. «Si tengo que comprar un caballo —escribe Böhm-Bawerk—, no se me ocurrirá formarme una idea sobre cuánto valdrán para mí cien caballos o todos los caballos del mundo, para luego formalizar mi oferta; ciertamente formularé un juicio de valor para un solo caballo, y así, en virtud de un impulso interior, formulamos siempre exactamente aquellos juicios de valor que requiere la situación concreta».¹

La acción económica está siempre de acuerdo únicamente con la importancia que el agente atribuye a las cantidades limitadas entre las que directamente tiene que elegir. No se refiere a la importancia que la oferta total a su disposición tiene para él ni al juicio totalmente inviable del filósofo social relativo a la importancia de la oferta total para la humanidad. El reconocimiento de este hecho constituye la esencia de la teoría moderna, al margen de toda consideración psicológica y ética y en plena consonancia con la ley de la satisfacción de las necesidades y el descenso de la utilidad marginal de la unidad en una oferta creciente. Toda la atención se centra en esta ley, considerada erróneamente como la principal y básica ley de la nueva teoría, que a menudo se ha denominado teoría de la utilidad marginal decreciente, en lugar de teoría de la escuela subjetivista, que habría sido más apropiado y habría evitado más de un malentendido.

¹ Véase von Böhm-Bawerk, «Grünzüge der Theorie des wirtschaftlichen Güterwerts», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, Nueva Serie XIII, 16; también Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, Innsbruck 1909, Part. II, p. 228.

El hecho de que la economía moderna parta de valoraciones subjetivas de los actores sociales y de que la acción de estos se rija por estas valoraciones y por cualquier tipo de escala de valores objetivamente «correcta» lo conoce todo el que esté familiarizado, aunque sea en grado mínimo, con la cataláctica moderna, o haya reflexionado un poco sobre los términos «oferta» y «demanda». Merece la pena gastar una palabra más en ello. Lo que con frecuencia atacan los autores que se oponen a la economía subjetiva —por ejemplo, recientemente, Diehl—² es fruto de un malentendido tan craso de la teoría en su conjunto que podemos ignorarlo sin ulterior discusión. La economía moderna no puede caracterizarse mejor que por la expresión «valor subjetivo de uso». La explicación que la nueva teoría da de los fenómenos del mercado no se basa en ninguna «escala de necesidades construida sobre principios racionales», como sostiene Diehl.³ La escala de necesidades o de valores, de que habla la teoría, no es algo «construido». La deducimos de la acción de los individuos o también —y aquí no entramos en si ello es o no posible— de sus declaraciones acerca de cómo actuaría en determinadas condiciones.

Diehl, obviamente, considera absurdo deducir de «deseos, esperanzas, etc., de la fantasía» una explicación, y piensa que en este caso el valor se determinaría por los «caprichos subjetivos de cada individuo», por lo que la teoría de la utilidad marginal carecería de todo sentido.⁴ Diehl ha sido

² Véase Worner Diehl, *Theoretische Nationalökonomie*, Jena 1916, I, 287; Jena 1927, III, 82-87. Contra esto véanse mis ensayos en *Archiv für Geschichte des Sozialismus*, X, pp. 93 ss.

³ Diehl, *Theoretische Nationalökonomie*, III, p. 85.

⁴ *Ibid.*

aquí inducido a error por la frecuentemente lamentada ambigüedad del término «valor», cuyo significado para la cataláctica no hay que confundir con el valor «absoluto» de la ética. No cabe la menor duda de que los precios de mercado, cuya formación se trata de explicar, están realmente influidos por deseos de la fantasía y caprichosos exactamente de la misma forma que por motivos que Diehl considera racionales. Diehl ciertamente no puede explicar, sin referirse a los deseos y caprichos de la fantasía, la formación de los precios de los bienes que fluctúan en respuesta a los cambios de la moda. La cataláctica tiene la función de explicar la formación de las relaciones de cambio de los bienes económicos que se observan realmente en el mercado, y no los que se producirían si todos los hombres actuaran de un modo que algunos críticos consideran racional.

Todo esto es tan claro que, como hemos dicho, no cabe la menor duda sobre ello. No es objeto de este ensayo insistir sobre lo obvio, intentando demostrarlo en detalle. Lo que pretendemos es algo totalmente diferente. Ya hemos indicado que Menger y Böhm-Bawerk afirmaron en varios pasajes de sus escritos algo totalmente incompatible con los principios básicos por ellos formulados. No hay que olvidar que ambos maestros, como todos los pioneros y descubridores de nuevos caminos, lo primero que hicieron fue asimilar los viejos conceptos e ideas formuladas con anterioridad, y solo más tarde las sustituyeron por ideas más satisfactorias para ellos. Es humanamente excusable, aunque no justificable objetivamente, el que a veces no fueran del todo coherentes en la elaboración de sus grandes ideas fundamentales y que en algunos detalles se enredaran en afirmaciones derivadas de la estructura conceptual de la vieja teoría objetivista del valor. La consideración crítica de esta insuficiencia en la obra de los fundadores de la Escuela Austriaca constituye una perentoria necesidad, pues algunos

lectores que tratan de comprender la teoría encuentran a veces grandes dificultades. Por esta razón, deseo seleccionar un pasaje de la obra principal de cada uno de ellos.⁵

En el prefacio a la primera edición de sus *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* (1871) [trad. esp.: *Principios de economía política*, 2.ª ed., 1997], Menger describe el objeto propio de «nuestra ciencia», es decir, de la economía política teórica, como la investigación de las «condiciones bajo las cuales desarrollan los hombres su actividad previsora en orden a la satisfacción de sus necesidades». E ilustra esto con las siguientes palabras:

«Si, y bajo qué condiciones, una cosa es útil para mí; si, y bajo qué condiciones, es un bien; si, y bajo qué condiciones es un bien económico; si, y bajo qué condiciones, tiene un valor para mí y cuál es la medida de este valor; si, y bajo qué condiciones, se produce un intercambio económico de bienes entre dos agentes económicos y cuáles son los límites dentro de los cuales puede llegarse a la formación del precio».⁶

Según Menger, tal es el objeto de la economía. Nótese cómo la subjetividad de los fenómenos del valor se subraya repetidamente mediante el pronombre personal: «es útil para mí», «es un valor para mí», «medida de este valor para mí», etc.

Lamentablemente, Menger no sigue este principio de subjetividad en su descripción de las cualidades que hacen

⁵ Respecto a la medida del valor y del valor total, que aquí no será ulteriormente tratado, he intentado un examen crítico de los trabajos de algunos de los más viejos representantes de la teoría moderna del valor en mi libro, *The Theory of Money and Credit*, Yale University Press, 1957, pp. 38-47 [trad. esp.: *La Teoría del dinero y del crédito*, Unión Editorial, 1997; 2.ª ed. 2006].

⁶ Carl Menger, *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, Viena 1871, p. ix; 2.ª ed., Viena 1923, p. xxi [trad. esp.: *Principios de economía política*, Unión Editorial, 1983; 2.ª ed., 1995].

que las cosas sean buenas en sentido económico. Aunque cita la bella definición de Storch (*l'arrêt que notre jugement porte sur l'utilité des choses... en fait de biens*), declara que para que una cosa sea buena se precisa la presencia de los cuatro requisitos siguientes:

1. Una necesidad humana.
2. Que la cosa tenga tales cualidades que la capaciten para mantener una relación o conexión causal con la satisfacción de dicha necesidad.
3. Conocimiento por parte del hombre de esta relación causal.
4. Poder de disposición sobre la cosa, de tal modo que pueda ser utilizada para la satisfacción de la mencionada utilidad.⁷

Aquí no nos interesan estos cuatro requisitos. Nada hay que criticar en el primero de ellos. En la medida en que se entiende en este contexto, corresponde plenamente a la idea fundamental del subjetivismo, es decir que en el caso del individuo solo él decide qué es o no una necesidad. Desde luego solo podemos conjeturar que tal era la opinión de del Menger cuando escribió la primera edición de los *Grundsätze*. Hay que reconocer que cita la definición de Roscher («todo lo que el hombre *reconoce* como medio para la satisfacción de sus necesidades»), entre otras varias definiciones⁸ de otros tantos autores precedentes, sin ahondar más en el tema.

Sin embargo, en la segunda edición, póstuma, de su libro, publicada más de medio siglo después y que (aparte la sección sobre el dinero, publicada mucho antes en el

⁷ *Op. cit.*, 1.ª ed., p. 3.

⁸ *Op. cit.*, p. 2.

Handwörterbuch der Staatswissenschaften) no puede en absoluto considerarse una mejora respecto a la primera edición, que había hecho época, Menger distingue entre necesidades reales y necesidades imaginadas. Estas últimas son aquellas «que de hecho no se originan en la naturaleza de la persona o en su posición como miembro de un cuerpo social, sino que son tan solo fruto de un conocimiento defectuoso de su naturaleza y de su posición en la sociedad humana».⁹

Menger añade la siguiente observación: «La vida económica práctica de los hombres no está determinada por sus necesidades, sino por sus opiniones momentáneas sobre las exigencias de la preservación de su vida y bienestar, y a menudo de sus caprichos e instintos. La teoría racional y la economía práctica deberán investigar las necesidades reales, es decir, las necesidades que corresponden a la situación objetiva».¹⁰

Para refutar este famoso desliz, baste citar unas palabras del propio Menger unas líneas más abajo de las que acabamos de citar. En ellas se dice: «La opinión de que las necesidades físicas constituyen el objeto de nuestra ciencia es errónea. No puede sostenerse la idea de que esta sea una mera teoría del bienestar físico del hombre. Si deseamos limitarnos exclusivamente a la consideración de las necesidades físicas de los hombres, tendremos que contentarnos, como veremos, con explicar los fenómenos de la acción económica humana solo de manera muy imperfecta y en parte debemos renunciar a ello».¹¹

Aquí Menger dice todo lo que hay que decir sobre este tema. El caso de la distinción entre necesidades reales y

⁹ *Op. cit.*, 2.^a ed., p. 4.

¹⁰ *Op. cit.*, 1.^a ed., pp. 4 ss.

¹¹ *Op. cit.*, p. 5.

necesidades imaginarias es exactamente igual al caso de la distinción entre necesidades físicas y necesidades no físicas.

De las citas anteriores se deduce que los requisitos segundo y tercero para que una cosa se convierta en un bien deben entenderse en el sentido de que es la *opinión* de los individuos la que hace que una cosa sea capaz de satisfacer sus necesidades, lo cual permite hablar de una categoría de bienes «imaginarios». El caso de estos bienes, sostiene Menger, hay que observarlo «allí donde las cosas que en modo alguno pueden colocarse en una relación causal con la satisfacción de las necesidades humanas se traten sin embargo como bienes. Esto sucede cuando se atribuyen propiedades, y por tanto efectos, a cosas que en realidad carecen de ellas, o cuando se supone que existen necesidades humanas que en realidad no existen».¹² Para comprender en qué medida es inútil esta dicotomía entre bienes reales y bienes imaginarios, basta considerar los ejemplos que pone Menger. Designa como bienes imaginarios, entre otros, los utensilios empleados en la idolatría, la mayoría de los cosméticos y cosas por el estilo. Y, sin embargo, también por estas cosas se piden y ofrecen precios, y estos precios hay que explicarlos.

La base del valor subjetivo de uso se describe de manera muy diferente, pero completamente en el espíritu de las teorías que Menger elaboró en las últimas secciones de su obra básica, en las siguientes palabras de C.A. Verrijn Stuart: la valoración de los bienes por parte del hombre se basa «en su percepción de su utilidad», en el sentido de que cualquier cosa puede ser percibida como útil, es decir, «como objetivo de un deseo humano, esté o no justificado. Por

¹² *Ibid.*, p. 4; 2.^a ed., pp. 161 ss.

esta razón, tales bienes pueden satisfacer una necesidad humana». ¹³

III

Böhm-Bawerk expresa la opinión de que la teoría de la determinación del precio debería dividirse en dos partes: «La primera se ocuparía de desarrollar *la ley que regula el fenómeno básico en su forma más pura*. Es decir, partiendo del supuesto de que todas las personas que participan en el intercambio están actuando bajo el único motivo de la búsqueda de una ventaja a través de este, desarrollar una ley o un sistema de leyes que nos digan cómo se manifiesta el fenómeno del precio. La segunda parte del problema consistiría en ir incorporando en la ley básica las modificaciones resultantes de la incidencia de otros motivos o circunstancias de hecho. Este será el lugar para exponer la influencia de otros motivos (...) Los típicos motivos que considerar aquí incluirían cosas tales como el hábito, costumbre, justicia, benevolencia, generosidad, pereza, orgullo, enemistades nacionales, etc.». ¹⁴

Para poder formarnos un juicio adecuado sobre esta materia, es preciso observar la diferencia que existe entre la economía clásica y la economía moderna en lo que se refiere a los respectivos puntos de partida de sus investigaciones. La economía clásica parte de la acción del hombre de negocios en que este pone el valor de cambio, y no en el valor de uso, en el centro de su tratamiento del problema de la formación de los precios. Al no poder resolver la paradoja del valor, tiene que renunciar a seguir indagando

¹³ Verrijn Stuart, *Die Grundlagen der Volkswirtschaft*, Jena 1923, p. 94.

¹⁴ Véase Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, II, 354.

ulteriormente el problema de la determinación del precio y averiguar qué hay detrás de la conducta del hombre de negocios, que es lo que la dirige en todo momento, es decir, la conducta de los consumidores marginales. Solo una teoría de la utilidad, o sea, del valor de uso subjetivo, puede explicar la acción de los consumidores. Si una tal teoría no puede formularse, hay que renunciar a cualquier intento de explicación. Desde luego, no hay ninguna justificación para lanzar contra la teoría clásica el reproche de que esta parte del supuesto de que todos los hombres son hombres de negocios y actúan como agentes de cambio. Pero es cierto que la economía clásica no fue capaz de comprender el elemento más fundamental de la economía —el consumo y la satisfacción inmediata de una necesidad—.

Debido a que los economistas clásicos solo fueron capaces de explicar la acción de los hombres de negocios y carecían de recursos para entender lo que está detrás de ella, su pensamiento se orientó hacia la contabilidad, expresión suprema de la racionalidad del hombre de negocios (pero no de la del consumidor). No consiguieron encajar en su teoría todo lo que se podía incluir plenamente en la contabilidad del hombre de negocios. Esto explica muchas de sus ideas —por ejemplo, su posición respecto a los negocios personales—. La ejecución de un servicio que no da origen a un aumento de valor que pudiera registrarse en el libro mayor del hombre de negocios les parecía improductiva. Solo así se explica por qué consideraban la consecución del beneficio monetario como meta de la acción económica. A causa de las dificultades ocasionadas por la paradoja, fueron incapaces de encontrar un puente entre el reconocimiento, debido al utilitarismo, de que el objetivo de la acción es un aumento del placer o una disminución del dolor, y la teoría del valor y del precio. No podían, pues, comprender cambio alguno en el bienestar que no

podiera valorarse en dinero y no fuera registrable en la contabilidad del hombre de negocios.

Este hecho condujo necesariamente a la distinción entre acción económica y acción no económica. Todo aquel que ve y capta la oportunidad de realizar la compra más barata (en términos monetarios) actúa económicamente. Pero quien compra a un precio más alto de lo que podría, ya sea por error, ignorancia, incapacidad, pereza, negligencia, o por razones políticas, nacionalistas o religiosas, actúa de manera no económica. Es evidente que esta cualificación de la acción contiene ya un tinte ético, y de esta distinción entre ambos grupos de motivos surge pronto una norma: hay que actuar económicamente. Hay que comprar al precio más bajo y vender al precio más alto. Al comprar y al vender no cabe otra motivación que el mayor beneficio monetario.

Se ha demostrado que la situación es totalmente distinta en el caso de la teoría subjetiva del valor. No tiene sentido distinguir entre motivos económicos y de otro tipo para explicar la determinación de los precios si se parte de la acción del consumidor marginal y no de la del hombre de negocios.

Esto puede ilustrarse claramente mediante un ejemplo tomado de las condiciones de un territorio disputado políticamente, digamos Checoslovaquia. Un alemán piensa inscribirse en una organización chovinista atlético-militar, y quiere adquirir el uniforme necesario y los correspondientes accesorios. Si aceptamos la distinción entre motivos económicos y no económicos de la acción, y si nuestro sujeto, pudiendo hacer su compra a un precio más barato en una tienda dirigida por un checo, la hace en cambio, para favorecer a un connacional a un precio ligeramente superior en la tienda dirigida por un alemán, podemos decir que actúa de manera no económica. Y es evidente que toda la compra como tal debe considerarse como no económica, porque

incluso el acto de comprar un uniforme obedece a una motivación chovinista, igual que la ayuda que se presta a un connacional, excluyendo la compra a menor precio a un extranjero. Pero entonces muchas otras compras deberían considerarse también como actos no económicos, según el gusto de quien las juzga: contribuciones de todo tipo para fines culturales o políticos, aportaciones a favor de las iglesias, la mayoría de los gastos en enseñanza, etc. Salta a la vista lo ridículo de tales distinciones escolásticas. Las máximas del hombre de negocios no pueden aplicarse a la acción de los consumidores que, en último análisis, gobierna toda la vida económica.

Por otro lado, mediante la teoría subjetiva del valor es posible comprender en su propio punto de partida también la acción del hombre de negocios (ya sea un industrial o simplemente un comerciante); precisamente porque parten de la acción de los consumidores, bajo la presión del mercado, el hombre de negocios debe actuar siempre en consonancia con los deseos de los consumidores marginales. Por la misma razón que no puede, sin incurrir en pérdidas, producir telas que no satisfacen el gusto de los consumidores, tampoco puede actuar basándose en consideraciones políticas que no son reconocidas ni aceptadas por los consumidores. Por tanto, el hombre de negocios, si aquellos a quienes se dirige no están dispuestos, por motivos políticos, a compensarle por los mayores costes debidos al pago de un precio más alto a un connacional, debe comprar allí donde los precios son más baratos. Pero si los propios consumidores —comprando digamos artículos de marca— están dispuestos a compensarle, podrá gestionar sus asuntos en consecuencia.

Si tomamos los otros ejemplos citados por Böhm-Bawerk y echamos una ojeada a toda la serie, encontramos lo mismo en todos los casos. La costumbre dicta que si un hombre

de la «buena» sociedad tiene que asistir a un acto vespertino, debe presentarse con la indumentaria apropiada a la hora. Si en alguna parte los prejuicios del círculo social en el que se mueve exigen que el traje no proceda de un sastre radical, donde podría comprarlo más barato, sino de la tienda más cara de un sastre de tendencia conservadora, y nuestro hombre actúa en consonancia con estos puntos de vista, lo hace solo por comprar un traje en general. En ambos casos, al comprar su traje de noche en el primer lugar, o adquiriéndolo de un sastre de tendencia conservadora, actúa en consonancia con los puntos de vista de su círculo social, que él reconoce como vinculantes para él.

¿Qué es esa «ganancia directa en el intercambio» de que habla Böhm-Bawerk? Cuando, por motivos humanitarios, dejo de comprar lápices en la papelería y los compro a un vendedor ambulante inválido de guerra, que me pide un precio más alto, atiendo a dos objetivos al mismo tiempo: el de comprar lápices y el de ayudar a un inválido. Si no pienso en este segundo objetivo, que justamente acompaña a mi compra, me limitaré a comprar en la papelería. Mediante la compra más costosa satisfago dos necesidades: la de los lápices y la de ayudar a un veterano de guerra. Cuando por motivos de confort y de conveniencia compro más caro en una tienda cercana en lugar de en otra más alejada que ofrece precios más baratos, satisfago mi deseo de confort y conveniencia del mismo modo que lo haría si comprara una butaca o tomara un taxi o contratara a una criada que cuidara del orden de la casa. No puede negarse que en todas estas circunstancias obtengo una «ventaja directa en el intercambio» en el sentido de Böhm-Bawerk. ¿Por qué habría de ser distinto el caso cuando compro en una tienda más cercana?

La distinción de Böhm-Bawerk solo puede entenderse si se la coloca dentro del viejo sistema objetivo de la economía

clásica. No es en absoluto compatible con el sistema de economía subjetiva. Dicho esto, debemos subrayar que dicha dicotomía no tiene la menor influencia sobre la teoría de Böhm-Bawerk acerca del valor y la determinación de los precios, y que las páginas en que se expone pueden eliminarse de su libro sin que cambie en nada su significado. En el contexto de esta obra no representa otra cosa —como creemos haber demostrado— que una defensa fallida contra las objeciones formuladas contra la posibilidad de una teoría del valor y la determinación de los precios.

Strigl expresa el tema más en consonancia con el sistema subjetivo que como lo hace Böhm-Bawerk. Señala que la escala de valores «está fundamentalmente compuesta también de elementos que el uso popular trata como no económicos en contraste con el principio económico». Por tanto, la «máxima cantidad de bienes disponibles no puede contraponerse como “económica” a los objetivos “no económicos” de la acción». ¹⁵

Para comprender los fenómenos económicos, es perfectamente lícito distinguir la acción «puramente económica» de otra acción que, si se quiere, puede definirse como «no económica» en el uso popular, con tal de que se entienda que acción «puramente económica» es exclusivamente la acción susceptible de cálculo en términos monetarios. Tanto para el estudio científico de los fenómenos como para el comportamiento práctico del hombre, puede ser conveniente establecer cierta distinción y tal vez afirmar que, bajo ciertas condiciones, no es aconsejable, desde el punto de vista «puramente económico», manifestar cierta convicción o que cierto curso de acción es mal negocio, es decir, no puede conseguir una ganancia monetaria, sino tan solo

¹⁵ Richard von Strigl, *Die ökonomischen Kategorien und die Organisation der Wirtschaft*, Jena 1923, pp. 75 ss. Véase más adelante, pp. 211 ss.

pérdidas. Si, no obstante, alguien persiste en actuar de esta manera, lo hace no por el beneficio material, sino por razones de prestigio o de lealtad, o por otros valores éticos. Pero para la teoría del valor y la determinación del precio, la cataláctica, y la economía teórica, esta dicotomía carece de significado. Es totalmente indiferente para las relaciones de intercambio, cuya explicación es tarea de estas disciplinas, que el aumento de la demanda de productos nacionales se deba al hecho de que estos cuestan menos que los productos extranjeros (por supuesto, de la misma calidad) o que sea la ideología nacionalista la que haga que parezca justa la compra de productos nacionales aunque sea a precios más elevados, así como desde el punto de vista de la teoría económica no cambia nada el que la demanda de armas proceda de hombres honorables que quieren que la ley sea respetada o de criminales que planean crímenes monstruosos.

IV

El tan discutido *homo oeconomicus* de la teoría clásica es la personificación de los principios del hombre de negocios. Este aspira a gestionar todos los asuntos con vistas a obtener el mayor beneficio posible. Compra lo más barato posible y vende lo más caro que puede. Por medio de su inteligencia y atención a sus negocios se esfuerza por eliminar todas las causas de error, de suerte que los resultados de su acción no sean perjudicados por la ignorancia, la desidia, las equivocaciones y cosas por el estilo.

Por tanto, el *homo oeconomicus* no es una ficción en el sentido de Vaihinger. La economía no afirma que el individuo económico, comerciante o consumidor, actúe como si el mayor beneficio monetario fuera la única guía principal

de su conducta. El esquema clásico no es en absoluto aplicable al consumo o al consumidor. No puede en modo alguno explicar el acto de consumo o del gasto por parte del consumidor. El principio de comprar en el mercado más barato se considera aquí solo en la medida en que hay que elegir entre varias posibilidades, en otros aspectos equivalentes, de elegir los bienes; pero desde este punto de vista no se ve por qué alguien compra el traje mejor, aunque el más barato cumple la misma utilidad «objetiva», o por qué generalmente se gasta más de lo debido para asegurarse lo mínimo necesario —tomado en el más estricto sentido del término— para la mera subsistencia física. Obviamente, no se les escapó a los economistas clásicos que el individuo económico, como parte interesada en el comercio, permanece o puede siempre permanecer fiel a los principios que orientan la acción del hombre de negocios, que no es omnisciente, que puede equivocarse y que, bajo ciertas condiciones, siempre prefiere su bienestar a un negocio lucrativo.

Por el contrario, se puede decir que con el esquema del *homo oeconomicus* la economía clásica comprendió solo una parte del hombre, la parte económica, materialista. Le consideraba solo como un hombre que se ocupa de los negocios, no como consumidor de bienes económicos. Esta es una observación acertada en la medida en que la teoría clásica es inaplicable a la conducta de los consumidores. No lo es, en cambio, si se entiende que significa, de acuerdo con la teoría económica clásica, que el hombre de negocios actúa siempre de la manera descrita. Lo que la economía clásica afirma es solo que en general tiende a actuar de esta manera, pero que no siempre se comporta, con o sin tal intención, de acuerdo con este principio.

Tampoco es el *homo oeconomicus* un tipo ideal en el sentido de Max Weber. La economía clásica no pretendía exaltar un determinado tipo humano —por ejemplo, el

hombre de negocios inglés del siglo XIX, o el hombre de negocios en general—. Como auténtica praxeología —y la economía es una rama de la praxeología— aspiraba a una explicación universal, al margen del tiempo, que abarcara a toda acción económica. (Que en este intento no tuviera éxito es otra cuestión.) Pero esto es algo a lo que aquí solo podemos aludir. Para demostrarlo, habría que demostrar que un tipo ideal no puede construirse sobre la base de una ciencia formal y teórica, como es la praxeología, sino solo sobre la base de unos datos materiales concretos. Pero esta tarea es algo que está al margen de la presente discusión.¹⁶

Mediante este subjetivismo la teoría moderna se convierte en ciencia objetiva. No expresa un juicio sobre la acción, sino que la toma exactamente tal como es; y explica los fenómenos de mercado, no sobre la base de una acción «justa», sino recurriendo a una acción «dada». No trata de explicar las relaciones de intercambio sosteniendo que los hombres son dirigidos exclusivamente por ciertos motivos, y que otros motivos, que de hecho los gobiernan, no tienen efecto alguno. Quiere explicar las relaciones de intercambio tal como realmente se muestran en el mercado.

La determinación de los precios de los que Menger llama «bienes imaginarios» sigue las mismas leyes que las de los bienes reales. Los «otros motivos» de Böhm-Bawerk no producen una alteración fundamental en el proceso de mercado; solo cambian los datos.

Era necesario señalar expresamente estos errores de Menger y de Böhm-Bawerk (que, como señalé anteriormente, se encuentran también en otros autores) a fin de evitar las interpretaciones erróneas de la teoría. Pero lo que con

¹⁶ Véase *supra*, p. 129.

mayor énfasis hay que notar es que ni Menger ni Böhm-Bawerk, en su teoría de la determinación e imputación de los precios, se dejaron desviar en modo alguno por consideraciones relativas a los diferentes motivos que inspiran la acción de las partes implicadas en el mercado. Las afirmaciones erróneas que en ellos encontramos no quitan nada al gran mérito de su trabajo: el haber explicado la determinación de los precios en términos de la teoría subjetiva del valor.

6. *Las bases psicológicas de la oposición a la teoría económica*

La economía subjetiva sería culpable de omisión si no se ocupara también de las objeciones formuladas contra ella desde el punto de vista político y partidista.

Tenemos, ante todo, la afirmación de que la teoría subjetiva del valor es «la ideología de clase de la burguesía». Para Hilferding, es «la respuesta final de la economía burguesa al socialismo».¹ Bujarin la estigmatiza como «la ideología de la burguesía, que ya no corresponde al proceso de producción».² Se es libre de pensar lo que se quiera sobre estos dos autores, pero no cabe ignorar que ambos pertenecen a los grupos dominantes de los países más populosos de Europa y por tanto pueden fácilmente influir sobre la opinión pública. Los millones de personas que solo entran en contacto con los escritos difundidos por la máquina de propaganda marxista no aprenden de la economía moderna otra cosa que estas y parecidas condenas.

Debemos también tomar en consideración la opinión de quienes creen que es significativo el hecho de que la economía subjetiva deliberadamente no se enseñe en las

¹ Véase Hilferding, «Böhm-Bawerk's Marx-Kritik», *Marx-Studien*, Viena 1904, I, p. 61.

² Véase Bujarin, *Die politische Ökonomie des Rentners*, Berlín 1926, p. 27.

universidades. Incluso Weber, que conoce bien los prejuicios del socialismo académico para poder criticarlos con fundamento, se acerca bastante a esta posición.³ Está plenamente de acuerdo con que el pensamiento estatista, dominante hoy por doquier, sostiene que finalmente se ha liberado de una teoría, simplemente porque quienes controlan los cargos académicos no quieren conocerla y adoptan como criterio de verdad la aprobación de un servicio gubernamental.

Nadie puede sostener que opiniones tan difundidas puede pasar inadvertidas.

1. *El problema*

Toda nueva teoría encuentra al principio oposición y rechazo. Los defensores de la vieja doctrina aceptada se oponen a la nueva teoría, se niegan a reconocerla, y la rechazan como errónea. Tienen que pasar años, e incluso

³ Adolf Weber, *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*, Múnich y Leipzig 1928, p. 211. El pasaje a que se hace referencia no se halla contenido en la edición más reciente (cuarta) de este conocido libro. Que el rechazo a incluir la teoría económica en los programas universitarios no haya producido resultados satisfactorios en la «práctica» real es algo que el Dr. Bücher ha sostenido en su reciente conferencia sobre la industria dictada en Fráncfort. Bücher objeta que en las universidades alemanas los economistas son educados «falsamente», ya que «la economía alemana ha perdido todo conocimiento de los problemas reales del presente y ha renunciado sustancialmente a reflexionar sobre la actividad práctica». Se ha «dividido en ramas altamente especializadas que se ocupan de problemas de detalle y ha perdido toda visión de conjunto» (*Frankfurter Zeitung*, 4 de septiembre de 1927). Este juicio devastador es tanto más notable en cuanto Bücher, como puede verse en otras afirmaciones suyas, está totalmente de acuerdo en las cuestiones económicas y políticas con los adversarios del *laissez faire* y con los defensores de la «economía completamente organizada», es decir, con la escuela intervencionista-estatalista de los economistas alemanes.

décadas, para que pueda suplantar a la antigua. Tiene que pasar toda una generación antes de que su victoria sea decisiva.

Para comprender esto es preciso recordar que la mayoría de los hombres solo en su juventud pueden acceder a las nuevas ideas. Con el paso de los años, la capacidad de aceptación disminuye, y el conocimiento adquirido con anterioridad se convierte en dogma. Además de esta resistencia interior, existe también la oposición que se forma por consideraciones externas. El prestigio del hombre sufre cuando se ve obligado a admitir que durante mucho tiempo ha defendido una teoría que ahora se considera errónea. Su vanidad se resiente cuando tiene que conceder que otros han encontrado una teoría mejor que él fue incapaz de descubrir.⁴ Y con el paso del tiempo, la autoridad de las instituciones públicas de compulsión y coacción, es decir el Estado, la Iglesia y los partidos políticos se ven en cierto modo ligadas a la vieja doctrina. Estos poderes, por su propia naturaleza, reaccionan a todo cambio, y se oponen a la nueva teoría precisamente porque es nueva.

Sin embargo, cuando hablamos de la oposición que la teoría subjetiva del valor encuentra, pensamos en algo diferente de estos obstáculos que toda nueva idea tiene que superar. El fenómeno con que nos encontramos en este caso afecta a todas las ramas del pensamiento humano y al conocimiento mismo. La oposición aquí no es tan solo resistencia a lo nuevo por ser nuevo. Es de una clase que se observa exclusivamente en la historia de la praxeología, y especialmente del conocimiento económico. Es un caso de hostilidad contra la ciencia en cuanto tal —una hostilidad

⁴ Para un análisis psicoanalítico de esta fanática resistencia a la aceptación de lo nuevo, véase Jones, *On the Psychoanalysis of the Christian Religion*, Leipzig 1928, p. 25.

que los años no solo no han disipado o debilitado, sino que, por el contrario, han fortalecido—.

Lo que aquí está en juego no es solo la teoría subjetiva del valor, sino la cataláctica en general. Esto puede apreciarse mejor por el hecho de que actualmente no hay solo una teoría de la determinación de los precios que pueda oponerse a la del subjetivismo. De vez en cuando algún dirigente del partido marxista trata de defender la teoría obrera del valor. Por lo demás, nadie osa exponer una doctrina esencialmente distinta de la teoría subjetiva. Todas las discusiones referentes a la teoría de la determinación de los precios se basan totalmente en la última teoría del valor, si bien muchos autores —como Liefmann y Cassel, por ejemplo— piensan que lo que ellos dicen es muy diferente. Quien hoy rechaza la teoría subjetiva del valor rechaza al mismo tiempo toda teoría económica y no admite sino el empirismo y la historia como tratamiento científico de los problemas sociales.

Ya hemos señalado en las secciones anteriores de este libro qué es lo que la lógica y la epistemología tienen que decir acerca de esta posición. En esta sección trataremos de las raíces psicológicas del rechazo de que es objeto la teoría subjetiva del valor.

De modo que no es necesario tomar en consideración la hostilidad que las ciencias sociales encuentran fuera de ellas. Hay, por supuesto, mucha oposición externa, pero apenas es capaz de frenar el progreso del pensamiento científico. Hay que estar muy dominados por el prejuicio estatista para creer que la prescripción de una doctrina a través del aparato coercitivo del Estado y la negativa a colocar a sus defensores en cargos de la Iglesia o del servicio civil puede a la larga perjudicar su desarrollo y divulgación. Ni siquiera la condena de los infieles a la hoguera consiguió bloquear el progreso de la ciencia moderna. Es, pues,

indiferente para el destino de las ciencias de la acción humana el que estas se enseñen o no en las universidades estatales de Europa o a los estudiantes de los *colleges* americanos en las horas no ocupadas por el deporte o el esparcimiento. En la mayoría de los colegios ha sido posible sustituir la praxeología y la economía por materias que evitan expresamente toda referencia a estas solo por la presencia en ellos de una oposición interna que justifica esta práctica. Quien desee, pues, examinar las dificultades externas que asedian a nuestra ciencia, debe ante todo ocuparse de las que surgen dentro.

Los resultados de las indagaciones praxeológicas e históricas encuentran la oposición de aquellos que, en sus discusiones, tratan con desprecio toda lógica y experiencia. Este peculiar fenómeno no puede explicarse simplemente diciendo que quienes sacrifican sus convicciones a los puntos de vista gratos a las autoridades suelen ser bien recompensados. Una investigación científica no puede rebajarse al nivel en que un ciego partidismo ha llevado a luchar contra la ciencia económica. No puede dirigir contra sus opositores los epítetos que Marx empleó cuando describía a los economistas «burgueses y vulgares» como infames mercenarios (cuando lo hacía, solía emplear la palabra «sico-fantes», alterando evidentemente su significado). Ni puede adoptar las belicosas tácticas con que los socialistas académicos alemanes tratan de eliminar a sus adversarios.⁵ Aun cuando nos consideráramos justificados para negar la honestidad intelectual de todos cuantos se oponen a la teoría subjetiva de la determinación de los precios, habría siempre que ver por qué la opinión pública tolera y acepta

⁵ Véase la descripción de estos métodos en Pohle, *Die gegenwärtige Krisis in der deutschen Volkswirtschaftslehre*, 2.^a ed., Leipzig 1921, pp. 116 ss.

semejantes portavoces y no sigue a los verdaderos profetas en lugar de a los falsos.⁶

2. *La hipótesis del marxismo y la sociología del conocimiento*

Permítasenos considerar primero la doctrina que enseña que el pensamiento depende de la clase social a que pertenece el pensador.

Según la opinión de Marx, en el periodo que transcurre entre la sociedad tribal de la edad de oro de tiempos inmemoriales y la transformación del capitalismo en el paraíso comunista del futuro, la sociedad humana está organizada en clases cuyos intereses son irreconciliablemente opuestos. La situación de clase —la existencia social— de un individuo determina su pensamiento. Por tanto el pensamiento produce teorías que corresponden a los intereses de clase del pensador. Estas teorías forman la «superestructura» ideológica de los intereses de clase, constituyen la justificación de estos intereses y sirven para cubrir su desnudez. Subjetivamente, el pensador individual puede ser honrado; pero no puede superar las limitaciones que impone a su pensamiento su posición de clase. Puede señalar o desenmascarar las ideologías de las otras clases; pero durante toda la vida le queda un prejuicio a favor de la ideología que le dictan los intereses de su propia clase.

En los volúmenes que se han escrito para defender esta tesis —de forma característica— no suele plantearse la

⁶ La oposición de que hablamos no se limita a un solo país; la encontramos también en Estados Unidos y en Inglaterra, aunque acaso no tan fuerte como en Alemania e Italia.

cuestión de si hay algo de verdad en el supuesto de que la sociedad está dividida en clases cuyos intereses están en irreconciliable conflicto.⁷ Para Marx, el caso era obvio, y en el sistema de la cataláctica de Ricardo descubrió —o creyó haber descubierto— la doctrina de la organización de la sociedad en clases y del conflicto entre ellas. Actualmente, las tesis ricardianas del valor, de la determinación de los precios y de la distribución han pasado de moda desde hace mucho tiempo, y la teoría subjetiva de la distribución no ofrece la más mínima parte de apoyo a una doctrina sobre el implacable conflicto de clases. No podemos ya seguir aferrados a esta idea ahora que está claro el significado de la productividad marginal para la determinación de la renta.

Pero, puesto que el marxismo y la sociología del conocimiento no ven en la teoría subjetiva del valor otra cosa que un último intento ideológico para salvar el capitalismo, nos limitaremos aquí a criticar internamente estas tesis. Como el propio Marx admite, el proletario no solo tiene intereses de clase, sino también otros intereses opuestos a ellos. En el *Manifiesto comunista* se dice: «La organización de los proletarios en una clase, y por tanto en un partido político, se frustra una y otra vez por la competencia entre los propios trabajadores».⁸ Por tanto, no es cierto que el proletario solo tenga intereses de clase; tiene también otros intereses que están en conflicto con ellos. Entonces, ¿cuáles debe seguir? El marxista responderá: «Por

⁷ Esto es cierto sobre todo de aquellos que, como los «sociólogos del conocimiento» y la escuela de Max Adler, consideran el marxismo «sociológicamente», es decir, al margen totalmente de la economía. Para ellos la inconciliabilidad del conflicto de intereses de clase es un dogma, sobre cuya verdad solo puede dudar gente depravada.

⁸ Karl Marx, *Das Kommunistische Manifest*, 7.^a ed. alemana autorizada, Berlín 1906, p. 30.

supuesto, sus intereses de clase», porque «estos están por encima de los otros». Pero esto no es en modo alguno un hecho. Tan pronto como se admite que la acción conforme con los otros intereses también es positiva, la cuestión no se refiere ya a lo que «es», sino a lo que «debe ser». El marxismo no dice que los proletarios no *puedan* seguir intereses distintos de los de la propia clase. Dice a los proletarios: vosotros sois una clase y debéis seguir vuestros intereses de clase. Pero entonces le corresponde al marxismo la carga de la prueba, es decir, la demostración de que los intereses de clase tienen la prioridad sobre los otros intereses.

Aun dando por supuesto que la sociedad está dividida en clases con intereses en conflicto y aceptando que cada uno está moralmente obligado a seguir sus intereses de clase y nada más que estos intereses, la pregunta sigue en pie: ¿Qué sirve mejor a los intereses de clase? Este es el punto en que el socialismo «científico» y la sociología del conocimiento muestran su misticismo. No dudan en afirmar que todo lo que exijan los propios intereses de clase es siempre en sí evidente e inequívoco,⁹ y el compañero que tiene una opinión diferente solo puede ser un traidor a su clase.

¿Qué puede responder el socialismo marxista a quienes, precisamente por cuenta de los proletarios, reclaman el derecho a la propiedad privada de los medios de producción y no su socialización? Si son proletarios, esta exigencia por sí sola es suficiente para marcarlos como traidores a su clase, y si no lo son, como enemigos de clase.

⁹ «El individuo se equivoca frecuentemente en la protección de sus propios intereses; a largo plazo, una clase no se equivoca nunca», dice F. Oppenheimer, *System der Soziologie*, Jena 1926, II, 559. Esto es metafísica, no ciencia.

Si finalmente entre los marxistas eligen entablar una discusión sobre el problema, tendrán que abandonar su doctrina. ¿Cómo se puede discutir con traidores a la propia clase o con enemigos de clase, cuya inferioridad moral o situación de clase les imposibilita para comprender la ideología del proletariado?

La función histórica de la teoría de clases se puede comprender mejor si se compara con la teoría de los nacionalistas. El nacionalismo y el racismo también declaran que existen conflictos de intereses irreconciliables —no entre clases, claro está, sino entre naciones y entre razas— y que el pensamiento está determinado por la nacionalidad o por la raza. Los nacionalistas forman partidos de la «patria» o «nacionales» y presumen ser ellos, y solamente ellos, los que persiguen y fomentan el bienestar de la nación y del pueblo. Quien no está de acuerdo con ellos —pertenzca o no a la nacionalidad o a la raza— será siempre considerado enemigo y traidor. El nacionalista se niega a ser convencido de que el programa de otros partidos también pretende servir a los intereses de la nación y del pueblo. No puede aceptar que quien aspira a vivir en paz con los países vecinos y que defiende el libre comercio en lugar de los aranceles protectores no hace estas propuestas por los intereses de un país extranjero, sino por el interés del propio país. El nacionalista cree de manera tan radical en su propio programa que no puede concebir que cualquier otro puede formularse en el interés de su nación. Quien piensa de otro modo solo puede ser un traidor o un enemigo exterior.

Por consiguiente, ambas doctrinas —la sociología del conocimiento marxista y la teoría política del nacionalismo y del racismo— implican el supuesto de que los intereses de la propia clase, nación o raza exigen inequívocamente un preciso modo de acción y que para los miembros de una clase o nación, o para los racialmente puros, no puede

haber duda alguna sobre lo que hay que hacer. Una discusión intelectual sobre los pros y los contras de los distintos programas de partido la consideran imposible. La pertenencia a la clase, nación o raza, o la pureza racial, impide que el pensador elija y debe pensar como ellos exigen. Naturalmente, tales teorías solo son posibles si antes se ha elaborado un perfecto programa sobre el que no cabe duda alguna. Lógica y temporalmente la aceptación del socialismo por Marx precede a la concepción materialista de la historia, y la doctrina del militarismo y del proteccionismo precede lógica y temporalmente al programa de los nacionalistas.

Ambas teorías surgen también de la misma situación política. No hay argumentos lógicos o científicos de ningún género contra el liberalismo desarrollado por filósofos, economistas y praxeólogos del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Quien desee combatir la doctrina liberal no tiene más que destronar a la lógica y a la ciencia atacando su derecho a establecer proposiciones válidas universalmente. Al «absolutismo» de sus explicaciones se replica que estas solo han producido ciencia «burguesa», «inglesa» o «judía». La ciencia «proletaria», «alemana» o «aria» ha llegado a resultados diferentes. El hecho de que los marxistas, desde Marx y Dietzel hasta Mannheim, ansíen asignar a sus propias enseñanzas una posición especial, diferente de una mera teoría de clase, es bastante incoherente, pero aquí no vamos a ocuparnos de ello; en lugar de refutar teorías, intentaremos desenmascarar a sus autores y defensores.

Lo que convierte a este procedimiento en cuestión de sería preocupación es que, si se sigue en la práctica, hace imposible toda discusión con argumentos y contraargumentos. El enfrentamiento mental es sustituido por el examen del trasfondo social, nacional o racial de los contrarios.

Debido a la vaguedad de los conceptos de clase, nación y raza, siempre es posible conducir semejante examen «desenmascarando» al propio adversario. Se ha ido tan lejos en esto, que se reconocen como compañeros, connacionales o hermanos de raza tan solo a quienes comparten las ideas que se consideran la únicas adecuadas a semejante condición. Es signo de singular falta de coherencia apelar a la evidencia de la existencia de defensores de la propia ideología fuera del círculo de los miembros de la propia clase, nación o raza, en expresiones tales como: «También los que no son de nuestra clase, nación o raza deben compartir nuestros puntos de vista si son ilustrados y honestos». Una regla para determinar la doctrina que sería adecuada a la propia condición lamentablemente no se formula ni jamás podrá hacerse. Una decisión por la mayoría de quienes pertenecen al grupo se rechaza expresamente como criterio.

Los tres axiomas de que parten todas estas doctrinas antiliberales son:

1. La humanidad está dividida en grupos cuyos intereses están entre sí en conflicto irreconciliable.
2. Los intereses de grupo y el tipo de acción más idóneo a estos son inmediatamente evidentes a todo miembro del propio grupo.
3. El criterio de separación en grupos consiste en ser: *a)* miembro de una clase, *b)* miembro de una nación, *c)* miembro de una raza.

Las proposiciones primera y segunda son comunes a todas estas doctrinas, y se distinguen por el particular significado que atribuyen a la tercera.

Es claro que cada una de estas tres proposiciones tomadas individualmente, o la unión de las tres en una sola,

carece completamente de la autoevidencia y necesidad lógica que son propias de los axiomas. Si lamentablemente no pueden ser probadas, no se puede decir simplemente que no necesitan prueba alguna. Pues, para ser probadas, deberían aparecer como la conclusión de todo un sistema de praxeología, que debería formularse previamente. Pero ¿cómo podría ser esto posible, si esas proposiciones preceden lógicamente y temporalmente a todo pensamiento —al menos a todo pensamiento praxeológico (los sociólogos del conocimiento dirían «determinado por la situación»)?— Si un hombre empieza a pensar seriamente en estos axiomas, cae en un escepticismo mucho más radical que el de Pirrón y Enesidemo.

Pero estos tres axiomas forman solamente el presupuesto de la teoría. No son la teoría propiamente dicha, y, como veremos, su enumeración no agota en modo alguno todas sus suposiciones axiomáticas. Según la doctrina de la sociología del conocimiento marxiana, a la que volvemos y que es la única que vamos a tomar en consideración en el resto de la presente discusión, el pensamiento de un hombre depende de su pertenencia de clase hasta tal punto que todas las teorías a las que podría acceder expresan no verdades universalmente válidas, como su autor podría imaginar, sino una ideología que sirve a sus intereses de clase. Pero no cabe la menor duda de que, para quienes desean favorecer al máximo los intereses de su clase, sería sumamente útil el conocimiento de la realidad, despejado de todo error ideológico. Cuanto mejor conozcan la realidad, mejor sabrán elegir los medios para promover sus intereses de clase. Ciertamente, si el conocimiento de la verdad llevara a la conclusión de que los intereses de la propia clase deben ser sacrificados por otros valores, ello podría disminuir el entusiasmo con que se defienden estos supuestos intereses de clase, y una falsa teoría que evitara esta desventaja

sería de un valor táctico superior a la verdadera. Pero, una vez admitida esta posibilidad, se renuncia a la base de toda la doctrina.

Por consiguiente, una clase puede ser ayudada en su lucha por una falsa teoría solo en la medida en que debilita el poder de lucha de las clases opuestas. La economía «burguesa», por ejemplo, ayudó a la burguesía en su lucha contra los poderes precapitalistas y posteriormente en su oposición al proletariado, divulgando entre los adversarios la convicción de que el sistema capitalista debe necesariamente prevalecer. Y así llegamos al cuarto y último de los presupuestos axiomáticos del marxismo: la ayuda que una clase recibe por el hecho de que sus miembros pueden pensar solo en términos apologeticos (ideológicos), y no en términos de teorías correctas, tiene más peso que la ventaja que el conocimiento de la realidad no ofuscado por falsas ideas puede aportar a la acción práctica.

Hay que aclarar que la doctrina de la dependencia del pensamiento respecto a la clase del pensador se basa en todos estos cuatro axiomas. Esta relación de dependencia aparece como una ayuda a la clase en su lucha de clase. El que su pensamiento no sea absolutamente correcto, sino que esté condicionado por su origen de clase, hay que atribuirlo precisamente al hecho de que los intereses marcan la vía del pensamiento. No pretendemos en modo alguno recusar aquí los cuatro axiomas, que son aceptados precisamente por el motivo de que no pueden ser probados. Nuestra crítica acusa solo de responder a la pregunta de si hay o no una teoría de clase que pueda emplearse para desenmascarar la economía moderna como ideología de la clase burguesa, y tendría que resolver pronto este problema.

A pesar de todo cuanto se ha dicho, tal vez pueda mantenerse el cuarto de los supuestos arriba mencionados, según

el cual es más ventajoso para una clase aferrarse a una doctrina que falsea la realidad más bien que comprender correctamente el estado de las cosas y actuar en consecuencia. Pero, en el mejor de los casos, esto resultaría cierto solo para aquel tiempo durante el cual las demás clases no poseen aún teorías adecuadas a la propia condición social. Posteriormente, la clase que adapta su acción a la teoría correcta será sin duda superior a las clases que asumen como base para la acción una teoría falsa, aunque subjetivamente honesta; y la ventaja que la teoría con condicionamiento de clase antes ofrecía, aunque debilitaba la oposición de las otras clases, no se tiene ya, porque estas últimas han emancipado ya su pensamiento del de las clases contrapuestas.

Apliquemos esto a nuestro problema. Los marxistas y los sociólogos del conocimiento califican a la moderna economía subjetivista de ciencia «burguesa», el último deseperado intento de salvar al capitalismo. Cuando este reproche se dirigía contra la economía clásica y sus inmediatos sucesores, había un punto de verdad en ello. Entonces, cuando aún no había un proletariado ni una economía proletaria, podía pensarse que la burguesía, a través de su ciencia, obstaculizaba el despertar de la conciencia de clase proletaria. Pero ahora la ciencia «proletaria» ha hecho su entrada en la escena y el proletariado tiene su conciencia de clase. Es demasiado tarde para que la burguesía intente de nuevo hacer apología, construir una nueva ciencia burguesa, desarrollar una nueva «ideología». Todos los intentos de desarrollar la conciencia de clase del proletariado, que no pueda ya pensar de un modo no conforme a su clase, pueden volverse en detrimento de quienes los emprendan. Si hoy la burguesía intentase excogitar una nueva ideología de clase, no haría sino perjudicar sus propios intereses. Las clases que se oponen a ella no podrían ya

colocarse bajo la influencia de semejante doctrina. Y como la ciencia de la acción de la burguesía estaría también determinada por esta falsa doctrina, comprometería necesariamente el hecho de la lucha de clase contra el proletariado. Si es el interés de clase el que determina el pensamiento, entonces hoy la burguesía tiene necesidad de una teoría que exprese la realidad sin contaminaciones de falsas ideas.

Por tanto, se podría decir a los marxistas y a los sociólogos del conocimiento que a su vez aclararan su punto de vista: hasta la aparición de Carl Marx, la burguesía se había beneficiado de una «ideología», es decir, del sistema de los economistas clásicos y «vulgares». Pero cuando, con la publicación del primer volumen de *El Capital* (1867), el proletariado tuvo una doctrina correspondiente a su propia colocación social, la burguesía cambió de táctica. Ya no le era útil una ideología, porque el proletariado, apropiándose de la propia conciencia de clase, no habría podido ya sufrir la seducción ideológica. Ahora, la burguesía tenía necesidad de una teoría que, contemplando la situación desapasionadamente y libre de todo sesgo ideológico, le ofreciera la posibilidad de tener siempre a su disposición los medios más idóneos para la grande y decisiva lucha de clases. Se abandonó inmediatamente la vieja economía, y desde los primeros 1870, con Jevons, Menger y Walras, y seguidamente con Böhm-Bawerk, Clark y Pareto, se desarrolló la nueva y correcta teoría según las exigencias de la nueva situación de clase. Es decir, resultó evidente que, a este punto de la lucha contra un proletariado que ya tenía una conciencia de clase, la doctrina adecuada a la existencia de la burguesía como clase, que sirviera mejor sus intereses, no habría podido ser una «ideología», sino el conocimiento de la pura verdad.

Así pues, con el marismo y la sociología del conocimiento se pudo probar todo y nada.

3. *El papel del resentimiento*

En el *De officiis* prescribe Cicerón un código de respetabilidad social y de corrección que refleja fielmente los conceptos de nobleza y mérito que han dominado en la civilización occidental durante siglos. Cicerón no presentaba nada en esta obra, ni tampoco lo pretendía. Se sirvió de los más antiguos modelos griegos. Y la exposición que proponía era perfectamente la de aquellos que fueron generalmente aceptados durante siglos tanto en el mundo griego, en el cristiano, así como en la Roma republicana. La República cedió luego el paso al Imperio; los dioses de Roma al dios cristiano. El Imperio romano cayó, y de la convulsión creada por las migraciones en poblaciones enteras surgió una nueva Europa. El papado y el imperio cayeron desde las altas cimas conquistadas y otros poderes tomaron su lugar. Pero la posición del modelo de mérito diseñada por Cicerón permaneció firme. Voltaire calificó al *De officiis* como el más útil manual de ética¹⁰ y Federico el Grande lo consideró como la mejor obra que se haya escrito y se pudiera escribir en el campo de la filosofía moral.¹¹

Aun a través de todos los cambios en el sistema dominante de estratificación social, los filósofos sociales siguieron manteniendo la idea fundamental de la doctrina de Cicerón, según la cual hacer dinero es degradante. Expresó la convicción de la aristocracia de los grandes terratenientes, de los cortesanos de los príncipes, de los militares y de los funcionarios. Tal era también el punto de vista de los literatos, ya vivieran como pobres en la corte de un gran soberano, o bien pudieran trabajar seguros como beneficiarios

¹⁰ Tadeusz Zielinski, *Cicero im Wandel der Jahrhunderte*, 4.ª ed., Leipzig 1929, p. 246.

¹¹ *Ibid.*, p. 248.

de prebendas eclesiásticas. La secularización de las universidades y la transformación de los puestos precarios de los literatos de corte en sinecuras subvencionadas sirvieron solo para agravar la desestima del intelectual beneficiario de un sueldo de profesor, estudioso o actor hacia el intelectual independiente, empeñado en mantenerse con los siempre escasos ingresos de sus escritos y de alguna otra actividad. Separados de su posición en la jerarquía de la Iglesia, del servicio público o del servicio militar, los intelectuales miraron despectivamente a los hombres de negocios, servidores de Mammon. A este respecto, tomaron la visión común a todos aquellos que en virtud de una renta procedente de la imposición son exonerados de la necesidad de ganarse la vida en el mercado. Este desprecio se transformó en rencor corrosivo cuando, con la expansión del capitalismo, los empresarios conquistaron grandes riquezas y estima popular. Sería, pues, un grave error pensar que la hostilidad que se siente hacia los empresarios y los capitalistas, hacia la riqueza y especialmente hacia los negocios y la especulación, y que hoy domina toda nuestra vida pública, la política y la literatura, deriva de los sentimientos de las masas. Es algo que brota directamente de la visión mantenida en los círculos de las clases cultas que desempeñaban un servicio público, gozaban de un salario estable y de un estatus políticamente reconocido. Este resentimiento es por tanto más fuerte *en una nación* cuanto más dócilmente esta se deja guiar por las autoridades y los funcionarios. Es más fuerte en Prusia y en Austria que en Inglaterra o Francia; y menos fuerte aún en Estados Unidos, y todavía menos en los dominios británicos.

El propio hecho de que muchas de estas personas que desempeñan servicios públicos estén relacionadas con hombres de negocios por lazos de sangre o de matrimonio, o ligadas por vínculos escolares o de conocimiento social,

exaspera todavía más estos sentimientos de envidia y de rencor. La sensación que tienen de que se encuentran en muchas formas por debajo del despreciable hombre de negocios genera en ellos complejos de inferioridad que sirven solo para intensificar el resentimiento de quienes han sido puestos fuera del mercado. Los modelos de mérito ético los plasma no el activo hombre de negocios, sino el escritor que vive *procul negotiis*. Un sistema de ética cuyos autores provienen de círculos de clérigos, de burócratas, profesores y oficiales del ejército, expresa solo disgusto y desprecio hacia empresarios, capitalistas y especuladores.

Estas clases cultas, rebosantes de envidia y odio, se hallan ahora ante una teoría que explica los fenómenos del mercado de una manera deliberadamente neutral con respecto a todos los juicios de valor. Las subidas de precios, el aumento del tipo de interés, la reducción de los salarios, que antes se atribuían a la avaricia y falta de corazón de los ricos, se explican ahora mediante esta teoría como reacciones completamente naturales del mercado a los cambios en la oferta y la demanda. Se demuestra también que la división del trabajo en un orden social basado en la propiedad privada es del todo imposible sin estos ajustes del mercado. Lo que se condenaba como una injusticia moral —en realidad como una ofensa punible— se considera ahora como un acontecimiento natural. Capitalistas, empresarios y especuladores ya no aparecen como parásitos y explotadores, sino como miembros de un sistema de organización social cuya función es absolutamente indispensable. La aplicación de criterios pseudo-morales a los fenómenos del mercado carece de toda justificación. A los conceptos de usura, ganancia injusta y explotación se les priva de toda relevancia ética y por tanto se convierten en conceptos carentes de significado. Finalmente, la ciencia de la economía demuestra con fría e irrefutable lógica que

los ideales de aquellos que condenan el modo de ganarse la vida a través del mercado son más bien vanos, que la organización socialista de la sociedad carece de sentido y es contraria a los fines a que tiende, y que por tanto la economía de mercado es el único sistema viable de cooperación social. No es extraño que en los círculos en que la ética culmina en la condena de toda actividad mercantil estas enseñanzas encuentren una vehemente oposición.

La economía ha refutado la idea de que la prosperidad debe venir de la abolición de la propiedad privada y de la economía de mercado. Ha demostrado que la omnipotencia de las autoridades, de la que se esperaban maravillas, es una mera ilusión, y que el hombre que se dedica a organizar la cooperación social, el *zoon politikón*, lo mismo que el *homo faber*, que dirige la naturaleza orgánica e inorgánica en el proceso de producción, no puede ir más allá de ciertos límites. También esto tenía que aparecer a los servidores del aparato de coerción, tanto los del *imperium* como los del *magisterium*, como un menoscabo de su prestigio personal. Se consideraban semidioses que hacían historia, o al menos asistentes de estos semidioses. Ahora se ven reducidos a no ser sino los ejecutores de una necesidad inalterable. Así como las teorías deterministas, aun prescindiendo de la condena de que eran objeto por parte de las autoridades eclesiásticas por motivos dogmáticos, chocaron con la oposición interna de quienes creían poseer el libre albedrío, también estas teorías han tenido que ajustar cuentas con la resistencia de los gobernantes y de quienes los siguen, que se sentían libres en el ejercicio de su poder político.

No se puede evitar la influencia de una ideología dominante. También los empresarios y los capitalistas cayeron bajo la influencia de las ideas éticas que condenan sus actividades. Por eso, con mala conciencia, tratan de eludir las

exigencias económicas derivadas de los principios éticos de los funcionarios públicos. El recelo con que consideran todas las teorías que contemplan los fenómenos del mercado prescindiendo de todo juicio ético no es menos sentida de como lo sea por parte de otros grupos. El sentido de inferioridad que embarga sus conciencias al sentir que sus actos son inmorales es con demasiada frecuencia más que compensado por exageradas formas de ética anti-crematística. El interés con que algunos millonarios, o hijos e hijas de millonarios, han tenido en la formación y dirección de los partidos socialistas de los trabajadores es un caso evidente al respecto. Pero incluso dentro de los partidos socialistas encontramos el mismo fenómeno. En definitiva, ¿no fue fruto de los esfuerzos y actividades de los dos empresarios Ernst Abbe y Walter Rathenau el que los líderes intelectuales del pueblo alemán condenaran el orden social basado en la propiedad privada de los medios de producción?

4. *Libertad y necesidad*

La última afirmación que la teoría del conocimiento puede hacer sin abandonar el sólido fundamento de la ciencia para abandonarse a vagas especulaciones sobre inútiles conceptos metafísicos es: los cambios en la realidad de hecho, tal como atestigua la experiencia, tienen lugar de un modo que nos permite percibir en el desenvolvimiento de las cosas unas leyes universales que no permiten excepciones.

Nosotros no somos capaces de concebir un mundo en el que las cosas no sigan un curso «según grandes leyes eternas e implacables». Pero hay muchas cosas que nos resultan claras. En un mundo así construido, no serían posibles ni el pensamiento humano ni la acción humana «racional».

Y por tanto, en semejante universo no podrían existir ni los seres humanos ni el pensamiento lógico.

Por consiguiente, debemos considerar la conformidad de los fenómenos del mundo con la ley natural como el fundamento de nuestra existencia humana y como la base última de nuestra condición. Pensar en ello no debería producirnos temor, sino que por el contrario debería confortarnos y despertar un sentimiento de seguridad, ya que solo así somos capaces de actuar —es decir tenemos poder para ordenar nuestra conducta de tal modo que puedan alcanzarse los fines a que aspiramos—, precisamente porque los fenómenos del mundo no están gobernadas por la arbitrariedad, sino por leyes de las que podemos tener un cierto conocimiento. Si no fuera así, estaríamos completamente a la merced de fuerzas que somos incapaces de conocer.

Solo podemos comprender las leyes que se revelan en los cambios de la realidad dada. Pero esa realidad en sí misma permanece siempre inexplicable para nosotros. Nuestra acción debe aceptarla como es. Sin embargo, ni siquiera el conocimiento de las leyes de la naturaleza hace por ello que la acción sea libre. Jamás podrá ir más allá de las insuperables barreras que le han sido impuestas. E incluso dentro de la esfera de lo permitido debe siempre afrontar los ataques de fuerzas incontrolables, del destino.

Nos topamos aquí con un singular hecho psicológico. Nos incomoda menos lo desconocido que se nos presenta en forma de fatalidad o destino que el resultado del funcionamiento de leyes que nos son conocidas. Pues lo desconocido es también inesperado. No podemos verlo llegar. Lo captamos cuando ya ha ocurrido. Pero podemos prever y esperarnos todo lo que deriva de una ley conocida. Si es hostil a nuestros deseos, se produce el tormento del desastre inminente que no podemos evitar. Resulta insoportable

pensar que la ley es inexorable y sin excepciones. Construimos nuestras esperanzas sobre el milagro de que esta vez, esta única vez, al contrario de todas las expectativas, el hecho puede no producirse. La esperanza en el milagro se convierte en nuestro único alivio, con el que resistimos al rigor de la ley natural y acallamos la voz de nuestra razón. Esperamos que un milagro desvíe el curso previsto de los acontecimientos que a nosotros nos parecen desagradables.

Se pensaba que en el terreno de la conducta humana, y por tanto también en el de la sociedad, los hombres eran libres de la inexorabilidad implacable y del rigor de las leyes; libres de lo que nuestro pensamiento y nuestra acción se habían visto forzados a reconocer desde mucho tiempo antes en la «naturaleza». Ya desde el siglo XVIII, la ciencia de la praxeología —especialmente su rama hasta ahora más desarrollada, la economía— permitió formular «leyes» también en este ámbito. Antes de reconocer que los fenómenos de la naturaleza siguen unas reglas, los hombres se sentían dependientes de seres sobrehumanos. Al principio se pensaba que estas divinidades poseían una completa libertad, es decir, que carecían de todo límite en su acción de intervención y omisión. Posteriormente se consideró que esto era patrimonio al menos de los soberanos, capaces de decretar excepciones a la ley de otro modo universal. De manera semejante, en el campo de las relaciones sociales, los hombres no conocían sino la dependencia respecto a autoridades y autócratas, cuyo poder sobre los demás parecía carecer de límites. Todo y cualquier cosa podía esperarse de estos grandes y nobles seres. Tanto en el bien como en el mal, no estaban sujetos a límites terrenales. Y podía pensarse que sus conciencias, atentas a las peripecias de la vida por venir, los frenarían en el uso del poder para fines nefastos. Este modo de pensar fue total y violentamente sacudido por la filosofía social individualista y

nominalista de la Ilustración. Esta reveló la base ideológica¹² de todos los poderes sociales y mostró que todo poder está limitado en sus efectos por el hecho de que todos los fenómenos sociales obedecen a leyes.

La oposición a todas estas enseñanzas fue todavía más fuerte que la resistencia a la doctrina según la cual la naturaleza está sometida a leyes. Las masas no quisieron enterarse del rigor inexorable de las leyes de la naturaleza y sustituyeron el dios de los teístas y de los deístas, que está sometido a la ley, por una divinidad libre de limitaciones, de la que puede esperarse alegremente misericordia y milagros. No pudieron permitir ser privadas de la fe en la ilimitada omnipotencia de las autoridades sociales. Y como también el filósofo se sorprendió a sí mismo esperando en el milagro, cuando se encontró en dificultades, la insatisfacción de su posición social le condujo a lanzar una reforma que, libre de toda barrera, pudiese conseguirlo todo.

Sin embargo, el conocimiento de la inexorabilidad de las leyes naturales se ha abierto tan largo camino en la mente de la gente, al menos en el público cultivado, que ve en las teorías de la ciencia natural un medio por el que puede alcanzar unos fines que de otro modo serían inalcanzables. Las clases cultas además están poseídas por la idea de que en el terreno social todo puede realizarse, siempre que se emplee suficiente fuerza y resolución. Por consiguiente, ven en las enseñanzas de las ciencias de la acción humana solo el deprimente mensaje de que mucho de lo que desean no es realizable. Se dice que las ciencias naturales muestran lo que podría hacerse y cómo podría hacerse, mientras que la praxeología muestra solo lo que no se puede hacer y

¹² La expresión «ideológica» se emplea aquí no en sentido marxista o en el que la entienden los sociólogos del conocimiento, sino en su significado científico.

por qué no puede hacerse. La ingeniería, que se basa en las ciencias naturales, es objeto de grandes elogios por doquier. Las enseñanzas económicas y políticas del liberalismo se rechazan, y la cataláctica, en la que se basan, se etiqueta de ciencia lúgubre.

Casi nadie se interesa por los problemas sociales a no ser impulsado por el deseo de ver la realización de reformas. En casi todos los casos, antes de empezar a estudiar la ciencia, cada uno ha decidido ya qué reformas precisas quiere promover. Solo algunos tienen el valor de reconocer que estas reformas no son viables y sacar de ello todas las consecuencias. La mayoría de los hombres tolera el sacrificio intelectual más fácilmente que el sacrificio de los propios sueños. No soportan que las propias utopías se empantanen en las ineludibles necesidades de la existencia humana. Lo que ardientemente desean es una realidad distinta de la presente. Lo que quieren es «el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad».¹³ Quieren ser libres de un universo cuyo orden no aprueban.

Conclusión

La rebelión romántica contra la lógica y la ciencia no se limita a la esfera de los fenómenos sociales y de las ciencias de la acción humana. Es una rebelión contra toda nuestra cultura y civilización. Tanto Spann como Sombart piden que se renuncie al conocimiento científico y volver a la fe y a las bucólicas condiciones de la Edad Media, y todos los alemanes que no se encuentran felices en el campo marxista están

¹³ Friedrich Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, 7.^a ed., Stuttgart 1910, p. 306.

de acuerdo con ellos, y los marxistas anhelan transformar de una vez su sobrio socialismo «científico» en un socialismo romántico y sentimental que agrade más a las masas.

A la ciencia se le reprocha que solo se dirija al intelecto, mientras se deja al corazón vacío e insatisfecho. Es dura y fría, mientras se pide calor. Ofrece teorías y técnicas allí donde se busca consuelo y comprensión. Y, sin embargo, nadie puede argüir que la satisfacción de las necesidades religiosas y metafísicas sea tarea de la ciencia. La ciencia no puede ir más allá de su propia esfera. Debe limitarse al desarrollo de nuestro sistema de conocimiento y con su ayuda emprender la elaboración lógica de la experiencia. De este modo pone los fundamentos en que la tecnología científica —y toda la política cae bajo este título en la medida en que es la tecnología del campo de los fenómenos sociales— construye su sistema. En modo alguno debe ocuparse la ciencia de la fe y la paz del alma. Los intentos de establecer metafísicas científicamente o de producir una especie de sustituto de la religión por medio de ceremonias «éticas» copiadas del culto religioso no tienen absolutamente nada que ver con la ciencia. Esta en modo alguno se ocupa de la trascendencia, de lo que es inaccesible al pensamiento y a la experiencia. No expresa una opinión favorable o desfavorable sobre doctrinas que se refieren solo a la esfera de lo metafísico.

El conflicto entre fe y conocimiento surge solo cuando la religión y la metafísica sobrepasan sus propios dominios y desafían a la ciencia en su propio campo. Lo hacen en parte por la necesidad de defender el dogma que no es compatible con el conocimiento científico, pero más a menudo para poder atacar la aplicación de la ciencia a la vida, si esta no se ajusta a la conducta que estas prescriben. No es difícil comprender por qué, en tales condiciones, la economía subjetivista es atacada más violentamente.

No deberíamos pasar por alto el hecho de que actualmente no solo las masas, sino también el público culto —los llamados intelectuales— no están del lado de la ciencia en esta controversia. Para muchos esta posición puede ser una verdadera necesidad. Pero muchos otros justifican su punto de vista sosteniendo que representa la «ola del futuro», que no se puede apartar de lo que las masas desean ardentemente, que el intelecto debe humildemente inclinarse ante el instinto y la simplicidad de la emoción religiosa. De modo que el intelectual se excluye voluntariamente. Lleno de amargura, renuncia a su papel de líder y se considera uno de tantos. Esta inversión de papeles por parte de aquellos que se consideran los portadores de la cultura ha sido con mucho el acontecimiento histórico más importante en las últimas décadas. Con verdadero horror somos ahora testigos de la maduración de los frutos de esta política de abdicación del intelecto.

En todo tiempo, los pioneros del pensamiento han sido pensadores solitarios, pero nunca la posición del científico ha sido más solitaria que en el campo de la economía moderna. El destino de la humanidad —el progreso por la vía que la civilización occidental ha seguido durante miles de años, o una rápida inmersión en un caos del que no hay salida y del que ninguna nueva vida tal como la conocemos jamás se desarrollará— depende de la persistencia de esta condición.

7. *La controversia sobre la teoría del valor*¹

Nos hemos reunido aquí para discutir una cuestión de teoría económica. Pero ante todo debemos ponernos de acuerdo sobre los principios. En caso contrario, todo intento de comprensión mutua está desde el comienzo destinado al fracaso.

Siguiendo las huellas de Kant, debemos rechazar el dicho común: «Podría ser verdadero en teoría, pero no en la práctica». Aunque no creo que este punto precise de ulterior elaboración, lo menciono en todo caso porque en la última reunión plenaria de nuestra asociación el término «teórico» fue empleado por uno de los oradores con un cierto aire de desprecio, sin que inmediatamente surgiera desacuerdo alguno.

Por nuestra parte, entendemos que para desarrollar una discusión cualquiera es muy importante reconocer un principio que Kant no firmó explícitamente, pero que sin duda —como todos sus predecesores— aceptó de manera implícita. Debemos dar por descontado que la estructura lógica del pensamiento humano es inmutable a lo largo del tiempo

¹ Discurso pronunciado para la introducción a la discusión del problema de la teoría del valor, el 30 de septiembre de 1932, en Dresde, ante el grupo organizado por el *Verein für Sozialpolitik, Schriften des Verein für Sozialpolitik*, vol. CLXXXIII.

y es la misma para todas las razas, naciones y clases. Sabemos que la mayoría de los alemanes —incluso la mayoría de la clase culta— no comparte este punto de vista. Y creo que también puede decirse que la mayoría de los estudiantes de economía de nuestras universidades escuchan hoy lecciones en que esta idea se refuta. Si queremos estudiar praxeología y economía, no podemos menos de ocuparnos de doctrinas que sostienen que factores temporales, raciales o de «clase» determinan el pensamiento abstracto.

Sin embargo, la discusión de tales ideas solo puede tener sentido para aquellos de nosotros que dan por supuesto que la lógica y el pensamiento son independientes del tiempo, la raza, la nacionalidad y la clase. Los que sostenemos este punto de vista podemos intentar llevar a sus últimas conclusiones y examinar la validez de las objeciones de aquellos que afirman que el pensamiento está condicionado por la posición social del pensador. Pero quienes sostienen tales doctrinas no pueden discutir con nosotros las críticas que dirigimos contra ellos sin que al mismo tiempo abandonen su propio punto de vista.

Esto no es menos cierto respecto a las discusiones relativas a los fundamentos del conocimiento praxeológico que en la discusión de los problemas particulares de nuestra ciencia. En todo caso, queremos tratar de la ciencia, no de los juicios individuales; de las cuestiones relativas al conocimiento, no a la volición; de lo que es, no de lo que debe ser. Si queremos discutir la teoría del valor, no debemos hacerlo de modo que permita a alguien justificar su propia posición con consideraciones relativas a la nación, a la raza o a la clase. Y ciertamente no podemos tolerar reproches que hagan referencia a la clase o determinación racial del punto de vista opuesto, como la familiar caracterización de la teoría del interés de Böhm-Bawerk, presentada como la teoría de la feacia ciudad de Viena, o la teoría subjetivista

del valor como la economía política del *rentier*. Dejemos que el marxista, si puede, «desenmascare» a Böhm-Bawerk como el representante de los «estudiantes en busca de diversión» y de «oficiales brillantes, pero siempre angustiados por la falta de dinero». ² Pero que luego revele su descubrimiento a los que considera compañeros de clase, no a nosotros, que a sus ojos somos solamente gente divertida, feacios, rentistas, o acaso algo aún peor.

Un marxista —y por tal entiendo no solo los miembros de un partido que juran por Marx, sino a todo aquel que apela a Marx en sus ideas referentes a las ciencias de la acción humana— que se aviene a discutir un problema científico con interlocutores que son compañeros de su propia clase ha renunciado al primero y más importante principio de su teoría. Si el pensamiento está condicionado por la posición social, ¿cómo podrá él comprenderme y yo comprenderle a él? Si existe una lógica «burguesa» y una lógica «proletaria», ¿cómo podré yo, «burgués», llegar a un acuerdo con él, «proletario»? Quien tome en serio el punto de vista marxista debe pretender una completa división entre la ciencia «burguesa» y la ciencia «proletaria». Y lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, para quienes consideran que el pensamiento está determinado por la raza o por la nacionalidad. El marxista no puede contentarse con separar las clases como en una competición atlética, con una olimpiada «burguesa» y otra «proletaria». Tiene que afirmar esta separación sobre todo en la discusión científica.

La inutilidad de muchos de los debates que han tenido lugar en la *Verein für Sozialpolitik*, lo mismo que en la *Gesellschaft für Soziologie*, debe atribuirse sobre todo al hecho de haber olvidado este principio. En mi opinión, la

² Véase Totomianz, *Geschichte der Nationalökonomie und des Sozialismus*, 2.ª ed., Berlín 1929, p. 132.

posición del marxismo dogmático es errónea, pero la de los marxistas que entran en discusiones con los representantes de la que ellos llaman «ciencia burguesa» es confusa. El marxista coherente no trata de refutar a quienes llama «burgueses». De lo que trata es de destruirlos física y moralmente.

El marxista sobrepasa los límites que él mismo pone con su aceptación del marxismo, si toma parte en nuestra discusión sin comprobar primero la procedencia de clase de sus interlocutores. El corazón del marxismo es la doctrina según la cual el pensamiento está determinado por la pertenencia de clase. No podemos olvidar a placer esta doctrina, haciendo de ella un uso ocasional cuando es necesario o cuando nos conviene. Sin la concepción materialista de la historia, la economía marxista no sería más que un enrevesado sistema ricardiano. Desde luego, nadie niega que también deberíamos discutir las ideas de Ricardo si se tratara de juzgar su teoría del valor.

Ciertamente no es objeto de una discusión como la nuestra minimizar o atenuar en modo alguno la diferencia que existe entre nuestros puntos de vista. En los comicios políticos podría parecer deseable atenuar lo más posible la oposición entre las distintas escuelas de pensamiento. El motivo de semejante táctica, determinar una acción unitaria, solo podría aceptarse si todos estuviéramos realmente de acuerdo. Pero nuestra motivación no es la acción, sino el conocimiento. Y solo la claridad y la distinción, nunca los compromisos, favorecen el conocimiento. De ahí que debamos poner de relieve lo más posible cuanto nos divide.

Hecho esto, llegaremos a un resultado más importante. Descubriremos que sobre el tema que hoy estamos tratando existen y deben existir menos posiciones que las representadas por las etiquetas y por los partidos.

La tarea que nos hemos fijado consiste en la explicación de los fenómenos del mercado. Deseamos indagar las leyes

que determinan la formación de las relaciones de cambio de bienes y servicios, es decir, la formación de los precios, salarios y tipos de interés. Sé que también esto ha sido rechazado. La Escuela histórica cree que no puede haber leyes económicas universalmente válidas y que por tanto no tiene sentido buscarlas. Los precios, se dice, se forman no obedeciendo a leyes «económicas», sino por las condiciones del poder social.

Es claro que también hay que analizar este punto de vista si se quiere hacer economía completa. Y todos conocemos las obras inmortales y prestigiosas de Menger, Böhm-Bawerk y otros, en las que ese análisis se ha intentado. Sin embargo, no se pueden tratar al mismo tiempo todos los problemas científicos. En la conferencia de Wurzburg nos ocupamos de la supuesta imposibilidad de una ciencia económica. Pero este tema no debería ser tomado en consideración hoy, si no queremos que nuestra discusión se aparte del tema que hemos acordado.

El tema es la teoría del mercado, y el punto por el que debemos comenzar es la pregunta: ¿Es necesario construir una teoría especial del valor como base de la teoría de la determinación de los precios?

En la teoría del valor tratamos de atribuir la formación de los precios a factores que intervienen no solo en una sociedad que conoce la propiedad privada y por consiguiente el mercado, sino en toda sociedad imaginable, incluso en la economía autosuficiente donde no se dan intercambios interpersonales, como en la economía de la familia aislada, por una parte, y en la economía de una sociedad socialista, por otra. Nos preguntamos si estos dos tipos de sistemas económicos —la economía aislada y autosuficiente y la economía colectivista— son meras construcciones imaginarias o son también históricamente realizables. Cassel malentendió el valor de este planteamiento considerando

que se emplea con la intención de estudiar la sociedad primitiva como caso más sencillo de la acción económica y proceder ulteriormente —con engaño, según Cassel— al estudio de una economía monetaria, considerada como más compleja.³ Por medio de esta construcción imaginaria, queremos estudiar no lo más simple o lo más primitivo, sino el caso más general y no tanto para proceder a los casos históricamente subsiguientes o más complicados, sino a los más especiales. Y no queremos dar por descontados la existencia y el uso de dinero, como hace Cassel. Por el contrario, queremos exponer la función del dinero, mediante el caso más general de una economía sin dinero.

La cataláctica cumplió su función solo cuando triunfó en este proceso de generalización, solo cuando atribuyó la formación de los precios al punto en que el actor realiza su elección y pronuncia su decisión: prefiero A a B.

Pero también aquí se detiene la economía. No indaga lo que está detrás de las decisiones de los sujetos que actúan, el por qué actúan precisamente como lo hacen y no de otro modo. Esta autolimitación por parte de la economía no es arbitraria. Tiene su justificación en el hecho de que los motivos que los hombres tienen para actuar no son significativos para la formación de los precios. No tiene importancia el que la demanda de armas provenga de hombres que están de parte de la ley y del orden o de criminales o revolucionarios. Lo único decisivo es que existe una demanda de un determinado volumen. La economía se distingue de la psicología por el hecho de que los sucesos psíquicos que han llevado a una acción carecen de importancia para ella.

Se ha observado repetidamente que el término «valor» es ambiguo. Nadie lo niega ni lo ha negado jamás. Todo

³ Cassel, *Grundgedanken der theoretischen Ökonomie*, Leipzig 1926, p. 27.

economista que ha empleado este término ha intentado eliminar la ambigüedad de la palabra «valor» mediante una definición rígida, capaz de satisfacer las exigencias del trabajo científico. La afirmación de quien considera que la economía moderna no se ha empeñado en esta tarea con todo el rigor necesario debe ser, pues, enérgicamente rechazada. Si se toma en consideración la literatura, Cassel se equivoca bastante cuando sostiene que las nociones de «valor de uso» y «valor de cambio» son un ejemplo de la ambigüedad del concepto de valor.⁴ Por lo menos desde mediados del siglo XVIII —y por tanto desde que existe un cierto tipo de teoría económica— los economistas establecen una distinción entre estos dos conceptos. Una diferencia de opinión respecto a su importancia en la explicación de los fenómenos de mercado no tiene nada que ver con la supuesta ambigüedad de la idea de valor. No se puede afirmar que la economía moderna no ha sido capaz de dar plena claridad a su concepto de valor. Por eso es necesario que Cassel, Gottl y los demás demuestren sus acusaciones mediante una exhaustiva crítica de los autores modernos.

Por desgracia, hay que repetir que la mayoría de las críticas que reiteradamente se lanzan contra la moderna teoría del valor se basan en un grosero malentendido o se refieren a dificultades hace tiempo superadas y que pertenecen a un estadio anterior del desarrollo de la teoría. Simplemente, no puede ignorarse la ciencia de los últimos cuarenta años. No se podemos estar satisfechos con una apresurada consideración de Menger o Böhm-Bawerk; hay que estar también familiarizados con Pareto y haber leído a Cuhel y Strigl, por no mencionar las obras más recientes en este campo. La crítica de Cassel a algunos aspectos de la exposición de Menger y Böhm-Bawerk (que él hizo hace 33

⁴ *Ibid.*, p. 24.

años)⁵ está en parte justificada, si bien sus argumentos positivos están completamente equivocados. Cassel se equivoca cuando piensa que su crítica se refiere no solo a la forma de la exposición, sino también a la sustancia de la teoría. Y es imperdonable que todavía hoy siga aferrado a sus errores e ignore la literatura científica de la última generación. Todo lo que Cassel tiene que decir sobre el problema de la medida del valor es insostenible, porque no toma en consideración los resultados obtenidos en los últimos decenios.

Pero la crítica más reciente y vehemente de la teoría subjetivista del valor proviene del colectivismo. Spann sostiene que la conducta de una familia solo puede cambiar «si antes han cambiado la producción, los pagos, el transporte, el consumo, etc.; en otras palabras, solo si la totalidad de la economía, entendida en sentido estricto, ha sufrido previamente un cambio. Por tanto, ningún elemento particular puede concebirse como variable independiente.⁶ La experiencia diaria contradice esta idea. Cuando cambio el curso habitual de mi conducta y empiezo a consumir menos carne y más vegetales, por ejemplo, esto tiene un efecto sobre el mercado. El cambio tiene origen en mí y no se basa en el supuesto de que el consumo ha cambiado con anterioridad. En efecto, el cambio en el consumo consiste precisamente en el hecho de que yo cambio mi consumo. Que esto produzca consecuencias en el mercado únicamente cuando el que cambia las propias costumbres de consumo no es un hombre singular sino muchos es una cuestión cuantitativa, que nada tiene que ver con el problema principal.

⁵ Véase Cassel, «Grundriss einer elementaren Preislehre», *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1889.

⁶ Véase la contribución de Spann al vol. CLXXXIII, parte I, p. 204, de la revista de la *Verein für Sozialpolitik*. Las contribuciones a este volumen se citarán a partir de ahora como *Schriftenband*, con el número de página.

Igualmente irrelevantes, bajo este aspecto, son los cambios generales del consumo que tienen una causa común —por ejemplo, un desplazamiento del consumo de carne a los vegetales, causado por un cambio en las ideas relativas a la fisiología de la nutrición—. Estos cambios se refieren a los motivos, y ya hemos dicho que los motivos están fuera de nuestro interés.

Lo que Spann indica claramente como las objeciones más importantes del colectivismo —el rechazo de la averiguabilidad cuantitativa de los cambios, de la mensurabilidad de las necesidades y de la cuantificación del valor— no puede ciertamente emplearse como argumento contra la teoría subjetivista del valor. El punto de partida de esta última —que Spann acepta siguiendo el ejemplo de Cuhel y Pareto en este punto— es precisamente el hecho de que los valores no miden sino que ordenan. Indudablemente, hay acciones únicas e irrepetibles, pero no se pueden ignorar los hechos de la experiencia humana hasta afirmar que toda acción es única, irrepetible y de carácter especial.⁷ Lo que realmente podemos observar es que ciertas acciones son consideradas como repetibles y reemplazables. Spann piensa que ha demostrado su afirmación cuando declara que una ópera de Mozart tiene ciertamente más valor —tiene un puesto superior— que una ópera de Flotow, pero que no se puede decir que sea diez veces y media más valiosa. Es una pena que un pensador tan dotado deba malgastar su ingenio con teorías que ya fueron criticadas mucho tiempo antes que él y refutadas por los fundadores de la teoría subjetivista del valor, y es igualmente deplorable que hasta ahora no haya considerado oportuno ocuparse de la literatura publicada en los últimos cuarenta años.

⁷ Véase Spann, *Schriftenband*, p. 217.

Todas las objeciones que Spann puede formular contra la teoría subjetivista del valor se desvanecen apenas se comparan con la simple circunstancia de que en su vida los hombres tienen que elegir a menudo entre varias posibilidades. La distinción de que habla Spann se manifiesta precisamente en el momento en que un hombre prefiere una concreta A a una concreta B; y nada más. El precio de mercado se forma como resultado de tales decisiones, tomadas por sujetos que efectúan intercambios en el mercado. Si la cataláctica parte del acto de elección, toma como punto de partida un hecho cuya existencia puede establecerse de un modo que excluye toda duda —un hecho que todo ser humano conoce y capta en su esencia, porque es él mismo el que actúa—. Si la cataláctica comenzara, como quiere Spann, con totalidades y construcciones imaginarias, su punto de partida se elegiría arbitrariamente. La totalidad y las construcciones imaginarias no son inequívocamente precisas, reconocibles y confirmables de tal modo que pueda estarse de acuerdo sobre su existencia o no. La totalidad y las construcciones imaginarias las ve Spann de manera muy distinta de como las ven los marxistas, y Coudenhove-Calergi no las ve como Friedrich Naumann.

Spann sin duda piensa que los conceptos de la teoría subjetivista del valor son elegidos arbitrariamente —por ejemplo, el concepto de «cantidad»—. Solo en sentido figurativo, sostiene, existe una «cantidad». «¿Qué unidad hay que tomar? ¿La unidad debe ser un saco de harina, una paca de algodón o un gramo, un trozo o un mechón?»⁸ No es necesario afrontar aquí la cuestión epistemológica de cómo debe formularse el concepto de «cantidad». Porque lo que aquí se discute no es esto, sino la cuestión relativa a la cantidad de la que debe partir la teoría del mercado. Spann

⁸ *Ibid.*, p. 222.

por desgracia no ve que la teoría subjetivista del valor responde a esta pregunta con la mayor precisión. Debemos siempre empezar por aquella cantidad que es objeto del preciso acto de elección que estamos considerando. Abandono, pues, con este breve comentario la cuestión, y no repito lo dicho sobre el valor total en mi *Teoría del dinero y el crédito*.⁹

Cuan Spann está en lo cierto sigue el camino marcado por la teoría subjetivista del valor. Cuando se opone a nuestra teoría, se encuentra envuelto en especulaciones metafísicas que a menudo le obstaculiza aun cuando en el fondo lleve razón —como, por ejemplo, al refutar los errores de quienes quieren convertir la economía en una ciencia matemática—. Pero no podemos tratar hoy esta cuestión. Si nuestra actual discusión tiene que ser fructuosa y demuestra que el *Verein für Sozialpolitik* es el lugar adecuado para debatir problemas económicos, entonces pienso que no habrá ninguna otra cuestión más urgente que la del método matemático. Pero no podemos despachar el tema de manera superficial. Hay que dedicar una preparación exhaustiva a su tratamiento, dedicándole un tiempo suficiente.¹⁰

Lamentablemente, nunca podremos llegar a un entendimiento con Spann, ya que el objetivo de todos sus trabajos es distinto del nuestro. Su objetivo es la determinación del precio correcto, es decir justo.¹¹ El percibe el fracaso de las viejas doctrinas precisamente en el hecho de que no tienden al mismo objetivo y por tanto no pueden conseguirlo. Nuestro objetivo es explicar las cosas como son, pues pensamos que esta es la única tarea que la ciencia puede emprender y la única cuestión sobre la que se puede lle-

⁹ Véase mi *Theory of Money and Credit*, cit., pp. 45-47.

¹⁰ En relación con el método matemático, véase *supra*, pp. 184 ss.

¹¹ Véase Spann, *Schriftenband*, p. 250.

gar a un acuerdo. El objetivo de Spann en cambio se dirige a explicar lo que debería ser. Pero si alguien piensa que existe algún deber ser distinto, el exponente del colectivismo se halla desarmado y solo puede repetir: considero que mi opinión es correcta y deseo considerar justas mis soluciones. Todo lo que el colectivismo puede decir a sus adversarios: sois simplemente inferiores y vuestra inferioridad os hace incapaces de conocer lo que es verdad y lo que es justo, a diferencia de mí que sí puedo. Es evidente que con puntos de vista tan profundamente distintos no puede haber una discusión científica útil.

Quien desee formarse una idea de la importancia de la teoría de la utilidad marginal solo debe fijarse en una de sus exposiciones contenidas en cualquier libro de texto corriente y ver cuántas ideas debemos a la moderna teoría subjetivista del valor. Tómense los libros más importantes sobre gestión comercial —por ejemplo, los libros de Schmalenbach— y se comprenderá la aportación del subjetivismo en esta materia. Deberá admitirse que hoy solo existe una teoría económica. Lo cual se aplica particularmente a los países de lengua alemana.

Durante mucho tiempo, la solución del problema fundamental de la cataláctica fue obstaculizada por la aparente antinomia del valor. Mientras no se superó esta dificultad, no pudo construirse una teoría completa del valor y de la determinación de los precios que, partiendo de la acción del individuo, pudiera proceder a la explicación de todos los fenómenos del mercado. La teoría de la economía moderna empieza con la solución de la paradoja del valor por parte de Menger, Jevons y Walras. No hay ningún periodo en la historia más importante que aquel en que operaron estos pensadores. Con mayor claridad hoy de lo que fuera posible hace una generación, reconocemos que el trabajo de los economistas clásicos no fue inútil y que la sustancia de lo

que consiguieron formular podría muy bien ser incorporada al sistema moderno. En la teoría del valor, la oposición entre subjetivismo y objetivismo, entre teoría de la utilidad y teoría del coste, no ha perdido nada de su evidencia. La vemos simplemente bajo otra luz, porque hemos encontrado el lugar que hay que asignar, en el sistema integral de la economía subjetivista, a un nuevo concepto de coste.

En la doctrina clásica, la teoría del dinero ocupa una posición separada. Ni Ricardo ni sus sucesores consiguieron ofrecer una explicación de los fenómenos de mercado en que los mismos principios empleados para explicar la adecuación de las relaciones en el intercambio directo pudieran emplearse para los precios monetarios. Si se parte de una determinada teoría del coste como la de los economistas clásicos y se acepta la teoría obrera del valor, no se puede ciertamente ahondar en el problema del cambio indirecto. De este modo, la teoría del dinero y del crédito, y por tanto también la del ciclo económico, asumen una posición sorprendentemente separada. El triunfo de la teoría subjetivista del valor ha colmado esta separación. Ha conseguido desarrollar la teoría del cambio indirecto, en armonía con la del cambio directo, sin necesidad de acudir a la ayuda de hipótesis suplementarias respecto a las contenidas en los conceptos fundamentales de su sistema. Con la desaparición de la distinta posición de la teoría del dinero y el crédito, ha desaparecido también la separación de la teoría del ciclo. Pero también aquí debemos observar que la teoría subjetivista del valor ha recibido el mayor beneficio de la herencia intelectual recibida de los economistas clásicos. La moderna teoría del crédito y la moderna teoría de los ciclos pueden considerarse realmente como sucesoras de la teoría de la circulación monetaria, que por su parte se basa en las ideas de Ricardo.

En el ámbito de la moderna economía subjetivista es habitual distinguir varias escuelas. Nosotros por lo general hablamos de Escuela austriaca, de la anglo-americana y de la Escuela de Lausana. El texto de Morgenstern¹² que tenéis delante de vosotros señala casi todo lo que es necesario decir sobre el hecho de que estas tres escuelas difieren solo en el modo de expresar la misma idea fundamental y que están por tanto divididas más por su terminología y peculiaridades en la exposición que por la sustancia de sus enseñanzas.

Se ha afirmado repetidamente que no existe una economía sino varias. Sombart menciona tres, y otros afirman que conocen más. Y muchos llegan a decir que hay tantas formas de economía como de economistas. Tal afirmación es errónea, igual que la declaración de Sombart de que la economía no sabe cuál es su dominio en el *globus intellectualis*. Sobre este punto no puede haber discusión: solo los problemas de la cataláctica constituyen el campo de nuestra ciencia. Nos encontramos con ellos y debemos resolverlos. Ciertamente, el historicismo discute todo esto, pero solo en principio. Apenas comienza el estudio de la historia económica define su esfera. Y de toda la gama de fenómenos históricos toma en consideración tan solo los de la cataláctica.

Tenemos, pues, una única teoría para la solución de los problemas económicos, aunque esta hace uso de varias formas de expresión y aparece bajo diversas formas. No puede negarse que existen varios adversarios de esta teoría, que la rechazan o sostienen que pueden enseñar algo totalmente diverso. Este hecho de que distintos pensadores, como Cassel, Otto Conrad, Diehl, Dietzel, Gottl, Liefmann, Oppenheimer, Spann y Veblen crean que tienen que combatirla

¹² *Schriftenband*, pp. 3 ss.

hace necesaria la discusión. Su objetivo es la clarificación, a través de una neta y precisa formulación, de los puntos en que no estamos de acuerdo. No votaremos al final de nuestro debate. Tomaremos nuestros caminos separados, faltarán las conversiones, pero no las advertencias. Si la conferencia de hoy y la futura publicación de sus resultados ayudan a los jóvenes economistas en su formación, habremos obtenido lo máximo que una iniciativa de este género puede conseguir.

El presidente de la subcomisión me ha encargado de abrir la discusión. No me considero como alguien que ha leído una ponencia en un seminario. Por esta razón, no presentaré un resumen. Sería bastante inútil hacerlo en una conferencia como la nuestra. Si las circunstancias lo permiten, respetaré el privilegio debido a cada uno de los presentes de tomar parte en la libre discusión. Ya sé que mis declaraciones de apertura no son neutrales y que los adversarios de la teoría subjetivista del valor las consideran partidistas. Pero quizás también ellos estén de acuerdo conmigo sobre un punto de la conclusión: ¿No es notable que esta teoría, que se condena y sentencia como una herejía en los países de lengua alemana, que se ha declarado muerta mil veces, a pesar de todo esto, siga ocupando el centro del debate científico? ¿No es sorprendente que las ideas de Menger y Jevons sigan suscitando un interés general, mientras que todos sus contemporáneos hace ya mucho tiempo han sido olvidados? ¿Hay alguien que quiera mencionar con la misma fuerza que Gossen, Menger o Böhm-Bawerk el nombre de aquellos contemporáneos suyos que a lo largo de su vida fueron mucho más famosos? Si todavía hoy se publican libros dedicados a luchar contra las ideas de Menger y Böhm-Bawerk, estos desarrollaron realmente un gran trabajo. Sus teorías, dadas por muertas repetidamente, siguen vivas. Y la prueba de que viven está

precisamente en el hecho de que aún tienen adversarios. ¿No pensaremos entonces que es luchar contra molinos de viento el que alguien decidiera dedicar sus esfuerzos a refutar teorías hace tiempo muertas de los contemporáneos, entonces tan famosos, de estos pensadores? Si es cierto que la importancia de un autor consiste en su influencia sobre la posteridad, entonces los fundadores de la teoría de la utilidad marginal han alcanzado una importancia con mucho mayor que todos los demás economistas del periodo post-clásico. Actualmente, quien intenta tratar los problemas de la economía no puede evitar enfrentarse con la muy discutida teoría subjetivista del valor. En este sentido, podemos considerarla la teoría dominante, a pesar de la circunstancia de que quien la haga propia en los países de lengua alemana tenga que prepararse para soportar mucha hostilidad y acaso algo peor.

El índice más singular de una doctrina surge cuando se convierte en blanco de muchos ataques. La Escuela de la utilidad marginal demuestra su influencia sobre la mente de los hombres suscitando su libre crítica.

8. *Capital no convertible*

1. *La influencia del pasado sobre la producción*

Con toda nuestra reserva sobre la habilidad tecnológica de nuestros actuales conocimientos geográficos, imaginemos que emprendemos la reordenación de la superficie terrestre, de tal modo que luego podamos estar en condiciones de obtener la mayor ventaja de la distribución natural de las materias primas. Y supongamos también a este fin que toda la dotación de capital del presente esté a nuestra disposición bajo una forma que nos permita invertir del modo que nos parezca más conveniente para el fin perseguido.

En tal caso, el mundo ofrecería un aspecto considerablemente distinto del que hoy presenta. Muchas zonas estarían mucho menos pobladas, mientras otras estarían pobladas más densamente de como están ahora. Terrenos que hoy se cultivan se dejarían baldíos, mientras que otros territorios, ahora en estado de abandono, serían cultivados. Muchos yacimientos mineros que ahora son explotados dejarían de serlo. Habría un número menor de fábricas y se emplearía solo la maquinaria más moderna. La geografía económica y comercial debería reescribirse por completo y muchas máquinas y tipos de instalaciones que todavía se usan estarían solo en los museos.

El hecho de que la situación actual no corresponda al cuadro ideal que construimos con ayuda de nuestro conocimiento tecnológico y geográfico ha sido objeto de crítica

repetidamente. La circunstancia de que la producción no haya sido «completamente racional» se considera como signo de atraso y derroche, hostiles al bienestar general. La ideología dominante atribuye al capitalismo la responsabilidad de todos los males, ve en esta situación un nuevo argumento a favor del intervencionismo y del socialismo. Por doquier se organizan comisiones y consejos «para el uso eficiente de los recursos». Una abundante literatura se ocupa de la cuestión relativa a «la utilización más eficiente de los factores de producción», y «hacer más racional la economía» se ha convertido en uno de los clichés más populares en la actualidad. Sin embargo, el análisis dedicado a este tema apenas roza los problemas que se discuten.

Ante todo, la cataláctica debe tomar como base de su razonamiento la proposición según la cual el «capital puro», en el sentido de Clark, es móvil, pero no lo son los bienes de capital individuales.¹ Los bienes de capital y los factores materiales de producción constituyen grados intermedios en el largo camino hacia la meta final —los bienes destinados al consumo—. Si en el curso de la producción se producen cambios en los objetivos del empresario, causados por un cambio en los datos del mercado, el producto intermedio ya disponible no siempre puede emplearse para alcanzar estas nuevas metas. Esto se aplica a los bienes pertenecientes tanto al capital fijo como al capital circulante, aunque en mayor medida a los primeros. El capital tiene movilidad en cuanto es tecnológicamente posible transferir los bienes de capital individuales de un sector de producción a otro o de un lugar a otro. Cuando esto no es posible, el «capital puro» puede ser transferido de un sector a otro o de un lugar a otro simplemente renunciando a

¹ Véase John Bates Clark, *The Distribution of Wealth*, Nueva York 1908, p. 118.

reemplarlo a medida que se agota o produciendo en su lugar, en cualquier otra parte, otros bienes de capital.

De acuerdo con el objetivo de nuestra indagación, nos ocuparemos aquí de la cuestión relativa a la movilidad de los bienes que forman parte del capital circulante. Por el momento, al tomar en consideración la movilidad del capital fijo, dejaremos a un lado el caso de una disminución de la demanda relativa al producto final. Dos interrogantes debemos plantearnos: cuáles son las consecuencias de la limitación de la convertibilidad del capital fijo, en el caso de un cambio en las condiciones que determinan la ubicación de las industrias, o en el caso del progreso tecnológico.

Consideremos primero el segundo caso, que es el más sencillo. Llega al mercado una nueva máquina más eficiente que las empleadas en el pasado. Si las fábricas equipadas con las viejas y menos eficientes máquinas se liberarán o no de estas, a pesar de que todavía prestan un servicio, dependerá del grado de superioridad de la nueva máquina. Solo si esta superioridad es bastante grande y compensa el nuevo gasto exigido, resulta conveniente económicamente desechar la vieja maquinaria. Supongamos que p es el precio que puede obtenerse con la venta de la vieja máquina como chatarra, a el coste de producir una unidad del producto con la vieja máquina y b el coste con la nueva máquina. Supongamos también que la ventaja de la nueva máquina consiste solo en una mejor utilización del capital circulante —por ejemplo, un ahorro en la mano de obra— y no en una mayor cantidad de producto, pues la producción anual sigue siendo la misma. La sustitución de la vieja máquina por la nueva es entonces ventajosa si el rendimiento $z(a-b)$ es lo suficientemente grande y compensa el gasto de $p - q$. Podemos dejar a un lado el tema de la amortización, suponiendo que las cuotas anuales se equivalen. Se puede por consiguiente producir la circunstancia de que

las fábricas equipadas con el modelo más viejo pueden competir con el modelo mejor y más reciente. Algo que puede confirmar todo hombre de negocios.

La situación es exactamente idéntica en el primer caso. Cuando son accesibles condiciones naturales de producción más propicias, las fábricas cambian de sede solo si la diferencia en el beneficio neto supera el coste del traslado. Lo que convierte a esto en un caso especial es el hecho de la presencia de obstáculos que impiden la movilidad del trabajo. Si no emigran también los trabajadores y si no hay trabajadores disponibles en las regiones favorecidas por la naturaleza, entonces tampoco puede emigrar la producción. Pero no es necesario insistir más sobre este punto, ya que aquí solo nos interesa la cuestión de la movilidad del capital. Solo debemos precisar que la producción puede cambiar de lugar (deslocalización) incluso con mano de obra perfectamente móvil, solo si se satisfacen las condiciones señaladas en el punto anterior. Lo cual es repetidamente confirmado por la experiencia.

Por elección del lugar y por prestación tecnológica, las nuevas fábricas parecen ser más eficientes que las ya existentes. Pero, en ambos casos discutidos, los bienes de capital producidos en determinadas circunstancias del pasado hacen que parezca antieconómico el método de producción tecnológicamente más avanzado. La historia y el pasado tienen aquí algo que decir. Un cálculo económico que no los tuviera en cuenta sería defectuoso. Nosotros no somos solo de hoy, sino que somos también herederos del pasado. Nuestra riqueza nos es legada, lo cual tiene sus consecuencias. Lo que está en juego no es la presencia de factores irracionales en la racionalidad de la actividad económica, como acaso tenderíamos a decir si siguiéramos en la ciencia una moda ciertamente no recomendable. No estamos ante un caso de supuestos motivos «no económicos». Al

contrario, es precisamente una estricta racionalidad la que induce al empresario a proseguir la producción en un lugar desventajoso y con una maquinaria obsoleta. Sería pues un error hablar a este respecto de «síntomas de fricción». Este fenómeno puede muy bien describirse como efecto de la influencia del pasado sobre la producción.²

Si se mantienen las máquinas tecnológicamente obsoletas, o si la producción continúa en un lugar desfavorable, podrá ser todavía ventajoso invertir nuevo capital en estas fábricas para incrementar su eficiencia hasta donde lo permita la situación. Un agregado de producción que parece tecnológicamente superado puede seguir compitiendo con éxito todavía durante mucho tiempo.

El punto de vista meramente tecnológico, que prescindía de la consideración de la influencia del pasado, considera inexplicable qué métodos de producción superados puedan seguir existiendo junto a métodos más avanzados. Todo intento de explicación ha sido inútil. Pero esto no debe inducirnos a pensar que utilizar factores del pasado para explicar las condiciones actuales sea algo particularmente apreciado por la Escuela histórica. También aquí esta ha fracasado completamente. Ha conseguido encontrar nada menos que municiones para atacar al capitalismo, algo indudablemente ya decidido.

Todo esto resulta muy oportuno para los socialistas de todas las especies. Por una parte, ha ido creciendo la conciencia de que, para mantener la mejora de las condiciones de todos, el socialismo debería haber sido más eficiente

² La influencia del pasado actúa también en los dos casos que no hemos tomado en consideración: el del límite a la movilidad del capital circulante y el de la disminución de la demanda del producto final. Pero no es necesario ahondar más, porque la relación ya es evidente. Igualmente sencilla es la aplicación a los «bienes duraderos» en el sentido de Böhm-Bawerk.

que el capitalismo. Por otra, ha resultado cada vez más claro que, en régimen de economía planificada, se ha producido un descenso de la productividad. Debido a que la gente se ha dado cuenta cada vez más de estos hechos, ha sido importante para los socialistas aportar argumentos con los que justificar la profecía de la abundancia de la sociedad socialista del futuro. A tal efecto, se ha insistido en que, bajo el capitalismo, existe aún y en todas partes un retraso tecnológico. Las instalaciones de algunas empresas, contempladas con referencia al marco ideal que ofrecen las empresas más avanzadas, se ha atribuido no a la influencia del pasado sobre la producción y a la penuria de capital disponible, sino a las insuficiencias del capitalismo, al que se contraponen la visión utópica de la economía planificada socialista. Se ha asumido sin la menor sombra de duda y como un hecho natural que bajo el socialismo todas las fábricas estarían equipadas con la maquinaria más moderna y ubicadas en los lugares más favorables, pero olvidando decir de dónde vendrían los recursos para su construcción y sus instalaciones.

El libro de Atlanticus-Balod es un ejemplo característico del modo de aportar una prueba engañosa de la mayor productividad del socialismo.³ Esta obra ha tenido una gran resonancia en el pasado reciente, precisamente porque combina de manera armoniosa el marxismo con el socialismo burocrático del funcionario público. El intento se realiza simplemente «para destacar de forma aproximada lo que podría realizarse con la ciencia y la tecnología actuales bajo las condiciones naturales de una sociedad de gestión socialista».⁴ Para apreciar el método con que se trata

³ Véase Atlanticus-Balod, *Der Zukunftsstaat, Produktion und Konsum im Sozialstaat*, 2.^a ed., Stuttgart 1919.

⁴ *Ibid.*, p. 1.

el tema anunciado con esta declaración, baste mencionar la afirmación de que en la agricultura alemana el estado socialista no tendría «otra cosa» que hacer que «reconstruir completamente todas las explotaciones agrícolas». En lugar de las explotaciones ya existentes, deberían crearse 36.000 explotaciones nuevas, cada una con aproximadamente 400 hectáreas de tierra laborable.⁵ Análogas medidas deberían tomarse también en la industria. La respuesta de Ballod a la pregunta sobre la obtención de capital es de un simplismo alucinante, como se desprende de su observación siguiente: «Así pues, no se discute que el Estado individualista debería pagar para la electrificación de los ferrocarriles. El Estado socialista puede hacerlo sin mayores dificultades»⁶. El libro, en su conjunto, no muestra atención alguna hacia el hecho de que la inversión de capital solo es posible dentro de ciertos límites; sin hablar de que, dada la penuria de capitales, sería el mayor derroche abandonar máquinas aún utilizables, recibidas del pasado, solo porque serían equipadas de otro modo si fueran hay proyectadas por primera vez.

Pero tampoco una comunidad socialista puede proceder de un modo diferente del de los capitalistas del orden económico basado en la propiedad privada. El dirigente de una economía socialista debe tener en cuenta el hecho de que los medios de producción disponibles son limitados. Antes de abandonar una fábrica para construir en su lugar otra más moderna, es preciso valorar minuciosamente si hay una necesidad más urgente a la que destinar los recursos que se precisan para la nueva fábrica. A lo que habría que añadir el hecho de que una comunidad socialista no puede hacer comparación alguna entre factores y

⁵ *Ibid.*, p. 69.

⁶ *Ibid.*, p. 213.

producción y entre costes y beneficios, ya que bajo el socialismo no es posible el cálculo económico. Y la imposibilidad del cálculo económico hace totalmente inviable una economía socialista basada en la división del trabajo. Una economía completamente socialista solo puede existir en la fantasía, no en la realidad. Si, a pesar de esto, se intenta describir el paraíso comunista mediante una construcción imaginaria, para evitar caer en estupideces que se contradicen entre sí hay que atribuir a la penuria del capital el mismo papel que desempeña en la vida económica del capitalismo.

En la práctica, el problema al que nos enfrentamos se nos presenta generalmente en la forma de oposición entre el punto de vista del hombre de negocios, que fríamente y mediante cálculos precisos analiza la rentabilidad de las inversiones, y el del ingeniero visionario que se declara a favor de la «fábrica tecnológicamente más perfecta», aunque no sea rentable en las circunstancias dadas. Allí donde triunfa el técnico puro, el capital se invierte mal, es decir, se derrocha.

2. La política comercial y la influencia del pasado

El tema de las industrias nacientes, propuesto a favor de los aranceles protectores, representa un intento ilusorio de justificar aquellas medidas sobre bases puramente económicas, es decir, evitando el recurso a las subyacentes consideraciones políticas. Es en todo caso un grave error no reconocer la motivación política que está detrás de la demanda de aranceles por parte de las industrias nacientes. Las mismas razones que se dan a favor de la protección de un producto nacional contra la competencia extranjera podrían formularse también a favor de la protección de una parte de

una gran área del comercio exterior, pero no contra la competencia interior, lo cual revela claramente la verdadera naturaleza de los motivos a que obedece el establecimiento de aranceles.

Ciertamente, puede suceder en algunos casos que la industria ya existente no esté ubicada en el mejor de los lugares ahora accesibles. Pero la cuestión consiste en saber si el traslado a un lugar más favorable ofrece ventajas suficientes para compensar el coste del abandono de las fábricas ya en funcionamiento. Si las ventajas son bastante grandes, entonces el traslado es ventajoso y se efectúa sin la intervención de la política aduanera. Si no es ventajoso por sí y se hace tan solo acudiendo al arancel, entonces este último ha originado un gasto de bienes de capital en la construcción de fábricas que de otro modo no habrían sido construidas. Estos bienes de capital no están ya disponibles, mientras que sí lo habrían estado si el Estado no hubiera intervenido.

Todo arancel lleva al despilfarro de capital. Con su protección, en efecto, nacen nuevas fábricas que de otro modo solo se construirían cuando las viejas demostraran que ya no son utilizables. Ciertamente, a los fanáticos de ambas partes del océano y que quieren «hacer racional la economía» todo esto no les interesa.

Con la protección de los aranceles —y otras medidas intervencionistas que producen el mismo resultado— surgen industrias en lugares donde el libre cambio no lo permitiría. Si todas las barreras aduaneras desaparecieran de golpe, estas fábricas serían malas inversiones. Resultaría entonces evidente que habría sido más práctico construirlas en lugares más favorables. Pero ahora están ahí, y se plantearía la cuestión de si deben ser abandonadas para organizar otras nuevas en lugares más ventajosos. La decisión se tomaría valorando si es o no este el uso más rentable para el empleo

de capital disponible para nuevas inversiones. Por consiguiente, el traslado de la producción desde los lugares en que se había realizado por la interferencia política a los lugares elegidos por una economía libre podría hacerse solo gradualmente. Los efectos de la política intervencionista seguirían presentes incluso después de su abandono y solo desaparecerían con el paso del tiempo.

Si un solo país eliminara sus aranceles, mientras todos los demás países siguen practicando el proteccionismo y manteniendo sus barreras a la importación, su economía sufriría un ajuste orientado hacia aquellos sectores productivos que ofrecen condiciones relativamente más ventajosas. Este ajuste exige la inversión de capital. La rentabilidad de este capital depende de nuevo de la diferencia entre los costes de producción de las empresas que se quiere abandonar y los de las nuevas empresas. Esta diferencia debe ser bastante grande y tal que justifique el gasto necesario para la construcción de nuevas instalaciones. También en este caso los efectos de la política proteccionista seguirían durante un periodo después de su abandono.

Todo cuanto hemos dicho respecto a la protección del comercio exterior también puede aplicarse en el caso de protección de un grupo de empresas nacionales contra otro. Si, por ejemplo, los impuestos favorecen a los bancos de depósito frente a los bancos comerciales, a las cooperativas de consumidores frente a los hombres de negocios, a los productores de alcohol frente a los productores industriales, a los pequeños comercios frente a las grandes superficies, se manifiestan aquellas mismas consecuencias que causa la protección de la industria nacional menos eficiente contra el más eficiente competidor extranjero.

3. *La mala inversión del capital*

La mala inversión de los bienes de capital puede producirse de varias maneras.

1. La construcción de una fábrica estaba justificada económicamente cuando se realizó. Ya no lo está, porque posteriormente se han conocido nuevos métodos de producción y porque hoy son posibles otras ubicaciones más favorables.
2. Aunque al principio fuera una nueva inversión, la fábrica se ha vuelto antieconómica por los cambios que se han producido en los datos del mercado, como, por ejemplo, un descenso en la demanda.
3. La fábrica fue antieconómica desde el principio. Fue posible solo gracias a las medidas intervencionistas que ahora se abandonan.
4. La fábrica fue antieconómica desde el principio: su construcción obedeció a una especulación equivocada.
5. La especulación equivocada (caso 4) que llevó a la mala inversión se debió a la alteración de los cálculos monetarios debidos a los cambios en el valor del dinero. Las condiciones de este caso se describen en la teoría monetaria del ciclo (la teoría del crédito a la circulación de las fluctuaciones cíclicas).

Si se reconoce la mala inversión y en todo caso resulta rentable continuar la actividad comercial porque los ingresos brutos superan los costes corrientes operativos, el valor contable de la fábrica generalmente desciende al punto correspondiente al valor ahora realizable. En el caso de que el desembolso necesario sea notable respecto al total del capital originariamente invertido, una empresa gestionada de forma societaria tendrá que proceder a una reducción

del capital. Cuando esto sucede, la pérdida causada por la mala inversión resulta visible y aparece en las mismas estadísticas. Su descubrimiento es todavía más fácil si la empresa quiebra completamente. Las estadísticas de las quiebras pueden proporcionar mucha información sobre este punto. Sin embargo, un número no despreciable de inversiones que no tienen éxito eluden los sondeos estadísticos. Las sociedades que tienen suficientes reservas ocultas disponibles pueden dejar a los accionistas, que en definitiva son la parte más interesada, completamente a oscuras del mal resultado de una inversión. Los gobiernos y las administraciones locales deciden hacer públicos sus errores solo cuando las pérdidas son muy cuantiosas. Las empresas que deben ofrecer un rendimiento público de sus actividades tratan de ocultar las pérdidas debidas a una mala inversión de capital fijo.

Debemos aún prestar especial atención a esta infravaloración, pues existe una prevalente actitud a sobreestimar la importancia del «ahorro forzoso» en la formación del capital. Esto ha llevado a ver en la inflación en general, y particularmente en la expansión del crédito determinada por una política bancaria fácil —es decir, de aquella política orientada a conceder créditos por debajo del tipo de interés fijado por el mercado— el factor responsable del aumento de la acumulación de capital, causa del progreso económico. A este respecto, podemos prescindir del hecho de que la inflación, aunque ciertamente puede inducir al «ahorro forzoso», no lo hace necesariamente; la realización de desplazamientos de riqueza y renta capaces de originar realmente aumentos de ahorro y la acumulación de capital dependen de los datos específicos del caso particular. La expansión del crédito pone en marcha el proceso que pasa a través de la prosperidad y el *boom* para acabar en la crisis y en la depreciación. La esencia de este proceso consiste en hacer posible una engañosa valoración del capital. Aunque si por

un lado se verifica una acumulación de capital superior a la que se habría producido sin la política de expansión del crédito, por otra parte el capital se pierde, porque sufre una errónea valoración que hace que se emplee en el lugar y del modo equivocados.

Que el aumento del capital sea un total igual o superior a las pérdidas es una cuestión de hecho. Los defensores de la expansión del crédito sostienen que en semejantes circunstancias hay siempre un aumento del capital, pero esto no puede afirmarse tan perentoriamente. Puede ser que muchas fábricas se construyan solo prematuramente, que no sean por su naturaleza malas inversiones y que si no hubiera habido ningún ciclo económico se habrían construido ciertamente más tarde, pero no de otro modo. También puede ocurrir que en los últimos sesenta u ochenta años, especialmente durante la prosperidad del ciclo, se han construido fábricas que se habrían construido más tarde —ferrocarriles y centrales eléctricas en particular— y que por tanto los errores cometidos se hayan compensado a través del tiempo. El rápido progreso de la tecnología del sistema capitalista hoy impone, sin embargo, tener presente que la época de construcción de una fábrica puede influir en su carácter técnico; una construcción más tardía debe tomar en consideración las innovaciones tecnológicas que se han producido mientras tanto. La pérdida que resulta de la prematura instalación de una unidad productiva es ciertamente mayor de lo que sostiene la opinión optimista de los defensores de la expansión del crédito. Muchas fábricas, cuya construcción obedece a la alteración de las bases del cálculo económico y que constituye la esencia del *boom* artificialmente puesto en marcha, jamás habrían nacido.

A determinar el total del capital disponible concurren el capital circulante, el capital de nueva formación y aquella parte del capital fijo amortizado y listo para la reinversión.

Una modificación en la relación entre capital circulante y capital fijo, si no está justificada por las condiciones del mercado, representa como tal una política equivocada. Por consiguiente, la cuota de capital circulante no solo debe mantenerse, sino que debe ser incrementada mediante la utilización del capital de nueva formación. Solo una parte bastante modesta, si se compara con el capital total, puede por tanto destinarse a nuevas inversiones fijas. Si se quiere valorar la importancia cuantitativa de la mala inversión de capital, hay que tener esto en cuenta. La comparación no debe hacerse con el total del capital, sino con el capital disponible para nuevas inversiones.

Sin duda, en los años que siguieron al estallido de la gran guerra, cantidades notables de capital fijo se invirtieron de manera equivocada. La parálisis del comercio internacional durante la guerra y la política de altos aranceles que prevaleció favorecieron la construcción de fábricas en lugares que ciertamente no ofrecían las condiciones más favorables para la producción. La inflación contribuyó a producir el mismo resultado. Estas nuevas fábricas compiten ahora con las construidas antes y generalmente en lugares más favorables —una competencia que solo pueden sostener con la protección arancelaria y con otras medidas intervencionistas—. Estas mismas malas inversiones se produjeron precisamente en un periodo en que la guerra, la revolución, la inflación y las diversas interferencias por parte de las autoridades políticas derrocharon una ingente cantidad de capital.

Si se quieren indagar todas las causas de los problemas actuales de la vida económica, no se pueden dejar a un lado todos estos factores. La circunstancia de que el capital haya sido invertido mal lo demuestra palmariamente el gran número que han sido cerradas completamente o que trabajan en un régimen inferior a su capacidad total.

4. *La adaptabilidad de los trabajadores*

El progreso económico en sentido estricto es obra de los ahorradores, que acumulan capital, y de los empresarios, que dirigen el capital hacia nuevos empleos. Los demás miembros de la sociedad se benefician ciertamente de las ventajas del progreso, pero no solo no contribuyen a él, sino que incluso le crean obstáculos. Como consumidores, reciben toda innovación con recelo, por lo que los nuevos productos en principio no pueden pedir los precios que podrían tener si los compradores tuvieran un gusto menos conservador; esta es la razón de los notables costes impuestos por la introducción de nuevos artículos. Como trabajadores, las masas combaten contra todo cambio en los métodos usuales de producción, aunque esta oposición solo raramente llega hoy al sabotaje abierto, por no hablar de la destrucción de las nuevas máquinas.

Toda innovación industrial debe tener en cuenta que chocará con la oposición de quienes no se adaptan a ella fácilmente. El trabajador carece precisamente de aquella agilidad mental que el empresario debe tener si no quiere sucumbir a sus competidores. El trabajador no puede, y con frecuencia no quiere, adaptarse a lo nuevo y hacer frente a lo que esto exige de él. Precisamente porque no posee esta habilidad es un empleado y no un empresario. Esta lentitud por parte de las masas constituye un obstáculo a toda mejora económica. Representa también el efecto de la influencia del pasado sobre la mano de obra entendida como factor de la producción; hay que tenerla también en cuenta en todo cálculo de las nuevas iniciativas. Si no se tiene en cuenta, se realizará una mala inversión, no distinta de la que se presenta en los casos en que la empresa resulta no rentable. Así pues, toda empresa debe adaptarse a la situación dada y no contar con la situación que idealmente quisiera.

Todo esto se aplica particularmente a las empresas ubicadas en regiones en las que no se encuentran trabajadores suficientemente cualificados. Pero también se aplica a aquellas que han sido ubicadas no con el fin de emplear a trabajadores de capacidad inferior; en efecto, apenas se observa esta inferioridad, aparece —es decir, cuando ya no está disponible— «la mano de obra de bajo coste». Una gran parte de la agricultura europea ha podido hacer frente a la competencia de los agricultores que se beneficiaban de un terreno mejor solo porque empleó como trabajadores a masas culturalmente atrasadas. A medida que la industria atraía a estos trabajadores y se iniciaba la «huida del campo», la paga de los trabajadores agrícolas fue aumentando. Por consiguiente, la rentabilidad de la gestión de estas explotaciones fue disminuyendo y las grandes cantidades de capital que habrían sido invertidas en ellas con el paso del tiempo resultaron mal invertidas.

5. El punto de vista del empresario sobre la mala inversión

La discusión anterior explica suficientemente la conducta del empresario individual y del capitalista particular ante las pérdidas que resultan de aquel empleo de capital que una persona dotada de un conocimiento completo de todas las circunstancias pertinentes hoy no haría. El modo en que los hombres de negocios y la prensa suelen discutir sobre estos asuntos difiere bastante de nuestra descripción. Mejor dicho, es solo el juicio del hombre de negocios el que difiere; su conducta, en cambio, se adapta completamente a lo que aquí se dice.

Supongamos que se haya hecho evidente que la capacidad de ganancia de una empresa disminuirá permanente-

mente en el futuro o que una disminución de los ingresos que hasta ahora se había considerado de carácter temporal se convierte en duradera. Este hecho se valora de maneras diferentes —particularmente en el caso de sociedades y otras organizaciones que proveen de forma colectiva a la formación de capital— según sea necesario registrar en los libros contables la pérdida de capital o que esto pueda evitarse porque el valor contable de las inversiones fijas no es mayor que el efectivo. No es necesario subrayar que esto nada tiene que ver con la decisión de abandonar o no la empresa en consideración de la nueva situación. Pero es evidente que lo que confiere gran importancia a la decisión de hacer evidentes las pérdidas o de ocultarlas son las consecuencias formulables en forma de juicio de los accionistas sobre la dirección responsable, de posible recurso al crédito y de la marcha de las cotizaciones de las propias acciones.

Se oye a menudo afirmar que, cuando una empresa llega a expulsar las inversiones, este mismo hecho le ofrece la posibilidad de entrar en competencia con otras empresas que trabajan en condiciones más ventajosas. Tampoco aquí la situación es distinta del caso que acabamos de mencionar. El valor contable de las inversiones fijas de una empresa no afecta para nada a la cuestión de su capacidad para hacer frente a la competencia. Lo único decisivo es si, una vez cubiertos todos los costes corrientes de funcionamiento y pagado el interés sobre el capital circulante, quedan aún algunos ingresos brutos que permitan obtener algo más que el beneficio realizable después de cerrada la empresa, para su empleo en otra actividad productiva (a veces este mismo capital se equipara al valor de saldo de las máquinas y de los ladrillos). En este caso, la continuación de la empresa es más ventajosa que su cese. Y si el capital fijo tiene un valor contable superior al que corresponde a su capacidad de

beneficio presente o futuro, entonces se debe por lo mismo proceder a su rectificación.

Esto que el hombre de negocios quiere significar con su modo de expresarse es que una empresa, cuya inversión ya ha sido amortizada totalmente o en gran parte a través de los ingresos obtenidos, sigue pareciendo aún ventajosa solo si logra pagar el interés sobre el capital circulante.

El caso es semejante cuando, como se dice generalmente, es posible la competencia con empresas que operan en condiciones más favorables, porque se dispone de una ventaja especial que no tienen las demás empresas, como el valor de una marca famosa. Si las buenas condiciones de producción son exactamente iguales, en tal caso esta ventaja constituye la fuente de una renta diferencial. En caso contrario, los recursos pueden servir para compensar una desventaja.

Índice de nombres

- Abbe, Ernst, 282
Adler, Max, 269n
Amonn, Alfred, 173n, 174n
Atlanticus-Balod, 310, 310n
- Bacon, Francis, 123
Bagehot, Walter, 56, 125, 195, 196, 196n
Becher, Siegfried J., 178n, 183, 184n
Bentham, Jeremy, 36, 37, 227, 228, 236
Bentley, William Holman, 167, 168
Bergson, Henri, 19, 19n, 91, 91n, 127
Bernheim, Ernst, 127n, 171, 172n
Bismarck, Otto von, 121, 121n
Böhm-Bawerk, Eugen von, *passim*
Breysig, Kurt, 22, 127, 127n, 160, 175
Bujarin, Nicolai, 192, 263, 263n
Bücher, Karl, 177, 177n, 178-180, 191, 264n
Bühler, Hans, 199n
Burchardt, Fritz, 237n
- Cairnes, John, 20, 56, 58, 59, 59n, 60, 126n, 187n
Cassel, Gustav, 266, 293, 294, 294n, 295, 296, 296n, 302
Cassirer, Ernst, 168, 169n
Cicerón, Marco Tulio, 278
Clark, J.B., 174n, 277, 306, 306n
Comte, Augusto, 37, 119
Cuhel, Franz, 234, 295, 297
- Darwin, Erasmus, 91n
Deussen, Paul, 90n
Diehl, Karl, 247, 247n, 248, 302
- Engels, Friedrich, 286n
Englis, Karel, 62n
Epicuro, 222, 223
- Feuerbach, Ludwig, 102, 102n
Federico el Grande, 278
Freud, Sigmund, 76n, 124, 152n
Frobenius, Leo, 112n, 114, 115n
- Gottl-Ottlilienfeld, Friedrich von, 135, 135n, 136, 295, 302
- Hahn, Eduard, 112, 112n, 113, 113n, 116, 116n
Hegel, G.W.F., 160, 160n, 182, 182n
Hilferding, Rudolf, 192, 263, 263n

- Jacobi, F.H., 224 · 128n, 133, 161, 161n, 188, 188n, 189, 189n, 190
- Jaspers, Karl, 128n
- Jerusalem, Wilhelm, 166, 167, 167n, 168
- Kant, Immanuel, 70, 70n, 166, 168, 188, 188n, 189, 189n, 211, 245, 289
- Knies, Karl, 40, 40n
- Kracauer, Siegfried, 120n, 172n
- Lagarde, Paul de, 85
- Lévy-Bruhl, Lucien, 167, 168, 168n
- Lexis, Wilhelm, 41, 41n, 137n
- Menger, Carl, *passim*
- Mill, John Stuart, 19, 20, 48n, 56-58, 58n, 60n, 62, 71, 71n, 91n, 126n
- Mitscherlich, Waldemar, 156, 157n
- Mougeolle, Paul, 182, 183n
- Muhs, Karl, 148, 149n, 162, 162n
- Myrdal, Gunnar, 16, 17, 106, 107, 107n, 108-112
- Oppenheimer, Franz, 229, 270n, 302
- Pohle, Ludwig, 121n, 267n
- Rathenau, Walter, 282
- Ricardo, David, 36, 37, 81, 124, 126n, 174, 215, 226, 269, 292, 301
- Rickert, Heinrich, 21, 22, 26, 27, 33n, 38, 48, 120, 127, 128, 128n, 133, 161, 161n, 188, 188n, 189, 189n, 190
- Robbins, L.C., 21n, 56, 74n, 76n
- Rothacker, Erich, 127n, 195, 195n, 201n
- San Egidio, 82
- Scheler, Max, 137, 138, 138n, 167n
- Schelling, Alexander von, 133n, 155, 155n, 156, 156n
- Schmoller, Gustav von, 22, 43, 43n, 120, 125n, 126, 177n, 191, 224n
- Schopenhauer, Arthur, 93n
- Schumpeter, Joseph, 61, 93, 93n
- Senior, Nassau, 20, 56, 57, 57n
- Simmel, Georg, 175n, 185n
- Sismondi, J.C., 215, 215n
- Slutsky, Eugen, 52n
- Sombart, Werner, *passim*
- Spann, Othmar, 86n, 87, 88, 286, 296, 296n, 297, 297n, 298, 299, 299n, 300, 302
- Spengler, O., 169
- Storch, Heinrich Friedrich von, 250
- Strigl, Richard von, 234n, 258, 258n, 295
- Sulzbach, Walter, 95n
- Tillich, Paul, 215n
- Vaihinger, H., 259
- Verrijn Stuart, C.A., 252, 253n
- Vierkandt, Alfred, 16, 98, 99, 99n, 100-102, 102n, 103, 104, 104n, 224n

Vleugels, Wilhelm, 82n
Voltaire, François-Marie, 278

Watson, John, 199, 199n
Weber, Adolf, 264, 264n
Weber, Max, *passim*

Weyl, Hermann, 189n
Wicksteed, P.H., 76n
Wieser, Friedrich von, 56, 60,
60n, 61, 61n, 68n, 101, 101n
Windelband, Wilhelm, 21, 22, 26,
27, 38, 48, 120, 127, 128, 133